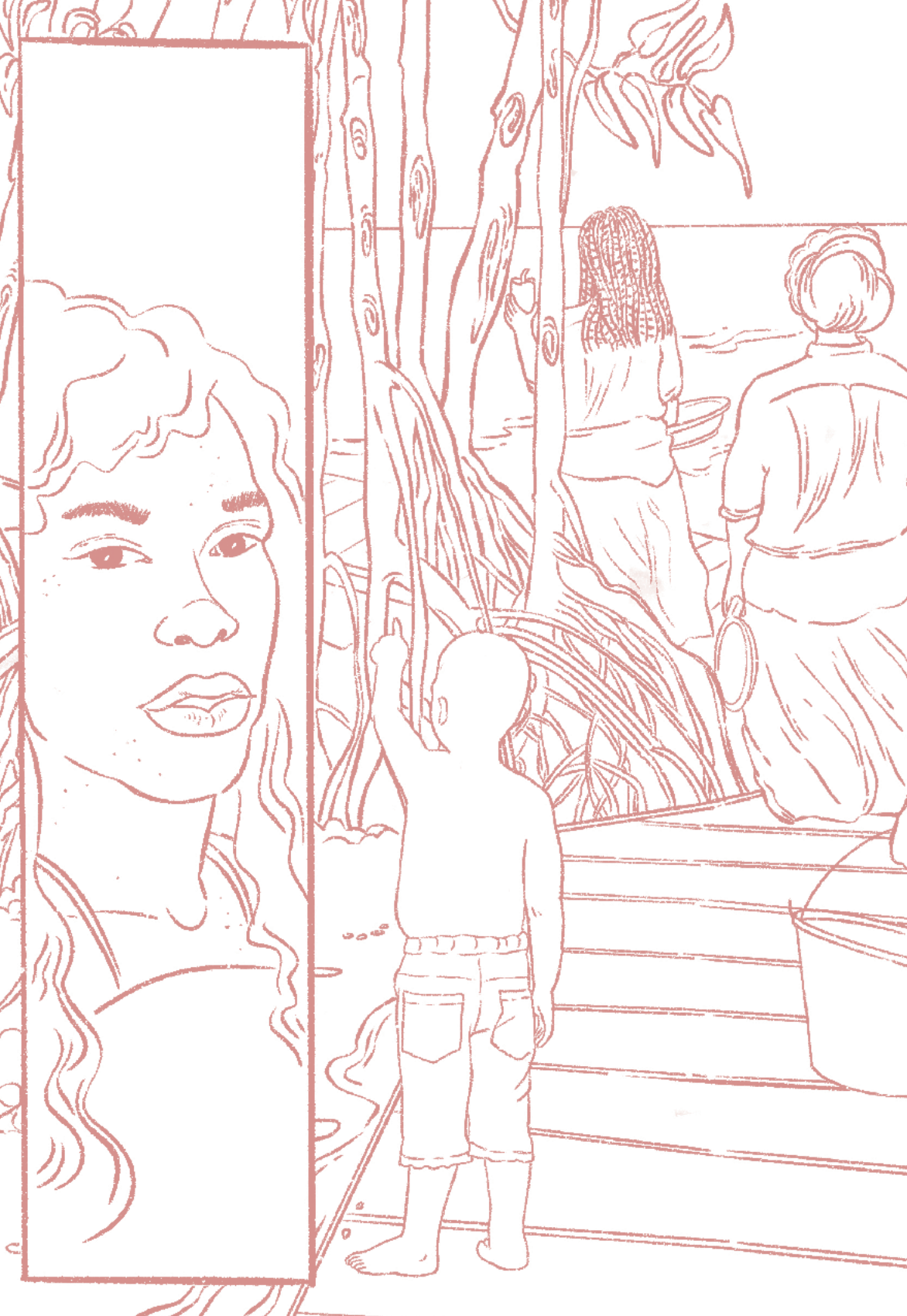




# Voces de la equidad



# Voces de la equidad

Fallola Iburgüen • Sonia Alexandra Quiñones Mina •  
Vanessa Castro Álvarez • Flor Bárcenas • Liliana Riascos  
• Katherine Mosquera • Lina Mosquera • Luz Colombia  
Murillo • Lina Lugo Maturana • Ginna Liceth Ramos  
Castillo • Laura Quintero Sarmiento



MA.  
CL  
ND | Maestría en  
Creación Literaria y  
Narrativas Digitales

# Voces de la equidad

© VARIAS AUTORAS

Cali • Universidad Icesi • 2024

260 pp; 15,5 x 22,5cm

ISBN: 978-628-7740-71-6

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ma.cInd.2.2024>

CÓDIGO DEWEY: 808

© **UNIVERSIDAD ICESI**

Facultad de Ciencias Humanas

Primera edición • Septiembre 2024

**Rector:**

Esteban Piedrahita Uribe



**Director Académico:**

José Hernando Bahamón Lozano

**Diseño y Diagramación**

Natalia Ayala Pacini  
(estudiocasional.co)

**Decano de la Facultad  
de Ciencias Humanas:**

Jerónimo Botero Marino

**Ilustraciones**

Hanna Ramírez

**Director del Centro  
de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF):**

Yoseth Ariza Araújo

**Edición y Corrección de estilo**

Verónica Lozada Gallego

**Gerente de Voces de la Equidad**

Lizeth Sinisterra Ossa

**Directora de la Maestría en Creación  
Literaria y Narrativas Digitales:**

Catalina Villa Zapata

**Coordinador Editorial:**

Adolfo A. Abadía

**EDITORIAL UNIVERSIDAD ICESI**

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334

E-mail: [editorial@icesi.edu.co](mailto:editorial@icesi.edu.co)

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

Publicado en Colombia • *Published in Colombia*

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por las autoras. El contenido publicado es responsabilidad exclusiva de las autoras, no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, la(s) autora(s) y la fuente institucional.

# ÍNDICE



05 **PRESENTACIÓN**  
LIZETH SINISTERRA OSSA

## 01. **Fallola Ibargüen**

15 LA ORACIÓN DE DOÑA EUGENIA  
17 VIGILIA  
19 LA MALETA  
21 LA NIÑA QUE NO PREGUNTÓ MÁS  
23 LA PALMA  
25 COBALTO BUSCA AMARANTO  
27 LA VIEJA MARÍA  
30 LUCIANA  
32 YURUMANGUIREÑA  
34 ESENCIA PARA RESTAURAR LA CAPACIDAD DE AMAR  
36 LA HORA DE LAS LAVANDERAS

## 02. **Sonia Alexandra Quiñones Mina**

41 LA MALDICIÓN DE LA CASA SIETE

## 03. **Vanessa Castro Álvarez**

63 VICTORIA

## 04. **Flor Bárcenas**

85 PÁJAROS EN LAS UÑAS

**05. Liliana Riascos**

99 LA LARGA ESPERA

**06. Katherine Mosquera**

121 ARÓN

**07. Lina Mosquera**

135 ÁRBOL DE ZAPOTE

149 OSCURIDAD

153 LIBERTAD

**08. Luz Colombia Murillo**

163 UNA PIZCA DE ANÍS Y MIL DE CANELA

**09. Lina Lugo Maturana**

201 MADERA FINA

**10. Ginna Liceth Ramos Castillo**

223 ALIKA

**11. Laura Quintero Sarmiento**

245 CUANDO LAS MUJERES NEGRAS AMAN

## **PRESENTACIÓN**

### **VOCES DE LA EQUIDAD: RE-EXISTENCIAS Y NARRATIVAS AFRODIASPÓRICAS**

#### **¿Por qué publicar este libro y cuál es su historia?**

Este libro es un encuentro de saberes y narrativas afrodiaspóricas que evoca cómo la escritura ha sido una herramienta de re-existencia para nosotras, las mujeres afrodescendientes, de este país; porque mucho de lo que escribimos está conectado con nuestras vidas, trayectorias, experiencias y caminares colectivos. La escritura es un medio para amplificar la voz y sentires-pensares en esta sociedad. Es un formato que nos permite plasmar nuestra memoria y las realidades que enfrentamos como comunidades afrodescendientes no solo para dar lugar a esos sufrimientos, heridas y dolores, sino también visibilizar el amor, la esperanza, la ensoñación y alegrías.

Crear este libro ha sido una tarea conjunta, unida por el poder y convención de que la escritura y la producción de nuestro conocimiento afrodiaspórico son unas *insurgencias epistémicas y ontológicas* (Lozano, 2016) que irrumpen y redefinen significados con respecto a los lugares que nos han impuesto históricamente como mujeres afrodescendientes. Esta es una escritura que reafirma nuestro agenciamiento político y formas de re-escribarnos en la historia.

Aquí se sitúan las experiencias de poder, lucha y fuerza de jóvenes, mujeres y disidencias sexuales afrodescendientes quienes irrumpen con sus escritos un campo relegado por el racismo institucionalizado. Con este libro aportamos a amplificar las voces propias; unas voces que se silencian, invisibilizan pero que hoy este relato concebido sale a la luz.

Este libro está enmarcado a Voces de la Equidad (2021-2024), un proyecto de investigación e incidencia territorial-comunitaria liderado por el Centro de Estudios Afrodiaspóricos –CEAF– de la Universidad Icesi, financiado por Open Society Foundations, que busca visibilizar y

fortalecer las agendas de equidad étnico-racial lideradas por personas afrodescendientes ubicadas en Colombia y Brasil. Voces de la Equidad es el escenario propicio para amplificar la voz, dentro y fuera del campo académico, de aquellas personas afrodescendientes que están en la primera línea de la desigualdad, pero también de la re-existencia. Este proyecto recopila una multiplicidad de historias e iniciativas lideradas por organizaciones, colectivos, grupos, comunidades y personas afrodescendientes que contribuyen a la construcción de sociedades más justas, diversas y equitativas en sus países.

Los liderazgos afrodescendientes cumplen un papel central en las comunidades porque permiten también sostener la vida, de manera colectiva, en medio de un contexto desesperanzador. Estas prácticas que han emergido han posibilitado generar redes de solidaridad y fortalecimiento de un tejido comunitario. Algunos liderazgos afrodescendientes reconocen que históricamente ha existido una distribución inequitativa de los recursos y se ha propiciado una invisibilización en diferentes lugares. La superación de la desigualdad vendrá en la medida que las estructuras cambien y que otras narrativas sean construidas al interior de Colombia.

De esta manera, desde el 2022 al 2023, realizamos la Especialización en Escrituras Creativas con Enfoque Afrodiaspórico con el propósito de fortalecer y desarrollar las habilidades narrativas de 11 mujeres jóvenes y personas diversas afrodescendientes para contribuir a la equidad de género con perspectiva étnica desde la literatura. La Especialización les permitió culminar esta obra literaria que propone reflexiones alrededor de la equidad desde sus lugares de enunciación e historias propias en sus territorios. Este enfoque no solo fortalece la identidad de las participantes, sino que, además, contribuye a enriquecer la literatura afrodescendiente en la que son ellas quienes narran sus propias experiencias.

Los saberes, conocimientos y epistemologías que construimos como mujeres afrodescendientes son una ciencia para la vida misma que me ha coadyuvado a curar, sanar, aprender, desaprender. Y al final, somos mujeres que desde nuestros lugares construimos marcos analí-

ticos, reflexivos, interpretativos desde nuestros propios sufrimientos y alegrías, desde nuestras intelectualidades y corporalidades. Estos son espacios desde el cual leemos, visibilizamos, amplificamos estas luchas y re-existencias colectivas ante estas violencias epistémicas y ontológicas que aún siguen imperando fuertemente nuestras vidas, cuerpos y territorios. Por eso la importancia de narrar-nos y de escribir-nos. Y es una tarea fundamental en que debemos seguir avanzando; por eso la importancia de producir nuevo conocimiento desde una perspectiva feminista afrodiaspórica y antirracista (Vergara Figueroa y Arboleda Hurtado, 2014). Y la necesidad de deconstruir nuestra historiografía inscribiendo nuevos relatos en la historia de nuestro país que nos coadyuve a obtener una completa posesión de nuestros cuerpos, mentes, espíritus y construir nuevas formas de protección del cuerpo político y romper las barreras de los discursos institucionales.

Por lo tanto, avanzar en los afro-feminismos e interseccionalidades pasa también por reinterpretar nuestro pasado-presente y escribir narraciones que también no solo nos muestre el lugar de víctimas, sino que “propenda también a integrar otros espacios de participación mucho más dignos en la sociedad. De esta manera, se crearán nuevas historias que nos presenten como sujetas activas y agentes de cambio en la sociedad” (Vergara-Figueroa y Arboleda Hurtado, 2014, p. 126). La escritura aquí también se convierte en un lugar de dignidad, de dignificarnos, de instaurar prácticas de solidaridad orientadas a la justicia afro-reparativa y para ponerlo en palabras de Audre Lorde nuestra escritura representa y su importancia está “para transformar el silencio sobre lo que somos, y lo que hemos hecho, en lenguaje y en acción” (Lorde, 2007/1984).

## **¿Quiénes son las Voces de la Equidad y sus relatos?**

La escritura como proceso vivo, dinámico y experiencial genera un diálogo literario desde las voces propias que en este libro se entretajan. *Voces de la equidad: re-existencias y narrativas afrodiaspóricas* está compuesto por once relatos que representan diferentes géneros literarios que él o

la lectora podrá navegar: cuento, poesía y relato. Los relatos que aquí se presentan nos conectan con la nostalgia y el desasosiego, el amor y la celebración por la vida, los recuerdos, la oralidad y ancestralidad del Pacífico colombiano, el destierro, la muerte, pero también la resistencia, libertad y esperanza para una comunidad. Estas historias se presentan como mosaico colorido y vibrante; relatos escritos desde diversos lugares del país y otros mundos posibles de las que son responsables:

### **Fallola Iburgüen Rivas**

Psicóloga caleña, nacida en el Distrito de Aguablanca, ha trabajado principalmente en la educación superior y organizaciones de base. Durante los últimos nueve años se ha centrado en facilitar el acceso y permanencia de jóvenes a la universidad, siempre desde un enfoque diferencial. Sus relatos presentados son diálogos intergeneracionales que retratan estrategias empleadas para afrontar la cotidianidad de mujeres nacidas o con raíces en el Pacífico.

### **Sonia Alexandra Quiñones Mina**

Se autoreconoce como una mujer negra del Oriente de Cali, hija de la diáspora africana, de raíces caucanas y tumaqueñas. Es una mujer que renace y reconstruye su existencia en cimarronaje. Escribir para ella es revolucionario, es un acto de autorrecuperación, de amor y sanación. Sus narración va desde el carácter mítico de su comunidad al tránsito de la belleza de la vida cotidiana.

### **Vanessa Castro Álvarez**

Se autoreconoce como una mujer negra, bisexual y barrial de Cartagena. Orgullosamente Caribe. Una mujer a la que la escritura y la voz de otras mujeres la han inspirado y sanado. En su escrito, este es un testimonio que hace justicia, por lo años que victoria guardó silencio por asumir una culpa que no era de ella, por miedo y porque la sociedad la orillaba a la vergüenza. Una historia en la que su protagonista asume la herida, denuncia y se abraza.

### **Flor Bárcenas**

Poeta trans afrocaribeña, licenciada en Literatura y Lengua Castellana. Publicó el poemario *Bramidos de agua dulce* en 2020, fue ganadora del premio poesía joven “Jorge García Usta” del festival internacional PoemaRío en Barranquilla. Actualmente, está incluida en la antología *Como la flor: voces de la poesía cuir colombiana contemporánea*, editado por Planeta. Su poesía está encarnada en el cuerpo, en las inscripciones de la piel, en el fuego que quema.

### **Liliana Riascos**

Escritora y docente etnoeducadora apasionada por la preservación de la memoria colectiva a través de la literatura transmedia. Creadora y productora general de la plataforma artístico-literaria Negra Errante. “La larga espera” es una historia que se desarrolla en la conversación que sostienen dos mujeres afrodescendientes al coincidir en una fila. Ambas desean ser internadas en un centro psiquiátrico para docentes. ¿De qué podrían hablar estas profes? ¡Haz la fila para saberlo!

### **Katherine Mosquera**

Es una mujer que se autoreconoce como negra, nacida en Bogotá, pero de raíces profundas en el Pacífico colombiano. Licenciada en Pedagogía Infantil con experiencia amplia en el diseño, planeación y ejecución de proyectos educativos y culturales a nivel comunitario e institucional. Escritora y poeta, creadora del Colectivo Mujeres Negras Escritoras, gestora de proyectos y creadora de contenidos para la Revista Matamba. Su apuesta escritural es íntima, cargada de imágenes cotidianas que se construyen desde la cotidianidad tornasolada y marina.

### **Lina María Mosquera**

Se autoreconoce como una mujer negra y caucana del municipio de Santander de Quilichao. Es psicóloga y escritora que aspira a crear escenarios de juntanza, compañerismo y solidaridad que contribuyan a pensar la otredad desde la posibilidad y el bienestar común. Sus

relatos cuentan la historia de vida, su transitar y destino en medio de la discriminación, el miedo, el amor y finalmente el encuentro con las rutas libertarias de su identidad.

### **Luz Colombia Murillo**

Socióloga. Es una mujer negra, hija, madre, esposa, lideresa y pastora que nació en la ciudad de Cali, y creció en Buenaventura. Amante del servicio a la comunidad, del aprender día a día y sobre todo, de reencontrarse a través de su territorio, en la tradición oral de su gente y en la posibilidad de construir en colectivo. Su narrativa nos propone la conversación entre diferentes texturas textuales como la epístola, la poesía, la creación de imágenes, entre otras.

### **Lina Lugo Maturana**

Se autoreconoce como una mujer negra del oriente de Cali, alegre, sencilla, sensible, con una conexión profunda por el territorio y con la esperanza de que en algún momento las realidades de violencia y de injusticia cambien. Le encanta escribir porque he encontrado en este proceso la posibilidad de que sus palabras no mueran, de que fluyan entre historias y dancen al ritmo de diferentes luchas. “Madera Fina” es un relato en el que intenta darle lugar a la vida de su “mamita”, resaltar su luchas y resistencias, es un inicio, un camino para contar su propia historia y reencontrarse con ella a través de la historia de su “mamita”.

### **Ginna Litceth Ramos Castillo**

Abogada de profesión y escritora de corazón, orgullosamente afro y profundamente convencida de que su voz es un grito de esperanza para todas las mujeres que sentimos la presión del racismo y la discriminación en nuestras cotidianidades. En su obra, encontrarán a Alike, una mujer negra y soñadora que se enfrenta a un entorno hostil y racista, al que sobrevive por la fuerza del amor.

**Laura Quintero Sarmiento**

Joven, afrofeminista, politóloga y habitante del Distrito de Agua Blanca en Cali. Entre sus intereses de investigación se destacan los estudios de género, afrodiaspóricos y de política electoral. En sus narraciones, se dedica a plasmar las experiencias de amor de las mujeres negras abanderando la diversidad que las caracteriza.

Aquí el o la lectora tiene en sus manos un libro que evoca la premisa de escribir para re-existir; un libro co-creado a distintas voces y sentires-pensares y que aporta mucho a este campo de la narración afrodiaspórica. Reconocemos que la equidad es un aspecto vital para medir la calidad democrática, porque abraza fundamentalmente el criterio de la justicia. Este criterio permite exponer las desigualdades en las múltiples estructuras sociales, económicas y políticas para exigir soluciones basadas en la integración de elementos que apunten a la construcción del bienestar común para la población afrodescendiente. Por lo tanto, la equidad significa reconocer las desigualdades en medio de la diversidad. Actuar desde la equidad es resarcir, reparar, hacer posible justicia y brindar esperanza a quienes históricamente han estado en desventaja; es fomentar la solidaridad, otorgar autonomía a individuos, pueblos y territorios. Este proyecto aporta a la equidad de género con perspectiva étnica desde la literatura. Una equidad que se co-construye desde el campo literario desde la base comunitaria, episteme humanística y territorial.

**LIZETH SINISTERRA OSSA***Gerente de Voces de la Equidad*



01.

# Fallola Ibargüen





RELATO

# La oración de Doña Eugenia

La iglesia es un edificio fresco de forma cilíndrica color café, son las 4 p.m. en la ciudad de Cali, hoy doña Eugenia ha llegado temprano para la misa, entra a la iglesia, camina lento por el peso de su cuerpo, el estómago le gruñe, solo hay unas cuantas personas que le responden la señal de saludo. Doña Eugenia se agacha al llegar a una silla y procede a arrodillarse en el suelo, le pide a su cuerpo el esfuerzo necesario para mostrar respeto ante una cruz de madera. De rodillas, mira a quien está clavado en la cruz con la intención de recibir una mirada de vuelta, luego de esto, se seca el sudor, agacha la cabeza, cierra los ojos y comienza a orar.

*Estoy acá otra vez, como una persona sin más remedio que pensar cómo a mí y a otra gente con rostro oscuro se nos dijo que estábamos a medio camino entre humanos y animales, estando tú aquí enseñando lo contrario. Oh, Dios mío, ¿qué nos ves como hijos! ¿Acaso no todos lo somos en esta tierra? De otras bocas he escuchado que nacimos porque algún ancestro mío no llegó a tiempo para lavarse en un río limpio, o que llegó de último por ser lento, ya que solamente encontró agua para limpiarse sus manos y pies.*

*Dice aquel hombre al frente que esta dura carga de nacer en la miseria se quedará acá en el barro cuando yo perezca, así sólo debo aguantar unos cuarenta años más para unirme a ti. Tú sabes que sol tras sol aguanté sin*

*quejarme, cada día llegué a casa y estaba mi hombre listo para descargar su ira sobre mí mientras mis hijos lloraban en la cama.*

*Pasaron los años, ya no era el hierro que me encadenaba, no había más opción que salir del campo. Ahora, vivo en una tierra que no es mía, trabajo por días limpiando casas de familia, paso horas en buses, me es imposible comprarme una casa, ya no transito entre el río San Juan y el Atrato, no tengo adonde regresar, mis hijos llevan el mismo destino mientras recorren las calles sin guía. Mi trabajo robustece mi jefe, sólo me quedan monedas para no mojarme en las noches y comer lo suficiente para seguir trabajando. Aunque sé que no es mi lugar, estoy enojada”.*

*Estoy enojada, a pesar de perdonarlo todo, mi esposo me ha dejado sola con mis hijos, ¿no tengo derecho a ser feliz?, mi hijo mayor fue asesinado por cruzar una calle ¿no puedo ser madre?, mi casa quedó en el campo y en la ciudad no poseo techo ¿no merezco un hogar?, solo gano por casa limpiada ¿aun así no tengo derecho a pensión?, mis ojos no ven ¿no merezco descanso? mis manos tienen callos, mi carne no se pudre. No conozco tu rostro y si todo esto no llega a ser cierto, habré vivido toda esta penuria sin que alguien me consuele.*

Doña Eugenia se seca los ojos al finalizar su oración, los abre, levanta su cabeza, se pone de pie con cuidado y sale mientras se escucha en el fondo la oración “Yo, pecador”. No se despide, no mira a nadie.

RELATO

# Vigilia

Siempre he sido soñadora, lo hago despierta, dormida, con insomnio o soñolienta, sobre todo de noche. Entre sueños viajo por los ríos del mundo, puliendo los bordes de mi cuerpo en ellos, escuchando el movimiento del agua, siento que el agua le da paso al barro cuando me acerco a la orilla. Al caminar por callejuelas de colores mis pies pasan del barro del río al cemento de la ciudad, me doy cuenta de que soy bienvenida en cada puerto. Creo casas, puedo pintar olas turquesas en cielos azules, visto mi bañador rojo, mi piel se tuesta ante soles que no ceden. Me tomo fotos porque no confío en la memoria. Todo esto mientras mi cuerpo yace sobre un colchón en un cuarto de dos metros cuadrados del Distrito de Aguablanca.

En mis ensoñaciones recorro aeropuertos, trenes, barcos. Relleno espacios vacíos en mí con historias, también acarició con la mirada los rayos de luz que se cuelan por las copas de los árboles. Solo allí no tengo edad ni presiones, floto en el aire más puro, me abraza la gente. No soy, entonces, la única hija, la primera profesional egresada de la universidad pública, ni la más joven, ni la segunda mujer, ni la primera con posgrado. Solo acompaño mi agua de coco con un plato lleno de mariscos en la playa. En la calle me dicen “bonita”, pero no los hombres, solo las niñas deslumbradas con mi cabello. Llega el bus y recuerdo que debo pelear por un puesto.

Ya despierta, me recuerdo en Cartagena escuchando a un gringo preguntar, desinhibido, ¿dónde están las putas? El sudor de mi frente se encontró con mi ceño fruncido por el asco, pues no puedo pararme en una esquina sin que piensen que soy del gremio. En mis sueños camino tranquila de noche en la Cali bailada por hombres vestidos de blanco y mujeres con vestidos floreados en bares con baldosas pequeñas. Abro los ojos en otra Cali cuando veo un arma en la mano del taxista, me cuenta cómo hizo unos disparos cuerdas atrás, me quedo en silencio todo el camino sintiendo la brisa de la noche, al llegar a mi casa cierro la puerta con llave y dejar de salir a la calle.

En mis sueños viajo joven por el mundo, pero abro los ojos ante una casa sin estucar. Así que lo intento cada día, creo planes con el detalle suficiente para que mi vida cambie, comprendo que historias similares a la mía me muestran lo contrario. La realidad es que trabajo doce horas al día, estudio de noche, como poco, mantengo alerta ante la promesa de frutos venideros. Me aferro fuerte a mis sueños como las trepadoras a la superficie, naufrago en un océano de dificultades, busco madera para hacer mi balsa. Como en la Balsada de playa renaciente, decido empujarme por los ríos del mundo para soñar, esta vez, mientras estoy despierta.

RELATO

# La maleta

Dios la bendiga, hija, usted ya está grande para saber cómo llegué hasta acá.

Con una sola maleta al hombro a los diez años llegué a esta ciudad. Primero, me subí a una lancha y navegué horas para llegar al Bajo Calima, luego una chiva me llevó a Buenaventura, de allí un bus me trajo al centro de Cali, esto fue en los años ochenta. Recuerdo que tenía en una maleta un vestido rojo de boleros que me regaló mi hermana mayor, un par de zapatos, dos camisas y un pantalón. No sabía cuál era la ruta del bus correcto ni dónde bajarme. Mi tía me recibió un tiempo en su casa, pero rápidamente debía encontrar la manera de aportar económicamente.

Ella, una mujer llegada del campo a corta edad como yo, le prometió a mi madre ser mi tutora, ayudarme a estudiar y tener una vida lejos de ese hombre mayor que me buscaba mientras me gritaba “si la veo con alguien en la casa cuando yo no esté, la mato a golpes”. Mi tía tenía dos hijos que mantener y era viuda, yo debía aportar a la casa dinero, aunque fuese pequeña porque de plata se trata la ciudad.

Mi tía me llevó a una casa en el norte de Cali, yo no tenía experiencia en trabajos de la ciudad, así que la mejor opción fue trabajar como niñera. En esa casa yo ponía un asiento para alcanzar los gabinetes de la cocina, cuidaba a un niño de ocho años, él me enseñó a leer con paciencia, éramos dos niños jugando a la niñera. Salía del trabajo dos fines de semana al mes, los otros días dormía en un cuartito al lado de la

cocina. Todas las noches me daban permiso para estudiar en el colegio acelerado, llegaba al salón a las 6 p.m. sudando, después de planchar toda la tarde; regresaba a casa a las 10 p.m., para dormir rápido y despertar al día siguiente a las 5 am.

Mientras caminaba para llegar al colegio siempre recordaba mi vida en el Chocó, ya no iba a cargar racimos ni a espantar pájaros con mis hermanos para que no se comieran la siembra del arroz. Yo vivía en un solar con mis ocho hermanos y mi mamá. Mi papá, mi mayor cuidador, ya no me volvería a cargar, lo mataron cuando era pequeña, y lo observé fijamente en el piso mientras llegaban mis hermanos, desde ese día el silencio me acompañó en las lanchas, buses y me siguió como un espectro por cada calle de esta ciudad. En el solar quedaron las ollas, el motor de la lancha, las linternas de gasolina, la batea, los perros de mi papá, su última noche y el nuevo marido de mi mamá.

Pero todo no era más sencillo en el campo, cuando dije en mi caserío que sería profesora se me rieron porque nadie de allí había pisado una universidad, la mayoría de los viejos no sabía leer. Nadie estaba feliz en la escuela. Había una sola profesora, ella nos sacaba al tablero en parejas, el que resolviera el ejercicio antes, debía pegarle con un látigo al otro o nos castigaban a los dos. Yo siempre ganaba, mis compañeros golpeados en el salón me agarraban con furia a la salida así que no volví.

Yo debía ser una profesora diferente, por eso en Cali hice todo lo posible para entrar a una universidad, logré estudiar cuando era mayor, a mis grados fue mi hija adulta. Trabajo hace años en el Distrito de Aguablanca, acá muchas madres tienen la misma labor que con amor ejercí, custodian casas ajenas en barrios distantes y fríos. Los rostros de sus niños son similares al de mi hija, seguramente ningún profesor los quiere como yo, pues también soy campesina en esta ciudad y debí vivir con una sola madre. Ahora en la maleta ya no traigo mis mudas de ropa, llevo mis libros para enseñarle a los niños todo lo que sé: aritmética, lectura crítica, cuentos del Pacífico, siempre enfocarse en sobreponerse a las adversidades. Mis manos no están cansadas de planchar, se cansan de escribir.

RELATO

# La niña que no preguntó más

Había una vez una niña tan pequeña que no alcanzaba el mesón de la cocina sin ayuda de un butaco. Aquella niña era delgada como un hilito, le gustaba cantar en el río con su abuela mientras lavaban ropa en el río San Juan y preguntar por cualquier cosa. La niña jugaba siempre con azulejos, guacos, suirirí y lagartijos. Además, le encantaba comer pomarrosas, lulo de monte y pepaepan. Cada vez que le preguntaba “abuelita, ¿eso qué es?”, su abuela chocoana apurada le decía “cortapico para los preguntones”.

—¿Cómo es posible que me vayan a cortar el pico? —contestaba asustada la niña.

—Claro que sí, mi Yusi, —le contestaba pícara la abuela— es que hay una Jaiba mágica que agarra las preguntas en el aire, pero de tantas que salen, se enoja y le tapa la boquita al que niño que mucho pregunta.

La niña asustada decidió no preguntar más, de su boquita ya todo había sido dicho, no fuera a ser que la Jaiba se enojara con ella y jamás volviera a cantar con su abuela. Pero ella era curiosa y todo lo quería decir, de pregunta en pregunta, se fue llenando su boca, se las tragaba una a una. Se le infló la barriga de todas ellas, sin saber cómo ni cuándo, el botoncito de su barriga se abrió camino desde adentro, lentamente brotaba como un hormiguero.

La abuelita al darse cuenta corrió con ella al hospital, pero para llegar debían navegar durante horas por el río mientras su barriga seguía creciendo. El doctor descubrió que la niña tenía *preguntonitis aguda*, se le había inflamado la válvula de las preguntas así que decidió operarla para drenarlas todas. El doctor también les dijo que habían tenido suerte ya que muchas personas se quedaban en el río o no encontraban lo necesario en el hospital. La abuela aprendió a ser paciente con su nieta y la nieta aprendió a dejar salir las preguntas en filita para no dañar su válvula de las preguntas.

RELATO

# La palma

Una noche clara, cuando la luna era faro, la nieta de Pachita y el hijo mayor de Bartolo estaban sentados sobre una silla metálica mientras se abrazaban arropados con la oscuridad de una palma de las tantas que hay en el parque central de Tadó. Aquellos ya estaban jóvenes, se hacían promesas en forma de susurro sobre su posible futuro, se miraban entre risas, decían mucho, veían con claridad la imagen de su boda, esta iba a suceder junto al río San Juan, imaginaban piraguas provenientes de todos los caseríos para celebrar la unión. Después de la boda de ensueño, solo necesitarían dos hijos, mejor tres, una casa en Tadó cerca del puente para ver las piraguas llegar, dos perros cazadores, domar un pedazo de monte para sembrar. Si todo salía bien, en Tadocito podrían hacer una finca con piso de madera para escuchar los pasos de los invitados, con varias camas para los sobrinos.

Entre los susurros de la nieta de Pachita y del hijo mayor de Bartolo se escuchó esto “Una casa no es nada sin la cocina”, ¿dónde cuidaría la nieta de Pachita a sus hijos? La cocina sería grande y destapada en la parte de atrás para que diera al patio, tendría un fogón, sobre él estaría una olla llena de guacuco. En el patio de la finca se criarían cerdos, gallinas, peces, habría una azotea alta con plantas medicinales para el dolor de cabeza, de muela, la curada, el parto, los cólicos y la gripa. En el patio también necesitarían una tina que recogiera el agua lluvia ya que en el 2022 no tenían acueducto que prestara el servicio constante,

menos mal llovía a diario. En la mitad de la sala se colgaría una hamaca para descansar después del trabajo arduo. A cinco minutos en el bosque se cruzaría a pie el río Tadocito, tan cristalino como las intenciones de estos jóvenes.

Al hijo mayor se le pondría el nombre del padre, a la hija el nombre de la bisabuela materna. Se llevarían dos años, se vestirían de blanco para las fiestas patronales, jugarían en el río, aprenderían a nadar desde los tres años. Los niños correrían descalzos sobre el barro detrás de las gallinas, irían a la escuela más vieja del pueblo, pero de grandes se irían a estudiar a Cali, Medellín o Pereira ya que el municipio no cuenta con universidades de calidad.

Entonces, aunque la palma les acompañaba con sus hojas, la abuela Pachita se valió de la luz de la luna llena para verlos demasiado cerca en el parque central y gritarle a su nieta “Soledad, decile a ese muchacho que te pague pieza pa qué no andes pasando vergüenza, buscá tu muerte natural”. Ambos saltaron del susto y uno a uno se deshicieron los planes dibujados a dos manos: la casa, los perros, los niños, la hamaca, el río Tadocito, las piraguas en el río San Juan y el guacuco. Todas las posibilidades se desordenaron ante los gritos de la señora, la muchacha decía entre pataletas: *vean a mi abuela*, la mayora se dirigió al muchacho, *vea, ve este muchacho, si sos muy valiente, subí de día a la casa y pedile la mano*.

A la mañana siguiente, Pachita recibió la visita formal de Bartolo y su hijo mayor, venían a pedir la mano de la siempre cuidada nieta. Les sirvieron un poco de viche a ambos, acordaron fechas, preguntaron por la construcción de la casa, se hablaba del cuidado de todos en el hogar y comenzó a caer la lluvia en el techo de zinc. Sentados los muchachos de frente, entre silencios incómodos, se miraban, sonreían poco a poco el futuro planeado regresaba a ellos con la bendición de los mayores.

RELATO

# Cobalto busca Amaranto

En este mundo rojo el señor Cobalto es un azul bien vestido, peinado y arreglado, pero pase lo que pase sigue siendo azul. Cobalto intenta verse al menos de color morado, pero sigue azul. Cobalto busca maquillaje rojo, pero su piel sigue siendo azul en el fondo. Cobalto bebe, lee, come lo mismo que los rojos, incluso, se siente rojo, pero los demás alrededor suyo le siguen percibiendo de color azul. Un día, ya hace un tiempo, en la puerta de un restaurante de gente roja, un vigilante también azul pero vestido de traje rojo, le preguntó “¿Para dónde va?” El señor Cobalto se quedó pasmado, el vigilante continuó “Este no es su lugar”. Cobalto lo sabe, no encaja allí ni en otro lugar diferente a la colonia de azules. Aun así, lo intenta, por ejemplo publica un anuncio en un periódico que dice lo siguiente: “Perfumado Azul busca un rojo para tener un morado y, si la suerte le acompaña, que no le vean peligroso en un bar lleno de rojos”.

Si el cobalto suaviza su color azul mientras busca la oscuridad perfecta de la noche, se ve un poco rojo. Aquel desespero le hace buscar en pilas de libros la manera perfecta de encajar en el mundo de los rojos ¿Cómo el azul se convierte en rojo?, la única historia de los azules es escrita por los rojos, así los azules son todos iguales y carecen de nombres a lo largo de los registros. Con más rojo y menos de azul, de sí, aparecerán

¡tonos rojizos! Tal vez el perfecto fucsia, pero el azul es espeso, aun más si es Cobalto, y la mezcla suele tirar hacia él. Para conseguir un fucsia, un rojo o un morado, ofrece pinceles, papeles tupidos para esparcirse, enumera sus ventajas, es buen pretendiente. Cocina, lava, no mancha, calla, corre, baila, se siente suave, ama bien. Puede ser índigo, acero, maya, marino, bebé. Tiñe en algodón, tela, paredes y ojos humanos. Se apodera de los ríos, también los mares.

Cobalto es entendido, sabe la historia del arte rojo, de la estética Cherry, fantasea con una borgoña, pero esas están en otras ligas inalcanzables para él, conoce su lugar. Por ejemplo, un día salió con un rojo sangre, brillante, con presencia. Otro día, deseó secretamente a un amaranto. Y claro está, sus mejores amigos deben ser como el contenido crudo de las arterias. Por todo lo anterior, Cobalto se abruma, a donde mira hay rojo. Fresas echadas a perder, pomarrosas, flores pico de loro, rosas adultas, labios humanos heridos, jugos de mora, sarpullidos y detrás de las ampollas. Día y noche se pregunta: ¿a dónde van los rojos, tan lejos de él y sin aceptarlo como amante, como parte de los suyos?

Al finalizar el anuncio Cobalto cierra su oferta así:

**Ofrezco a cambio todo. Ofrezco mi conocimiento sobre los rojos sin más. Ofrezco no incomodar. Ofrezco el arte de la mimesis cual camaleón. Por un Amaranto, ofrezco a cambio todo.**

RELATO

# La vieja María

En la creciente del río San Juan, María estaba agitadamente revisando toda su casa. De la ágil y robusta mujer que había criado siete hijos, sólo quedaba el nombre, quizá uno que otro diente y el gusto por las joyas de oro chocono que le hacía el artesano con el producto de su batea. Cansada ahora, pasaba sus días en actividades rutinarias para mantener la casa: levantaba las ollas, revisaba encima de la sal, metía la mano en el arroz, volvía a levantar las ollas. Cuando tenía tiempo, le gustaba mirar entre la unión de las tablas, y veía hacía el patio, quedaba antojada de salir de casa, entonces salía por la cocina, tanteaba la tierra de la azotea, subía de regreso a la casa por las escaleras de madera. Se trepaba a la tina que recogía el agua lluvia para cocinar, al no encontrar nada de agua allí, decide irse para la finca.

María siempre salía de casa con su nieto Juancho, al cual le dejaron para cuidar. De su finca llena de hijos y nietos solo quedaba la madera húmeda por la lluvia, el estanque con peces, además, una que otra gallina sobreviviente al perro de Don Fanor. No quedaba mucho, pero lo que no hallaba en casa, siempre estaba en su finca. Quizá en su finca encontraría sus preciadas joyas. Se acostó lentamente en el piso para sacar las botas debajo de la cama porque no le gustaba salir descalza, se levantó, se sentó en la cama, finalizó colocándose cada bota en el pie correspondiente. Miró hacia abajo con los ojos entrecerrados mientras

movía los dedos hinchados por los años. De un empujón se levantó mientras dejaba salir un suspiro.

A María le falla la memoria, la edad se le sentó allí, y sus recuerdos más cercanos están a punto de desaparecer. El tiempo lejano se siente cercano, cada día tiene más preguntas, menos respuestas, es más, sus días se ven más brillantes. Con la partida de su memoria, se está despidiendo de su dolor.

María se dirigió a su puerta, la trancó con un palo, luego recorrió el camino hacia la vía de cemento. Allí le hizo señas a Don Pedro, su mototaxista, a quien le pidió que la llevara a su finca, a lo que Pedro le preguntó por qué iba sola, María le responde que su nieto está en la calle, sería injusto molestar a un muchacho tan tranquilo. Pedro se incomodó, pero decidió arrancar.

Pedro dejó a María a unos diez kilómetros de la Catedral de San José de Tadó. María pagó, agradeció y se fue. Luego, con la mano izquierda se abrió paso entre la maleza, con la derecha se agarraba de un palo para no resbalarse en el lodo. Ella sudaba a cada paso, se desparramó una que otra vez cuando pisó en falso. Con trabajo, María llegó al río, lo cruzó a pie, salió con la falda mojada y el torso seco. Pero todavía le faltaba camino, al verla, Don Fanor, dueño de la finca vecina, le gritó qué se devolviera, que no subiera sola. María le gritó que dejó a su nieto en el pueblo para no molestarlo. Don Fanor llamó rápidamente a la hija mayor de María, al contestarle, le dijo: “niña Nubia, acá está su mamá sola intentando llegar a la finca y dice que dejó a Juancho en el pueblo. Nubia le pidió que le pasase a su madre para hablar con ella”.

Don Fanor bajó de su casa con el celular en una mano mientras le gritaba a su comadre María para que hablara con su hija un momento. Nubia con voz suave le recordó a María que Juancho estaba en Medellín y no podía andar sola por el monte. María empezó a agitarse, pero dijo que era el calor, decidió decirle a su hija mayor que venía a caminar, estaba buscando sus alhajas. Aún más confundida estaba Nubia y le dijo que todo eso tocó venderlo cuando su hermano se accidentó en Cali. Así la mujer cuya boca un día fue adornada con oro, recordó parte de lo que

se había olvidado, de siete hijos y veinticinco nietos, ya no tenía al más pequeño a su lado, además su colección de joyas hechas con pedazos de su tierra se había ido al llegar enfermedades difíciles de pagar, sus descendientes dejaron caer la finca que tanto había cuidado pues en el campo no hay universidades. Sólo quedaba ella. Respiró, le contestó a su hija que ya se iba a regresar y le dijo a Don Fanor que la llevara a su casa.

RELATO

# Luciana

Mi tía Luciana era una mujer centrada como ninguna otra, mantenía sola en la desembocadura, entre risas acentuaba “quien está solo siempre evita problemas”. Era mi tía favorita, menor que mi madre, callaba todo el caserío con solo sacar su silla al patio, además, aseguraba la silla blanca en el barro, miraba a los lados, sacudía su falda larga y la cuñaba entre sus piernas, y únicamente con levantar la ceja izquierda lograba ser el tema de conversación. Ella se mantenía sentada, llevando “la fresca”, saludando a quien pase con un “Adiós comae”. Así pasaron los años cuando todo esto un día le pasó factura.

Su hábito de toda la vida era un regalo de su tía madrina, gracias a ella también tenía varios vestidos enviados desde Cali- la silla blanca de siempre y una cruz al costado izquierdo de su torso hecha para curarle el bazo. Desde que se pudo sentar, lo hacía en el mismo sitio, siempre con la cara de frente a la brisa para ahuyentar el sofoco de la selva. Ya tenía una casa hecha de guayacán, a dos casas de distancia del río, además aprendió el arte de tejer en crochet prendas para venderlas. Medio punto, un punto, punto alto o corrido, tejía mientras observaba a la gente pasar.

Una mañana como cualquier otra, mi tía Luciana, sentada en su silla blanca, descubrió que en el lado izquierdo había una extraña veterana mirándola de reojo, empezó a sudar frío, solo esperaba que no fuera mal de ojo. Podría ser que esta señora sólo estuviera descansando para seguir su camino o de las raíces de la selva fuera parida para angustiarla

ese día. Lucina giró su cara mientras espantaba el calor con su abanico, no lograba hacer lo mismo con sus pensamientos hasta que entró y dejó de ver a la extraña.

Al día siguiente se repitió la escena, esta vez la tía Luciana, pensó que aquella señora había de tenerle envidia, y le hacía brujería. El susto de Luciana era tanto que no le importaba si le decían tía, no había razones para recibir odios, siempre pensaba en el otro, desde pequeña sabía ayudar sin “peros”. Lo más seguro era que solo en la mañana descansara aquella foránea de ese sueño injusto, querer ser como la tía Luciana.

Sin lugar a dudas esa mujer de la izquierda disfrutaba del dulce encanto que le producía mirar al otro desde la mísera envidia, probablemente no hallaba en ella ningún logro, lo único que deseaba era ser como Luciana. Mi pobre tía no le había dirigido la palabra, ¿cuáles señales pueden ser más grandes que la presencia de esta mujer sola en un caserío mirándola fijamente? No había razones para preguntarle sus verdaderas intenciones a quien no se conoce.

Mejor se apresuró para bañarse en aguas, colgar su mata de sábila y no sacar más su silla blanca, no necesitaba salir para sentir a la veterana mirándola entre ceja y ceja. Por la ventana vio cómo se acercaba a su casa, pensaba en rutas de escape mientras veía a su enemiga; sin embargo, escuchó el grito más claro que ha escuchado en su vida “sobrina, ya no me recuerda. Soy su tía Jesucita, después de 30 años por fin regreso al caserío”. Jesucita cada año le enviaba cartas y regalos, esa falda larga con cuadros rojos fue cosida por esas mismas manos y aquella mirada paciente solo esperaba ser recordada. Se apura mi tía Luciana a abrir la puerta con alegría, desde que tenía cuatro años no veía a su tiamadrina.

RELATO

# Yurumanguireña

Yo soy del río Yurumanguí, ese mismo de Buenaventura, nací en corriente, me crié y tuve mis hijos allá, cuando yo inicié a parir no había médicos en mi pueblo. Parí dieciséis hijos, la mayoría de las veces me tocó partearme a mí misma, buscaba mis plantas, aprendí también mis truquitos para que todos mis hijos salieran vivos. Ahora estoy veterana en esto de la partería, he traído a decenas a este mundo, con propiedad puedo decir que soy comadrona, así cuida la vida.

No digo que sea la mejor, pero yo corrijo el vientre bajado, tengo mis trucos para destamar y subir el hueso en el parto, el niño sentado con dos masajes míos queda correctamente organizado. Un día me tocó partear a una mujer con tres hijos, sacaba uno y detrás venía el otrico y gracias al señor están buenecitos todos. También acompañé a mis comadres cuando parían, después de tener el primero, siempre me decían que los bautizara, al pasar los años tenía decenas de comadres y compadres. Emilia, Justa, Jesucita, Gerardo, Cirilo, tengo todos sus hijos encomendados para llevarlos por el buen camino.

Me alegraba llamar comadre a Emilia, ¡qué lazo tan fuerte! Con ella siempre descansaba, hablaba de la lucha diaria. Cada vez que a la comadre Emilia yo le decía “¿cuál yerba es que usted me ha echado para yo quererla tanto?”. Rapidito me contestaba, “nos enyerbaron a las dos entonces comai”. También tenía a la comadre Josefita que cuando le contaba pasatas y demás historias cortas, me decía que no recordaba

ni una, siempre se me hacía la loca. Cuando alguna paría, las demás le ayudábamos a cuidar a los hijos mayores y la alimentábamos para que tuviera fuerzas.

Cuando le gritaba desde el marco de su puerta a mi comadre Nanchú “¿dónde está, comadre?”, ella me respondía desde su cocina “Aquí es que yo estoy arrumasadita”, mientras picaba la cebolla para echarle a la sopa de queso. Pero no todo eran comadres, ¡también estaban los compadres! Cuando la comadre está en la casa, al compadre le toca ir al monte a buscarse la vida. Como mi compadre Genaro que siempre regresaba con carne de guagua para todos o el compadre Cirilo que pescaba lo suficiente para alimentar dos casas, dejaba siempre en su cocina y repartía el resto entre los cercanos.

Por la violencia me ha tocado salir del pueblo y me he traído mi conocimiento a la ciudad, mando a traer las yerbas, pero la cosa acá es diferente, acá yo no tengo compadres ni comadres, tampoco están mis menores. Las mujeres solo escuchan a los doctores y reniegan de los saberes. Estas jóvenes ya no quieren aprender nada de la partería en la ciudad. Cuando nos vayamos se van a quedar sin todo lo que sabemos, aunque el orden natural es que primero mueran los viejos, con tanta guerra hoy en día ya ni se sabe quién se irá primero.

La que quiera, yo le enseño a partear al derecho o al revés. Nada más es que me digan, yo les enseño como curo un espanto y un mal de ojo, sólo es buscar las yerbas para solucionar los pesares. Amansa guapos, sábila, manzanilla, todo lo que da la tierra es para dar una solución. Pero en la modernidad ya nadie quiere tocar ninguna yerba, miran con rareza cuando se les dice que ojo con el cuajo, algunas mujeres paridas en el campo al caminar en la ciudad cambian el tema cuando les preguntan de dónde vienen, yo sin dudar tanto digo “orgullosamente yurumanguireña”.

RELATO

# Esencia para restaurar la capacidad de amar

Oiga, la mujer del Pacífico es trabajadora, cada día se levanta sin falta para arreglar al niño, buscar el dinero del arriendo o dejar el desayuno hecho. Mi tía Alejandra vendía verduras a las cuatro de la mañana en una Cali ochentera que prometía para todos, menos para mujeres como ella, migrante y madre viuda de varios hijos. Se le murieron dos maridos, de cada uno tuvo dos hijos, estaba sola en una ciudad que amenazaba con devorarla y “aun así, se levantaba” al estilo del poema de Maya Angelou. Si viajáramos en el tiempo al encuentro con una Alejandra joven, ¿podríamos sentarnos en un butaco al lado de ella, a las 10 de la mañana en la galería de Santa Elena y hablarle de la importancia de amar mientras debe generar el dinero para alimentar a sus hijos?

No sé si sería una pregunta necia, mejor imaginemos a una Alejandra joven a orillas de su natal San Juan, veámosla lavando ropa de alguna parturienta, con su batea buscando oro, hablándole a mi abuela Francisca mientras se lava el cabello negro con escobabosa. Ese mismo

río que lleva y trae a los hombres en piraguas, reflejando el sol, la luna, mientras es testigo de las temporadas. Todos hablan del mar imponente, ¿quién habla del río que le alimenta? El río también tiene olas fuertes que crecen llevándose todo lo que le pertenece. Allí Alejandra se cuidaba siendo parte equilibrada del ecosistema, una pizca de oro en la arena.

Al llegar a la ciudad buscaba oportunidades y seguridad en las casas de cemento al ras con la tierra. En esta ciudad de siete ríos, la relación con ellos era diferente, la gente pasaba sin intenciones diferentes a servirse de ellos o ignorarlos. En la ciudad se cuidaba diferente la vida. Acá no había queréme, pegapega o sígueme para hacer la infusión mágica que prometía restaurar la capacidad de amar, tampoco estaba el manduco, las comadres, los platonos ni las azoteas para ver crecer de cerca la certeza de la vida. Al encontrar en la ciudad cáscaras de naranja nacía la necesidad de adaptar la receta incorporando elementos del ambiente caleño.

Aunque mi tía Alejandra se encontrara en la ciudad con responsabilidades que sólo ella debía asumir, si queremos pensar en la receta para restaurar la capacidad de amar, debemos preguntarnos ¿Qué tenía Alejandra en la casa de la ciudad? ¿Con cuáles herramientas contaba para seguir levantándose cuando la vida en la ciudad se tornaba insostenible? Así ya no miramos a mi tía Alejandra en carencia absoluta, podemos ver la iglesia, las otras vendedoras en el móvil, sus caminatas para despejarse y la sonrisa de sus hijos. La mujer que enviudó dos veces, se convierte en la mujer que decidió amar otra vez después de la pérdida prematura de su esposo. Ante la promesa de facilitadores externos para amarnos en condiciones hostiles, está la certeza de amores encontrados en diferentes formas.

RELATO

# La hora de las lavanderas

En los días soleados, salen Paulinita, Narcisa y Chechepa al río San Juan a lavar ropa, se ubican en la orilla con mínimo dos platones grandes, un jabón azul, un manduco y una pila de ropa cada una. Hoy iniciaron a lavar temprano para aprovechar el sol, nunca se sabe cuándo comenzará a llover dejando la ropa secada a medias, esperan al viento de la mañana para que sacuda el agua de las telas más pesadas. Cada una se ubica en una piragua diferente estregando el jabón con una mano sobre una prenda sostenida por la otra, para hacer llevadera su labor siempre inicia Narcisa con algún comentario serio narrado mientras sonríe moviendo la cabeza como diciendo “no”.

—Mire cómo es de jodida la gente, mi abuela cayó en cama, corrieron mis tíos a cortar madera para hacerle el ataúd, se murieron dos hijos primero y ahí sigue viva la vieja —dice Narcisa entre risas.

Se miran Chechepa y Paulinita entre carcajadas mientras las canoas son movidas por las pequeñas olas dejadas al paso de una lancha rápida. Regresan a las prendas, eligen las cobijas gruesas primero para lavarlas con fuerza mientras no hubiera cansancio todavía, al menos esas no se ensuciaban tanto como la ropa de trabajo. Las cobijas gruesas al sumergirse se volvían tan pesadas que debían usar toda la espalda

para sacarlas del río. Entre risas se incorporan porque están los hijos menores saltando desde el puerto hacia el río.

—Siempre hay que vigilar que a estos muchachos no les dé por tomar agua. ¡Ay, vea! Prácticamente le estaban diciendo a la vieja que no le querían lidiar la vejez, y tan duro que mi tía trabajaba para todos ellos —lamenta Paulinita.

La abuela de Narcisa es la tía- abuela de Chechepa, una miembro honoraria del pueblo cuya foto a blanco y negro reposa en el salón principal de la única escuela del lugar. En otras épocas había asistido decenas de partos en los corregimientos cercanos, esos mismos nacidos, ahora adultos, la asistían en la senectud. También tenía un compromiso por mantener los saberes vivos, decidió enseñarle a partear a muchas, entre ellas, la mamá de Chechepa que había heredado la labor primordial de cuidado en la comunidad.

—¡Definitivamente en el campo, el que menos sabe, sabe su cosita!, cada quien debe ayudar a su medida —exclama Chechepa, mientras entregaba la camiseta embarrada de su hijo menor—. Mi mamá hace unos meses parteó a la mujer de Genaro y hoy él le vino a rozar el patio, esa familia es agradecida, ese hijito mayor de Genaro salió buen ahijado también.

—¡Pero esa hermana de Genaro sí salió odiosa! —interrumpe Paulinita mientras mira seriamente a Chechepa—. Esa llegó a Cali a recostarse a mi madrina no más, yo no sé cómo fue que la criaron.

Todas las lavanderas que conversan hoy han vivido en Cali un tiempo, por necesidad, enfermedad o gusto, eran testigo de las calles que pasaron de barro al más estéril asfalto. A Chechepa le tocó terminar el bachillerato en un colegio del Distrito de Aguablanca, a Paulinita le tocó cuidar a su marido accidentado y a Narcisa le tocó trabajar un tiempo en casas de familia como empleada de hogar.

—Yo viví en Cali pero prefiero vivir acá, nosotros ni necesitamos puertas en la casa, esa ciudad es muy insegura con todo lo que pasa, yo no parí hijos para que la ciudad los dañara —dice Narcisa.

—¿Sí oyó?, no salga en la lucha si no sabe su secreto para luchar, la lucha se gana arrodillado. En esa ciudad todo el mundo anda como buscando su propio beneficio, corriendo de un lado para otro —contesta Chechepa, en lo que utiliza el manduco para lavar unos pantalones embarrados.

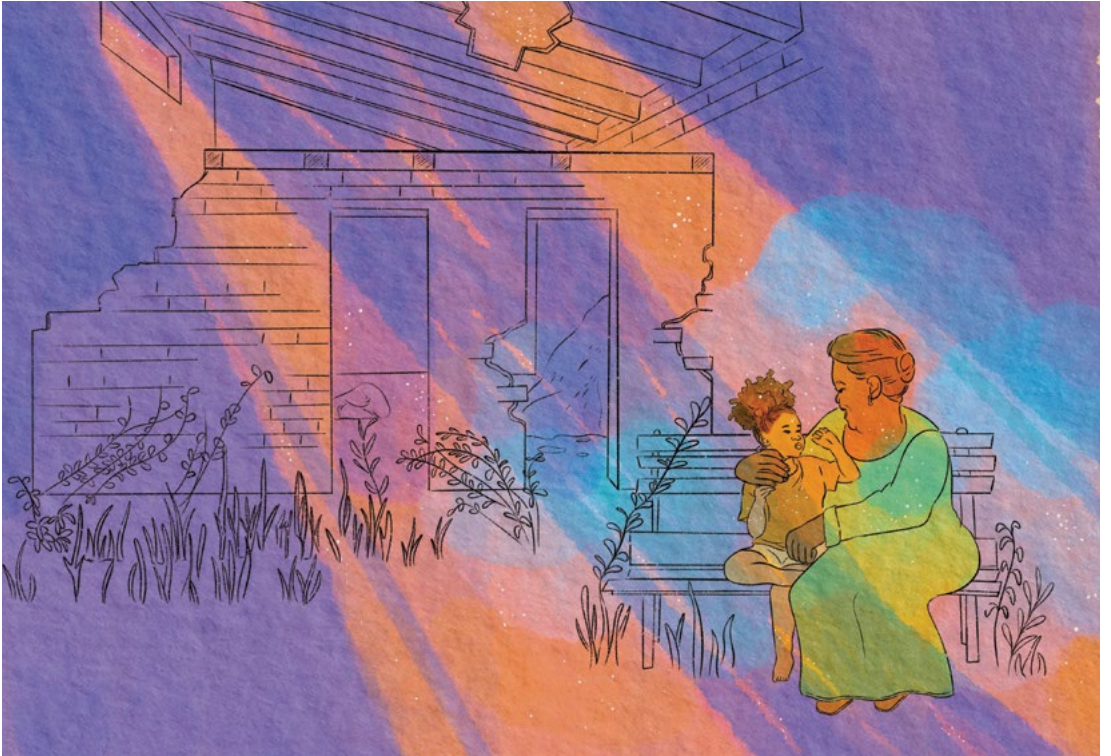
Se dicen eso mientras esperan la bajada de las lanchas cargadas en Istmina para surtir las tiendas del pueblo y la subida de la lancha que trae a la enfermera que mira mal a todo desde Buenaventura. Eventualmente todos los hijos menores que están nadando en el río, deberán vivir en Cali si quieren estudiar una carrera universitaria, el campo, al igual que la ciudad, se transforma. El pueblo deja de estar escondido, se abre a compartir con las ciudades como las flores del monte.

—Claro que sí, comadre —contesta Paulinita—. En esas ciudades si usted no guerrea su bendición, otro pelea su maldición. Yo por eso sólo bajo para Cali a ver a mis hijos y por las citas médicas, yo no me acostumbro a andar corriendo así.

El pueblo se ha abierto pero también han llegado razones para dudar de los desconocidos, cuidar de lo que se dice y con quien se dicen, agradecidas estaban igual las tres de conocerse desde siempre y de ser familia. Mientras hablan, baja una de las hijas de Genaro con una pila de ropa, su manduco y su jabón azul para acompañarlas, ella acababa de regresar de otro pueblo, toca cuidar lo que se dice. La hija de Genaro las saluda con un “adiós comadres” que se mueve con las olas del río para ser recibido por las otras, le contestan, cada una busca otra prenda y cambian de tema.

02.

# Sonia Alexandra Quiñones Mina





CUENTO

# La maldición de la casa siete

## EL ORIGEN DE LA MALDICIÓN

Cuentan los más viejos que desde hace muchos años los pueblos negros cargan consigo una maldición que les ha robado el alma, les ha hecho perder la memoria y olvidarse de dónde vienen y quiénes son. Esta maldición se originó cuando una legión de almas blancas, entraron a un antiguo pueblo negro con la intención de robarse a hombres y mujeres para convertirlos en sus verdugos. Fue en tiempos de la cosecha de arroz, cuando la comunidad se encontraba reunida alrededor de un Baobab, el gran árbol sagrado de la vida, cantando y danzando al ritmo de la Cora, el djembé, el dundún y el balafón, ofrendando alimentos y plantas a los espíritus ancestrales como un símbolo de agradecimiento por haber traído la lluvia. Pequeños y grandes tomaban bebedizos para protegerse de almas blancas que desde hace años recorrían sus tierras. Durante estas noches, los espíritus ancestrales se presentaban físicamente, develaban secretos que permitían que las almas enfermas y heridas de nuestras hermanas y hermanos negros se sanaran. Los secretos no eran revelados a cualquier persona, solo a aquellas que nacían con virtud.

Cuando las almas blancas llegaron al pueblo, no encontraron a nadie, las calles y las casas habían quedado desoladas, el eco de los cantos las condujo al baobab donde el pueblo se encontraba reunido. Aquellas almas blancas que intentaron ingresar al espacio espiritual, perdieron la cordura y entre ellas misma se empezaron aniquilar. Esa noche las fuerzas espirituales protegieron a su pueblo. Las almas blancas que lograron salvarse, quedaron aterrorizadas, se convencieron de que los rituales de ofrenda y encuentros espirituales representaban una gran amenaza para poseer las almas de las personas negras.

Pasaron centenares de años en los que las almas blancas seguían intentando dominar el alma de las personas negras, intentaron todo tipo de hazañas, hasta que al fin descubrieron que la única manera de hacerlo era a través de las personas que tenían la virtud.

Hace más de quinientos años, llegó una de las almas más escabrosas, devoradoras, acechantes. Su veneno es letal como el de la serpiente Taipan, se camufla de varias formas, su sigilo obedece a su interés calculador. Se alimenta de las pérdidas, de las heridas, de los lamentos, de los alaridos, del llanto, de la desesperación y de las angustias exclusivas de las personas negras. Se personifica como una madre, una madre mariana que integra la bondad y la razón; su performance hace eco de la aceptación de sus hijos y sus formas de existir, apela a la maternidad con todos sus destinos y usos; no repara en las heridas, solo en su retrato mariano.

Producto del acecho, es la causante del delirio y la paranoia de las personas negras, tan capaz de engendrar el autodesprecio y la máscara, tan creadora del odio por la piel y el cuerpo y sus sonidos y sus olores y sus sabores y sus... Despoja, entonces, a estas almas, imbuidas en el desasosiego y el pavor, llevadas por la alucinación y los antifaces de lo que nunca serán, o al oasis seco de la raíz muerta, de las sin-historia. Deterioran a estas almas, las doblegan, las convencen de su maldición, les clavan al espectro en la espalda y las hacen caminar descalzas por el camino marcado.

## **LA CASA SIETE: RELIQUIA FAMILIAR**

Han pasado tantos años y la maldición continúa dispersándose por todas partes. He escuchado el caso de familias enteras que se han quebrantado por culpa de la maldición, pueblos que han desaparecido por completo sin dejar ningún rastro de su existencia. Ahora la maldición llegó a mi casa, la casa siete. Desde entonces a esta casa la persigue la desgracia, ningún ser que ha vivido aquí puede decir que ha sido feliz. Aunque siempre pensé que yo lo sería porque escuché decir que nació con virtud, pero al llegar a la casa siete, me di cuenta que mi vida no sería como la anhelaba.

Se suele decir que la casa es una extensión de la vida de quienes la habitan. Las paredes de la casa siete están agrietadas, manchadas, ásperas como el alma de quienes viven en ella; están tan débiles e inestables como las emociones de los que residen en ella, no tiene cimientos, no hay nada a lo que pueda aferrarse, por esto, suele sentirse vacía.

Muchas personas de mi familia dicen que mi abuela al morir me heredó su virtud, debe ser por esto que soy la única que logra ver a los espíritus que siempre nos han rondado, han perturbado mi tranquilidad y en las noches no me han dejado conciliar el sueño. Cuando esto pasa, suelo cerrar los ojos y empiezo a recorrerla en mis pensamientos:

La casa siete tiene un gran antejardín cercado por una reja bajita de barrotes delgados color negro, dos ventanas con rejas horizontales de color negro azabache, una puerta que produce un chillido agudo cuando la abren, sus paredes externas cargan el peso de muchas capas de pintura blanca, mientras que las paredes de adentro han perdido su blancura a causa de las goteras que se filtran por el techo, se deslizan por ellas y forman grietas que cambian de tamaños y formas, trazando laberintos en donde tropas de hormigas desaparecen con migajas de comida a cuestas. Al entrar está la sala enorme, ocupada por un juego de asientos grandes y acolchados, en los que sólo las visitas pueden sentarse. También en la sala se encuentra un equipo de sonido que

nunca se enciende, una biblioteca repleta de libros que solo en mis sueños he podido leer.

La casa tiene cuatro habitaciones, dos en la parte de adelante y dos atrás. Toda la zona de adelante de la casa, conformada por la sala, el comedor y dos cuartos; es la única parte de la casa que está en obra blanca: cielo falso, baldosas y paredes pintadas de blanco. Mientras las paredes de la parte de atrás de la casa están en obra negra. Al lado de la última habitación, un arbusto se abre paso entre la maleza en donde se esconden las ratas y los sapos.

La casa siete es un tesoro familiar, acogió a mis abuelos y a aquellos miembros de nuestra familia que han dejado su esencia dispersa en todos sus rincones. Su tejado ha protegido de la intemperie a varias generaciones, sé que si tuviera alguna forma de conversar con él, me contaría en detalle cómo logró entrar la maldición, pues él es el testigo que ha visto desde lo alto todo lo que ha pasado en este lugar.

Sé que algo terrible ha sucedido aquí, pues aún escucho el eco del llanto de mis abuelos que retumba en las paredes de la casa siete, escucho sus pasos desesperados recorriendo los pasillos y los cuartos. Una melodía estruendosa en la cocina y el sonido de cadenas pesadas arrastradas por el suelo. Incluso puedo sentir esta casa como si estuviera viva. Desearía no tener esta virtud. A veces dudo si en verdad es una virtud o si estoy enloqueciéndome.

Las veces en las que he estado a solas en la casa, suelo recorrerla cuando siento su llamado, es usual sentir el aire condensado y bastante pesado, es como si se comprimiera en sí misma, aquí el aire no danza, no recorre los pasillos, ni acaricia el rostro de las personas que habitamos la casa, es un aire pesado que no logra elevarse, mantiene el suelo frío. Mis muslos, mi torso y mis brazos disfrutan caer en él y dejar que mi mente se pierda en las formas que la humedad ha dibujado sobre el tejado, le veo frágil y quebradizo, cada agujero por el que logra entrar un destello de luz, no es lo suficientemente fuerte para armonizar las energías malignas. Confieso que la última vez que lo vi, me invadió el miedo, es que, aunque yo tampoco he sido feliz aquí, no puedo imagi-

narme la vida sin él. Esta vez fue inevitable pasar por alto que más de diez tejas amenazaban con venirse abajo, tres de sus vigas crujián y dejaban asomar entre orificios a familias de polillas que las devoraban por dentro. El tejado amenaza con venirse abajo, nos ha dado muchas señales de ello.

He visto en las noches lluviosas a los espíritus jugar con el agua y danzar alrededor de las tinajas que mi madre con precisión suele ubicar bajo cada orificio del tejado. Guiados por las melodías de las gotas que golpean el fondo de las tinajas, cada una lleva su propio ritmo dependiendo del tamaño del orificio; algunas van más aprisa y rebozan con rapidez la tinaja, otras se toman su tiempo para caer. Mi madre no logra ver los espíritus que la rodean, yo los veo pero no lo comento con nadie, no quiero que piensen que estoy loca.

La maldición cada vez toma más fuerza, no entiendo cómo es que los espíritus danzan en un lugar en donde no florece la vida, parece que se burlan de nuestra desgracia. ¿Cómo es posible que sólo yo los pueda ver? ¿Será que yo estoy destinada a romper la maldición y las cadenas de la familia de la casa siete? ¿Mi virtud será suficiente para ello?

## **EL DESTIERRO: LA BIFURCACIÓN DEL MAL**

La primera vez que empecé a ver espíritus fue en la casa del barrio Bonilla Aragón, en donde vivíamos mi padre Clementino, mi madre Caridad y mi hermana mayor Efigenia. Antes de llegar a la casa siete, los espíritus se paseaban descaradamente incluso durante el día. Al principio me paralizaba, quedaba muda, rígida. Varias veces se los intenté mostrar a mi madre y a mi padre, pero ellos no podían verlos, así que intentaron convencerme de que no era real lo que veía.

El 28 de agosto de 2002, los espíritus parecían inquietos, abrían y cerraban las llaves del grifo del agua, azotaban las puertas de las habi-

taciones, cambiaban los objetos de lugares; desorganizaban todo. Ninguno en la casa percibió que ese día pasaría algo que cambiaría nuestras vidas. En la mañana, el desgarrador lamento de mi padre interrumpió mi sueño: “Por qué, Dios mío, por qué señor nos tiene que pasar esto”.

—¿Será que mi padre por fin logró ver los espíritus?

Cuando salimos del cuarto, lo encontramos desplomado, arrodillado y quebrantado, su llanto era como el de un niño, apretaba con fuerza el teléfono, mi madre nos sacó de inmediato de la sala y nuevamente nos llevó a nuestro cuarto, ahí conservamos un silencio tormentoso por un largo rato, no entendíamos lo que estaba pasando. Efigenia recostó mi cabeza sobre sus hombros y con la intención de brindarme un poco de calma, me acarició con suavidad el rostro, hasta que unas voces nos empezaron a inquietar, algunas las reconocimos, eran nuestros parientes, los hermanos y hermanas de mi padre. Por un instante, olvidé lo que había sucedido y me emocioné al pensar que tendríamos un gran festín, pues cada vez que mi familia se reunía, comíamos sancocho de pescado, acompañado de un buen tolo encocado, se escuchaban valenatos y mis tías adornaban la casa con su cabello envuelto entre tubos de colores y nosotras, junto a nuestros primos y primas, observamos qué tío era el más alegre para así acecharlo y conseguir unas cuantas monedas, para luego ir corriendo a escondida a la tienda y darnos un verdadero festín de dulces.

De repente mi tía María, la hermana menor de mi padre, abrió la puerta, se veía distinta no hizo algarabía, ni contoneó todo su cuerpo como era de costumbre cuando se emocionaba al vernos, intento sonreír, pero rápidamente sus ojos se inundaron de lágrimas, corrió a abrazarnos, juntó a ella se rompió el silencio. Apareció en mí, una sensación de vacío en el estómago y un dolor intenso en el pecho, las tres nos sumergimos entre lágrimas hasta solo escucharse nuestros sollozos. Mi tía María se encargó de bañarnos y vestirnos, mientras tanto los otros parientes, vecinas y amigos corrían con prisa con cajas de diferentes tamaños en donde empacaban casi por inercia nuestras cosas, con una rapidez impresionante desarmaron nuestro camarote.

Me senté junto a Efigenia en la silla mecedora que solía estar afuera de la casa, trataba de captar la mirada de alguien, dudando en cómo o en qué preguntar sobre aquello que acontecía. ¿Por qué mi padre estaba llorando en el suelo? ¿Qué habría pasado con mi madre que no salía de su cuarto? ¿Por qué empacaban todas nuestras cosas? ¿A dónde iríamos? Esas y mil preguntas invadían mi mente, pero parecía que todos evitaban mirarnos, varias manos tocaron con suavidad mi cabeza, pero nadie pronunció una palabra, no sé cuánto tiempo Efigenia y yo permanecemos ahí, agarradas de las manos, escuchando los susurros de nuestra familia, aterradas porque el cenicero de mi papá nunca se había rebozado con tantas colillas de cigarrillo. En el instante en que llegó el camión todos empezaron a subir las cosas, nuestro comedor, nuestra sala, nuestras camas... Solo quedaban en la sala unas cuantas cajas, ¿se les habría olvidado?

Mi madre salió con unas maletas del cuarto, se acercó a nosotras y nos dijo que pasaríamos un tiempo en la casa número siete, una propiedad heredada por su padre y su madre, enseguida le pregunté si mi papá también vendría, demoró un poco, pero contestó en voz baja y temblorosa que no, así se confirmó mi sospecha, aquellas cajas dejadas al olvido solo podían ser de él, de mi padre. La verdad es que cuando ella dijo que íbamos a la casa número siete, supe que él no vendría, pues cada vez íbamos de visita, Natividad, uno de los hermanos de mi madre, decía que los hombres tumaqueños eran vividores y dejaban hijos regados por todas partes, esas palabras quedaron sembradas en mi cabeza, generando una zozobra constante; cada vez que mi padre iba al trabajo o por alguna razón salía de casa, temía que jamás regresara, que nos dejará, que nos abandonará. Ese día parecía que la profecía se cumplía, me sentí triste, enojada, desdichada porque mi padre no se había esforzado por quedarse a nuestro lado.

Mi padre abrazó a mi madre, le entregó unos billetes que estaban amarrados con una liga que tenía exageradas vueltas para que ninguno se escapara, después se acercó a nosotras, inclinó su cuerpo, besó

nuestra frente y con la voz un tanto quebrada dijo: “Dios las bendigas, hijas mías”. Tan sólo eso, nada más.

El silencio de mi padre, el silencio de mi madre y los silencios de aquellos que sabían la verdad poco aportaron en sobrellevar la pérdida, por el contrario, los miles de imaginarios en los que fantaseaba tratando de descifrar lo que había acontecido, dieron paso a una tremenda ansiedad.

Quizá si mi padre me hubiera contado que esa mañana la tía Tita, llamó para avisar que aquellas almas blancas, de botas grandes y rifles de medio lado que rondaban en su Tumaco en busca de poseer las tierras para sembrar una planta que algunas personas usan para provocar la muerte, aprovecharon la soledad de la noche, entraron a la finca y en segundos socavaron el alma de tres parientes. Que ni siquiera hubo tiempo de llorar, ni de velar, ni de enterrar sus cuerpos, no se hizo comida para quienes quisieran acompañar, no se contaron chistes y no hubo voz que entonara algún alabao. Fueron despojados de las tradiciones espirituales del pueblo.

Juro que hubiera preferido la verdad, que convencerme con el tiempo de que mi padre había renunciado a mi existencia, no me hubiera sentido desdichada, no dudaría de su amor, ni del amor de nadie, pero ni mi padre, ni nuestros hermanos negros suelen hablar de sus emociones, de aquello que también los carga y les atormenta. A menudo nuestras familias negras están llenas de secretos, historias y vivencias en las que se albergan muchos dolores que se navegan de manera solitaria o que simplemente se quedan inexplorados.

Sí, esa fue la razón por la que mi padre dejó la ciudad y regresó a su tierra, cargando un bulto de ira e impotencia, desesperado, con los sueños frustrados porque aquellos hombres blancos se apoderaron de sus tierras y amenazaban con arrancarles el alma a mis tías. Ellas quedaron solas, pues a una le arrebataron a su esposo y a la otra quitaron las vidas de sus dos hijos.

Ese día, mientras mi padre se alejaba, nosotras subíamos al camión que nos llevaría a la casa siete, guardando la esperanza de pronto

volvernos a encontrar. Dejamos atrás nuestra antigua casa. En Bonilla Aragón quedaron los recuerdos de una casa siempre llena de parientes que llegaban a esta ciudad huyendo de la guerra, buscando mejorar condiciones de vida y con el optimismo de las nuevas oportunidades. Ahí se quedaron grabadas las melodías de los vallenatos que entonaba mi padre “Ay, mi vida se me está acabando, ay, mi vida me has abandonado”; las tardes de domingo en la que él me mostraba la mejor técnica para sacarles las espinas al pescado y un sinfín de recuerdos que con el pasar del tiempo se fueron difuminando.

Ese día nadie se imaginaría que las semillas plantadas en nuestro hogar con el pasar del tiempo se secarían, los lazos familiares empezaron a romperse, todo lo que sostenía a nuestro hogar empezaba a perder fuerza, las manifestaciones de amor se fueron debilitando a tal punto que ya nos costaba el abrazo.

Tenía cuatro años cuando llegué a vivir a esta casa, la número siete, durante el recorrido en ese camión del trasteo, Efigenia se quedó dormida recostada en el brazo de mi madre, quien me llevaba en sus piernas, ella también parecía atraída por las figuras que se formaban las nubes. Me percaté de que a medida que avanzábamos en el trayecto, poco a poco las personas negras desaparecían. Tan solo conté en el camino tres casas de esterillas, todas las demás eran de cemento, pálidas y sin ninguna gracia. De pronto, el camión dejó de saltar, no había huecos llenos de lodo que dificultaran su avance. Las calles estaban vacías. ¿Dónde estarían los niños y niñas con los que saldría recorrer las calles, con los que gritaría de emoción, empapada bajo la tan esperada lluvia? Los pocos que logré ver, eran tan diferentes a mí, blancos y amarillos, parecían pájaros cautivos enrejados en sus propias casas. A excepción de la casa siete, las rejas de las demás casas eran altas, lo suficiente para que nadie las traspasara.

Mi llegada a la casa siete significó una laceración en mi identidad, ya no tenía libertad para recorrer las calles, ya no encontraba rostros familiares, no había niñas ni niños saltando y corriendo por todas partes y el silencio era aplastante.

## LA SANGRE

Bajé emocionada del camión, buscando el rostro de algún pariente para lanzarme entre sus brazos, pero me paralizaron sus miradas frías e indiferentes, sus manos cruzadas fueron mensajes claros de que sus afectos, ni sus palabras de consuelo estarían disponibles para nosotras. En ese momento no había forma de sopesar el dolor de la pérdida de mi padre, junto a esa primera sensación de rechazo, de no merecer y no pertenecer a nada.

La tarde que llegamos, en la ventana de la primera habitación que daba a la calle, se veía una sombra, estaba atónita y parpadié varias veces para asegurarme de lo que estaba viendo, unos ojos grandes nos miraba por encima de sus lentes, se asomaba sigilosamente, parecía espantado, su cuello giraba de lado a lado como si buscara con desesperación a alguien, pero afuera solo estábamos mi madre, Efigenia y yo, además de unos cuantos vecinos y vecinas que nos miraban con disimulo, cuando ellos susurraban. Luego de varios esfuerzos, descubrí que era Natividad que, como si cual espanto fuera, estaba en la ventana escondido detrás de una cortina amarillenta que parecía diluirse con su piel.

Natividad era un hombre misterioso, su piel oscura lucía áspera y reseca por la falta de luz, permanecía encerrado en las cuatro paredes húmedas y agrietadas de su cuarto, junto a una tonelada de libros viejos de la revolución social anticapitalista. No creía en nada, pero era un fiel discípulo de la teoría marxista. Fue un sindicalista famoso y un fascinante orador. Su inclinación por la historia, la filosofía y la disciplina con la que estudiaba las leyes, le permitía construir convincentes discursos en la lucha de los Derechos Humanos.

A menudo los niños y niñas que parecían pájaros enjaulados venían a nuestra casa para que él les ayudara con sus tareas, ellos sí podían sentarse en su mesa, tocar y llevarse los libros que había en la enorme biblioteca de la sala —mi parte favorita de la casa—. Me preguntaba cuántos secretos e historias escondían todos esos libros que yo nunca pude tocar. Natividad se comportaba de manera gentil, excesivamente

servicial y solidario con los vecinos y vecinas del barrio, les ayudaba en trámites legales, sin aceptar retribución económica más que los halagos a su intelecto.

La casa siete no era como todas las casas, un alma blanca extraña la rodeaba. Sus dos ventanas solían permanecer siempre cerradas como si escondiera algo. A simple vista parecían impenetrables, era difícil para aquellos que pasaban de manera ligera comprender lo que sucedía adentro de la casa. La casa siete parecía estar pidiendo auxilio, pero solo quienes atendían su llamado y la recorrían con cautela e intuición, podían ver más que las amarillentas y manchadas cortinas, aun así, no podían ver a los espíritus que habitaban en la casa, solo yo podía hacerlo.

Mi madre una vez me contó que fue después de la muerte de mi abuela que no se volvieron abrir las ventanas. He pensado que esto tiene relación con la maldición, el inesperado fallecimiento de la abuela Estefana, que habría dejado sin cimientos a nuestra familia, permitió que los espíritus recorrieran con mayor libertad todos los rincones de la casa, dispersando por todas partes la maldición.

## **EL DOBLE FAZ DEL REGAZO**

Al principio pensaba que la maldición había llegado con los espíritus, por eso me atemorizaban las ánimas benditas que rondaban la casa; mi tío, el flaco, hermano menor de mi madre, les rezaba, sin embargo, se hacían sentir con pasos firmes y pesados. En las noches de tormenta, la fuerza con la que se escuchaban sus pasos, me resultaba desesperante, parecían atormentadas, sentía que arrastraban cadenas y las imaginaba ancladas al suelo. ¿Por qué las ánimas no descansaban con los rezos de mi tío el flaco? ¿Qué las anclaba a este mundo terrenal? Me ponían la piel de gallina, mis piernas parecían que estuvieran clavadas en una tonelada de cemento y mi cuerpo quedaba inmóvil por las heladas de viento que traspasaba el arbusto del patio y la cortina de la ventana del

cuarto. Ni el toldillo, ni las colchas de retazo que mi madre colocaba encima de éste para cubrarnos de las goteras de lluvia y ponernos a salvo de roedores que trepaban por las paredes de ladrillo, lograban amortiguar el sonido de las ánimas. Confieso que por momentos me era imposible diferenciar entre las goteras de las tinas y los pasos de las ánimas; pero durante cada noche, mis oídos, adquiriendo la experticia, ahora, sin mayor esfuerzo, podían saber lo que acontecía en la oscuridad de la medianoche.

Quizás las ánimas estaban atrapadas por esa energía maligna que las acompañaba y que nos había despojado del amor.

La casa siete estaba dividida, a las personas más claras les correspondía la parte de la casa que tenía los acabados en obra blanca. A nosotras que éramos las más oscuras, nos tocaba la parte de atrás, la que estaba en obra negra, junto al arbusto que para ese momento estaba bastante crecido.

El cuarto de atrás, nuestro cuarto, aunque era bastante húmedo, pues los pozos del piso tardaban en secarse o diluirse entre la tierra, se sentía cálido, especialmente en los días soleados.

Por el tejado, a través de los agujeros, entraban rayos de luz que producían sombras de diferentes formas. Cuando Efigenia disfrutaba de la imposible tarea de atrapar los rayos de luz, yo era feliz desplomando mi cuerpo en la cama de madera en la que dormíamos con mi madre. Me producía una infinita calma perderme en las cientos de partículas de los destellos de luz, me aliviaba dolores que no sabía ni recordaba en dónde se habían producido. Mis oídos se entumecían, solo las carcajadas de Efigenia que se escuchaba en la lejanía interrumpían la plenitud.

Por otra parte, la relación de mi madre y Natividad estaba quebrada, las pocas palabras que le lanzaba siempre contenían una queja de Efigenia y mía. Nuestras voces aturdían y a menudo nos solían chistar.

Recuerdo el día en que descubrí la serenidad que me proporcionaba observar el tejado en los momentos en que me era difícil lidiar con mis propios miedos, angustias y tristezas. Eran las 3:00 de la tarde, estaba jugando rayuela en la zona blanca de la casa, ahí vivía Natividad, su

esposa Blanca y sus dos hijas. Aproveché que estaban encerrados en sus habitaciones tal vez viendo telenovelas o haciendo la siesta. Dibujé en mi mente la rayuela, a cada uno de los cuadros de la baldosa le asigné un número, tiré un frijol que cayó en la tercera baldosa, estaba a punto de saltar cuando sentí unas manos ásperas y pesadas en mi brazo. Era Natividad que sin pronunciar una palabra me sacó de la sala, me lanzó al arbusto y me miró fijamente, sus ojos dilatados solo afirmaban mi lugar, el único lugar en que mi ser, mi alma, mi cuerpo podía habitar.

El sonido de su respiración era desesperante, hicieron que los latidos de mi corazón se aceleraran, de repente sufrí un escalofrío, mis pulmones batallaban absorbiendo el aire denso, en mi pecho apareció un intenso dolor. Como pude llegué a mi cuarto, con el miedo de desplomarme y con el temor de que la ira de Natividad pudiera destrozarme. Me lancé en la cama mirando hacia el tejado, no comprendía aquel acto tan humillante. Ahí se sembró la culpa, desde entonces ha sido difícil librarme.

Después de que mi llanto cesara y mis sollozos fueran los únicos en escucharse, un rayo de luz me iluminó el rostro y el viento fresco me trajo un poco de calma. Me percaté de que el tejado había estado acompañándome, era el testigo del horror. Me di cuenta de lo mucho que teníamos en común él y yo.

Nuestro cuarto era el único lugar en el que el tejado podía verse tal como era, demasiado oscuro, con diferentes tamaños de orificios que lo hacían lucir horroroso, algunas de sus tejas estaban cubiertas por una pelusa verde que daba la apariencia de estar mojada. Mi piel también era oscura como la del tejado, pero sin la fortuna de poderla cubrir con las láminas blancas de icopor que escondieran mi vergonzoso aspecto, así, era la manera en que el tejado estaba en la zona delantera de la casa, yo en cambio estaba destinada a vivir oculta y exiliada en la parte de atrás de la casa siete.

Estaba triste, añoraba sentirme amada. Cuando llegué a la casa siete, me quedé sola. Nadie me daba información sobre mi padre, con el tiempo perdí las esperanzas de que regresara, así que era mejor aceptar que él no me quería.

Mi madre, Caridad, pronto encontró trabajo de interna en una casa al sur de la ciudad. Fueron otros niños y niñas los afortunados en gozar de su amor y cuidado; por suerte compartía unas horas con ella cada quince días, pero había desaparecido su esencia, casi no sonreía, cada vez hablaba menos. El tiempo que estaba en casa, aprovechaba para limpiar nuestro cuarto, lavar nuestra ropa, lavar nuestro cabello, estregarnos el cuerpo y hacernos un peinado que pudiera durar hasta su regreso.

Efigenia, quien era seis años mayor, se refugió en las calles, salía poco después de comerse un pedazo de pan acompañado de una taza de café, regresaba a casa solo para dormir. A nadie parecía importarle lo que podía sucederle, ella no guardaba silencio frente a las formas en que nos trataban, así que a Blanca le generaba molestia tenerla en casa. Decía que era una niña irreverente y que de ella nada bueno se podía esperar.

Desde ese tiempo he dudado de la virtud con la que dicen que nací. Los malos tratos y malas palabras que recibía por parte de Natividad, Blanca y sus hijas, me convencieron de que había nacido con la maldición y que por eso los espíritus me atormentaban.

La misma tarde en la que Natividad me lanzó sin piedad al arbusto, entraron a la casa siete dos niñas, Natalia y Juliana, las mismas niñas a las que su madre les prohibió juntarse conmigo. Traían dos libretas, se sentaron en la mesa, cuando Natividad en la puerta se despedía de la madre. Les veía desde el fondo del pasillo de la parte de atrás de la casa. ¿Si Natividad era negro como yo, por qué las madres sí dejaban que los niños se acercara a él? ¿Por qué si su piel era oscura como la mía, podía estar en la parte delantera de la casa?

Empecé a observar todos los días a Natividad, estaba segura que si conseguía ser como él me despojaría de la maldición, las madres me dejarían jugar con sus hijas y aquellas no se reírían porque mi cabello crecía hacia el cielo, los niños no me llamarían a gritos King Kong, pan quemado, pero lo que más me ilusionaba es que podría leer los libros de la biblioteca, Blanca me trataría con amor y Natividad me ayudaría hacer las tareas como a los demás niños.

Natividad se comportaba de manera servicial con Blanca, la complacía en todo, ayudaba con dinero a sus familiares aunque a ellos poco les agradaban que ella estuviera casada con un hombre negro. Cada que regresaba de realizar las diligencias de los vecinos y vecinas, traía un obsequio para Blanca, le compraba los perfumes más caros, aunque constantemente se escuchaban sus quejas por su falta de dinero.

Blanca solía reclamarle a su Dios por el castigo que le había dado, vivir en una casa de negros, se preguntaba una y otra vez a sí misma qué mal estaba pagando. Sus reclamos retumbaban en mi cabeza. No sé en qué momento la empecé a compadecer.

Comencé a ser servil con Blanca, le gustaba que mantuviera impecable la casa, por esa razón me despertaba temprano, barría el antejardín de la casa, ella detestaba este oficio. Sacudía todas las partes delanteras de la casa con un trapo rojo de dulce abrigo y utilizaba otro más viejo para quitar las manchas del piso, era un arduo trabajo, pero jamás me quejé. Me disgustaba cuando Blanca me decía que era una perezosa como Efigenia. Lo único que disfrutaba hacer era limpiar los vidrios de la biblioteca, lo hacía muy lento, confiaba en que si descubría los secretos que guardan los libros, me darían el don de dominar las palabras y las personas me escucharían como a Natividad. De todas las portadas de los libros, me llamaba la atención la del libro *La transformación*, de Franz Kafka. ¿Qué historia podría narrarse de un insecto tan extraño? Creo que este era el preferido de Natividad, porque debió identificarse con Gregorio Samsa.

Temía romper alguna cosa y decepcionar a Blanca. Odiaba mi torpeza, me avergonzaba mis olvidos, por más que iba a la tienda repitiendo lo que debía comprar no lograba memorizarlo, me sentía inútil porque Blanca me decía que ni para eso servía.

Con el tiempo, me empezaba sentir como mi prima Danzara, la hija menor de Natividad y Blanca, todo el tiempo estaba de mal humor, no hacía nada más que estar en su cama, se ofuscaba por cualquier cosa o lanzaba objetos por todas partes.

Lloraba mucho, igual que ella. Recuerdo que una vez en la madrugada, una ambulancia la llevó al hospital, pues se tomó un frasco entero de medicamentos para ponerle fin a su pena. No se sentía amada por su madre, la mayor parte del tiempo discutían, a Blanca le molestaba su comportamiento, decía que era idéntica a nuestra familia. Le exigía hablar en un tono bajo, se quejaba por los morros de pelo que Danzara dejaba dentro del peine y rodando por el suelo, era inevitable, su cabello se caía en grandes cantidades, por culpa de la alisadora casera que se aplicaba y que le causaba profundas quemaduras en su cabeza, con los días junto a las carachas de la quemaduras caía su cabello. Sé lo doloroso que es, a los nueve años experimenté ese ardor insoportable que producen las quemaduras de alisadora.

Sol, la hija mayor de Blanca, era una joven de diecinueve años, más blanca que su propia madre, era la preferida de Natividad, él siempre la presenta como su hija, aunque no lo fuera, Blanca la traía en brazos cuando llegó a la casa número siete. Se parecía a las protagonistas de telenovelas, tenía ojos claros y un cabello largo que llevaba hasta la cintura. En aquel tiempo lo adornaba con cintas de colores y en la parte de adelante se hacía un sutil moño. También era infeliz, no logró ver la belleza que las personas le admiraban, pasaba el tiempo haciendo dietas para estar delgada.

Era demasiado agotador tener que complacerles y aun así, por más esfuerzos que hacía no había conseguido leer un solo libro de la biblioteca, nada era suficiente para que Blanca me quisiera un poco y Natividad buscaba excusas para gritarme y zarandearme.

Varias veces le dije a mi madre de los malos tratos que recibía en la casa siete, pero no dijo nada, asumía el lugar y el trato que Natividad y Blanca le daban. Anhelaba que reaccionara, no sabía que ella también se sentía sola y que la situación la abrumaba. Trabajó tanto como pudo, sus pies se hinchaban y sus venas se brotaban, cuando estaba en casa, mi familia le reprochaba el haberse metido con un hombre negro tumaqueño. Así que deseé que mi madre no fuera mi madre, mis deseos invadieron mi mente noche a noche, en mis sueños ansiaba el rescate

de una madre blanca que me quitara la desgracia de haber nacido del útero de una mujer negra, creando un mundo absolutamente blanco en el que yo fuera merecedora de amor y cuidado.

Ya no me importaba nada. No solo yo estaba maldita, sino que todas las personas que vivíamos en casa siete. Descubrí que Natividad realmente no era feliz, de nada servía estar en la zona blanca de la casa, su vida era tan miserable como la mía, solo fingía.

Era la casa más infeliz, no se celebraba la vida, nada absolutamente nada. Cualquier ruido que se hiciera, Natividad temía que la gente hablara de él como lo hacían cualquier hermano o hermana negra.

## **HAZAÑA DE UN ALMA BLANCA**

Ayer en la mañana el aire estaba más pesado, sentí más imponente la energía del alma blanca que nos rondaba en la casa siete, estancaba el aire, no fluía ni un poco. La noche anterior, los espíritus hicieron que me despertara varias veces. Esta vez vi uno más joven reírse a carcajadas, al parecer jugaba con los demás espíritus, solo uno parecía tener miedo, no danzaba igual que los demás que aún con las cadenas acuestas se veían felices.

Desde la mañana empezaron a abrir y cerrar los cajones del armario. El espíritu que en la noche tenía miedo, caminaba con desesperación por toda la casa, se movía como si quisiera romper las cadenas. Pensé en acercarme, pero antes fui por un vaso de agua al aparecer, de nuevo, esa sensación de vacío en mi estómago.

Iba caminando de regreso a mi cuarto, llevaba el vaso de cristal rebozado de agua en mi mano derecha, de repente me sorprendieron las muecas del espíritu joven, eran bastantes graciosas y al reírme, olvidé que tenía el vaso en la mano, este cayó al suelo produciendo un estruendo.

Blanca salió del cuarto, me observó. Yo me quedé helada sin saber qué hacer. No pronunció una palabra, pero al ver sus ojos me di cuenta de toda la furia. Escuché que respiro fuertemente, dio la vuelta y se dirigió rápidamente al cuarto de Natividad.

Desde donde estaba alcancé a escuchar a Blanca quejarse con él.

—Ve, Natividad, esta niñita hizo un daño, quebró el vaso, no sé puede quedar quieta, va despertar a Sol.

Sentí un aire caliente en mi cabeza, estaba cansada de que Blanca solo se quejara de mí. Finalmente, yo estaba en la casa heredada de mis abuelos, no estaba en su casa. Corrí a mi cuarto, con una profunda ira que no estaba dispuesta a dejarla adentro. Natividad, como esclavo bien mandado, salió de detrás de mí. Me gritaba que me callara, que hiciera silencio y un montón de palabras que no lograba entender, porque antes de terminar una frase, iniciaba otra.

Por primera vez no sentí miedo, los espíritus me habían mostrado que aún encadenados habían elegido ser feliz, las goteras del tejado habían empezado a manchar las paredes de la parte delantera de la casa número siete y a romper a las láminas blancas de icopor, el tejado no estaba dispuesto a que otros decidieran cómo debía lucir. Así que contesté fuertemente: esta también es la casa de mi madre y tengo derecho...

En ese instante todo se transformó, parecía que mis palabras hubieran despertando un ser maligno que habitaba en el cuerpo de Natividad. Su cuerpo temblaba de ira, sus ojos me miraban con odio. Sentí su cuerpo encima del mío, me dejó inmóvil, me golpeaba sin piedad como si me odiará. Grité pidiendo ayuda, pero Blanca no se inmutó, se quedó en silencio. En repetidas ocasiones me quedé sin aire, me sentía sola e impotente, cuando su rabia cesó y mi cuerpo quedó desmadejado.

## REENCUENTRO ESPECTRAL

Ahora ya no siento mi cuerpo, el silencio no se siente tormentoso, parece que el tejado hoy tiene más orificios, los rayos de luz entran con fuerza, de las pelusas verdes han salido flores de diferentes colores, son realmente hermosas. Puedo ver el cielo más cerca.

Mami, mira, hay muchas mujeres como tú y yo, unas son mayores, otras son jóvenes y también hay niñas, una de ellas se parece al espíritu joven con el que reí a carcajadas en la mañana. Dicen que son tus hermanas.

Madre, me acarician y me besan, están felices de tenerme aquí. Por favor, ya no llores, ellas me cuidan junto a tu madre Estefana y mi abuela Luz, sus manos curaron mis heridas, en mi cuerpo no hay marcas, estoy sana.

Estoy muy feliz de verte padre, sé que me amas. Jaimito y Casimiro me contaron la razón de tu partida, ellos están agradecidos porque cuidas a su madre. A la tía Tita dile que Teodoro su esposo, sonríe a menudo cuando la ve disfrutar del amor.

Me alegra que convencieras a mi Madre y a Efigenia de irse vivir a tu tierra, allá las almas blancas pierden su fuerza. A Efigenia le encantará conocer el Morro. Mis abuelas danzan al ritmo del cununo y el guasá. No sabía que yo también podía danzar, me dijeron que dejara que los cantos y el sonido de la música llegaran a mi corazón y ahora contoneo las caderas igual que ella. Aquí me quieren. Esta noche hay un festín por mi llegada, escuchamos los cantos de los arrullos de las mayores y mayores. La abuela Estefana me está haciendo un hermoso peinado, dicen que mañana a la misma hora en que llegué aquí, mi madrina, mi padrino y ustedes danzarán.

Gracias tía María por los chistes y las rondas que cantes con tu melodiosa voz.

Madre sé que ahora no me escuchas, pero te contaré un secreto, Efigenia tendrá un niño que heredará la virtud, sólo él podrá verme. Estoy feliz porque sé que mi Tita le creará, ella también heredó la virtud.

Madre, siento mucho lo que le sucedió a tus hermanos y a tu familia, la abuela me lo contó: cuando ella vino aquí, los espíritus estaban a la espera del reencuentro en un ritual ancestral con ustedes, ahí les contarían los secretos, saberes curativos y poderes mágicos. Sabiamente realizarían un viaje por la memoria ancestral que siempre les recordaría las palabras sabias de la abuela Estefana, sanadoras de profundas heridas, así ustedes abrazarían la belleza de su negritud y descubrirían una forma, más allá de lo carnal, de reconectarse con su espiritualidad ancestral. Escucharían las voces espirituales en momentos de quebrantamiento, incertidumbre y mantendrían el amor intacto entre las hermanas y hermanos negros, pero antes de que esto sucediera el alma insana, la más perversa, la más dañina. Blanquitud, ella les sedujo, por eso sus espíritus están encadenados en la casa siete.

Sus espíritus jamás les dejarán, necesitan que ustedes recuerden quienes son, que vuelvan a recorrer sus caminos, que construyan sus propios pasos y que recuerden todo lo que sabían y que han dejado perder. Está bien aprender muchas historias, pero jamás olvidar la propia. Deseo que puedan encontrarse y amarse entre hermanos y hermanas negras. Deseo que renazcan con el poder espiritual de nuestras ancestras y ancestros negros.

03.

# Vanessa Castro Álvarez





RELATO

# Victoria

I

El recuerdo viene latente, hierde, duele. Despierto y nuevamente llega, me violaron y abusaron de mí. Tengo tantas cicatrices.

Me violaron y no quiero dar más vueltas en esto. No quiero vacilar un día más para decirlo. Sí, también fui abusada. Tengo esa sensación de que por tanto tiempo callé y oculté esta historia, mi historia. Leo a tantas mujeres que hoy lo dicen en voz alta y detrás, está el silencio. Y es que quema, detiene, rompe. ¿Es que acaso a todas nos pasó? Me pregunto, ¿cuántas más continúan calladas?

Los mismos pensamientos vuelven a dar vueltas en mi cabeza y los camino en preguntas que se repiten: ¿quién era yo cuando no podía hablar? o más bien, ¿quién soy ahora que me atreví a hacerlo? Entonces vuelvo mi mirada hacia atrás y veo la herida, busco una salida... será que ya la encontré o tal vez estoy a punto de, no sé.

Recuerdo la primera vez que pude realmente verbalizarlo. Fue a una amiga y ella solo atinó a hacer silencio. Hoy se lo agradezco. Ese día yo había tomado un poco y estaba “más allá que acá”, como decimos. Me encontraba frente a la bahía y quizás fue la primera vez que el mar me escuchó gritar desde adentro. No sé si fue el sonido de las olas lo que me hizo llorar, pero lloré, acurrucada en las piernas de Mary, mientras repetía que no sabía cómo me había permitido cometer ese tremendo error.

Tenía tanta vergüenza de decirlo en voz alta. Vergüenza de mí, vergüenza de todo. Y es que, durante mucho tiempo había escuchado gente a mi alrededor decir cosas como, “seguro hizo algo”, y yo pensaba “pero si solo le di un beso”. Y entonces, terminé juzgándome por un beso, ese maldito beso. Taladraba mi cabeza repitiendo “sí, seguramente fue mi culpa”.

Lo peor es que, luego del incidente, me parecía ver su rostro por todas partes, en todos los hombres, en todos los espacios, en todo, ¡maldita sea!

A veces, en la calle intentaba caminar más rápido, porque, según yo, podía sentirlo venir detrás e imaginaba que me tomaría por la cintura, como lo hizo esa tarde, en la habitación en casa de mi tía. Muchas mañanas, cuando iba hacia la universidad, me encogía y trataba de hacer espacio para alejarme del desconocido que iba a mi lado en el bus, porque lo veía a él y no podía evitarlo.

Durante mucho tiempo sentí que nunca podría ser tocada. Que no merecía ser querida o deseada. Sentía que no merecía disfrutar de mi cuerpo, ni siquiera eso. La culpa no me abandonaba y tampoco el miedo de que todos se dieran cuenta del desprecio que sentía por mí. Y cuando pensaba en todos, la verdad, probablemente pensaba en mi familia. Sentía ojos señalándome en todas partes. Tal vez era mi necesidad de afianzar esa culpa o quién sabe.

Al final, pienso que el mundo se esfuerza por hacernos sentir —a mí y a todas las que hemos pasado por algo así— como la chica que no supera el hecho, la que “si no lo denunció, quizás no fue cierto” o la que lo calló porque “a esa historia está incompleta, le hace falta un pedazo”. Escuché eso tantas veces y no fue sólo en la televisión, también en casa, de la boca de mi madre, de mis amigas, quizás incluso de alguna profesora y hasta en la de mi primer amor, al primero que le dije “te amo” y a quien ingenuamente le confié esa verdad. Lo escuché y lo leí en las denuncias de la sección de noticias de medios o en mis redes sociales, cuando veía a alguna chica que se atrevía a exponer a su victimario. Encontraba comentarios de las personas cuestionando su decisión: “yo

hubiese ido a denunciar inmediatamente o guardaba silencio”, decían. Todos insistían en ponerla contra la pared, hacerla sentir miserable y despreciar sus formas.

Uno de esos días, leí un caso de una chica en España que había sido víctima de una violación en grupo. En las noticias se referían a ellos como “La Manada” y me obsesioné con el caso. Todos los días buscaba si algo había avanzado en las investigaciones, y todos los días admiraba la manera en cómo ella había denunciado su caso. Pero también, encontraba nuevas noticias con titulares que cuestionaban por qué ella había seguido con su vida, por qué no parecía tan traumatizada, por qué se había vestido de tal o cual forma y se había ido de fiesta con sus amigas.

Vi todas las audiencias, leí la transcripción del testimonio, busqué fotos de la chica para saber —queriendo que fuera real— si había seguido con su vida. El caso avanzó lento, duró tres años. Ellos fueron condenados y recuerdo estar sentada frente a mi computador, a las 7 de la noche, llorando de satisfacción. Así como ese, me obsesionaba con cualquier otro caso mediático del que me enterara y que sucediera en cualquier lugar del mundo. Recuerdo cómo me afectaron, aquellos en los que las mujeres fallecían, esos eran los peores. Las lloraba por días. Siempre a solas y en silencio.

Alguna de esas noches, estando en familia y viendo las noticias, presentaron una sobre la violación a una mujer. Me enojé mucho con mi mamá y mis hermanas, porque ellas tenían una posición sobre el caso y yo tenía otra. La verdad, no sé si tenían una, pero yo les gritaba y les pedía que creyeran en la inocencia de la chica. Era al final, como pedirles que creyeran en mí, a ciegas, como si ellas supieran lo que me había sucedido.

Por ese mismo tiempo, en mi barrio, corrían rumores de que en algunas casas se prostituían niñas. Niñas negras, menores de edad, que en la mayoría de los casos no estudiaban y no tenían padres presentes. No tenían a nadie. Eran ellas contra el mundo. No vivía lejos de las noticias que escuchaba o leía. Los casos que mostraban en los noticieros nacionales eran muy parecidos a varios que escuchaba en esa línea periférica

de mi ciudad. Sentía que todo esto me perseguía. Era como pensar que, tal vez, no había la misma esperanza con otras historias que veíamos en las telenovelas o en las películas. A nosotras no se nos podía permitir.

A la hija de una de mis vecinas, una niña negra también, la abusó su hermanastro. Al papá de ese chico, padrastro de la niña, fue a quien finalmente acusaron. Nunca entendí por qué asumió esa culpa. Igual, estuvo solo dos años en la cárcel y a su hijo, nunca más se le vio en el barrio. De la niña que después se hizo mayor, todo el mundo siempre tuvo algo que decir y su palabra siempre estuvo en duda.

Y así, rodeada de todo eso, creía que el universo me exigía no decir nada, que era mejor seguir callada. ¿Quién me iba a creer que fui abusada a los cuatro años por un tío y luego que un primo a los 17 años me violó? ¿Cómo pudo pasar y que nadie se diera cuenta?

En mi cabeza esto rondaba cada tanto. A veces, creía que tenía las fuerzas para hablar con mi madre y rogarle que por favor me creyera. Otras, despertaba simplemente pensando que quizás era mejor “pasar la página”, como alguna vez me dijo una amiga. Me planteaba la posibilidad de que yo fuera el error y quizás, estaba aferrándome a un pasado que no tenía por qué determinar mi presente o peor aún, mi futuro.

Lo cierto es que en mi cabeza había demasiado ruido, demasiados miedos, demasiadas culpas y a veces, en momentos de mucha soledad, sentía que mi cuerpo se hacía casi tan chiquito como cuando tenía cuatro años. Sentía de nuevo mis cabellos largos y frondosos, y otra vez, sentía las noches en las que esa enorme mano me cubría la boca y casi toda la cara. Una mano que llegaba al sur de mi cuerpo, en esas zonas que eran más diminutas que los caracolitos que se encuentran en la arena de la playa.

A veces, en soledad, me encontraba en ese espacio estrecho que quedaba entre las sábanas blancas y mi tío que respiraba cerquita a mi oído. A veces, quisiera recordar si pensaba en algo, si en ese momento decía alguna palabra, pero no lo consigo.

Algunos días, por más que me esfuerzo y trato de apaciguar la avalancha de recuerdos sobre la habitación de mi tía, sigo escuchando

a mi primo gemir y hacerse el desentendido, mientras le pedía que no lo hiciera. Evito a toda costa, pensar en el lunar en su mejilla derecha, sus cejas pronunciadas. Pero estaba ahí casi todos los días, cuando me iba a dormir o cuando despertaba, cuando estaba con amigas y me contaban ilusionadas sobre sus primeras experiencias o sobre los chicos o chicas con las que salían, mientras yo me cohibía de vivir todo eso, porque no permitía que nadie me tocara o porque, como ya dije, no me creía merecedora de un poco de amor.

La memoria de mi cuerpo no ha dado tregua y aunque han pasado muchos años, siento que tengo demasiados besos indeseables tatuados en mi cuerpo que aún no he podido borrar y que no elegí. Estoy agotada, no sé qué hacer.



Varios días han pasado, yo sigo sin poder dormir y mi madre aún no se ha dado cuenta. La casa de mi abuela, que siempre me ha parecido tan amplia, se siente asfixiante. No puedo escapar, no tengo cómo. Tengo 17 años, me llamo Victoria y hace una semana, uno de mis primos me violó.

Me está doliendo algo por dentro y es más de lo que siento físicamente. No he podido ir bien al baño, ni puedo sentarme cómodamente, porque me duele cerrar las piernas. Tampoco he podido llorar, esto me está carcomiendo, algo me sepulta. No sé cómo decirle a mamá, pero escribo esto porque tal vez es la única manera que tengo de hacer más llevaderos estos días. ¿Por dónde comienzo? Escribo.

*Es enero del 2012, acabo de graduarme del colegio y estoy de vacaciones en casa de mi abuela. Hay algarabía en la calle, suena alguna champeta de fondo que no me sé, escucho carcajadas en la sala, quién sabe qué cuento estará echando mami. Quiero llorar, pero estoy seca.*

*Hace una semana fui a visitar una tía, me pasaría un par de días allá, como siempre. Pensaba ayudar con los quehaceres, terminar temprano y después quedarme por la tarde viendo películas de Cine Canal o de alguno de esos canales que tienen programación de cine 24/7, porque me gusta mucho y en casa de mis papás nunca ha habido cable o parabólica, así que no tengo muchas opciones para ver.*

*Los planes no fueron tan así. Recuerdo que decidí echarme un sueño y cerrar los ojos para descansar después de haber lavado un montón de ropa y hacer aseo, solo eso. Y mientras quedaba más o menos dormida, mi primo —de esos que les llamamos primos políticos— me tomó por la fuerza. No entiendo cómo las cosas dieron ese giro.*

*Nehemías, mi primo, había entrado al cuarto a cambiarse, tenía una toalla blanca que le cubría de la cintura hacia abajo, nada más. Me hacía la dormida, aunque la verdad sentía su olor fresco y su respiración. Él notó que estaba despierta y empezó a coquetear conmigo. Decía cosas y yo respondía casi en monosílabos. Coqueteamos un rato. Él es, por lo menos, seis o siete años mayor que yo. Yo nunca he tenido novio y la verdad, no me considero muy bonita, los chicos lindos siempre le caían a mis amigas. Así que cuando mi primo, el atractivo y el que tenía a todas en el pueblo detrás de él, me dijo que yo siempre le había parecido muy linda y que “qué lástima que no tuviera novio”, me emocioné.*

*No pensé en nada, disfruté la atención mientras tenía los ojos cerrados y hablaba entre los dientes para responder cualquier babosada que me decía. Cuando supe que estaba lo suficientemente despierta, le dije que saldría para que él estuviera más cómodo y respondió que no era necesario. Aun así me levanté, viendo todavía su toalla puesta, luego lo vi acercarse a la puerta, me agarró la cintura, me arrinconó y me besó. Siento asco al pensar de nuevo en esto.*

*Ese día pensé en las cientos de veces que había visto la escena en las películas, cerré los ojos y me permití el sueño del beso que no había dado. Tuve una sensación entre el estómago y el pecho, pero también, y definitivamente, miles de pensamientos que me decían que todo estaba mal allí, entonces abrí los ojos en cuestión de segundos y le pedí que por favor se hiciera a un lado,*

*pero no me escuchó. Insistí. Ponía la cara a un lado y me sentía apretada, sus manos ya no estaban sobre mi hombro, ni había gestos de coquetería y sensualidad como en las películas. Ahora tenía sus brazos rodeando todo mi cuerpo y su cuerpo desnudo presionándome por completo.*

*Me besó el cuello, me presionó más fuerte contra la puerta, se masturbó, mientras me arrebatava la pijama roja de florecitas blancas que tenía puesta y, después, cuando me ponía de manera contundente una mano en el pecho, con la otra me bajaba la pantaleta a medias para frotarse entre mis piernas. Me quedé inmóvil, inexpresiva, pasmada.*

*Me tiró a la cama. Sentí que mi cuerpo era una pluma que caía despacio y se tambaleaba de un lado a otro, siendo leve, pequeña y absurdamente expuesta. Levantó mis piernas y mis pies quedaron a la altura de su rostro, apretó mis rodillas tan fuerte como para no tener la más mínima posibilidad de moverme. Sentí un empujón, mi cabeza se echó hacia atrás y un fuego me quemó adentro...*

*A partir de ese instante, no recuerdo muchas cosas con claridad. Mientras él lo hacía, afortunada o desafortunadamente, mi mente recordó momentos alegres; venían carcajadas, risas con alguna amiga, los chistes de mis hermanas, las veces que había podido salir corriendo y era libre. Todo esto, con la mirada fija en su cara. Ahora, todas las noches la pienso y la veo. No la puedo borrar.*

Él, cobardemente, en cambio evitó mirarme y cerró sus ojos con fuerza. Aunque mientras tanto, se saciaba como un animal aunque yo le decía muchas, muchísimas veces, en un tono parco y sin fuerzas “Me estás lastimando”, “No lo hagas más”, “Me está doliendo demasiado”, “Por favor, no”.

*Yo me sentía perdida y en un estado casi inconsciente, vi cómo lo hizo una y otra, y otra más y tantas veces. En algún momento se detuvo y me levanté, sintiendo la debilidad en mi cuerpo. Él parecía invisible, pero estaba a mi lado. Tratando de sostener el equilibrio, sentí que algo salía de mí, miré al piso y de repente vi caer dos gotas de sangre, o quizás tres. La baldosa nunca se había visto tan blanca.*

*No sabía qué hacer, pero él sí. Entonces, creí parpadear cuando me di cuenta que Nehemías lo estaba haciendo de nuevo. Había intentado salir y él parecía no haber terminado, yo no supe qué, ni cómo, pero lo hizo una y otra y otra vez y tantas veces que para mí parecieron otros cientos. No recuerdo cuánto tiempo estuve en esa habitación, era como un objeto que estaba de pie e inerte, era un algo que estaba siendo usado al antojo de otro.*

*Finalmente se fue. Y yo, aún de pie detrás de la puerta, escuché el ruido del agua de la regadera que no duró mucho. Me dijo que lo esperara en el cuarto, pero desapareció. No tengo consciencia de cuánto me costó reaccionar, entrar al baño y como zombie, tratar de entender qué pasaba, un sinnúmero de preguntas que hacían un montón de ruido y el peso de creer que yo había dejado que todo eso pasara... sí, esa culpa instantánea que tampoco, en ese instante, me dejó llorar.*

Termino de escribir y parece que tampoco ha pasado mucho. Sigo escuchando a mami hablar afuera, otras carcajadas y otra champeta que tal vez conozco. Estas noches de insomnio me he preguntado qué pasó, quería que alguien se diera cuenta y tal vez, entender lo que había vivido o tener una respuesta, algo. Quizás, incomodar a mi mamá y sentirme valiente al decirlo, pero al mismo tiempo pensaba: ¿Valiente por qué? ¿Qué es lo que vas a contar si no pasó nada?, solo fue tu primera vez. Creo que debería olvidarlo por completo, aunque parece que no estoy ni cerca de lograrlo.

Han pasado dos años y me doy cuenta que no he tocado a nadie; me volví apática al contacto. A veces, al caminar por la calle veo su rostro, lo veo sonriéndome en caras de otros hombres y caminando impunemente, abrazando amores, haciendo todo lo que yo no he podido.

Todo este tiempo me he sentido culpable, inmunda, despreciable, no sentí que merecía nada que no fuera igual de doloroso y lamentable que lo que había vivido ese día de enero. Me han roto de muchas maneras y no sé cómo recoger los pedazos. El tiempo parece que no ha ayudado, todo lo contrario.

Hay días en los que creo haber salido de esos días con tan poca luz y que navego los extremos. He viajado en caminos que yo no conocía y ni

siquiera los descubrí. Soy consciente de que permití, de otras maneras, ahondar la herida y lastimarme un poco más. El dolor sigue presente y cae como una gota que golpea el mismo punto, una gota que espera paciente y de tanto insistir, atraviesa y quebranta.

Haber sido violada, me atravesó completamente. Ahora sigo teniendo más preguntas, pero hay algo que quizás nadie me puede responder, ni a mí, ni a las mujeres que han vivido algo similar: ¿Alguna vez sabremos qué mujer seríamos si no hubiéramos vivido algo así?



*Hay una sábana blanca. ¿Cuántos años tenía?*

*Su mano es muy grande ¿Por qué?*

*Mi pantaleta de repollito se está bajando. ¿Por qué allí?*

*Tiene una cara enorme, los labios también, los ojos están muy abiertos. Siento su respiración muy cerca. ¿Por qué?*

Despierto otra vez, ansiosa, agitada, incómoda. Es el mismo sueño que vuelve otra vez.

Llevo años soñando lo mismo. Él aparece en mis sueños, fortuito, de sorpresa, como en casa de mi tía. Me quedo un rato en la cama viendo el techo y me pregunto si él recuerda lo que me hizo, si sabe el daño que me hizo.

Debo ir a trabajar y tengo cosas que hacer, pero mi mente no deja de dar vueltas alrededor del sueño. Continúo tirada en la cama y me pregunto si algún día dejaré de pensarlo así o si definitivamente me atreveré a decir algo sobre esto. Estiro mi mano para tomar mi celular de la mesa de noche, lo miro y ¡juemadre, voy tarde! Tengo que levantarme.

Salto de la cama. Este sueño no me abandona, lleva años yendo y viniendo. Agarro la toalla guindada en una pita improvisada en el cuarto, no saludo a nadie, mi cuerpo sigue agitado, lo hago todo como

por instinto. Mi mente está en una pausa. Voy al baño con las chanclas medio puestas, abro la regadera, quisiera que el agua borrara todo: el sueño, la herida, la incertidumbre, la culpa.

Mientras me enjabono con fuerza, pienso: pero, Victoria, si tenías apenas cuatro años. ¿De cuál culpa estás hablando?

Recuerdo que tengo el tiempo justo, dejo que el agua corra y cierro los ojos. Escucho que alguien llega a casa, tengo todo tan revuelto que me imagino que es él, mi tío Andrés, al que nunca le tuve confianza, ese mismo que hacía fechorías con mi pequeño cuerpo cuando aún usaba los “pantys de repollito”. Escucho otra voz, no es él, respiro un poco más aliviada. Pero el miedo, la angustia o lo que sea, que me ha hecho sentir nuevamente este sueño, no cesa.

Salgo corriendo, no quiero pensar más en esto. Mamá dice algo, no la escucho. Mi hermana hace algún comentario, tampoco puedo entenderle. Estoy absorta, tal vez no quiero escuchar.

Comienzo a ponerme la ropa, elijo rápida pero cuidadosamente para que esta vez, solo esta vez, ningún acosador quiera decirme algo porque mis pezones se marcan. ¡Qué cansancio! Me pongo cualquier cosa, casi toda mi ropa es blanca o negra, no es mucho lo que tengo que pensar. Elijo mis zapatos, que igual, todos son blancos. Mientras me los pongo, vuelvo a imaginar que mi tío llega, es como si estuviera al acecho. Mi respiración se agita y trato de correr más.

Recojo algunas cosas y las pongo en mi morral, con apuro hago un checklist de las cosas que necesito. Soy olvidadiza y siempre termino diciéndole a mi hermana que me confirme si realmente llevo todo. Tomo una fruta de la mesa de la cocina, atravieso la sala y me despido de mamá. Es viernes y ella se me queda mirando con ojos de sospecha, sabe que probablemente no llegue esa noche, ni la siguiente.

Salgo de casa, me tropiezo con una piedra y me digo: Victoria, ¿en serio estás iniciando el día así? En ese momento la preocupación ya no era que Andrés llegara a casa. Vive cerca y yo ahora estoy a merced de la calle. Más bien temía encontrarlo, justo ese día, después de haberlo soñado. Mis piernas cortas aceleraron el paso, saludé a mis vecinos que son como la extensión de mi casa y que me vieron crecer, como él.

Y cuando creo que tengo que parar con la paranoia, cruzando una esquina, casi llegando a otra calle, lo veo. Caminando tan fresco, sonriente, con su horrible panza pronunciada, acompañado de su mamá. Quise ignorarlo y caminé con la mirada enterrada en la tierra café del barrio, pero él me vio y alcanzó a gritar: ¡sobrina, como va de bonita! Sentí ganas de vomitar. Mi tía, que tal vez no imagina mi verdad. Sonrió e hizo un gesto de saludo con la mano. Yo alcancé a mirarlos de reojo y atiné a responder: ¡adiós!

Mis pasos siguieron acelerados, pero mis ojos miraban todo y a la vez nada. Ese saludo me retumbó en la cabeza, sentí sus palabras cerca, como lo había soñado, como cuando me hablaba al oído en aquel cuarto. Mi cuerpo parecía encogerse y hacerse tan pequeño como a los cuatro años. De pronto la brisa me rozó y los vellos se me pusieron de punta. El camino al autobús se había hecho muy largo, el tiempo se hizo insignificante.

Esperé por unos momentos la ruta que me correspondía y lo único en lo que realmente podía pensar, era que necesitaba un abrazo (hablar con alguien). Estaba con los pies en la tierra, sintiéndome perdida. Los ojos se me llenaron de lágrimas, las manos me temblaban, tenía un vacío en el estómago. Era la misma sensación que había tenido todos estos años, otra vez. Ahora tenía la certeza de que Andrés había abusado de mí, ahora puedo tener una respuesta.

Subo al bus, necesito sentarme y organizar mis pensamientos. Lo logré. No quiero que nadie se siente a mi lado, el bus va vacío. Empiezo a llorar. Los años parecen reclamar el tiempo y los recuerdos me bombardean. De pronto todo regresa.

Saco una pequeña agenda que siempre llevo conmigo y comienzo a poner en palabras todo. Entre frases y frases que llegaron, había algo más o menos así:

Él abusó de mí y lo olvidé. Bueno, yo no. *O sí, mi cabeza. Pasó cuando tenía cuatro años, pero no fue hasta hace un mes cuando todo se hizo muy claro y el flashback de su repugnante cuerpo al lado del mío se hizo claro. Realmente, todo el tiempo pensé que tenía una pesadilla con mi tío. Ahora*

*sé perfectamente que no fue así. A veces dudo de mí, más bien quiero pensar que no me pasó.*

*Yo jugaba con mis primos por la tarde noche, no muy tarde. Mi mamá me hacía dormir temprano para ir al colegio. Pero cuando iba a la casa de ellos, estaba él, mi tío Andrés. Yo era pequeña y él era casi tan grande como una nevera, o así me parecía a mí en esos años. Me parecía gigante.*

*Cuando entrábamos al cuarto a jugar nos subíamos a la cama a saltar y entonces él entraba. Era una cama grande, un cuarto grande, todo era grande como él. Habría cabido en cualquier espacio, pero no. Se acostaba a un lado y nos veía saltar, a veces sin que tuviera el riesgo de caerme, me abrazaba y apretaba contra él. Me dejaba salir otra vez de sus brazos enormes, pero volvía a hacerlo y entonces pasaba su mano entre mis piernas.*

*Me soltaba y yo ya no sonreía, seguía brincando sobre la sábana y las almohadas blancas, mis pequeños pies se hundían y hacían contraste. De repente, él se reía aparentemente de forma genuina y me metía debajo de las sábanas con él. Las sábanas eran completamente blancas, demasiado blancas. Ambos resaltábamos en medio de tanta blancura. Me hablaba cerca al oído, me decía que era su amor, que era su favorita y que era nuestro secreto. No puedo recordar qué pensaba en ese momento, no creo que pudiera pensar.*

*En el mundo se hacía un silencio increíble. Él comenzaba a introducir sus manos debajo de mi panty, yo usaba esos que tenían un espiral con encaje que mi mamá llamaba “repollito”. Me sobaba de arriba hacia abajo, a veces sentía que sus dedos llegaban muy adentro de mí y mientras tanto, me besaba la frente. En ese momento, no sabía qué hacía con la otra mano, ahora sí. Recuerdo que sentía un bulto moverse en algún punto a la altura de mi pierna o mi pie. Ahora sé lo que era. Yo no sé cuánto tiempo estaba encerrada allí, pero no lo miraba a él. Solo miraba la blancura que estaba por encima de mis ojos y escuchaba su respiración agitarse cada vez más. En algún momento se detenía. Cuando salía y veía a mis primos, ellos parecían no haberse dado cuenta de nada. Yo les decía que ya me tenía que ir y me iba caminando, mi casa estaba muy cerca, mis papás estaban muy cerca, a sólo dos casas.*

*Mi tío Andrés era divertido, normalmente me hacía reír mucho y cuando estaban mis papás, él jugaba conmigo sin hacer todo eso. Pero otros días,*

*cuando volvía a esa casa, mientras yo pensaba que jugaría con mis primos, él me encerraba en su cuarto y me cargaba. Mi cuerpo ocupaba su torso o tal vez no tanto, me ponía de tal manera que nuestras caras quedaran a la misma altura. Me besaba y me recordaba que era su favorita, que era nuestro secreto, que nadie se podía enterar. Me decía que eso era nuestro. Me apretaba por la cintura mientras estábamos de pie, a veces muy fuerte. Luego me bajaba los pantaloncitos cortos y metía la mano. Unas veces me rozaba, como cuando estábamos debajo de las sábanas. Otras, sentía sus dedos, otra vez. Yo hacía sonidos extraños, pero no decía ni una palabra. A veces me tiraba a la cama y metía y sacaba sus dedos de mi boca. La otra mano la usaba para acariciarse con fuerza. No lo veía o quizás sí, esa parte no la tengo tan clara. Si estábamos en su cuarto, nunca prendía la luz, así que él parecía una enorme sombra a mi lado.*

El bus se detiene abruptamente, por poco pasa un accidente, una persona se había atravesado en el camino. Yo reviso lo que he escrito, con los ojos aún llorosos y con las páginas de mi agenda húmedas. Me limpio las mejillas y paso mi mano, mirando alrededor, ahora el bus está repleto. La chica que va de pie frente a mí me mira tímida, no se atreve a preguntar nada. La que va a mi lado va dormida, no me preocupa.

A pesar de que me veo expuesta, no puedo dejar de llorar. Miro por la ventana y tengo una sensación de malestar en el estómago. Tengo un poco de asco, ganas de vomitar, de gritar. Me siento apretada y quiero salir corriendo, pero recuerdo que tengo que llegar a la oficina, voy tarde, no tengo tiempo para pensar en esto. No es una película, es la vida real. Reflexiono y pienso: ¿qué te crees, Victoria?

Cartagena se ve hermosa este día, el sol brilla más que nunca y el cielo tiene un azul intenso, los árboles se ven tan vivos y tan verdes, parecen una fotografía. Este recorrido lo hago todos los días, pero hoy es terriblemente largo, aun así, de pronto decidí disfrutarlo un par de minutos. Tengo derecho. Aprieto mi agenda, tal vez queriendo proteger lo que he escrito. Tengo los ojos puestos en el exterior, mientras mi cabeza sigue pensando una y otra vez en la pequeña Victoria.

Eventualmente vuelvo a las mismas preguntas: ¿cómo pude olvidarlo? ¿Cómo nadie se dio cuenta? ¿Será que mis primos hicieron algo y yo no lo recuerdo? ¿Cómo Nadie vio nada? ¿Por qué él actúa como si nada y me sigue saludando y se atreve a decirme que me veo bonita? ¿Por qué hasta ahora puedo recordarlo? Ay, Victoria...

Quiero seguir escribiendo, pero no puedo. Estoy por bajarme del autobús. Guardo mi agenda en uno de los compartimientos de mi morral, como si no quisiera que nadie la encontrara nunca. Abrazo el bolso, saco los audífonos y en mi celular se reproduce la canción que estaba escuchando el día anterior: *Soledad y el mar*, de Natalia Lafourcade. Bajo del bus entre empujones, necesito respirar.

#### IV

Tengo la intención de escribir una carta a mi madre. Los meses de encierro por la pandemia han sido demasiado difíciles, ella apenas si puede digerir que soy bisexual y hace un par de meses le conté lo sucedido con mi tío Andrés, que sigue yendo a la casa a tomarse el café como si nada. También le conté de mi primo Nehemías, a quien nunca más volvimos a ver.

Mi mamá me pidió perdón, mi hermana estaba ahí y se quedó callada, no sé si mi papá se enteró algún día. Mi mamá quiere que guarde silencio y yo no sé cómo hacerlo, porque ahora quiero gritarlo, pedirme perdón y abrazarme, pero también abrazar a todas y cada una de las mujeres que en algún momento vivieron algo así. A todas esas que, como yo, no sabían qué decir y también se culparon. Quiero hablar con mis amigas y con otras, a las que he escuchado decir una y otra vez que el cura de la iglesia, el primo que iba de visita, el novio que no aceptó un “no” por respuesta. Yo quiero ser amiga de todas. Abrazar a la Victoria de 4 y 17 años, porque ahora sé que no tuvo opciones.

Pido una Club Colombia dorada, prendo un cigarrillo y abro el computador. Saco una agenda por si quiero dejar alguna frase que quizás se me ocurra y no sepa cómo encajar. La cerveza llega y bebo un sorbo largo, me pongo el “rojito” —el Marlboro rojo que le digo así por un cariño sin sentido— en la boca y mientras expulso el humo, miro la parte blanca que parece consumirse rápido. Quiero pensar que me va a alcanzar mientras escribo, pero es pequeño y corto. Sé que no debo fumar, pienso, pero afortunadamente me quedan un par más en la caja.

Dejo de pensar en eso, vuelvo a planear cómo escribir la carta. Busco los otros intentos que tengo guardados. Quizás alguno de ellos me dé una idea sobre cómo comenzar. Escribo solamente “Mamá”, me fumo el cigarrillo y no sé cómo seguir. Pienso si es necesario decirle esto a ella o si, por el contrario, tal vez deba escribir algo más.

Quiero escapar una vez más, ¿es necesario que haga esto? Tengo miedo de abrir esta herida nuevamente. Sé cuánto me ha dolido, sé cuán profundo me ha permitido caer, sé cómo se siente no saber qué decir cuando quieres hablar, pero, ¿qué digo?

Bajo la pantalla del computador con rabia, rabia de no poder arrancar. Después de todo, tal vez no sea tan fuerte como pensaba. No quiero ser valiente, ni la sobreviviente, ni nada de esas cosas. Quiero, simplemente, no tener que escribir sobre algo que ni siquiera habría querido vivir. Algo que nadie me dio la oportunidad de no vivir.

Me pongo de pie, la chica de la cafetería me pregunta si estoy bien. Afortunadamente el lugar está solo. Casi siempre es así, por eso me gusta. Le digo que todo bien, camino un poco y fumo otro cigarrillo. Respiro. Me pido perdón, debo ser paciente. Nadie me está obligando esta vez, todo lo contrario, sé que escribir me ayudará a sanar y que, finalmente, no sé qué tanto, pero de alguna manera seré libre.

Me siento de nuevo y abro el computador, tomo otro sorbo largo e inicio. Escribo el título sin pensarlo dos veces: “Ya no quiero guardar silencio, a mí también me pasó”

Ahora parecen mis manos no detenerse y continuó.

*Sí, me cansé de guardar silencio y hablaré; fui abusada a la edad de 4 o 5 años, y a mis 17 años me violaron. No daré demasiados detalles, pero sí quiero contar cómo esto ha quebrado mi seguridad, mi confianza y mi alma por mucho tiempo. No ha sido fácil todo, pero siento la necesidad de hablar por mí y por otras mujeres que aún no rompen su silencio, a ellas, decirles que siempre las escucharé, que siempre les creeré y que todo tiene su tiempo.*

Me doy cuenta que no le estoy escribiendo a mi mamá, me estaba escribiendo a mí misma, me estoy pidiendo a mí misma, no más culpas. Sigo:

*Comenzaré a mí manera. Me violó un familiar lejano en el año 2012, en el mes de enero. Estaba sola y me tomaron por las fuerzas, y aunque mientras sucedía dije infinidad de veces “Me estás lastimando”, “No lo hagas más”, “Me está doliendo demasiado”, “Por favor, no”, para mi violador no fue suficiente.*

Paré otra vez, respiré y las lágrimas comenzaron a salir. Desde adentro sentía que ya no era igual, que algo que estaba roto, se permitía poner una semilla a ver si algún día florecía. Estaba intentando curar mi alma.

*No recuerdo con claridad muchas cosas, sé que él hizo de mí lo que quiso y a su antojo, pero mi mente escapaba a otras habitaciones, otros rostros, otros momentos más alegres, menos tenebrosos. Yo solo intenté tener un ápice de libertad en medio de su fuerza que aprisionaba mis piernas. Ese día, parecía perdida y sin mi consentimiento, en un estado casi de inconsciencia, vi cómo mi cuerpo fue usado una y otra vez. Ese día, vi las gotas de sangre caer al piso, mientras trataba de asimilar lo que estaba pasando. Una estocada final que me indicaba la herida que había sido abierta.*

*No sé cuánto tiempo estuve en esa habitación, pero al final quedé inmóvil, viendo los puntos rojos en la baldosa que ese día parecía impoluta. Él nunca se despidió, lo escuché caminar e irse y desaparecer. Yo, de vaina llegué al baño, porque cuando lo logré, sentí que el agua entre mis piernas ardía, me dolía. Fue confuso, aterrador, lamentable, por poco.*

*Después, las semanas se hicieron pesadas, el sueño era imposible y en lo que creí un salvavidas, quise hacer de cuenta que nada pasó, decidí que debía*

*olvidarlo por completo. Pero mentira, pasaron dos años para volver a tocar a alguien, un simple abrazo me hacía sentir lo asfixiada que pude haber estado en esa habitación. Dos años en los que algunas veces caminé en la calle y vi su rostro sonriéndome en la cara de otras personas. Dos años en los que no toqué, ni me dejé tocar de más nadie, ni siquiera de mí misma. También fueron dos años en los que se lo tragó la tierra, nadie supo de él.*

*A este punto, quizás alguien se pregunte por qué no conté primero sobre mi abuso y la respuesta es que eso lo olvidé por completo, o por lo menos eso creía yo. Tuve un sueño recurrente que estaba convencida que eran pesadillas, pero no me explicaba por qué él y por qué casi siempre en las mismas circunstancias.*

*No sé cómo hace más o menos un año atrás, pero todo vino a mi cabeza como un flashback, como una epifanía de los besos y los tocamientos que yo no elegí, que nadie me dio opciones de rechazar, y que un tío deliberadamente eligió darme. Lloré, lloré mucho y me sentí culpable. Me metí en mí misma y no supe qué debía hacer. Me enfermé, somaticé mal y se juntó todo.*

*Estuve envuelta en las preguntas sobre cómo pude permitir tanto, cómo yo había sido cómplice de algo que me había hecho daño a mí misma, cómo había durado años diciéndole a otras mujeres que contarán y denunciarán, cuando yo me había quedado callada por tanto tiempo; perdón. Había tenido una relación con un tipo que me había dicho también que era mi culpa, nunca me creyó cuando le conté, y le creí. No me permití sanar nada, porque pensaba “Si él me ama y no me cree, ¿cómo puede creerme otra persona?”.*

*Fue duro siempre, bloqueé esta parte de mi vida porque quería “avanzar” y “mirar hacia adelante” y todas esas cosas que le dice la gente a una cuando mira la fachada, pero no los pedazos resquebrajados adentro. Sin embargo, reconocer que no había sido culpable, que no había sido yo la del error y la que había cometido un delito, perdonarme, fue un proceso aún más duro. Y aunque el resultado alivie, el proceso se trata de partir profundo, socavar el barro y tratar de moldearlo todo el tiempo, incluso creer que nada vale la pena. Al final, te das cuenta que sin fórmulas, pero con una pequeña gota tal vez de amor propio, de perdón, de lamerse la herida, de escribir, nos hacemos un poquito más fuertes, no es una fórmula mágica e instantánea. Sabemos que no te despiertas teniendo amor propio y todo se resuelve, pero eso es otro tema.*

*Con suerte, en el tiempo, dejas de sentir la culpa y creer que no merecemos el amor, el deseo, la vida misma.*

*Hoy sigue siendo difícil, pero hace unos meses, cuando me dispuse a sanar todas y cada una de mis heridas, cada una en su tiempo y momento, sabía que podía ser capaz. He dado los primeros pasos, con 25 años, me he perdonado y hace una semana le conté a mi familia. Para mi mamá probablemente no será fácil en mucho tiempo, dudo que la persona que me abusó y la que me violó, sean conscientes de lo que hicieron, pero esta vez sí estoy dispuesta a avanzar sin miedo. Eso que llaman “sanar el alma”, asumiendo las grietas de la vasija.*

*Leer el texto de una desconocida me dio el impulso que venía trabajando por meses, creo en el poder de las palabras y en que siempre seremos más de lo que creemos. Sí, no dejaremos de ser la mujer que le dijeron, que le hicieron, que la acosaron, que la violaron o abusaron o las dos, pero somos mucho más. Y sí, también es cierto que hay otra parte de la historia, pero hoy que puedo elegir, he decidido contar esta. Porque esto no es un tratado sobre cómo pasar la vida o qué hacer después de y no puedo mentir, siguen existiendo preguntas y pensamientos sin resolver, pero nunca más estoy dispuesta a callarme. Por eso, espero que mi historia llegue a las manos de quien deba llegar y motive a otra mujer a contar la suya, si lo quiere. Yo quiero hablar fuerte y claro, y también quiero escuchar a más mujeres, ahora quiero sanar más profundo y ayudar a sanar a otras.*

*Hoy lo acepto, lo reconozco, me perdono e intento dejarlo ir, porque mi causa no solo es mía, sé que también es la de muchas.*

Lloré mucho, me secaba las lágrimas y seguía, porque no quería parar. No quería decir más ni menos en ese momento. Quería solo decirlo. Abrí el blog donde escribía sobre mi cuerpo, sobre mi hermana que ya no estaba, sobre los amores y desamores, sobre la hija que no pude tener, para ahora, publicar lo escrito sobre el dolor de una historia que ya no me pertenecía solo a mí.

Sin pensarlo mucho y para no arriesgarme a que se quedara guardado, como otras cosas que había escrito, lo publiqué en cuantas partes pudiera. Me tomó un par de minutos. Cerré mi computador, recogí mis cosas y salí corriendo a buscar el transporte para ir a mi casa.

Mientras me subía al transporte público, puse cualquier canción, no quería pensar, no quería hablar, quería llorar y quería llegar pronto a casa para recostarme sobre mi cama y creer que había un lugar seguro donde podía refugiarme.

Mamá me vio entrar y no preguntó nada. Mi papá todavía no llegaba del trabajo. Mi hermana no estaba en casa. Lloré hasta quedarme dormida. No miré mi celular, no le escribí a nadie más.

Al día siguiente hablé con mi madre y le dije que había hecho eso público. Guardó silencio. Mi hermana también. Decidí mirar los mensajes que tenía y quería saber si alguien me había leído. Los mensajes de admiración por decirlo y por hablarlo eran muchos; pero también había una cantidad de historias iguales o peores que la mía. Otras mujeres que también habían tenido miedo, otras a quienes nadie les creyó, otras que seguían pensando que había sido su culpa, otras que se sentían en paz porque finalmente había justicia o porque habían sentido paz después de perdonarse, que no es poco.

Fueron TANTAS y fueron muy duras. Los días siguientes quería estallar, quería traspasar la pantalla y verlas a todas, abrazarlas a todas. Algunas de ellas eran mis amigas, a otras ni las conocía, estaba llena de dolores al igual que ellas. Pero este efecto dominó de hacernos libres, de las maneras que pudiéramos y como quisiéramos, era mi única manera de creer que podíamos hacer algo de justicia.

Mi tío y mi primo nunca me han pedido perdón. Y yo no tengo la obligación de hacerlo. Eso no me hace odiarlos, tampoco sentir alguna clase de emoción o sentimiento hacia ellos. Yo fui violada y me abusaron, esa es mi realidad, pero también me permito vivir y enunciar como la mujer, negra, barrial y bisexual que eligió romper el silencio.

Vuelvo a pensar en quién sería o cuál sería mi historia si esto no me hubiera pasado y sigo sin encontrar la respuesta. Pero por ahora, me doy la oportunidad de aceptar esta y de enunciar una voz a través de la palabra, para hablar de aquello que me quitaron y lo que muchas veces no pude decir. Me otorgo la libertad de vivir, de existir y de gritar.



04.

# Flor Bárcenas





POEMAS

# Pájaros en las uñas

## **SOBRE FLORES Y OTRAS GRIETAS**

### **Después del incendio**

Una flor relumbra  
después del incendio  
yo misma entregué mis carnes al fuego:  
al ardor en mi sexo  
el desprecio de mis muslos.

Era una niña  
jugando a inventar el amor:  
que mis carnes circularan en señal de goce  
que a mi cuerpo lo desearan  
monstruoso  
en secreto  
mientras me devolvía  
lloviendo  
a ningún regazo maternal.

Una flor relumbra  
y en ella yo salpicada de miedo.

Me arranqué el rostro para crear uno nuevo  
lo dibujé  
como haciendo una tarea enfrente a mi madre.  
borré mi corazón  
y también salí a la calle:

mis pasos fueron la guerra  
un extraño hueco donde depositar miserias  
y erigir tragedias con palabras incendiadas,  
pesadillas del Bosco,  
enfermedades de Dios,  
y mentiras floridas.

Cedí al fuego  
le entregué mis carnes.  
Una baba amarga emanó de mi pecho  
y ningún Dios me escuchó.

Una flor relumbra después del incendio.



## **La mujer que dicen que no soy**

La mujer que dicen que no soy  
corre por un desierto  
y se inventa el fuego  
donde enciende palabras  
amasa el barro del desamparo  
y siembra la tristeza en su entrepierna.

El fuego es más que fuego  
es el corazón ausente de mi padre  
mi voz quebrada frente a un jardín  
reventado por el sol.

La mujer que dicen que no soy  
se prenderá fuego  
cuando le dé la espalda al río  
solo para arrojarse a sus aguas.



## Manos de pájaro

Me siento en la orilla del río  
veo pájaros salir de mis manos  
cómo se posan en su ribera  
y beben.

Miro mis manos obsesivamente  
descifro mi futuro en sus líneas:  
veo a una travesti a riesgo de caer  
a sus aguas  
y detrás del agua  
turbia está la muerte  
la historia de todos los cuerpos  
borrados  
que hacen posible este poema.

Sumerjo mis manos  
Es decir al pájaro en las aguas  
y el río se vuelve político  
mi poema se vuelve político  
mis muertas se vuelven políticas  
por ser río  
por ser agua  
por estar muertas.

Lo sé,  
estás aguas son mías,  
aunque solo sigan su curso.



## Converso con la muerte

***Sólo un destino poseo.***

*—y la certeza  
de que resbala de mis manos  
y será absurdo reclamarlo.*

**IRINA HENRÍQUEZ**

Converso con la muerte  
apenas tomo consciencia del día.  
cae un cielo azul sobre mi cuerpo  
le pregunto a Dios por qué me muerde a mí  
y el día se torna largo y peligroso  
invento movimientos con mis extremidades  
para simular que abrazo mis carnes.  
—Ocurre la noche—  
Se regocijan mis carnes  
y soy una sola oscuridad.

Tengo ahora la certeza  
de que puedo quebrar palabras  
de que no solo un destino poseo en el poema.

Desde mi lengua húmeda  
escarbo un lenguaje  
enterrado hace siglos  
y bailo y lloro y canto.  
Si he de morir de reseca mi garganta  
que sea de tanto decir:  
sabrás emprender el vuelo.



*Quisiera seguir la corriente de los ríos*

**MIGUEL BARNET**

Negras travestis  
fueron incendiadas de odio.

Al turbio río  
que las acompañaba  
se arrojaron  
para que no hicieran de sus carnes  
una fogata pública:  
Sus cuerpos van por el río  
cantando la profecía de mi carne  
y yo voy con ellas  
magullada por mi padre  
y por los suyos.



## De pétalo en pétalo

Vivo entre un pétalo y otro pétalo  
espero al quebranto sobrevenirme.

Mientras todos ven belleza en mí  
batallo para sostenerme de una grieta.  
Atraigo animales para que beban de mi corazón  
para que transporten mi miedo en sus bocas  
mientras sigo siendo un pétalo  
agarrado de una grieta  
soportando aguaceros y soles.

Pero caigo:  
mi caída es un espectáculo secreto.  
Aunque mi corazón siga latiendo en sus bocas  
nadie detalla que el pétalo no cayó  
por tiempo transcurrido,  
cayó porque fue  
arrancado  
y triturado  
y secado  
en las manos putrefactas de un hombre.



## Domingo

Es domingo y hay un cielo azul  
bastante azul y sin nubes,  
como si detrás de estas lomas golpeará el mar Caribe,  
como si al pasar esta loma de asfalto  
me juntara con mi madre en la orilla de la playa  
y le contara mi sueño de ser ella  
y que mientras las olas besaran el bosque  
mi madre me ayudara a vestirme de muñeca  
me pusiera un vestido amarillo  
y saliera a pasear conmigo.

Pero es domingo  
y no está el mar  
ni está mi madre,  
nos separan kilómetros  
y ciudades amargas  
donde hombres blancos  
se inclinan ante hombres blancos  
que niegan mi deseo.

Y es domingo.  
Y estoy triste.



## En búsqueda del bosque

I

Quiero emprender un camino al bosque  
limar mis huesos  
asirlos a las ramas de los árboles,  
sentar a la muerte en mi entrepierna  
y decirle que su obsesión con mis carnes es impuesta.

Que el sol brame en mi raíz  
que en mi sangre burbujeen las enfermedades de Dios.

Soy un árbol y el viento se acuna en mis ramas.  
Soy un árbol que cortan y sangra.

II

Soy un pájaro sentado en la copa de un árbol,  
una mujer negra abrazada a su raíz,  
el lugar por donde se drenan los dolores de mi madre;  
la grieta en donde los hombres ponen un grito en el cielo  
para acusarme ante un amargo Dios.

Quiero emprender un camino al bosque  
Ser agua oscura que nadie interrogue a su cause  
Y  
turbia  
aparecer en los sueños del Dios.

III

El bosque, sin embargo, no existe.

Existe el deseo.

La luna se posa en mi sangre  
y todos ven formas en la luna.

Otro lenguaje íntimo conversa con la muerte,  
pido que no resequen mi garganta,  
que mi incapacidad de lenguaje  
profetice una mordedura florida.

Estoy en búsqueda del poema:  
¿Por qué les molesta que hable?  
Dios se durmió en mi lengua.  
conozco el lenguaje del silencio.  
Sin embargo, pienso y maldigo en español,  
abuso de la conjunción “y”  
porque quiero adicionar mis dolores,  
aunque siempre el bosque huya  
y también la palabra  
y también el poema.  
¿el bosque es la palabra,  
es mi duelo,  
es mi sexo,  
es mi ardor?  
¿El bosque es la ausencia de Dios,  
su enfermedad en mi sangre?  
Que alguien me diga si el bosque es ese roce en mi sexo.  
O me invento al bosque.



*...igual no moriría dignamente,  
como todo animal a tu alrededor.*

**JOHANA BARRAZA TAFUR**

Como todo animal a mi alrededor  
sé que no moriré dignamente,  
esta certeza me desgarró el vientre:  
me cortarían el pelo  
me vestirían de hombre  
en los periódicos escribirán mi nombre muerto  
en una esquina habré recibido  
basura arrojada sobre mi cuerpo  
y tal vez ni siquiera llegue a ser una cifra.

O,  
quizá,  
mis amigas travestis  
se abracen a mi cuerpo,  
escriban poemas sobre mis heridas,  
les prendan fuego  
y arrojen sus cenizas al río Sinú.

Solo ellas podrán hacerlo.



## Jardín

Si una mujer trans negra muere entre mis brazos  
la convierto en una semilla  
y la entierro en mi jardín  
O sobre su cadáver siembro flores.

¿retoñará este año?

¿retoñará este año?



05.

# Liliana Riascos





CUENTO

# La larga espera

Estaba tomando mi aromática como de costumbre, cuando miré el reloj, y me di cuenta de que eran las diez pasadas. Hace rato debía estar camino al hospital, de lo contrario tendría que cumplir con otro agobiante día de trabajo. Tomé mis llaves como pude, salí de casa y abordé el primer taxi que pasó delante de mis ojos. Nunca imaginé que fuese tan inmenso, de paredes curtidas pero blancas al fin y al cabo. Los que allí estaban, parecían vivir aceleradamente sus vidas, caminando de un lado para otro, todos, tal vez, buscando lo mismo, internarse en el pabellón psiquiátrico para docentes del Hospital Departamental.

Luego de observar cada elemento que conformaba este lugar, como las sillas visiblemente gastadas en su espaldar, las lámparas de luces intermitentes y un suelo que, a pesar de sus grietas, brillaba. Noté que las personas reunidas allí debían hacer parte de una inmensa fila. Me acerqué a la última mujer que estaba a la espera de su turno, era una mujer negra de cuerpo corpulento y arrugado, tenía por cabello una nube preciosa de colores opacos por los tintes que ocultaban el color de sus canas. Era elegante en su forma de vestir, telas africanas adornaban su aguerrido cuerpo. Sus zapatos, unas sandalias de tacón bajo, eran garantes del glamour y la comodidad que de lejos proyectaba. Le pregunté si dicha fila era para hacer los trámites de ingreso al hospital, a lo que respondió que sí. Se notaba seguridad en sus palabras, así que decidí creerle. También porque se veía mucho mayor que yo, y en mi

familia estamos acostumbrados a creer siempre en la palabra de las personas mayores.

Entonces sin miedos ni reparos, soy yo quien decide investigar la vida de la otra.

—Disculpe, sumercé. ¿Desde qué hora está aquí?

—¡Jum! Sabrá Dios, hija. Ya me van a salir callos y esto nada que se mueve. —contestó.

Por un momento me sentí apenada, no pensé que me fuera a responder de esa forma. Pero entendí que llevaba esperando largo rato, así que no juzgué su impaciencia y continué con mi interrogatorio.

—¿Y sabe más o menos qué le están diciendo a la gente?

—Parece que nos dan un turno y de allí entramos a consulta para luego internarnos, depende de la gravedad.

Me preguntó:

—¿Usted a qué viene?

—Vengo a que me internen —contesté.

A continuación, sus ojos se sobresaltaron, sin ella decir una sola palabra, pude notar su sorpresa e incredulidad. Seguramente ella pensaba cosas como “¿Qué hará una niñita como yo en un sitio como este?”. Ya me estaba preparando para el arsenal de preguntas.

—¿Qué la internen? ¿Y por qué, mami? Usted tan joven — dijo con tdluzura.

La verdad es que me hubiera gustado decirle que me pasaba todo el tiempo en planeaciones y reuniones sin sentido. Mis estudiantes eran los idiotas útiles de una sociedad racista, clasista y sexista, que los limitaba a interactuar únicamente desde la violencia. Nada ajeno a mis compañeros, que por cierto, me hacían la vida imposible. No obstante, el miedo le ganó a mi impulso y solo le dije que venía a averiguar unas cuantas sesiones de psicología.

—Solo vine por unas sesiones de psicología..., es que estoy en tratamiento por ansiedad.

—Comprendo —contestó.

Siento que no quedó del todo convencida con mi respuesta, me era muy familiar su mirada porque era la misma que hacía mi madre cuando sabía que le estaba mintiendo. Así que para evitar que en efecto descubriera mi mentira, le devolví la pregunta.

—Y, ¿usted? ¿Por qué está aquí?

—Porque tanto mi experiencia docente como mi vida personal ha sido todo un fracaso, mamita. Usted no se imagina lo mal agradecido que es este trabajo, y a eso súmele todo lo que uno tiene que pasar en la vida. Además, no tengo a dónde ir. Ya nadie me aguanta, y la verdad no me quiero matar. Necesito ayuda, esa es la verdad. Le contaría toda mi vida —prosiguió—, pero...—Ya que estamos aquí, cuénteme de su vida...—le dije.

—Lo que pasa es que a mi la vida me ha golpeado mucho. Yo soy de un territorio del Pacífico colombiano, Yurumanguí se llama. Es un río que disque pertenece a Buenaventura, pero usted sabrá que allá no llegan muchas cosas. No hay recursos como pa' tener a los muchachos en buenas condiciones de vida y estudios, tampoco hay mucho trabajo, y por esa y otras razones la gente tiene que desplazarse de allá a Buenaventura a rebuscarse.

—¿Cuáles son las otras razones? —pregunté.

—Usted sabe— me contestó—. La violencia es pan de cada día en esos territorios. Guerrilla, paramilitares, la disputa por el control de la zona hacía que todos los días mataran a uno. Así estuviera metido o no en el cuento. A los líderes sociales les iba peor. Una vez encontraron el cuerpo de Prudencio Ponceña, uno de los líderes más reconocidos. Estaba despedazado en el mar. Lo habían picado solo porque dijo que no se iba a ir del pueblo. Él fue uno de los pocos que se enfrentó a esa gente, pues usted ya sabe cómo es que terminan cuando pasa eso. A Prudencio solo le pudieron encontrar su cadera y sus manos. Lo reconocieron por un tatuaje que tenía en una de ellas.

Mientras hablaba, noté que tenía un movimiento brusco en sus manos. Como si moverlas y entrelazarlas fueran la única forma de

validar sus palabras. Se notaba en sus ojos una mirada de angustia porque, mientras narraba, miraba a todos lados, como si alguna sombra la estuviera persiguiendo. Pensé, ¿será que oculta algo?

—Mis papás eran de López de Micay, un pueblo del Cauca, muy bonito, por cierto. Ellos vivían allá casi que escondidos por la misma cosa que pasa en Yurumangüí. La guerrilla los tenía amenazados la mayor parte del tiempo porque eran obligados a sembrar coca, entonces no hablaban sino con don Fausto, el encargado de cuidar la zona. A él lo recuerdo mucho porque, según las anécdotas de mi madre, era muy atento con ella. Lo que pidiera, él se lo llevaba. Un día, me acuerdo tanto, ella me contó que le dijo que necesitaba unos machetes para rozar la maleza que crecía detrás de la casa. El señor muy amable no solo le llevó los dos machetes sino que le rozó el patio entero sin pedir nada a cambio.

En ese instante pensé que no podía ser posible que Fausto fuera una persona desinteresada en lo absoluto. Era el miembro de una guerrilla que no solamente tenía intimidada a su familia, sino que a todo el pueblo también. ¿Cómo una persona como él podría considerarse buena o desinteresada, si sus acciones representaban el interés de una organización que estaba por encima de su “bondad”?

A medida que la mujer avanzaba en su relato, sentía por momentos la necesidad de interrumpirla y decirle que su madre estaba equivocada al considerar a Fausto de tal manera, pero decidí abstenerme por respeto. No solo porque era una mujer mucho mayor que yo, sino porque su relato era, al parecer, lo único que nos quedaba en esta inmensa fila.

—Mija, yo soy de contar historias de forma desordenada, unas veces adelante, otras veces hacia atrás.—Soltó una carcajada—. ¿No hay problema? ¿No se aburre?—preguntó. Antes de contestar a su pregunta, dirigí la mirada por unos segundos hacia el comienzo de la fila. Justo en ese momento me percaté de que los funcionarios habían desaparecido; en su lugar, había muchos enfermeros rondando el lugar en el que estábamos. Si no estoy mal, eran las doce del día, significaba que era su hora de almuerzo. No deberían estar aquí.

—No, tranquila. La fila está larga, aún nos queda tiempo—contesté.

El desespero por avanzar se me notaba en el rostro poco a poco, ahora era yo la que gesticulaba con brusquedad. Sentía la necesidad de morderme los labios múltiples veces por minuto, alcancé a contar cinco mordidas, las manos me temblaban de la impaciencia. Notaba a otras personas en la misma situación, caminaban de un lugar para otro, como buscando atención. La mujer con la que hablaba aún no se daba cuenta de la ausencia de los funcionarios. Estaba tan entregada a nuestra conversación que pasaba por alto mis manifestaciones de ansiedad.

—Todo estaba bien en el pueblo —continuó—. Sin embargo, un día a mi mamá se le ocurrió sembrar chontaduro para aumentar los ingresos en la casa. Ya que, a pesar de todo, no le estaba quedando suficiente dinero para mantenerse. Mi papá estuvo de acuerdo y juntos sembraron, a escondidas de Fausto, una que otra palma de chontaduro en un terreno baldío que quedaba cerca de la casa. ¿Yo ya le había dicho que para ese momento mi mamá estaba embarazada de mi hermano, cierto? —preguntó.

—No, señora —respondí.

—¡Ah, esta cabeza mía! —continuó entre risas—. Sí, hija, ella ya estaba esperando un hijo, por eso fue que tomó esa decisión. Porque no quería que mi hermano creciera viendo todo eso. Incluso, hasta le propuso a mi papá irse del pueblo, sino que él le tenía mucho miedo a esa gente y nunca aceptó. Hasta que un mal día, don Fausto se dio cuenta de la nueva siembra y le dijo al comandante. Ese señor lleno de rabia le pide a Fausto que los mate. Y el pobre bien arrepentido, va y les da la noticia dos días antes del juicio, como si en el fondo quisiera que se salvaran de alguna manera. Así que faltando una noche para ser asesinados, mi mamá preparó una despedida improvisada en la que el plan era emborrachar a Fausto pa' poder escaparse. Él, como los quería mucho, aceptó. Pero solo se tomó solo dos tragos de viche. ¡Pobre desgraciado! No contó con que el último trago que se llevó a la boca estaba envenenado de valeriana, por lo que en unos 15 minutos el pobre Fausto ya se encontraba dormido. Una vez que están solos, mis padres salieron corriendo hacia el norte con las manos vacías. Así

fue como luego de varios días de supervivencia en el monte, llegaron al Río Naya, para luego subir hacia el Río Yurumanguí. De Fausto, me cuenta mi madre, se dijo que a la mañana siguiente fue asesinado por el coronel, quien, de la rabia que tenía, le cortó la cabeza y la enterró en el patio de la casa de mis padres. Mientras que el cuerpo lo dejó al aire libre para que los chulos y otros carroñeros se lo comieran.

—¡Uy! ¡Qué horrible! —Me estremecí.

—¿Le parece? Ese es solo el comienzo. De todas formas, usted me dice si quiere que continúe o no, tampoco la quiero incomodar —respondió.

—¡No! ¿Cómo se le ocurre pensar eso? Continúe, por favor —dije.

La mujer parecía muy nerviosa, su mirada recorría todos los espacios del hospital, estoy segura de que no quería seguir relatando la historia de su vida, pues estaba a punto de llegar a la parte del relato en la que ella era la protagonista. En ese momento recordé que yo también tuve ese comportamiento alguna vez.

—Bueno pues, le haré caso —dijo—. Mis viejos ya estaban en Yurumanguí. Cuando mi mamá alumbró a mi hermanito, le pusieron Jesús, por haber nacido en medio de un milagro. A partir de ese momento mi papá se puso ducho a conseguir trabajo y encontró oficio en la pesca. Entonces el hombre se iba de la casa como un mes a pescar, porque usted sabe que eso es por temporadas, y cuando llegaba les traía, a mi mamá y a mi hermanito, toda la plata que conseguía y uno que otro balde de mariscos. Mi mamá, hacía su parte, se dedicaba a lavarle la ropa a los políticos del pueblo. Como ellos tenían su buen pedazo de tierra y vivían bien, la contrataban para que ella les lavara la ropa, además porque mi mamá era muy buena en lo que hacía, y les ayudaba también en los oficios de la cocina cuando era necesario. Ella se levantaba tempranito a dejar a mi hermanito donde doña Juana, una vecina, y de ahí se iba para allá. El problema fue cuando un día doña Juana tenía que salir a hacer una vuelta y no podía cuidar de mi hermanito. Él ya estaba en la edad tremenda de los niños, según mi mamá, tenía como 3 o 4 años. No era pa' dejarlo solo porque hacía mucho daño, entonces a ella le tocó llevar-

selo para el trabajo. Ese día tocaba lavarle la ropa a don Carlos López, uno de los políticos más criticados de la región. La gente decía que era un mañoso porque en lo que duró como político nunca cumplió lo que prometió en campaña. Toda plata que le entraba al pueblo se la robaba con la excusa de que no llegaban recursos suficientes para invertir en lo que el pueblo necesitaba. Sin embargo, se llevaba bien con mi mamá. De vez en cuando la mandaba para la casa con uno que otro detalle, así que ella era la única que no lo criticaba. Aquel día, Jesús andaba muy travieso y no hacía caso. Corría por toda la casa de ese señor tumbando todo lo que se le atravesara. Mientras que mi mamá iba detrás de él tratando de ordenar todo lo que iba destruyendo, don Carlos se mostraba cada vez más molesto con mi hermanito. Hasta que no se aguantó más y los echó. Le dijo a mi mamá que ella era muy irresponsable al llevar a mi hermanito a su lugar de trabajo, que eso no se hacía, y que por esa razón le iba a decir a todos sus amigos que no la volvieran a contratar. Mi mamá me cuenta que en ese momento se asustó tanto, que no pensó dos veces en arrodillarse frente a ese señor y suplicarle que no le quitara su trabajo. Como él era un mañoso, no dudó en chantajear a mi mamá. La cuestión es que no sé qué le hizo, porque ella no me quiso decir, pero lo cierto es que, hasta el final de sus días, se arrepintió de haber sido su empleada. Como a los dos meses después, mi mamá supo que estaba nuevamente en embarazo. Mi padre estaba muy contento porque decía que ya hacía falta más compañía en la casa, especialmente porque sabía que su ausencia estaba afectando a mi madre. Para ella, tener otro hijo no significaba nada más que soledad. A pesar de ser muy cercana con doña Juana, su comadre, sentía que su compañía no era suficiente. En verdad le hacía falta mi padre, pero más que su presencia en el hogar, lo que le hacía falta era su apoyo como compañero de vida. No era tan fácil criar a un niño sola, el trabajo poco a poco se tornaba más escaso y Jesús cada día daba algo más que hacer, ya estaba creciendo. Conforme a las preguntas que mi hermanito le hacía, sentía que había cosas que solo mi padre podía enseñarle, pero pues él nunca estaba presente. El peso del hogar estaba recayendo sobre los hombros de mi madre, y hay

que decirlo, no era justo que pasara por eso. Así que un buen día se fue a buscar a la comadre doña Juana para desahogarse, y llorando le contó absolutamente todo. La comadre, en un acto de empatía, le aconsejó que se separara de mi padre, pero ella se negó. No podía separarse de quien fuera el padre de sus hijos, además, ¿quién le ayudaría económicamente a sostener el hogar? A pesar de todo, ella amaba a ese hombre, no se veía sin él. Luego de escucharla, doña Juana se fue hacia la terraza de su casa y de allí sacó una mata de ruda. Según ella, esta planta le daría la posibilidad de llevar una sola carga sobre sus hombros, pues tenía efectos abortivos. Mi madre sabía muy bien que no era conveniente tener otro hijo. Sin embargo, no fue capaz de tomarse el té de ruda que le ofreció doña Juana para sacarla del apuro.

Se detuvo. Por un segundo los ojos de la mujer se tornaron vidriosos, parecía que quería llorar en ese momento. A continuación, tomó una bocanada de aire y suspiró.

—Con eso abortaban las mujeres en mi pueblo —continuó—, como no había acceso a un hospital que diera esa posibilidad, las abuelas se inventaron su propia medicina a base de plantas. Esa planta en especial servía para sacar a los muchachitos, pero también tenía efectos curativos y energéticos en las personas, especialmente en las mujeres —respondió—. Pues sí, hija. No nos desviemos. ¿En dónde estaba?... ¡Ah, sí! Ya me acordé —continuó tras una carcajada—. Mi mamá es muy valiente. A pesar de todo lo que estaba pasando, decidió tener su muchachita. Una vez mi mamá dio a luz, me contó que tuvo una bebecita negra y hermosa, esa era yo. Según ella, yo nací con bastante cabello, era ensortijado como un algodón, y negro también. Solía compararme con una muñeca por lo bello que era mi rostro. Mis ojos, grandes y oscuros, mi piel negra azabache, y mis labios morados, eran las cualidades físicas que me definían como la niña de sus ojos. Pero así, linda y todo, aún no tenía un nombre. Así que, pasado un mes de mi nacimiento, mi madre me dice que mi papá arribó al pueblo para registrarme, estaba loco por conocerme. Ya le había llegado la noticia de que le había nacido una niña. Ella, como de costumbre, lo estaba esperando. Ya tenía una mínima idea

del nombre que me iba a poner, pero quería hablarlo con mi padre para que fuera una decisión conjunta. Cuando él llega a la casa, mi madre me contó que lo primero que hizo mi padre, antes de saludarla, fue cargarme en sus brazos. Dijo que su emoción podía compararse con la esperanza que ella tenía de que esta vez él se quedara para siempre... Así fue como él decidió darme por nombre Negra. —Se detuvo—. Me llamó Negra. Con voz quebrantada le dijo a mi mamá que me registrara así, porque ese era el nombre que le habían designado a su bisabuela los raptos que la tenían esclavizada. Para él ese nombre le significaba poder y resistencia, ya que su bisabuela fue una de las pocas mujeres del Cauca que pudo sobrevivir a la esclavización al escaparse de sus raptos.

—Pero Negra es un nombre muy bonito —. La interrumpí.

—Pero es un nombre muy pesado, mi niña

—¿Por qué?

A continuación, la mujer guardó silencio y bajó la mirada hacia el suelo para ocultar sus lágrimas. No podía responder a mi pregunta, pareciera que un nudo le atravesara la garganta cada vez que intentaba hacerlo. Entonces, en un intento por evadirme, giró su cuerpo hacia el comienzo de la fila. Ambas nos pudimos percatar de la presencia progresiva de los funcionarios hacia sus puestos de trabajo. Sin embargo, noté que su manera de atender no era común, por cada persona que ingresaba dos enfermeros debían acompañarle. En parte, sentí algo de alivio, pues nos atenderían, pero no quería que Negra malinterpretara mi intervención. Sabía muy bien que me estaba narrando su vida íntima, así que debía ser cuidadosa.

—¿Se siente bien? Si quiere, la invito a tomar algún juguito mientras nos atienden —le pregunté con la esperanza de que me explicara su aflicción.

—Sí, hija —respondió—. Me siento bien, pero no quiero salir. Es que recordar mi infancia, con ese nombre, me da sentimiento. Además, si salimos de pronto nos metemos en problemas, yo ni siquiera me acuerdo de la salida de este hospital. A ver... —La mujer al fin pudo subir la mirada, esta vez apuntaba hacia mis ojos— ¡No me distraiga mamita!

Acuérdese, yo tengo la cabeza muy enredada —continuó—. Le decía que a mí también me gustaba mi nombre, lo veía como un tesoro heredado de una guardiana cimarrona. Pero desafortunadamente, muchas personas, ajenas a mi familia, lo repudiaban. Decían que ese nombre era una maldición. Usted sabe que la gente insiste en creer que todo lo que es negro es malo... Bueno, con mi nombre no fue diferente, decían que en cualquier momento me iba a morir por tener un nombre tan negativo como ese. Que mi existencia significaba la desgracia de mis días y de los días de mi familia, también me hablaron de la posibilidad de ser una bruja, por lo que pasé mi niñez con muy pocos amigos. El colegio era un calvario también. Sobrenombres, señalamientos y hasta golpes, eran el día a día de una niñita que solo quería ser feliz y sentirse libre de portar un nombre como ese. Sin embargo, no fue así. Un mal día, y digo malo porque eso me ha marcado hasta hoy, llegó un profesor nuevo al colegio, era de artística. En ese tiempo tenía yo aproximadamente once años. Recuerdo que el profesor nos pidió un dibujo sobre nosotros mismos. Yo fui la única que se dibujó y coloreó con una crayola café y negra. Al ver esto, el profesor dijo que yo no era una niña normal... para él así no deberían ser los retratos de los niños. Que aquel color que representaba el de mi piel no debía ser café, sino piel durazno, como las palmas de mi mano. Yo quedé confundida, pues mi piel siempre ha sido de color café, no de un color como ese. Así que le dije que mi color de piel era café, no el que él con insistencia sugería, a lo que me responde que yo no era más que una ignorante al igual que todos los negros que habitaban el pueblo.

—¿Y es que ese señor de dónde era o qué? —pregunté con algo de ira y desconcierto.

—Era de Bogotá. Yo creo que ni era profesor, porque no tenía otro recurso que ponernos a hacer dibujos de nosotros mismos y cartas de amor. No hacía nada más —respondió—. Se llamaba Nicolás Guerrero. Era un hombre de estatura baja, largo bigote y de contextura delgada. Su piel era tan roja como la de un tomate... tenía la costumbre de salir justo a las doce del día a caminar por la playa. Decía que esa era la única forma de encontrar inspiración en ese lugar, mientras el Estado le asignaba

otro territorio para ejercer. Y digo se llamaba, porque me enteré, hace unos días, cuando hablaba con una colega del pueblo, que hace poco lo mató la guerrilla en una confrontación con el ejército. Fue una bala perdida. Recuerdo que en algún momento, los habitantes del pueblo recogieron firmas para sacarlo del colegio, pero fue imposible hacerlo. Ese tipo tenía asegurado su puesto, nadie lo podía mover de ahí. Así que nos tocó aguantarlo hasta estos últimos meses, ya que el gobierno nunca le dio el traslado. —Se detuvo por un momento para beber de una botella con agua que traía en su bolso—. A mí tanta habladera me da sed..

—¿Salimos entonces? —respondí entre dientes ante la presencia de un funcionario.

La verdad, es que al igual que ella, yo tampoco quería salir de la fila. Notaba que ya comenzaba a avanzar, y no quería que, por un mínimo descuido, perdiéramos la oportunidad de ser atendidas. Además, ambas éramos conscientes de la cantidad de dificultades que usualmente se presentan a la hora de acceder a este tipo de servicios especiales. Por lo general nunca hay disponibilidad de citas, otras veces no atienden por falta de personal, casi, casi siempre faltan medicamentos importantes. En definitiva, debíamos quedarnos allí.

—No, hija, yo aguanto un poquito más. Además, no podemos salir, —me respondió.

A continuación, suspiré con alivio y dejé que continuara con su relato.

—Claro, hija, que el problema con mi nombre no comienza con la historia del profesor Guerrero y su racismo —prosiguió—. El problema con mi nombre realmente inicia cuando años después de la experiencia con el profesor, mi familia es desplazada por la guerrilla que habitaba la zona. Decían que mi papá era un informante y que estaba a favor de los del ejército, que cada vez que se iba a pescar, se encontraba con la guardia costera e informaba de todo movimiento que hiciera la guerrilla en el pueblo. Nuevas leyes para el pueblo, reubicaciones en la zona, nuevos judicializados, bajas, etc. Aquello no era más que una conspiración para sacarnos del pueblo. Resulta que nuestra casa quedaba en

un lugar que para ellos era estratégico para esconderse de los ataques que tuvieran por parte del ejército. Entonces, al no tener razones de peso para despojarnos de nuestro hogar, decidieron crear semejante patraña en contra de mi padre. Un hombre que había hecho borrón y cuenta nueva una cuando llegó al pueblo, porque la experiencia con don Fausto lo había dejado marcado, tanto a él como a mi madre. Era injusto que un pescador que solo se dedicaba a mantener a su familia tuviera que pasar por una acusación tan injusta. Así que un día, cuando mi padre se encontraba en casa compartiendo con nosotros, llegaron esos tipos, con sus armas, gritando a todo pulmón que mi padre era un traidor y que le daban setenta y dos horas para abandonar el pueblo. Recuerdo que mi mamá y mi hermanito se arrodillaron y llorando imploraron que no nos hicieran nada. Mi padre en un impulso me tomó en sus brazos y les suplicó que no le hicieran nada, pues tenía una familia que mantener. —Aquella mujer detuvo por un momento su historia, para secarse las lágrimas que, para este momento de la historia, ya recorrían sus arrugadas mejillas.

—¿Pero en ese momento él no los desmintió?

—No —respondió—. No sé por qué no lo hizo, pero hasta el día de hoy confío en que mi papá era inocente.

—Discúlpeme —interrumpí—. No quiero que mi interés por saber sobre usted, le reviva el dolor que seguramente lleva por años... Si quiere, y se siente mejor, podemos dejar la historia ahí.

La verdad es que me sentí mal al verla llorar. No quería que la espera en esa fila tan larga, y ahora tan lenta, se tornara un martirio de recuerdos para aquella mujer. Me había cautivado enteramente su historia, podía sentir cómo cada momento me atravesaba como si fuese yo quien hubiese vivido tanta desgracia. Había mucha sabiduría en cada una de sus palabras. Pero sabía que revivir el trauma era una forma de revivir el dolor y el sufrimiento. No quería que pasara por eso.

—¿Ya la aburrí, cierto? Es que con tanta gente en esta sala es difícil concentrarse.

—¡Para nada! —respondí—. Lo que pasa es que verla llorar me conmueve. Me recuerda momentos que tampoco he podido superar y me llena de... —No comprendo en qué momento también comencé a llorar. Sentía en mis lágrimas la única forma de comunicarle que a mí también me generaba impotencia todo lo que tuvo que pasar a lo largo de su vida.

A continuación, en un acto maternal, la mujer me abrazó y lloramos juntas. Sentía en su calor la confianza de relatar mi historia, pero creía que aún no llegaba ese momento. Necesitaba saber por qué aquel nombre tan bonito fue una cruz para ella. Sentía que había algo detrás del mismo que la marcaba hasta este momento. Negra... ¡Qué nombre tan bello! Incluso hubiese querido que me llamaran así. Resignificar mi negritud con mi nombre, hacerle frente a los insultos que recibo de manera constante en mi trabajo por mi color de piel: “negrita, ¿y la planeación para cuándo?”, “negrita, acuérdesse que ese peinado no es apto para la institución”, “¿usted por qué está hablando de racismo en las clases?”, “¿Por qué es tan imprudente?!”, “negra tenía que ser”. Cómo me hubiese gustado tener la fuerza de esta mujer y haber enfrentado a mi jefe, a mis compañeros, a toda esa institución que se encargaba de deshumanizarme y reducirme todo el tiempo. Enfrentarlos, tal como ella lo ha hecho con su propia vida. Así que, en medio de las lágrimas, y del dolor de cabeza que me provocan, le pedí que continuara. Pero esta vez sin pausas, estaba dispuesta a escucharla, así como a encontrarme en cada una de sus anécdotas. Especialmente, las que tenían que ver con su nombre.

—Está bien —dijo, mientras detenía con un pañuelo la última lágrima que corría por una de sus mejillas—. Le decía que luego de que la guerrilla llegara a amenazarnos, nosotros nos tuvimos que ir corriendo de ese lugar. Primero llegamos a Buenaventura a probar suerte, pero no duramos mucho tiempo. Justo cuando mi papá se encontraba buscando empleo, se encontró con un viejo amigo con el que iba a pescar cuando estábamos en mi pueblo. Una vez se sentaron a conversar sobre lo sucedido con nosotros, mi padre cuenta que el señor muy amable

le escribió sobre un papel ya gastado el número de un político que ayudaba a las personas amenazadas y desplazadas por el conflicto armado. Al parecer ese señor era un funcionario público del gobierno y tenía la posibilidad de meter en el sistema a las familias afectadas por la violencia en los territorios. Mi papá, ni corto, ni perezoso, llamó a ese señor y le comentó lo sucedido. Después de unas semanas, nos entrevistaron varios funcionarios del Estado. Nos preguntaron de todo: cómo vivíamos, qué comíamos, quiénes nos amenazaron, por qué lo hicieron, qué relación teníamos con la guerrilla, con el ejército, en fin, muchas cosas. Finalmente, reconocieron nuestra situación y nos tipificaron como desplazados por la violencia. Nos dijeron que de ahora en adelante tendríamos una nueva vida en Bogotá y que mis padres debían trabajar mientras que mi hermanito y yo, debíamos ir al colegio. Recuerdo que nos ubicaron en una localidad que se llama San Cristóbal Sur, cerca de la iglesia del divino niño, ese era un lugar de referencia en el sector. Para mí fue muy duro vivir allá, pues todo era nuevo para mí. La forma en la que vivían, cómo se relacionaban, el clima, todo era muy diferente al compararlo con la vida en mi pueblo. Para mi hermanito y mis padres fue igual, no lograban adaptarse por más que quisieran. Mi mamá, a pesar de estar permanentemente acompañada de mi papá, sentía que extrañaba mucho las visitas de doña Juana. Sentía que su deseo de estar siempre junto a mi padre le había salido caro, por lo que todos los días al levantarse oraba para que algún día todo volviera a ser como antes. Ambos debían trabajar juntos en una revueltería que se llama Corabastos, mi mamá se encargaba de vender las frutas y las verduras de la empresa que la había contratado, mientras que mi papá debía cargar bultos en la bodega de la misma empresa. Llegaban muy cansados, tanto, que no les daba el tiempo para compartir con nosotros. Mi hermanito y yo al principio estábamos muy emocionados de vivir en la ciudad, a pesar de que todo era nuevo para nosotros, veíamos en ello una oportunidad para aprender muchas cosas; sin embargo, no fue así. Recuerdo tanto mi primer día en la escuela, fue uno de los días más traumáticos para mí. Tanto, que aún lo recuerdo muy bien. Me atrevería a

decir que fue a partir de este día que comencé a ver mi nombre como una carga y no como una bendición. —Luego de un corto silencio, la mujer se persigna—. ¡Que dios me perdone! —continuó—. Ese día estábamos mi hermanito, la señora de servicio social, que nos estaba ayudando, y yo en las puertas del colegio. Una vez estuvieron abiertas, nos recibe quien sería el coordinador de la sede, pero era un señor blanco bastante alto. El caso es que este señor nos da el ingreso a los salones de clase y nos dice que nos portemos bien, que no vayamos a pelear. Mi hermanito, al ser mayor que yo, le correspondía estar en un grado superior al mío, pero, dizque por cosas psicológicas de la guerra, y papeleos que no se hicieron, decidieron matricularlo en el mismo grado que yo cursaba, segundo de bachillerato. Entonces nos enviaron al mismo salón, recuerdo que estaba detrás de él, porque me daba miedo que me fueran a hacer algo. Ya había tenido la experiencia en Yurumanguí con uno que otro compañero abusivo que se burlaba de mí en cuanto me veía o escuchaba mi nombre, no quería que pasara lo mismo en ese lugar. Una vez entramos, el coordinador nos presenta ante nuestros compañeros y profesor. Cuando este señor menciona mi nombre, la mayoría de los estudiantes sueltan una carcajada y comienzan con sus comentarios dolorosos, que la verdad no quiero ni recordar. Luego de eso, y de que el profesor allí presente les llamara la atención por semejante acto tan grosero, mi hermanito y yo nos sentamos. Para ese entonces debíamos hacerlo en filas diferentes porque no permitían que los niños se sentaran junto con las niñas. Así que me tocó sentarme con Yurany, mi primera amiga en esa institución. Era una niña blanca, muy bajita a la que también molestaban, solo que los comentarios hacia ella giraban alrededor de su estatura. Los que me hacían a mí, era por mi nombre y por mi color de piel. Al momento de interactuar con ella, la conversa fluía porque ambas pasábamos por lo mismo, al menos dentro del colegio. Yurany me decía que no debía meterme con los niños del salón porque eran muy crueles. Que al momento de que decidieran molestarme, me quedara callada para que no me hicieran nada más. Recuerdo que decía que le gustaba mucho mi nombre, porque en efecto correspondía con

mi tono de piel. Yo le dije que mi nombre no me lo pusieron por mi tono de piel sino por homenajear la historia de mi bisabuela, una guerrera cimarrona, pero ella no entendía eso y solo optaba por reírse. Un día, mi hermanito no pudo ir a clases porque se sentía muy enfermo, así que fui sola. Cuando llegué al colegio y entré al salón, noté que Yurany también estaba ausente. Por primera vez, me sentía completamente sola en ese lugar. Sin embargo, pensé que podía sobrevivir a un día en soledad, total, ya me conocían mis compañeros. No pensé que fueran a molestarme más de lo que usualmente lo hacían cuando estaba con Yurany o con Jesús.

—Sumercé, disculpe que la interrumpa. Después del señor, sigue usted.

A continuación, la mujer deja de hablar para percatarse de que en verdad era la siguiente en ser atendida. Y en efecto, al parecer, aquella fila que se consideraba eterna para nosotras había llegado a su fin. Y es que no era para menos, mientras Negra y yo transformábamos la impaciencia, el enojo y la desesperanza en conversación y escucha, nuestros compañeros de fila se quejaban abiertamente por la lentitud del servicio, cada vez sus pasos eran más violentos. Muchos llegaron a gritarle a los funcionarios, otros optaron por seguir las órdenes de los enfermeros que estaban en el lugar. Para conservar la calma, tomaban una pequeña pasta suministrada por los hombres de blanco. Había todo un caos alrededor de nosotras. Por fortuna, esta vez decidimos, de manera conjunta, no perder la calma.

—¿Vio? No más era que esos funcionarios entendieran que la gente estaba emberracada pa' que ahora sí se sentaran a trabajar —dijo—. Vea, hija —prosiguió—, ¿le parece si dejamos la conversación aquí por ahora? Ya cuando nos atiendan, nos sentamos por ahí y continuamos. ¿Qué dice? —preguntó.

—¡Por supuesto! —contesté.

Ya era el turno de mi compañera, se veía serena al momento de dirigirse al lugar de recepción. Una vez comienzan a atenderla, la remiten hacia un pasillo, no sé con exactitud qué había en ese lugar. Más

recordaba que a todos los que estaban delante de nosotras los dirigían a ese mismo sitio, conforme aceptaban su solicitud.

—Siguiente. —Llamaron de un momento a otro. Era mi turno.

Una vez camino hacia el lugar de recepción, me sudan las manos. Me encuentro visiblemente nerviosa y alterada, como si mi vida dependiera de su aprobación. Una vez alcanzo a llegar, encuentro a una mujer visiblemente agotada y alterada también, vestía de blanco y tenía unas ojeras pronunciadas que descubrían el cansancio que sentía al trabajar por tantas horas.

—Buenos días.

—Buenas tardes —me corrige—. ¿En qué le puedo colaborar?

—Sumercé, lo que pasa es que yo vengo a internarme en este pabellón, no me siento muy bien —respondí.

—¿Qué síntomas tiene? ¿Cómo se llama la institución educativa en la que labora? ¿Tiene su carnet de identificación a la mano? —preguntó.

A continuación, comenzó a escribir en su computadora cuando de pronto me contesta, antes de que yo pudiera responderle.

—Señorita, usted no ha realizado la entrevista correspondiente con las disciplinas previas antes de venir a internarse: trabajo social, psicología, psiquiatría, enfermería, sin esto, no se puede hacer el respectivo ingreso. Por lo tanto, no la puedo atender. Tiene que pedir cita primero con medicina general para garantizarle el servicio.

De un momento a otro siento como cada palabra que me acaba de decir retumba en mis oídos, así como también se desdibujan las imágenes que hay a mi alrededor. Toda esperanza de recuperarme se desmoronaba en ese momento. Así como mis ganas de enfrentar la vida.

De repente, un grito ensordecedor sale de mis entrañas.

— ¡No...! ¡No puede ser! —grité varias veces.

Mi desconsuelo era evidente, tanto tiempo negándome la posibilidad de reconocer que necesitaba ayuda, se había convertido en una bola de nieve que ahora me estaba aplastando. Ahora, debía asumir las consecuencias de un sistema que me había oprimido por completo. Al gritar nuevamente, veo cómo todos los presentes corren a verme. Entre

tantas personas, pude ver a Negra, de pie e inmóvil. Como los demás, se encontraba mirándome fijamente, mientras yo, pataleaba en el suelo del hospital. De repente, todo que veo se torna oscuro, no percibo nada más que mis gritos, y los pasos de cinco personas que se dirigen hacia mí.

*Inquieta y sudorosa, da vueltas en el suelo de la habitación. Su fuerza descomunal había logrado quitar su camisa de contención, por lo que comenzó a golpear su cabeza contra las paredes, corría de una esquina a la otra implorando entre gritos que la sacaran del lugar. Gritos que poco a poco llamaron la atención de e los otros pacientes internados en el mismo sector, y de los enfermeros que estaban a cargo.*

—Rojas, inmovilícele la pierna derecha; Pinilla, el brazo izquierdo; y Uribe, el brazo derecho. La pierna izquierda la inmoviliza Betancourt, yo voy por las correas de contención y por el doctor Sarmiento. —ndica Pastrana, enfermero líder del grupo.

—Pastrana, hay que sugerirle al doctor que le suministre un sedante más fuerte a esta señora —comentó Uribe, mientras forcejeaba.

—Sí —prosiguió Betancourt—. No es la primera vez que tiene un cuadro de ansiedad tan crítico.

—Está bien —respondió Pastrana, antes de buscar al doctor.

Una vez el doctor y el enfermero ingresan a la habitación, Pastrana entrega, a cada uno de sus compañeros, una correa blanca de contención. Posteriormente, comienza a preparar la ampolla de clonazepam.

—Pastrana, indíqueme la historia clínica de la paciente, por favor —ordenó el doctor.

—Doctor Sarmiento —contestó Pastrana—, permítame le aplico la ampolla para proceder con su solicitud.

Luego de aplicar la ampolla, los demás enfermeros sujetan con fuerza cada una de las extremidades para fijarlas a la camilla.

—Paciente de nombre Novita Suárez Cundumí, de 30 años, con un cuadro de ansiedad crónico y principios de esquizofrenia. Generalmente, sufre un episodio de abreacción, luego de su dosis diaria de clonazepam —respondió Pastrana.

—¿Hace cuánto está aquí?— preguntó el doctor Sarmiento.

—La internaron hace dos años, mi Doc. — respondió el enfermero líder—. Según el reporte de psiquiatría, las crisis son por las mismas alucinaciones de siempre. La experiencia en el colegio en el que trabajó, y una muy particular que refiere a una conversación que sostiene con una figura imaginaria. Según el reporte, la paciente se percibe dentro de una fila de personas que esperan a ser internadas en un pabellón psiquiátrico para docentes—prosiguió.

—Bueno, habrá que medicarla con Lorazepam de ahora en adelante —respondió el Doctor Sarmiento.



06.

# Katherine Mosquera





CUENTO

# Arón

## CAMINO ENTRE PUENTES

Aquella mañana la brisa cálida se filtraba por los ventanales de madera que atravesaban la casa, llenando de brillo el rostro de Arón. Sus padres, Juan y Nadia, se encontraban en la puerta trasera conversando como habitualmente lo hacían, aunque esta vez no había risas, ni carcajadas, sino miradas extensas y murmullos, lo que poco llamó la atención del niño. Al abrir sus ojos, Arón corrió hacia ellos gritando los buenos días:

—¡Bendición, mamá! —exclamó Arón, extendiendo sus brazos para recibir con cariño el beso en la frente de su madre.

—¡Dios te bendiga, mi amor! —respondió Nadia, acariciando su cabello con la esperanza de que ese gesto pudiera desterrar las sombras que se avecinaban.

Juan, con firmeza, se acercó, abrazándolos en un intento de unirlos en ese momento que, por alguna razón, parecía desvanecerse como arena entre los dedos.

Pues a diferencia de Arón, los padres habían tenido un amanecer turbado por los sueños de Nadia. Las miradas cómplices entre Juan y Nadia viajaron en el tiempo recordando el sonido del clac, clac, clac, clac que soltaban las gotas del rocío al chocar contra el techo en la madrugada. Junto a la cama una gotera oxidaba la madera ya vercosa que recubría el suelo de la habitación. En la penumbra, Nadia yacía en

su cama, atrapada en los tentáculos de un sueño febril. El sudor perlaba su frente, y su cuerpo se contraía en espasmos, atrapada en el remolino de pesadillas. La habitación, impregnada del aroma de la lluvia, parecía conspirar en su contra. Cada giro de su cuerpo era un intento por escapar de las sombras que la asediaban.

Las gotas seguían su constante danza, pero Nadia, entre sollozos y susurros ininteligibles, no podía liberarse de la pesadilla. Juan, despertado por los gemidos de su esposa, actuó con rapidez y ternura. La tomó entre sus brazos, elevó su cuerpo para que reposara sobre las almohadas, intentando, en vano, calmar la tormenta que azotaba los sueños de su amada.

Entonces, en un despertar torpe y lleno de angustia, Nadia corrió rápidamente hacia la habitación de su hijo, impulsada por el desasosiego que la atravesaba en aquel momento. La madera, resbaladiza por la humedad, era testigo de su desesperada carrera.

—¡Arón está bien! —dijo Juan, buscando tranquilizar y reconfortar a Nadia.

Sin embargo, ella seguía dando pasos frenéticos, pues la pesadilla la había dejado aturdida y estaba temerosa de lo que podría encontrar al abrir la cortina de Arón. Nadia angustiada corre el velo blanco que divide la sala de la habitación del menor. Lo observó y regresó la mirada a su esposo, rompiendo en llanto, mientras dice:

—Volvieron los sueños, Juan. Agua que me rebosa la cabeza, palos y piedras cruzándome el camino. El golpe de las olas me retumba sobre el pecho y me ensordece. Grito sin voz, lloro sin lágrimas, camino sin avanzar. Veo sus pies, recorro con mi vista su cuerpo, buscando sus ojos, no puedo verlos. Y entonces, me rebosa el agua hasta el cuello; está ahí cuando despierto —dice la mujer—. La angustia no se va, Juan.

Nadia sostenía a su hijo con fuerza aferrado al pecho pidiendo a las ancestras serenidad para desvanecer sus pensamientos. Con un abrazo que lleva consigo la fragancia salina del mar y la promesa de regreso, Juan se despide de su familia, sintiendo el eco de su amor en cada latido. La luz del amanecer acaricia sus facciones, delineando la fortaleza de

un hombre tan apacible como el viento, un susurro constante que acariciaba los paisajes de la vida, llevando consigo la calma y la serenidad en su mirar. Entre sus manos, un balde rebosante de pedazos de peces que usará como carnada y ofrenda al mar por la pesca del día. Juan abre la puerta trasera, bajan las escaleras que sujetan su potrillo flotante en el mar. desata los nudos y emprende el viaje manglar adentro junto a otros hombres de la zona.

Era momento de retornar a la rutina, Arón se desprendió de los brazos de su madre con un brillo travieso en sus ojos. La jornada escolar aguardaba, y el pequeño explorador estaba listo. Mientras Nadia trenzaba el cabello de Arón, él le pregunta en dónde aprendió a nadar, entonces la madre recuerda con nostalgia su infancia, un tiempo marcado por las risas y la inocencia. Ella recuerda cómo, de niña, exploraba las aguas cristalinas cerca del Arco, un pozo que actuaba como espejo del cielo. Sin embargo, la llegada de grupos armados y el montaje de laboratorios para la producción de coca, así como la ruta marítima de tráfico fronterizo, sumieron esas aguas en la turbiedad de la contaminación y la violencia que azotaba la región. Aquel lugar, que una vez fue un santuario de juegos y aprendizaje, se tornó en un testimonio de los estragos de un conflicto que había arrebatado la inocencia del entorno.

La transformación del paisaje dejó su huella, eran pocos los niños que en la actualidad se aventuraban a aprender a nadar allí. Aunque el anhelo de Nadia era transmitirle a Arón la magia de dominar las aguas y fluir con ellas, la realidad impone sus limitaciones. Arón mostraba sonrisas llenas de curiosidad, pidiendo a su madre que lo llevará a conocer esos pozos de los que ella habla con tanto cariño. Con una sonrisa, Nadia responde:

—Algún día. Por ahora, a ponerse los zapatos e ir al colegio.

Como es costumbre, Nadia despide a Arón en la puerta de su casa. En el camino hacia la escuela. Arón emprende un camino lleno de alegría, porque ya verá a sus mejores amigos. En el trayecto hacia la escuela, la calle se llenó de risas que se incrementan. En el camino para llegar a la escuela, él se encuentra poco a poco con sus amigos.

La primera parada es en la casa de Marco, un niño risueño, cuya felicidad parece contagiar cada rincón del barrio; habla fuerte y con voz gruesa. Al llegar, Arón es recibido por la sonrisa de Marco, quien lo espera con entusiasmo para seguir juntos el recorrido hacia la escuela. Marco, siempre dispuesto a encontrar la diversión en cada momento con sus ocurrencias, convirtiendo el camino en un escenario de alegría y complicidad.

La siguiente etapa del viaje lleva a Arón a la casa de Pancho, el mejor en matemáticas. Un niño apasionado por los números, silencioso y de pocos amigos. Arón, intrigado por el don de su amigo, comparte un acertijo con Pancho, reafirmando con sorpresa su admiración. El punto último de encuentro antes del colegio es la casa de Chechito, un niño un poco torpe en sus movimientos, pero de corazón noble como pocos. A pesar de sus tropiezos, Chechito siempre lleva consigo una sonrisa y la disposición de ayudar a sus amigos. Arón comparte con él las anécdotas cómicas del día anterior, y juntos ríen antes de seguir el camino. Las personas del barrio siempre están atentas a los movimientos de los niños, actúan como guardianes o familia extensa que brinda protección a los menores.

A medida que avanzan, el grupo de amigos se acerca al puente de madera añeja que se cruza sobre el mar. El puente es verduoso y en temporadas de lluvia se torna baboso. Cada tablón de madera, muestra el paso del tiempo, siendo espectador silencioso de las historias y risas que lo han atravesado a lo largo de los años, pero también de los dolores y angustias que su mal estado ha ocasionado.

Al llegar a la escuela, los cuatro amigos se iluminan con su presencia. La maestra los recibe con una sonrisa cómplice, sabiendo que cada día sería una nueva aventura en el universo de aprendizaje de Arón. La rutina escolar se volvió un escenario vibrante, donde la curiosidad y la alegría se entrelazan en cada rincón, transformando las lecciones en juegos y las tareas en desafíos emocionantes.

Así transcurría el día de Aron, entre risas, descubrimientos y el cálido goce que produce la amistad. Al otro lado del puente, Nadia

abre la puerta delantera de su casa para airear el espacio, con una taza de café en la mano se detiene un par de segundos para contemplar la arquitectura de palafito que conforma su barrio. Estructuras erguidas que dan la ilusión de casas flotantes cuando el mar, está en puja. Los Puentes no solo es el nombre del barrio sino lo siguiente en el paisaje que contempla la mujer. Su mente no para de pensar en el sueño, se preguntó por el significado del agua, y aunque intentaba mantenerse en calma, en su mente la escena se repetía una y otra vez.

—Mija, buenos días. ¿Cómo sigue la comadre Celeste del cólico?  
—dice Nadia, al ver a una de sus vecinas salir de casa.

—Buenos días, seño Nadia. Va bien, mejorando. Después de que usted le dio la botella, se le han ido los fríos del vientre y ya tiene buen semblante... Al que no le fue tan bien, es a mi papá.

—¿Cómo así?, ¿qué le pasó al compadre?

—¡Ay! El hombre fue cogiendo esa botella ajena pensando que era charuco. Mamá lo ha visto y, de pícara, lo dejó tomar un poquito, no salió del baño en su buen rato.

—¡Bendito! La comadre y sus cosas. Dígale que arrime por aquí en la tarde, necesito conversar con ella de un asunto muy importante  
—dice Nadia.

Se despide de la joven entre risas, antes de que ella termine de cruzar los puentes que no son otra cosa más que tablones de madera unidos por puntillas de acero oxidado que forman conexiones entre casa y casa, haciendo las veces de puente, pasaje, antejardín y carretera; todo a la vez.

Pasadas las horas la brisa cálida y salada por el mar, arremete con furia sobre los cabellos rizados de las mujeres que transitan los pasajes del parque Malamba, una de las principales plazoletas de socialización para las familias, se ven niños y niñas que corren, saltan, gritan y ríen a carcajadas, mientras cruzan sin mayor precaución las calles. El sol obliga a los más viejos a buscar refugio bajo la sombra de los guayaquiles y robles más altos. En las esquinas de la plazoleta se logran ver algunas vendedoras, el aire rebosa de dulces llamativos y frituras que esperan

vaciar los últimos pesos de los estudiantes hambrientos. Pasado el mediodía, los niños salen del colegio y retornan a sus casas. Frente al colegio se observa también un grupo de hombres jugando ajedrez sobre mesas blancas de marca Rimax. Como si se tratara de una pasarela, los jóvenes lucen todo tipo de trenzas y peinados que elevan su belleza: tropas, bantúes, tejidos con kanekalón, piñas y moños que hacen juego con la jardinera de cuadros verdes, camisa blanca —con el último botón pretenciosamente desabrochado—, medias y zapatillas cuidadosamente blancas que portan las estudiantes del colegio La Concepción. Más adelante, se divisa una docena de jóvenes con sudaderas rojas y camisas negras acordando los ajustes de una coreografía, tienen un parlante con luces de colores que repite la misma salsa choke una y otra vez, sus cuerpos no ceden ante el visible cansancio.

Entonces, en medio de la escena cotidiana, Arón y sus amigos salen del colegio jugueteando entre sí, haciendo la misma ruta de la mañana para dejar a cada compañero en la puerta de su casa. Arón es el último en llegar a casa, por eso siempre, al despedirse de cada amigo, miraba atrás y sonreía como si se tratara de un código de la amistad al que cada uno respondía de forma personal. La lluvia se desató con furia, obligando a Arón a tomar un pequeño atajo por el puente viejo que estaba en pésimo estado, pero que le hacía llegar con rapidez a casa.

Arón, con su mochila empapada y sus zapatos salpicados, continuó su camino hacia casa, guiado por la luz titilante de los faroles que se esforzaban por iluminar la tarde lluviosa. Cada paso resonaba en el suelo húmedo, y el aroma a tierra mojada se mezclaba con el perfume fresco de la lluvia. El puente de madera añeja, concurrente de tantas historias, se vuelve resbaladizo, una trampa oculta por las caprichosas gotas que danzaban en el aire.

En ese momento, la risa de Arón se unió al coro de la lluvia. Él, con su corazón ligero y sus amigos en la mente, no notó el peligro acechante bajo sus pies. Dando un paso en falso, un resbalón inesperado, lo hizo perder el equilibrio, deslizándose a través de uno de los huecos del

puente, la madera resbaladiza no le dio tregua y cayó hacia las aguas del mar abierto que, junto a la lluvia y los truenos rugían con ferocidad.

Las olas, lejos de la serenidad mágica que había presenciado en la visión de Yemayá, recibieron al pequeño con una furia indomable. Cada ola era un recordatorio de la fragilidad humana ante la vastedad del océano. El cuerpo de Arón, aún resonando con la risa de la tarde, se vio envuelto en una lucha desigual con las olas que lo arrastraban mar adentro.

La angustia se reflejó en los ojos de Arón, ahora nublados por la sal del mar y el terror que se apoderaba de su ser. Cada intento por mantenerse a flote era un suspiro perdido en la tormenta. El sino trágico se reflejó en sus ojos.

Las olas de Yemayá, mágicas y resplandecientes, se desplegaron como hilos de seda danzando al compás misterioso que entona el mar. Cada onda, cada brillo luminoso, era una caricia y un lamento, una sinfonía armónica dirigida por la diosa de los océanos. Un espectáculo celestial que, en su belleza, ocultaba la vorágine que estaba por desatarse.

El cuerpo de Arón se veía envuelto por la furia de las olas. Estas se extendieron por la infinitud del paisaje con un celo implacable que zambullía con fuerza el cuerpo del niño. Cada embate era un desafío de resistencia y afirmación por la vida.

En medio de esta danza, la impotencia se apoderaba de Arón. Su cuerpo se veía arrastrado sin piedad hacia las profundidades insondables del océano. Cada esfuerzo por aferrarse a la vida era como un suspiro perdido en el estruendo de las olas, una lucha desesperada contra un destino que parecía tallado en las entrañas del mar. Sin embargo, una fuerza misteriosa aparecía como un gesto de amor y cuidado en medio de la tormenta, elevando el cuerpo de Arón hacia la superficie. Era como si la dueña de los mares, en su dualidad divina, le concediera al niño efímeros momentos de respiro, permitiéndole inhalar pequeñas bocanadas de aire que llenaba sus pulmones, devolviéndole por completo el aliento para luchar.

Su mirada infantil, nublada por la sal marina y la angustia que produce lo desconocido, se elevó hacia el cielo, posándose en los matices azulados que se mimetizan a lo lejos con el mar. El tiempo parecía haberse fragmentado en milésimas de segundo repletas de silencios, recuerdos y ecos de tambores que le susurraban al oído “Ven conmigo, niño mío. Conmigo ven”. Todo resonaba en su mente como un llamado ancestral que conectaba su existencia con la esencia misma del mar. Entonces, las lágrimas de Arón desbordaron sus cuencas, aquellos ojos marrones y mirada indeleble que volvía la vista atrás para cerciorarse que sus amigos entraran seguros a casa, esa misma que se atigraba al soltar una carcajada, aquella que embelesaba de dulzura a Nadia, se encandilaba con los destellos dorados del sol sobre el mar, suplicando sin soltar palabras: piedad.

En un parpadeo marcado por el pulso del Pacífico profundo, Arón cansado de luchar contra una fuerza que lo supera, cerró los ojos y con la voz entrecortada respondió al cielo, los tambores y los ecos del mar: ¡Aquí estoy! Aquellas palabras eran para Nadia, para Juan, para sus amigos, para Yemayá. Entonces las repitió una vez más: ¡Aquí estoy!

Así, entre las olas luminosas de Yemayá y los tambores que marcaban el pulso del océano, Arón se convertía en el héroe trágico. La impotencia se transformó en coraje, la lucha en nobleza, el amor en resistencia y el alma en esencia infinita.

Mientras tanto, en casa, Juan y Nadia aún no tenían conocimiento de la desventura que acontecía. Sus miradas se perdían en el horizonte, donde el mar y el cielo se fusionaron en un abrazo infinito. La brisa húmeda acariciaba sus rostros, pero un presentimiento, una sombra en sus corazones, les recordaba que algo no estaba bien. Arón tendría que volver a casa hace más de una hora atrás. Decidieron mantener la calma, pensando que estaba guardando refugio en la casa de algún amigo.

Las risas y carcajadas de los niños que solían resonar en el barrio, ahora eran reemplazadas por el susurro de la lluvia y el eco distante de los tambores. La tarde caía con una quietud ominosa sobre el pueblo la lluvia persistía y la luz del día se desvanecía lentamente. La tran-

quilidad del barrio se vio interrumpida cuando, después de un tiempo considerable, Juan y Nadia notaron la ausencia prolongada de Arón. La brisa marina que antes llevaba consigo la promesa de regreso, ahora susurraba preocupación en los oídos de los padres.

El corazón de Nadia comenzó a latir con una angustia creciente, una sensación de vacío que la envolvía como las olas que habían arrasado a su hijo. Sin pronunciar palabra, sus ojos se encontraron con los de Juan, y en ese intercambio silencioso, compartieron un temor que ninguno de los dos quería expresar en voz alta.

La lluvia continuaba su danza sobre el pueblo, pero ya no era solo una sinfonía refrescante; se había convertido en lágrimas compartidas entre el cielo y la tierra. Sin perder tiempo, Nadia y Juan se lanzaron a la búsqueda de su hijo, recorriendo calles empapadas y preguntando a vecinos y amigos si habían visto a Arón. La desesperación los impulsaba, pero la respuesta que anhelaban no llegaba.

Pronto, amigos y familiares se unieron a la búsqueda, formando un grupo que avanzaba con paso apresurado y miradas preocupadas. Las mayores del pueblo aguardaban a la espera de noticias, mientras algunos hombres tocaban tambores pidiendo bienestar para Arón.

La luz de las linternas se reflejaba en los charcos que decoraban el suelo, y la lluvia persistente no cedía. Cada rincón del pueblo se volvió un laberinto de incertidumbre, donde la esperanza de encontrar a Arón se desvanecía con cada callejón oscuro.

Nadia, con el rostro empapado por la lluvia y lágrimas que se mimetizaban con ella, buscaba a su hijo con una determinación que se aferraba a la última hebra de esperanza. Cada paso era un eco de su quebranto emocional, un grito silencioso que resonaba en el tumulto de la tormenta. Las lágrimas que antes se confundía con la lluvia ahora eran testigos de su dolor, una mezcla indistinguible de agua salada y desesperación.

Con el tiempo, las palabras de aliento se tornaron silenciosas, y la búsqueda, aunque llena de determinación, no traía noticias de Aron. La lluvia persistía como un lamento que se mezclaba con el eco de los

tambores. El sonido de los tambores resonaba en la noche, marcando un compás lúgubre que acompañaba la búsqueda desesperada. Nadia, empapada y con el corazón encogido, avanzaba con determinación por las calles del pueblo. Cada rincón oscuro se convertía en un desafío, y su voz llamando a Arón se perdía en el susurro de la lluvia.

En la penumbra, Juan sostenía una linterna que iluminaba apenas el camino, pero sus ojos reflejaban la preocupación y el miedo. Las lágrimas se confundían con las gotas de lluvia en sus mejillas, y sus pasos resonaban como un eco de la angustia que se apoderaba de su ser.

Nadia, desesperada por encontrar a su hijo, siguió el canto de sus sueños y emprendió camino junto a Juan y otras mujeres negras hacia el manglar. Un presentimiento la llamaba a aquel lugar. La brisa marina llevaba consigo el eco de los tambores y la tristeza de una madre que buscaba a su hijo. Pero en medio de la tormenta, algo cambió.

En las aguas turbulentas, la figura de Arón emerge, no como un naufrago perdido, sino como un símbolo de resistencia. Su cuerpo, envuelto en la luz de Yemayá, flotaba en la superficie. La tormenta, lejos de consumirlo, había moldeado su destino de una manera inesperada.

Las lágrimas de Nadia parecían alterar sus mejillas. El llanto se convirtió en alivio y asombro al ver a su hijo. La comunidad, guiada por el sonido de los tambores, se detuvo en seco al presenciar el milagro. Las palabras de alegría se mezclaron con los tambores, y una sensación de esperanza se expandió por el pueblo.

El cuerpo de Arón fue llevado a tierra firme por los pescadores del lugar. Nadia corrió hacia él, abrazándolo con fuerza como si quisiera fundirse con su esencia. Con el alma rota, gritando sin voz, un dolor tan profundo que la petrificaba. Juan, con lágrimas en los ojos, se unió al abrazo que conmovió al pueblo entero.

La dolorosa pérdida de Arón sumió a la comunidad en un espiral de tristeza y desesperación. La muerte se había llevado consigo la luz de la isla, dejando tras de sí un rastro de pesar que se extendía por cada rincón. La ceremonia en la orilla del mar se convirtió en el epicentro de esta amalgama de emociones. El cuerpo de Arón, envuelto con esmero

en una manta blanca, descansaba en la orilla. Los cantos de las mujeres negras y los golpes del tambor se elevaban al cielo, mezclándose con las olas del mar, mientras los corazones afligidos buscaban consuelo en el abrazo colectivo de la despedida. El pueblo entero se había congregado, unido por el dolor colectivo que pesaba en el aire. Los rostros marcados por lágrimas compartidas reflejaban la tristeza que envolvía la isla, un duelo que supera el dolor individual para tejerse en una atarraya de dolores colectivos.

Nadia, sosteniendo con fuerza el cuerpo de Arón, se aferraba a la esperanza de que cada lágrima derramada pudiera, de alguna manera, devolverle la mirada de su niño. Cada vez lo abrazaba con más fuerza. Llenó su frente de besos con ternura, acarició su espalda como si pudiera despertarle de su último sueño, anhelando encontrar consuelo en el calor de las lágrimas que caían sobre él. Los tamboreros del pueblo la rodeaban, sus bombos y cununos resonando con fuerza, y la marimba, con sus patas ancladas a la orilla de la playa, entonaba notas dulces que acompañaban el lamento de Nadia.

*Que cante angelito 'blanco', que cante angelito 'negro', la marimba va cantando que son angelitos bellos.*

Un coro de mujeres negras, con voces llenas de nostalgia, replicaba estas palabras, uniéndose al lamento que llenaba el ambiente. Cada nota resonaba como un eco de las almas perdidas, recordando a todos que, a pesar del dolor, la belleza de la vida persiste incluso en la tristeza más profunda. La orilla del mar se convirtió en el escenario de esta desgarradora sinfonía en el que el dolor se superponía ante cualquier sentimiento.

La muerte de Arón penetró tan profundo las fibras del pueblo, que quedó marcada en la memoria de la isla como un tributo a su vida y todas las demás perdidas en el mar.

Tras la muerte de Arón, la vida de Nadia cambió por completo, su mirada reflejaba el desconsuelo de su alma. Algunos pescadores y hombres de la zona se unieron para mejorar las condiciones del puente. Y aunque nadié más volvió a caer, el vacío quedó en la memoria del pueblo.

La muerte de Arón no solo dejó cicatrices en las líneas del tiempo de la isla, sino que también marcó indeleblemente el corazón de Nadia, una madre que vio desvanecerse la luz de su vida. Después de la partida de Arón, la existencia de Nadia se transformó en un sombrío paisaje de desesperación. Sus ojos, una vez llenos de luz y esperanza, ahora reflejaban la pena del desconsuelo que envolvía su alma. Cada amanecer llevaba consigo la carga del recuerdo, y cada anochecer parecía sumergirla más profundamente en la tristeza que ahora caminaba con ella.

En un intento por mitigar el dolor que se extendía por la comunidad, algunos pescadores y hombres de la zona se unieron en un esfuerzo conjunto para mejorar las condiciones del puente que había sido testigo silencioso de la tragedia. A través de los años, las manos grandes que tocaban tambores, se unieron laboriosas para reconstruir los puentes, con la esperanza de que, al menos esencialmente, pudieran reparar lo que la tragedia había roto. El sonido de martillos y el crujir de la madera tronaron en la isla, creando una sinfonía de reconstrucción que, aunque restauró la estructura física del puente, no pudo reparar las grietas emocionales que les deshilaban el alma.

Ninguna otra persona volvió a caer desde el puente. El vacío persistía en la memoria del pueblo, de las cantadoras, de los marimberos, los pescadores y, particularmente, de Juan y Nadia. Cada tabla del puente parecía llevar consigo la carga de los recuerdos, el sonido del mar, las vidas perdidas y el eco fuerte y doloroso que producía memoria de la risa de Arón.

07.

# Lina Mosquera





RELATO

# Árbol de zapote

Acostada sobre la piedra, Vida contemplaba cada pedacito de aquella majestuosidad que estaba sobre ella. Eran curvaturas de madera fina, cicatrices que atravesaban el tallo dibujando, sobre él, hermosas figuras circulares y onduladas. Deslizó su mirada por los inmensos y firmes brazos del árbol, de los que nacían las finas siluetas de las hojas que, en principio, eran verdes, otras que, por la antigüedad, ya se habían ido poniendo amarillas, después café, hasta que su resistencia las vaciaba hacía el suelo. Justo en ese momento caía una hoja de ese gran árbol de zapote. Vida la siguió con su mirada desde que se desprendió de la rama hasta que cayó lentamente, dando curvaturas de un lado al otro. La hoja llegó al suelo, y se escuchó ¡chascá!, era el sonido emitido por el contacto de la hoja con las otras apiladas sobre el pasto. En ese momento, Vida recordó que su cabello a veces se caía cuando Carmina la peinaba, y al preguntarle a su madre sobre este acontecimiento, ella le contestaba que era pelo que ya no servía y que necesitaba caerse para que nuevas hebras pudieran asomarse. *Umm eso mismo les pasa a las hojas, pensó Vida, necesitan caerse las que ya están cafecitas para que otras verdes y bonitas vuelvan a salir.*

Mientras observaba el árbol, Vida sintió un jalón en su cuero cabelludo, era un pelo que se le había enredado y se estaba jalando con la presión de su espalda, entonces levantó un poco su cabeza, puso sus manos por detrás de ella, sacó todo el cabello que se aprisionaba con

su espalda y lo dejó que cayera por la orilla de la piedra. Su cabello era abundante, rizos por doquier. Vida lo acarició y pensó que ese árbol tenía un poco de parecido a su cabello. Era muy grande, sus ramas y hojas se expandían de manera arbitraria, tomaban el rumbo pa' donde quisieran, incluso el viento las movía de un lado a otro, lo que hacía que unas ramas a veces se montaran sobre otras. Así mismo era su pelo, los vientos lo movían de forma deliberada, montando mechones sobre mechones y haciéndolo crecer con firmeza hacía arriba. ¡Ay!, mi pelo crece hacía arriba como el árbol de zapote, pensó Vida y soltó una tremenda carcajada al tiempo.

—Mija, venga a comer, ya es hora de entrarse. Se está haciendo tarde —le gritó Carmina desde la ventanita de la cocina que daba justo al frente del árbol.

Vida respiró hondo, se sentó y saltó desde la piedra hacia el suelo, su cabello se elevó y volvió a caer sobre su espalda. Pero no cayó del todo, solo algunos rizos, pues ella ya había dicho que su pelo crecía hacia arriba.

—Seco, seco, maraco seco, cepillín, cepillán. Allá en San Francisco... —cantaba Vida, mientras daba pequeños saltitos al dirigirse a la casa.

Al llegar y entrar en la cocina, Carmina le dijo:

—Siéntese, mami, ahí está la comida. Sabe que estoy preocupada..., su abuela quedó de llegar temprano y aún nada, esperemos un tantito más, ojalá todo haya estado bien en el camino.

—Mami, yo sé que la abuela Josefa me tiene que cuidar, pero es que... siempre con esa molestadera. Usted sabe que mañana es mi primer día de la escuela y yo quería que fuera usted que me peinara y noo..., esa señora siempre me quiere agarrar el pelo.

—Ay, amor, usted sabe que me tengo que ir muy temprano y regreso solo hasta la tarde. Ninguna de las vecinas puede cuidarte porque también van conmigo. Igual, en la nevera dejé ya la linaza y ahora le explico a mamá para que le haga unos churritos bien bonitos.

—¡Jum! —Refunfuñó Vida, mientras estiraba los labios hacia fuera y arrugaba la frente.

Pasaron varias horas y la abuela no llegó en el tiempo previsto. A Vida el sueño la estaba venciendo, pues ya estaba de noche. También sentía maripositas revoloteando en su estómago, pues al día siguiente por primera vez ella y otras vecinas de la vereda bajarían al pueblo a estudiar. Se imaginaba una cantidad de situaciones emocionantes, los juegos que les iba a enseñar a sus nuevas amistades y la diversión en los recreos. No veía la hora de que fuera el día siguiente. Como sabía que igual su abuela en algún momento iba a llegar, decidió no recogerse el cabello y dejar que la almohada, la noche y los movimientos que ella pudiera dar, hicieran de las suyas. Al fin y al cabo, ya sabía que alguna cosa iba a decir Josefa sobre los rizos que nacían de su cabeza.

Al otro día, Vida estaba acostada boca abajo con la cabeza encima de sus manos, así dormía como el zancudo agotado después de un festín de sangre. Debido a que había decidido no recoger su cabello la noche anterior, éste se entrelazaba uno con otro como los finos hilos que la abuela tejía. Con el roce de la almohada, el cabello se había vuelto espeso y abundante como aquel árbol de zapote que reposaba fuera de casa, cerca al criadero de peces. En medio de la espesura, su cabello ocultaba parte de su rostro con pequeños crespos que caían como resortes sobre su cara con un aroma de linaza y crema para peinar fermentada. Como estaba amaneciendo, el sol apenas daba sus primeros saludos y unos cuantos rayos de su entrada por la ventana se posaban sobre el rostro de Vida, permitiendo que esos destellos iniciales de luz combinaran muy bien con su piel cremosa descafeinada.

—¡A ver, jovencita, levántese pues, ya su mamá se fue y hay que peinarla! —gritaba la abuela Josefa, cuando salía de la cocina moviendo su vestido floreado que le llegaba hasta las rodillas y dejaba ver las enaguas color clara de huevo frito que se mezclaba con su tono de piel del mismo color.

Josefa era una mujer de baja estatura, cabello liso, grueso y canoso que organizaba con una trenza de tres patas y luego enrollaba para hacerse un bollo bajo. Su frente parecía un tallaje de olas a punto de romperse ante el mero disgusto. Llevaba en sus manos el desayuno

que había preparado para la nieta y se dirigía hacia el comedor, allí tenía dispuesta la peineta, las moñas, la crema para peinar y la linaza espesa que había dejado guardada Carmina en la nevera, dando claras explicaciones de usarla sólo para definir los crespos de Vida.

Al oír el grito de la abuela, Vida pegó un brinco que la dejó sentada de manera inmediata al borde de la cama:

—Ay, no, ella por qué me tiene que gritar—. Se quejaba Vida y se desmerezaba.

A pesar del sobresalto, Vida se levantó manteniendo el entusiasmo pues era su primer día de escuela en el pueblo cercano a la vereda. Se bañó y vistió apresuradamente. Corrió hacia el comedor y se sentó en el lugar que su abuela había puesto su desayuno.

—Hola, abuela.

—Siéntese pues rápido, vea cómo tiene ese greñero. No sé a qué hora le dio a su mamá por meterse con Antonio. Cuando usted nació, el cabello era lisito, pensamos que ibas a ser igualita a la tía, pero no más fue que pasaran quince días y ¡puf!, se le putió. Eso es mejor que prontico, prontico te vayan alisando ese pelo, a ver si se te arregla.

—¡Ay..., abuela, me duele!—reclamó Vida entre jalón y jalón.

—Yo no es que crea que es así, pero su abuelo sí dijo hace unos años: “mujer que se mete con negro es curiosa”.

Las olas de la frente de Josefa se hacían más protuberantes, mientras agarraba el frasco con la linaza, quejándose de su textura viscosa.

*Ya empezó esta señora a molestarme*, pensó Vida. Ella creía que, si la abuela la iba a cuidar de esa forma, mejor ni se hubiera ofrecido. Siempre que la abuela le hacía estos comentarios, se sentía muy mal y se preguntaba si algo estaba mal con su cabello a pesar de los lindos comentarios que escuchaba de su madre cuando la peinaba.

También traía a su memoria, en un intento de obviar dichos comentarios, los momentos que compartía con las mayores de la comunidad que tenían un cabello similar al de ella y desde hace un tiempo venían enseñándole a Carmina cómo tratar la textura del pelo de su hija.

En tanto, la abuela seguía fastidiando a Vida con sus comentarios sobre el cabello. Pero antes que Vida pudiera reclamarle algo, una sensación de profundo sueño fue invadiendo su cuerpo y empezó a sentirse mareada, como si todo le diera vueltas en su cabeza. Josefa sin percatarse de esto, continuó jalando el cabello de su nieta con la peineta, y cada que lo hacía pequeñas hebras de pelo se reventaban y, en un fuerte jalón, Vida reaccionó extrañada por lo sucedido. Aunque en ese momento no le dio mayor relevancia.

—Definitivamente no pude con usted —dijo Josefa.

La abuela por la presión del tiempo le hizo un bollo medio alto, medio bajo y le asentó con suficiente linaza en la parte superior como lambido de vaca para que ningún crespo se asomara. Con este peinado la envió a la entrada de la finca a esperar la chiva que la recogería y la llevaría hasta el pueblo como a otros niños y niñas de la vereda.

Mientras esperaba la chiva, Vida se comía las uñas, movía con intensidad su pierna derecha, ya que sentía abultado su cabello y sin forma, pues lo que había esperado en su cabello para el primer día de clase, era tener churritos como le había dicho a su madre la noche anterior. Sin embargo, la abuela Josefa no siguió estas indicaciones. Así que esa mañana afuera de su casa, el pecho lo sentía aprisionado, al tiempo que sus ojos vidriosos se combinaban con las pequeñas líneas de expresión que empezaban a aparecer en su frente como olas furiosas.

La chiva llegó procedente de las veredas que estaban muchísimo más arriba de Brisas del Campo y que también traía estudiantes y campesinos que bajaban al pueblo a comerciar o comprar lo que no podían conseguir en la vereda. Vida se subió, se sentó en uno de los puestos de adelante y el carro arrancó.

Eran la diez de la mañana. En la escuela el bochorno se había incrementado, Vida sentía cómo pequeñas gotas de sudor se escurrían por su espalda y recorrían un camino hasta llegar a los hoyuelos antes de sus nalgas. Entonces, sonó la campana de la escuela, se escucharon dos campanazos agudos y prolongados: tilín... tilín... anunciaban que

era hora de salir al recreo. Vida apenas estaba aprendiendo a distinguir qué significaba cada toque de la campana. Pronto salieron los niños y niñas desaforados del salón.

Detrás de los niños y las niñas, Vida salió con el fin de comprar algo de comer, pues en la mañana el desayuno había quedado a medias y el ardor en la boca del estómago comenzaba a fastidiarle. Al salir del salón vio de lejos a dos niñas sentadas en el pasillo, ambas comían una provocativa papa con salchichón. Con el hambre que tenía se le hizo agua la boca de sólo pensar en comer una de las mismas. A pocos pasos de acercarse a ellas, Vida notó que las niñas también estuvieron con ella en su salón. Eran sus compañeras de clase: Saray y Mercedes.

Por un lado, Saray era una niña de aproximadamente once años. Tenía un largo cabello liso, negro y brillante, tan brillante como el sol que pegaba cada mañana en el lago de la casa de Vida, justo cuando amanecía y deslumbraba. El efecto brillante de su cabello se lo daba la silicona que aplicaba su madre todas las mañanas después de haberle pasado varias veces la plancha por su pelo. La familia materna de Saray agradecía que por fortuna ella no había sacado el mismo pelo de su padre, un hombre negro. De haber sido así, las mañanas de Saray serían otras.

A Saray le habían enseñado en su casa que los cabellos bonitos debían verse como el de ella después del planchado o como el de su amiga Mercedes.

Por otro lado, Mercedes era una niña de diez años, era tan clara que casi podría parecerse al color de las hojas de cuaderno nuevo de Vida. Tenía un cabello rubio, liso desde su raíz y ondulado al finalizar sus puntas. Mercedes y su familia vivían desde hace muy poco en el pueblo. Su padre había heredado grandes terrenos en este lugar, así que había decidido venir de la ciudad con su familia para seguir expandiendo sus negocios gracias al sacrificio y mano de obra de mujeres y hombres indígenas, afrodescendientes y campesinos.

Tanto el padre como también la madre le habían dejado claro a Mercedes sobre con quien juntarse. Por ejemplo, que evitara relacio-

narse amistosamente con personas que se parecieran al jardinero de la hacienda, Samir o doña Carmenza la señora encargada de la preparación de los alimentos en el hogar. El primero, un hombre indígena y la segunda, una mujer negra.

Vida decidió dirigirse hacia donde estaban sentadas Saray y Mercedes para preguntarles por la ubicación de la tienda escolar. Mientras se acercaba, recordó cómo llevaba su cabello aquel día. Tocó su pelo y lo sintió más abultado que en la mañana cuando salió de casa, pues el calor que había comenzado a incrementarse hizo que se desacomodará aún más.

Desde sus lugares, Saray y Mercedes observaron que Vida se acercaba y se miraron entre sí de forma burlona. Vida llegó al lugar y se sentó al lado de ellas. Ambas niñas se miraron una vez más, pero esta vez con cara de sorpresa y sin dejar que Vida dijera una sola palabra, Mercedes exclamó:

—¿Te imaginas tener un pelo así? ¡Qué asco!

Saray entonces escupió un pedazo de papa que ya estaba en su boca.

—¡Uy, sí, guacala! —le contestó Saray.

—Vámonos de aquí, esta niña nos puede ensuciar —dijo de nuevo Mercedes.

Fue tan rápido lo sucedido que Vida solo sintió el viento de las jardineras de sus compañeras soplándole la cara, tras alejarse del lugar.

Amargo como el café súper espeso que preparó su abuela en la mañana, así fue ese momento para Vida. *Que tal estas bobas*, pensó. Tomó posición, se puso erguida y cuando estuvo a punto de gritarles lo que pensaba a las dos niñas, su cuerpo se tambaleó de un lado al otro, esta vez el vértigo había vuelto con más fuerza, que hasta sus pies pesaban como si piedras enormes estuvieran dentro de sus zapatos que ella tuvo que sostenerse y recostarse lentamente sobre la pared para no desparramarse. Cerró los ojos por un momento y esperó a que se le pasara el malestar.

Pasado unos dos minutos, sonó un campanazo; ¡tilín...! Este anunciaba que era hora de regresar al salón, el recreo había terminado. Hacía

mucho calor y Vida aún seguía recostada sobre la pared. Una gota de sudor nacía de su cabello y descendía delicadamente por la mejilla izquierda. En ese momento pasó Flora, la maestra que era alta y delgada, su cabello estaba recogido y bien asentado, parecía que nacía liso desde su raíz, porque unos días atrás lo había alisado. A la maestra le encantaba mirarse cada que podía en un espejo que llevaba en su cartera, para ella era importante verse bien y cumplir con los requisitos de la belleza blanca, de manera que así podía estar pendiente cuando empezaran a salir ramificaciones onduladas y apretadas de su cabello afro. Le había costado tener este puesto en la escuela y no podía darse el lujo de desperdiciarlo por solo un asomo de la textura real de su cabello, para ella ya bastaba con el color azabache de su piel. Flora recordaba cada tanto aquello que le había dicho su maestra al final de su carrera universitaria: “Para abrirse campo en el mundo laboral, trate de que no se le note tanto”. Desde ese momento no ha dejado de alisar su cabello, cada tres o seis meses.

La maestra observó a Vida, le miró el cabello y pensó, *cómo es posible que la envíen así al colegio. ¿Será que no tiene mamá?*. Agarró fuerte sus libros de ciencias naturales para primaria, se acuclilló y tocándole una de sus pantorrillas le dijo:

—Niña, niña, levántese de ahí que el pasillo no es lugar para dormir.

Vida abrió los ojos asustada y miró un tanto confundida a la maestra. Flora entonces se levantó. Desde arriba le dijo que por favor al siguiente día viniera mejor peinada, como una niña decente, dio la vuelta y siguió su camino.

Vida se quedó callada ante los comentarios de la maestra, pensaba, *ni modo de contestarle*. Ella también se puso en pie. Por la posición en la que se había recostado sobre la pared, el bollo de su cabeza se había torcido, dejando caer algunos crespos, y los otros continuaban abultados y aprisionados con la moña. Vida se apresuró por llegar al salón, cuando estuvo ahí se dio cuenta que la clase era con la misma maestra que había visto por el pasillo, entró y se sentó en su puesto, que justo estaba delante de Saray y Mercedes que se habían cambiado de lugar.

Empezó la clase y las compañeras no se aguantaron las ganas de hacerle un desplante más, así que le dijeron a la maestra que por favor cambiara a Vida de puesto, pues donde estaba sentada, ellas supuestamente no podían ver bien. La maestra se volteó para ver lo que sucedía, observó el pelo de Vida y le gritó:

—¡Le dije que se peinara!

La cara de Vida se transformó, los orificios de sus narices se expandieron al límite, la protuberancia de su frente se acentuó casi similar a las olas de piel que tenía la abuela Josefa también en la frente. Con toda la intención de contestarle a la maestra, la miró fijamente y cuando estuvo a punto de hablar, el mareo la frenó, haciendo que su cuerpo se desvaneciera un poco hacia delante en el puesto. Flora abrió sus grandes ojos como si se le fueran a salir, asustada golpeó tres veces en los cachetes a Vida, creyó que se había desmayado. Cuando Vida la miró, la maestra le solicitó que fuera al baño a echarse agua en la cara. Pues eran los únicos ofrecimientos que la escuela les podía brindar a sus estudiantes ante estas situaciones.

Vida se levantó de su silla, sintiéndose un tanto inestable, fue al baño y regresó. En realidad, no se echó agua en la cara. Sólo permaneció un rato por fuera, se recogió un poco el cabello y cuando le pasó el malestar volvió al salón. Al ingresar a este, se sentó en uno de los puestos de atrás. Saray y Mercedes la miraron y se rieron. Vida se quedó en silencio, pero no pudo concentrarse durante la clase, se sentía incómoda, se pellizcaba, aguantaba la respiración, todo para no hablar y sentir el mundo dando vueltas en su cabeza de nuevo.

Después de casi dos horas de clase, sonaron tres campanazos: ¡tilín...!, ¡tilín...!, ¡tilín...!, era hora de regresar a casa.

*Casi que no suena ese timbre, sólo quiero irme de aquí*, pensó Vida, cuando salía de la escuela y se dirigía hacia el lugar donde la recogería la chiva para llevarla a su casa.

—Ay, este pelo... ¿Por qué no me lo puedo recoger?. De pronto sí me veo bien fea —decía Vida en el intento de recogerse el cabello, sin poder lograrlo. Sus manos estaban sudorosas y no agarraba con precisión las hebras de su pelo.

Al llegar a la chiva se sentó en una de las bancas de la esquina del carro. Este arrancó. La chiva iba tan rápida que parecía un trampolín, saltos y más saltos, y en cada uno salía un crespo, también un mechón. A esto se le sumó el terregal que levantaba la chiva en su andar. Era tan grande la nube de polvo, que hubo un momento en el que Vida se sacudió y su cabello se había despojado de su yugo; era al fin libre.

—¡Pero hoy no! —Temía llegar a su casa y que la abuela la viera como todo un despeluque.

*Si le digo a mi abuela que no me moleste más y que se devuelva por donde vino, me voy a marear, ay, no... no quiero llegar*, proseguía con sus pensamientos. La chiva fue doblando la curva antes de llegar a su casa y Vida alcanzó a ver el árbol de zapote, sus hojas brillaban con gran fuerza por los rayos de sol de medio día que caían sobre ellas. Verle así, en tal frondosidad, le pareció hermoso y admiraba lo grande que era para refrescar a su madre y a ella cuando se sentaban debajo de él sobre la piedra. Suspiró profundamente.

Dos segundos más y el carro ya estaba estacionado en la casa. Vida de lejos alcanzó a ver a su abuela sentada en la vieja butaca gorgojada. Josefa pegó un sobresalto, casi se cae de la silla, cuando vio la gran cabellera de su nieta al bajarse de la chiva. El carro arrancó y se fue, al tiempo que la abuela le gritó:

—¿Usted por qué anda como la madre monte? Véale ese pelo pasado tan feo que lo tiene. Así estuviste toda la mañana en la escuela, ¡culicagada! —la abuela continuó sin parar.

Mientras tanto Vida, con ceño fruncido y casi a punto de llorar, entró a la casa y se dirigió a su habitación, pues intentaba no escuchar a su abuela, pero ella gritaba cada vez más fuerte. Vida quería callarla, pero temía marearse.

Josefa la persiguió hasta su cuarto, Vida ya estaba acostada en la cama, como ya sabía lo que iba a suceder, se acostó boca abajo y con una gran fuerza que se desprendía de sus entrañas le dijo:

—¿Sabe qué, abuela? Déjenme en paz, que mi pelo es... —No logró terminar la frase, pues sintió la cama moverse de un lado a otro y comen-

zó a ver a la abuela doble. En definitiva, el vértigo se había apoderado de ella, así que tuvo que poner su cabeza sobre la almohada. Josefa al ver la situación, exclamó con gran furia

—¡Además de grosera, loca y despeinada, también es perezosa! Ser clarita no le sirvió para nada. Igualita al taita. —La abuela salió del cuarto refunfuñando y dándose palmadas en las piernas.

Apenas la abuela cruzó la puerta de la habitación, Vida se desprendió en llanto, tanto que después de un rato se quedó profundamente dormida.

Después de varias horas de sueño, Vida seguía en la cama durmiendo. Al rato llegó Carmina a casa, estaba ansiosa por escuchar los relatos de su hija sobre su primer día de clase y cómo se había portado la abuela con ella.

La madre de Vida era una mujer clara como la pelusa de la guama antes de humedecerla con la lengua y la saliva. Ella tenía cuarenta y cinco años, era lideresa comunitaria y secretaria del consejo de campesinos de la vereda Brisas del Campo. Durante el tiempo que había vivido en este lugar, se había vuelto conocedora de plantas y yerbas medicinales, había conectado con la sabiduría ancestral que las mayores de aquel territorio le habían enseñado, lo cual le permitió aprender del cabello de su hija y descubrir diversas formas de cuidarlo.

Años atrás, cuando Carmina llegó a Brisas del Campo, Vida tenía tan solo cinco años. Carmina había salido de casa de sus padres, en la búsqueda de un mejor espacio para ella y su hija, mayor independencia, pero sobre todo para evitar la incomodidad de que su madre se metiera tanto en las decisiones que ella tomaba, por ejemplo, como haberse relacionado con Antonio, el padre de Vida, lo cual era motivo de fuertes reproches y cuestionamientos. En casa se escuchaban frases como “pero usted en lugar mejorar la raza, termino fue dañándola más”, “la verdad me da mucho pesar con esa niña, mírele ese pelo” y otras frases similares, que evidentemente herían de manera profunda a Carmina. Aunque salió de casa de sus padres, no se alejó del todo, pues cuando

la situación era demasiado urgente y no había nadie más que lo hiciera, Josefa le ayudaba a cuidar a Vida.

Cuando llegó a Brisas del Campo, todo era nuevo para Carmina, la vida en lo rural, su gente, pues había crecido en la zona urbana del pueblo cercano. Incluso tener que peinar a Vida cada mañana, le resultaba frustrante pues no lograba que los peinados se le vieran bien a su hija. Era bastante estresante para Carmina, pues si bien ella intentaba hacerlo con paciencia, poniendo su empeño y amor, el cabello de Vida no respondía a sus cuidados. Mientras se fue haciendo conocer en la vereda y también conociendo a sus habitantes, dio con Ilia, una mujer con gran carisma y empatía, que empezó a invitar a Carmina a espacios comunitarios en los cuales se abordaban asuntos de la política veredal, pero también otros que estaban más relacionados con el cuidado del territorio y la conexión con la naturaleza.

Ilia había nacido en ese lugar y su ombligo permanecía enterrado en el patio de su casa. Era considerada por todos los habitantes de Brisas de Campo como una mujer fuerte y sabia, no por nada la llamaban La Mayora, así como otras mujeres y hombres que como ella se esforzaban por mantener el orden, la prosperidad y el equilibrio espiritual en la comunidad, tanto con la naturaleza, como entre sus habitantes.

Carmina estaba asombrada y feliz de conocer esta forma de relacionarse con la naturaleza, del trabajo con la comunidad, con la tierra y los animales, pero lo que más le alegraba es que Ilia y las otras mayores le contaron y enseñaron cosas que ella jamás había conocido. Con ellas, Carmina reconoció que su hija Vida tenía mucho que ver con las mayores, principalmente porque estas mujeres y Vida compartían el cabello afro rizado o el cabello chontudo, como ellas lo llamaban en alabanza a su pelo. Entonces fueron estas mujeres quienes dieron la posibilidad a Carmina de abonar el cabello de Vida con cuidados de acuerdo a su textura, con el uso de plantas que la misma Carmina aprendió a sembrar en el jardín de la finca: romero, sábila, suelda con suelda, pringamoza y extractos de aceite, que Carmina combinaba con otros productos

comerciales para lavar y peinar el cabello de Vida. Esto había hecho que en los años siguientes el cabello de su hija empezara a crecer y ser libre, tal como el árbol de zapote con el que frecuentemente Carmina comparaba para que Vida sintiera que su cabello era bello y especial. Carmina entró a la casa con el corazón hinchado en busca de su hija, en el camino se encontró a Josefa que estaba sentada en la mecedora tejiendo y le preguntó por Vida.

—Está en la pieza, se quedó dormida por lo perezosa que es —respondió la abuela.

La madre prefirió hacer caso omiso a los comentarios de la abuela, pues quería poner su atención primeramente a su hija. Entró al cuarto, observó a Vida que estaba acostada boca abajo y su cabello estaba suelto por completo, así que mechones y crespos en su frondosidad le atravesaban ojos, nariz y pómulos..., algunos llegaban a sus labios que yacían entreabiertos, casi fatigados del silencio.

La vio tan hermosa y perfecta, que sigilosamente se acercó a su hija, para no causarle un sobresalto.

—Vida, despierta. Mi amor, despierta, ya llegué. —La madre se sentó al borde de la cama. Vida suavemente se estiró, medio abrió los ojos, volteó su cuerpo. Al ver a su madre se sentó e inmediatamente se lanzó sobre ella y la abrazó de manera interminable, su corazón palpitaba rápido, sus ojos se iluminaron y quedaron brillantes.

Al cabo de un rato de abrazos y mimos, Carmina invitó a su hija a salir y sentarse en la gran piedra que reposaba bajo el árbol de zapote, este era el lugar favorito de ambas. Así que se dirigieron hacia allá y ahí las dos permanecieron en silencio, sentadas como niñas sin que sus pies alcanzarán el suelo. Después de unos minutos, ya no hubo más silencio, entonces Vida comenzó a contarle a su madre detalle tras detalle, sin dejar pasar nada, todo lo sucedido en su día, cómo fue tratada por la abuela y en la escuela por su maestra y compañeras. También contó lo mal que la hizo sentir, pues por primera vez se sintió demasiado diferente a las demás personas y sin pertenecer a ningún lugar.

Después de lo que su hija relató, la madre sintió rabia y frustración, quiso haberle evitado aquel dolor e inseguridad sobre sí misma. Tomó aire, respiró y tranquila, le dijo:

—Mi amor, tu cabello es hermoso, así como el gran árbol que reposa sobre nosotras. Tal vez sea diferente al de tu abuela, al de tus compañeras e incluso al mío, pero sigue siendo perfecto tal como es.

Vida también le manifestó a su madre que, cada vez que quería defenderse frente a los comentarios incómodos acerca de su cabello, se mareaba y sentía como si el mundo le diera vueltas, entonces prefería quedarse callada por miedo a desmayarse.

Cuando Vida terminó de hablar, Carmina la acercó a su pecho, la abrazó y se silenció durante largos minutos. Al final sólo le dijo:

—Ay, mi niña, hay mujeres que nos toca aprender a vivir a pesar de la incomodidad.

RELATO

# Oscuridad

Nemecio era un campesino que vivía en la vereda Brisas del Campo. Él tenía un enorme bigote que casi tapaba la mitad de su cara, ésta tenía tantos poros abiertos que parecían huecos que respiraban.

En el parque central del pueblo estaba estacionada la chiva que se dirigía hacia Brisas del Campo, Nemecio se subió y vio que ahí estaban ellas, Vida y su madre. De manera inmediata puso sus ojos sobre Carmina, que no pudo aguantar las ganas de preguntarle hacia donde se dirigían. Ella mirándolo de reojo le contestó: “para Brisas del Campo” y volteó su cuerpo hacia el lado de su hija. Desde ese día, Nemecio empezó a acercarse mucho más a Carmina, cada que podía pasaba por su casa dejándoles plátanos, mangos, naranjas y lo que encontrará; estaba dispuesto a cortejarla y conseguir su cometido de enamorarla a como diera lugar. En un inicio la madre de Vida tuvo algunas resistencias con él, pero después de varios años se hicieron más cercanos y ella comenzó a verle con otros ojos. Tanto fue el interés de Nemecio por Carmina que él también contribuyó a que se vinculará con el medio social de la vereda, le presentó a la gente de la junta de acción comunal, lo que después de un tiempo permitió que ella llegará a ser secretaria y mano derecha del presidente de la junta. Carmina sentía que tenía un lugar importante, que era admirada y además que alguien la veía como una mujer con capacidad y no sólo para ser madre, sino también para aportar y ayudar a la gente de la vereda. Y es que Nemecio tenía bastante habilidad para

hacer sentir a las mujeres especiales, pues también se había mostrado protector y cuidador de Vida, le llevaba dulces, regalos y cada que podía invitaba a su madre y a ella al río, trayendo consigo meriendas y alimentos que el mismo preparaba. Vida sentía cierta resistencia con él, no le terminaba de convencer del todo, pues a veces su madre se mostraba muy emotiva al hablar de Nemecio y eso a Vida le molestaba. En ocasiones, cuando la madre y la hija tenían planes, éstos podían ser cambiados fácilmente por los espectaculares planes de Nemecio. Vida repetía constantemente la palabra espectacular, porque la había aprendido en la escuela por una amiga suya que la decía sin parar para referirse a prácticamente cualquier cosa.

También Vida había visto que su amiga la usaba para ser sarcástica cuando algo no le gustaba, por ejemplo, cuando la maestra dejaba una tarea aburrida ella decía: “¡Qué espectacular tarea!”, abriendo los ojos muy grandes. Ahora Vida también la usaba para referirse cuando algo no le gustaba, sobre todo, y por supuesto que su madre ya se había dado cuenta: “¡Oh, llegaron los espectaculares mangos!, ¡del espectacular Nemecio! Y dijo que iba a venir esta espectacular tarde”, decía Vida. Así y todo, a la madre solo le causaba risa inocente, pues consideraba que era un poco de celos por parte de su hija.

Pasaron cuatro años de visitas, cortejos y regalos, y la madre le dio una oportunidad a Nemecio. Después de tanto tiempo sola, dedicada y preocupada solo por cuidar de su hija y sin alguna relación romántica, creía que ya era hora de compartir su tiempo y amor con él.

Algunas cosas fueron cambiando para Vida, por ejemplo, peinar-se sola algunas mañanas, pues ya estaba entrando a su adolescencia, entonces era algo que debía aprender a hacer. También quedó de lado las sentadas en la piedra bajo las ramas y las hojas del árbol de zapote durante las tardes, así como tener una habitación para ella sola, entre otras cosas. Esta última le causaba gran miedo, pues todavía no se acostumbraba a la oscuridad de la noche del campo.

Cuando pasó el tiempo y con los avances en la relación, Nemecio le propuso a Carmina que vivieran juntos. Ella meditó un tiempo sobre

la propuesta y le planteó que sólo aceptaba si él vivía con ella y la hija en su finca, pues no deseaba dejar este lugar y lo que había logrado en el mismo. A Nemecio le pareció excelente idea.

Nemecio se mudó con ellas. Así fueron pasando los días y Vida fue aceptando de a poco a Nemecio, pues veía que su mamá estaba tranquila y era un gran apoyo para ella.

Aquella tarde la casa estaba organizada para la reunión matutina de cada martes con la junta de acción comunal. Carmina estuvo todo el día en los quehaceres del hogar junto con Vida, que no había tenido clase. El reloj marcó las cinco de la tarde y las personas se fueron aproximando. Nemecio, Carmina y Vida esperaban sentados en la mesa. Este día Nemecio no había cumplido las mismas funciones de limpiar, desempolvar y lavar, pues sus costumbres y tradiciones eran trabajar por fuera, traer la comida a casa, mientras las mujeres se encargaban de los quehaceres del hogar.

Al llegar, todas las personas se sentaron en la mesa, el motivo del encuentro implicaba un grupo más reducido para tomar decisiones. A Vida este espacio le parecía un tanto aburrido, así que saludó con amabilidad y se dirigió hacia su habitación esperando que la reunión terminara pronto. Apenas estaba acomodándose en su cama y cuando estuvo a punto de encender el televisor, se fue la energía. El corazón de Vida comenzó a palpar muy apresurado como si se le fuera a salir, su cuerpo se tensionó y ella, del temor, salió corriendo en la búsqueda de su mamá y solo alcanzó a ponerse una chancla, ya que del susto la otra se le enredó en el pie y terminó por dejarla en el camino. Cuando llegó al comedor no había lugar para ella, así que Nemecio de manera amable le dijo que se sentara a su lado, que abriría un espacio entre él y Carmina, así podía Vida acostar su cabeza sobre las piernas de la madre. Entonces, Vida accedió.

La mesa era alta, así que Vida, desde su lugar —debajo de la mesa—, solo alcanzaba a ver las piernas de las personas. Vida puso su cabeza sobre las piernas de Carmina, quien de vez en vez la acariciaba con su

mano suave, recordándole que estaba segura. Las piernas de Vida estaban en dirección hacia Nemecio, ese día ella llevaba una licra corta y la única sandalia que alcanzó a ponerse. No había pasado mucho tiempo, cuando sus pies sintieron unas manos frías y grandes que le acariciaban. Vida pensó *tal vez cree que tengo frío*, él continuó. En contados minutos las manos de Nemecio se extendieron hacia las pantorrillas de ella, entonces una vez más, pensó, *tal vez considera que el frío me ha subido más*. Después tuvo frío en realidad, pues las manos de Nemecio las sintió mucho más arriba de sus rodillas. En ese momento no tuvo la valentía de decirle que en realidad no tenía frío y temía que las manos avanzaran más.

La sala del comedor estaba muy oscura, ya que la energía aún no llegaba, y bajo la mesa aún más oscuro, Vida sabía que era él y se sentía culpable porque no lo podía detener *debí pararlo cuando sentí sus manos en mis pies*. *Tal vez piensa que pudo avanzar porque yo lo dejé*, pensó en medio de su preocupación. Estaba estática, sin moverse, era como si su cuerpo se hubiera congelado del frío y no sabía cómo hacérselo saber a la mamá, el frío que sentía no era de las noches veredales, sino el miedo de las manos de Nemecio. Nadie en el espacio se daba cuenta lo que acontecía bajo la mesa, aunque el cuerpo de Vida temblara.

Unos cuantos minutos después de caricias que para Vida no eran placenteras, ella reaccionó, levantó su cabeza de las piernas de Carmina, tomó con fuerza las manos de Nemecio, las apretó y las empujó con firmeza. Todos en el comedor estaban confundidos por la actitud de Vida, incluso su madre que no tenía claridad sobre el suceso.

En tanto, Vida se levantó de la mesa con gran premura, tenía el ceño de su rostro muy fruncido y los oficios de su nariz bastante abiertos, sin decir nada, a causa de la conmoción que le ocasionó el evento. Fue a su cuarto y prefirió habitar el miedo de la oscuridad de su habitación.

RELATO

# Libertad

Para Vida era un día muy importante. Su cabello iba a ser tejido y montado uno sobre otro, con cadejos delgados, gruesos y hebras trenzadas que evocarían rutas libertarias de su identidad.

Vida se encontraba en el almacén Belleza de Ébano en la búsqueda de un pelo de color número cuatro, que era como un castaño entre oscuro y claro, tal como se lo había sugerido Oliva, la señora de la peluquería. Tenía cita con ella al día siguiente a las nueve de la mañana y ella había sido muy clara en decirle que, si llegaba cinco minutos tarde, no la atendería. Oliva era una señora de unos cuarenta años que había dedicado casi toda su vida al arte del trenzado. Su voz era delicada, pero guardaba mucha firmeza al hablar; cuando lo hacía, sus grandes ojos casi se salían de sus orbitas, que de no hacerle caso a lo que decía, era como buscarse una muerte segura con la mirada.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué se le ofrece? Tenemos cremitas alisadoras, termo protectores para el planchado..., lo que necesite —dijo la señora del almacén.

—Jajaja... no, muchas gracias, ando buscando un kanekalon número 4, ¿lo tiene?

—Ay, qué pena, es que le miré el pelo y pensé que quería alisárselo, como normalmente las chicas con su pelo vienen es buscando cremas alisadoras, entonces, pues yo pensé...

—Tranquila, no se preocupe. —Desde el estómago hacia la garganta se le subió una calentura que Vida intentó disimular. Tan sólo respiró hondo.

—Vea, mami, está este o este..., este kanekalon se llama expression, es un pelo más suave y se le verá más natural el peinado. Toque ambos y me dice cuál le gusta más.

Vida se quedó por un minuto observando los productos. Pero sentía que la señora del almacén tenía su mirada como escarbadora sobre ella. Al parecer algo quería saber y no lo aguantó por mucho tiempo.

—Ay, mami, ¿yo le puedo hacer una pregunta?

Vida subió su mirada, y la miró como si no le importara lo que la señora fuera a preguntar.

—¿Quién es el negro de su familia? —preguntó la señora con gran intriga.

—Ay, Dios... —resopló Vida— ¿Por qué lo pregunta?

—No pues es que... me disculpa ¿no?, pero si una la mira así rápido, entonces dice ella es blanquita, pero ya cuando una la mira bien, bien y sobre todo le mira el cabello, pues dice ¡jumm! negro por algún lado debe tener.

—¡Mi papá!... Deme el expression hágame el favor —Vida respondió con malestar, pagó el pelo y se fue.

Decidió irse caminando hasta su apartamento, pues el comentario de la señora la había confrontado otra vez después de hace mucho tiempo, sobre todo porque no pudo contestar y solo lo hizo en su mente mientras caminaba, pensando en todas las posibles formas de darle una respuesta a la señora del almacén: *Que señora tan estúpida, tal vez si fuera un poco más oscura no me estarían haciendo esas preguntas tan tontas.*

A estas alturas, Vida estaba más firme y segura sobre su procedencia y del porqué era clara y tenía el cabello tan rizado. Pero en ocasiones, por los comentarios de algunas personas sentía como si estuviera en una mitad en la que ella no quería pertenecer, pero que constantemente la devolvían sin previo aviso, “eres muy clarita para ser negra” o “el pelo no te favorece para ser mestiza”, “vos sos como una mezcla extraña”.

El kaneakalon que llevaba en la bolsa se había doblado un poco, pues durante el camino a su casa lo había estado apretando contra su pecho. Al voltear la esquina vio que fuera de su apartamento estaba la vecina del al lado hablando con otra señora de la tienda. Vida llegó y las saludó.

—Buenas tardes, vecinas. ¿Cómo están?

—Hola, mami, bien ¿y usted? ¿Ya se enteró lo que dijeron en las noticias?... Y por aquí pasó un carro también avisando.

—No, señora, ¿qué pasó?

—Imagínese que nos van a encerrar. A partir de mañana a las 6 am.

—¿Encerrar? ¿Cómo así? —preguntó Vida aterrada.

—Es que usted si ha visto ese bicho que hay dizque en China y eso resultó fue llegando acá y ya hay es un poco de gente infectada y hasta muerta.

—Ay, no... y yo mañana tengo mi cita para las trenzas —mencionó Vida preocupada.

—Bueno ahí le digo, mami, hay que cuidarse. Yo ahorita mismo me voy es entrando pa' mi casa. Hasta luego, vecinas.

Ambas señoras se dirigieron a sus casas. Vida se quedó mirando al vacío con cara de decepción. Pasados unos segundos abrió la puerta y entró a su apartamento. Cansada y con frustración, se sentó en el sillón y revisó su celular, justo doña Oliva le había dejado un mensaje en el que decía “mija, mañana no voy a poder atenderla, no sé si ya vio las noticias, pero la invitó a que las vea. Por acá no me vaya a traer ningún bicho hasta que avisen que ya se puede salir”. Cuando terminó de leer la última palabra, una lágrima corrió por su mejilla izquierda, es muy probable que no fuera para tanto, pero era la primera vez que su cabello iba a ser trenzado.

Durante los meses siguientes, el kaneakalon permaneció embolsado y arrugado en el sillón de la sala.

Muchos meses pasaron antes de que Vida por fin logrará verse al espejo con ese peinado que tanto ansiaban las hebras de su melena. Los días se perdían entre el equipo de cómputo, reuniones y presentaciones

matutinas, cuadros con nombres en las pantallas y esporádicamente algunos rostros que se asomaban, sobre todo cuando una buena blusa, camisa y buen peinado permitieran dejarse ver.

Vida era comunicadora social, tenía un trabajo medianamente estable en un periódico local. Allí escribía algunos artículos y con esto lograba pagar el alquiler de un apartamento en el que se sentía a gusto y lo había organizado a su disposición. Su madre aún seguía viviendo en Brisas del Campo, también seguía siendo parte de la junta de acción comunal y tenía una vida agitada en la comunidad con las mayores. Con Nemecio las cosas terminaron, después que Vida pudo contarle lo que sucedió bajo la mesa aquella noche de ese martes. Carmina no quiso hacer mucho alboroto en la vereda por lo sucedido, en el intento de cuidar la dignidad de su hija; sin embargo, algunas mujeres del sector que supieron lo sucedido, se unieron, logrando que Nemecio se fuera de la comunidad. Si bien, no hubo un proceso legal para él, años más tarde se escuchó la noticia que tenía cáncer en una de sus piernas, lo cual le impedía su movilidad, hasta que murió.

Una semana antes, Oliva le había confirmado a Vida después de tanta intensidad por parte de ella: “Doña Oliva, vea, yo me echo el alcohol, no me bajo el tapabocas para nada, pero atíndame, por favor...”. Oliva llevaba meses sin atender a alguien en su casa, pues temía de gran manera que el virus pudiera llegar a su cuerpo y, con todas las enfermedades que ya tenía encima, no pudiera seguir respirando en este mundo. Así y todo, decidió atender a Vida, la citó el siguiente viernes a las diez de la mañana sin falta.

Justo el día de la cita, Vida tenía la posibilidad de salir de casa, pues por la pandemia solo le era permitido estar por fuera algunas veces de la semana para comprar algo de comer, cumplir con trámites bancarios, entre otras actividades de entrada por salida. Así que, aprovechó para cumplir también con su cita de trenzas. Antes de salir de casa, se preparó

como si tuviera un encuentro muy especial, se bañó delicadamente, usó su producto de lavanda corporal, también mascarilla en el rostro, lavó y desenredó su cabello, se puso su vestido de girasoles favorito, aretes que combinaban a la perfección con su piel, su rostro lo cubrió el tapabocas, agarró la bolsa con el kanekalon que permanecía en el sillón y salió.

Tres tocadás, toc, toc, toc. No hubo respuesta inmediata, ella en tanto, aguardó. Cuando pasaron algunos minutos, volvió a tocar, toc, toc..., cuando fue a dar el tercer golpe la puerta se abrió. Lo primero que observó mientras se abría fue unos pies con gran pulcritud en sus uñas, Vida siguió subiendo su mirada y encontró unas piernas firmes y tonificadas, estaba en pantaloneta y sin camisa, por lo que dejaba al descubierto su gran pectoral azabache. Vida por fin llegó a su rostro y él sonrió: “Buenos días, pasa. Me llamo Abelardo, mi mamá ya sale”, le dijo. Así que era el hijo de doña Oliva, Vida pensó en ese momento, *todo esto es lo que me he estado perdiendo en esta pandemia, por Dios...* Ella siguió hasta la sala que Oliva había adecuado para atenderla.

—Pero vos no me dijiste cómo te llamabas. Sentate sin pena. —Abelardo abrió la conversación.

—Sí, disculpe, me llamo Vida —contestó ella un poco apenada. Su rostro lo sentía caliente, pero por fortuna, gracias al tapabocas, no era tan evidente.

—¿Vida?... ve, qué interesante, no había conocido a alguien que se llamará así. Es bonito. Pero si quieres te quitas ese tapabocas, que no pasa nada —replicó.

—¡Jum, no! Su mamá ha sido muy estricta, si le contara cómo le he insistido para que me atienda hoy. No me puedo dar el lujo que me eche. —Ambos rieron.

—Bueno, por lo menos alcanzó a ver que se ríe. —Él la miró fijamente a la cara.

Hace mucho tiempo Vida no se sentía cortejada, así que ese momento era perfectamente placentero.

—¿Y usted vive aquí con su mamá? —le preguntó ella.

—No, pero sí la he estado acompañando durante la pandemia, ya que algunas clases las puedo dar virtual. Solo que ya la siguiente semana tengo que volver, porque empezarán algunas reaperturas y unas cuantas clases serán semi presenciales.

—Ah, usted no es de aquí... ¿Y clases de qué da?

—Yo soy músico, entonces...

—Ah, da clases de música —contestó ella por él.

—Así es, Vida.

Salió doña Oliva del fondo de la casa y la saludó con seriedad.

—Buenos días, Vida. Pase por acá, hágame el favor. Me imagino que se desinfectó antes de entrar.

Vida asintió con su cabeza, aunque no era cierto, pues fue tan rápida la entrada y estaba hipnotizada con Abelardo, y al parecer él también con ella, que se les pasó ese pequeño detalle. Vida se sentó en la silla dispuesta por doña Oliva. Ella le soltó el cabello y comenzó a separarlo, mechón por mechón fue tejido delicadamente, las hebras del kanekalon de a poco se fueron combinando con los de Vida. Parecía un tejido de rutas y caminos, que para Vida, en cada trazo y en cada vuelta, parecía como si la devolvieran a lo que era, una mujer negra.

Cuando se observaba al espejo, reflexionaba sobre por qué solo hasta ahora, a sus casi 27 años estaba conociendo esta particularidad y se había permitido trenzarse. Si bien cuando pequeña su madre intentó incentivarle lo especial que era su cabello y tuvo de ejemplo a las mayores de la vereda, no fue suficiente para obviar los comentarios de su familia, escuela y otros espacios por los que ella transitaba, con todo eso, Vida empezó a considerar que no pertenecía a un lugar ni a otro. Algunas veces era una chica mestiza, algunas veces era una chica negra, algunas veces le reprochaban que quería ser algo que no era. Entonces ¿qué era? En estas reflexiones pasó varias horas mientras era peinada. Cuando doña Oliva le dijo “hemos terminado, te ves muy bonita”. Vida se levantó de la silla se observó de todas las formas posibles, de frente, de espalda, de lado, y no lo podía creer, jamás se había visto así.

—Te ves muy bien —le dijo Abelardo.

Ella lo miró y sólo sonrió. Le dio las gracias a doña Oliva, le pagó y Abelardo se ofreció a acompañarla hasta la puerta. Ella accedió. Antes de marcharse él le dijo que esperaba que se volvieran a encontrar, ella estaba muy dispuesta. Sin dejar pasar la oportunidad, porque la pandemia le había enseñado que, lo que no se hace en el momento, luego ya no se hace, o tendría que esperar mucho tiempo, cuando ya nada sirve.

—Te doy mi número y me llamas —le dijo Vida. Ella no quería darle vueltas al asunto, a esta edad ya no estaba para titubear.

Abelardo guardó el número en su celular, se despidieron con un choque de puños y Vida se marchó.

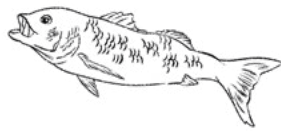
Vida caminaba por la calle como si fuera una reina, se sentía poderosa y quería comerse el mundo. Quien la viera no podía entender lo que sucedía... Esto se llamaba libertad.



08.

# Luz Colombia Murillo





RELATO

# Una pizca de anís y mil de canela

## RECUERDOS

Recuerdo el uniforme de educación física que usaba en la primaria, una falda de vuelo abotonada de lado a lado con pantaloneta por debajo, una camiseta y medias hasta la rodilla con tenis. Todo íntegramente blanco.

Recuerdo el sabor del viudo de pescado, envuelto en hoja de plátano, ajo y cimarrón, al desayuno. Era la envidia, era el néctar y la ambrosía. Las bandejas llenas de mangos maduros que se podían oler a kilómetros de distancia. Ahora mismo se me hace agua la boca. También tengo el vago recuerdo de un hombre con una culebra muy gruesa enrollada entre el cuello y los brazos exhibiéndose por toda la plaza; mi madre hizo llamar a la policía.

Recuerdo la alegría de recibir el rollo de periódico los domingos para leer las tiras cómicas y hacer los crucigramas. Recuerdo el llanto de mi perra de la infancia el día de su muerte. Tonina decía que era su forma de orar para despedirse de este mundo. Recuerdo la forma en que mamá miraba el cielo en las noches, decía que buscaba una escalera para subir y hablar con Dios. Ella también quería que su oración fuera escuchada. Recuerdo las calles de mi barrio antes de ser pavimentado, los pantanos en invierno y los torbellinos de polvo en verano. Esa es la calle del olvido.

Al pasar los años, recuerdo los garabatos de Canela intentando dibujarnos a su papá y a mí. ¡Quizás así de enredada estaba la vida! Ella lo intuía y nosotros solo veíamos trazos sin sentido.

Recuerdo los alegatos de mi hija cuando aún no hablaba claro. Recuerdo que después de muchos meses de alegar en un monólogo interminable de jeringonza, un día se paró en el marco de la puerta, hizo un gesto de cansancio, suspiró profundamente y con una sola exhalación, de forma clara por fin dijo, mamá.

### **LA CALLE DE LUNA**

Eran las calles más polvorientas del mundo. Ese era el barrio de los sueños perdidos en verano y de los pantanos del olvido en invierno. Sentada en una banca de plástico y detrás de una mesa de cartón prensado, siempre estaba Celina, una muchacha muy pálida de huesos largos y famélica que entre sus ojos y sus dientes amarillentos ofrecía bolis de frutas y mangos viches con sal a los clientes.

La madre de Celina, Nicea, tenía la tarea de cocinar para sus hermanos varones y atenderles los hijos, en total trece niños, que ellos, muy alegremente engendraban, y que como común denominador las madres venían a dejar en la casa materna para que, entre la matrona doña Chila y Nicea los criaran. Esa era la forma en la que Nicea se ganaba la vida, mantequeando para sus hermanos y sobrinos. Para ella no era problema las extensas faenas en la cocina o en el patio, lavando a mano los bultos de ropa, lo que amargaba su vida era la conducta arcaica de su familia que no la consideraban digna de hacer una vida independiente o tener un buen hogar con algún hombre, ya que, en términos de la madre, ella era una fruta estropeada por haber parido dos hijas sin estar casada como Dios mandaba. No era sencilla la existencia de estas mujeres.

Desde la terraza de su casa, Luna miraba con extrañeza la familia de Celina, unos eran bien negros y tenían los ojos claros, otros eran pá-

lidos, con los dientes y los ojos amarillos como los de Celina. Había tres muchachas que babeaban el día entero sentadas en el patio de la casa y no pronunciaban palabras coherentes, ellas eran trigueñas de cuerpos robustos, cabellos crespos, ojos de diferentes colores y espesa barba, nunca las dejaron salir a la calle. A Luna le causaban mucha inquietud dos de los niños que se mantenían encaramados en un árbol que estaba en el patio de la casa, ellos tenían los cabellos rubios como el oro, los ojos negros como la noche y seis dedos en cada mano y en cada pie.

Las peleas y los escándalos eran el pan diario de esa casa. No había un día de santa paz. Luna recuerda una Semana Santa en la que los cinco hermanos de Nicea se repartieron planazos a diestra y siniestra al enterarse que uno de ellos se habían robado la mujer de otro de ellos. La calle entera se dio cuenta de la situación y doña Chila dejó de ir a la iglesia por más de cuatro meses, hasta que el párroco fue a visitarla para rogarle, encarecidamente, que no desprotegiera la obra social, ella era la principal donante de los bazares de la obra pro-templo para la construcción de la nueva capilla y era la benefactora de la obra social en el comedor misionero. La pena de ver que sus hijos eran el hazme reír del barrio no la dejaba ir ni a la tienda.

A doña Chila la tristeza la acompañaba día y noche. No entendía por qué sus hijos varones se comportaban de formas tan nefastas. Sin embargo, ni el alcoholismo desenfrenado de sus hijos, ni las otras dificultades de su familia, la hacían sufrir tanto como la vida de Nicea, que para ella era bastante desdichada y el futuro de sus nietas, que mal traídas al mundo, ya existían y no podía hacer mucho por remediarlo. Esa era una casa llena de tragedias, que más que una casa parecía un albergue de desquiciados. No era fácil comprender por qué en una sola familia se podía encontrar tantas angustias.

Luna trataba de comprender con su corta edad todas las situaciones que aquejaban la vida de Celina, pero había realidades que no le eran fáciles de entender, le inquietaba que no fuera a estudiar, que no la dejaran compartir como a los otros jóvenes y que tuviera que trabajar. A esas se le suman otras cuestiones como las largas horas de rezos que

hacia doña Chila, los gritos desesperados que se escuchaban casi todas las madrugadas en esa casa y los comentarios que hacían de Nicea, en especial de que era fruta estropeada.

Los comentarios de los vecinos sobre esa familia eran arrasadores, pero tampoco nadie se acercaba a prestar ayuda o a dar un consejo de valor para que doña Chila lograra colocar orden a esa casa. Las vecinas pasaban por el andén y saludaban cariñosamente a quien se encontraran de la familia. Luego, al caer la tarde, en los andenes de las otras casas, se reunían a vociferar pestes de las situaciones que se enteraban que pasaban en la casa de las desdichas. La madre de Luna nunca participó en esos corrillos porque no le gustaba escarnecer a nadie.

—Grande es el infierno que vivo yo, para andar rajando del purgatorio ajeno —reflexionaba Tonina, mientras escuchaba las carcajadas de burla que le oía sus vecinas.

En realidad, la atmósfera era pesada, no solo en la casa de Doña Chila, también en la cuadra entera, las intrigas, las contiendas, los vecinos casados enamorando a las vecinas casadas y a las solteras, los niños groseros que ni el diablo los toleraba, los ladronzuelos que robaban hoy y mañana se estrenaban lo robado sin ninguna vergüenza, el tendero que fiaba con interés, y en especial, una vecina que se levantaba muy temprano a cantar alabanzas y predicaba del arrepentimiento. Luna recuerda que los mensajes eran buenos.

—Ma, la vecina explica la biblia mejor que el cura.

—Sí, ñata, pero yo no le creo de a mucho porque es como los políticos —rectificaba Tonina.

—¿Cómo así, ma? —indagaba la menor.

—Ella predica, pero no aplica, hija. —Tonina se santiguaba la boca y tocaba madera mientras le explicaba a Luna—. Ella no trabaja y vive del robo, del vicio de los hijos, y del cuerpo de las hijas, mientras manda a todo el mundo a arrepentirse.

—Humm, eso no es bueno —concluyó Luna.

Había de todo en ese rincón del mundo. Celina tenía una hermana menor, Eliza, a quien Luna amaba como a una hermana. A ella le gustaba

jugar con los pies descalzos entre el polvo, la ventisca o los pantanos de la calle. Luna recuerda que siempre cambiaba el panorama de la calle, menos la cara de Eliza que cándidamente jugaba medio desnuda con los mismos mocos y las mismas lagañas.

Cierta tarde, estaba Nicea sentada en el andén de la casa con Celina conversando sobre la venta de los mangos y los bolis, cuando Eliza corría embadurnada de barro persiguiendo las palomas, ese día, muy temprano había llovido y la calle estaba llena de fango. En la esquina paró un bus Verde Plateada Ruta Uno, del que descendió un tumulto de gente. Entre la multitud, Eliza alcanzó a distinguir a Luna, quien venía del colegio con su uniforme y su maletín de cuero, en compañía de su mamá. Eliza soltó un grito de alegría, llamando con gran alboroto a su amiga.

—¡Luna, Luna, Luna! Dile tu mamá que te deje salir a jugar conmigo.

Luna recibió con alegría el saludo de Eliza y con una amplia sonrisa solicitó el permiso a su progenitora para salir a jugar, a lo que ella respondió:

—Luna, usted primero debe llegar a su casa, revisar que todo esté bien, cambiarse de ropa, colocar sus útiles en su puesto, reposar el cuerpo y ahora sí, salir a jugar. ¡Y no la quiero ver metida en las casas ajenas!

Parecía tan estricta la respuesta de Tonina, pero con toda razón acentuaba sus palabras.

En la casa de Eliza uno de los tíos se asomó a la calle por la ventana de la sala ante el entusiasmo de su sobrina, y aprovechando que doña Chila no estaba en la casa, se decidió por molestar a su hermana y a Eliza.

—¡Nicea! ¿Qué hace esa mocosa en la calle gritando? ¡Entra a esa loca!

—¡Más loca usted! Haga el favor y respete —le respondió Celina al tío con tono desafiante.

—Déjame mis hijas tranquilas. Mire cómo están sus hijos, no moleste las mías. ¡Que a Dios gracias usted no es el papá! —le respondió Nicea.

—¡Eso es lo que quisieras, perdida, que fuera el padre de tus bastardas! —le reprochó el hombre a Nicea—. Por eso es que son tan groseras, porque no tiene un padre que las críe —sentenció el hombre con una expresión de provocación.

En la calle, Eliza escuchó la gritería en su casa y arrimó al andén para escuchar mejor lo que pasaba, se paró junto a la ventana y prestó atención. Cuando el tío la vio cerca le recriminó,

—Mugrosa, ¿qué tanto es que jugas con esa negra? —le preguntó a Eliza con un tono de fastidio.

Le echó un vistazo de arriba abajo y reparando el barro que tenía en los pies descalzos, miró a su hermana y para fastidiarle le gritó:

—Nicea, serví pa' algo. Manda a la altanera de Celina a que bañe a esa gamina. —Mientras le decía eso, se sacaba la correa del pantalón y amenazaba a Eliza con pegarle.

—Mentira, Eliza, él no le puede pegar —le decía Celina y su cara se colocaba roja del coraje al escuchar los insultos que su tío les propinaba.

Aturdida, en medio del alegato generado y entendiendo que mientras estuviera en la calle el tío no le iba a hacer nada Eliza, esta salió corriendo de la escena y se fue al andén de Luna a esperarla para jugar. Como su abuela no estaba, pudo jugar hasta la noche porque a Nicea no le gustaba que Eliza permaneciera en la casa cuando Chila no estaba.

Esa noche cuando Nicea estaba bañando a Eliza, Celina le preguntó que por qué quería tanto a Luna, a lo que Eliza contestó:

—Luna es una muchachita alegre de ojos oscuros y dientes muy blancos, es la negra más linda que mis los ojos han visto. Ella siempre está peinada, con vestidos bonitos y zapatos de brillantes, nunca anda sucia ni la veo triste. —Después de un suspiro, añadió—. Quiero ser como ella.

El tío estaba detrás de la pared del baño escuchando la conversación de las mujeres, a partir de eso momento los límites de sus maquinaciones se extendieron.

## **VERSOS A MANITA**

Mamita

Canta a los muertos y lava la ropa  
reniega y cocina envueltos  
susurra oraciones en las noches  
llora la vida que le tocó  
cruje los huesos en el molino  
rompe el maíz.

Mamita nunca ríe

Dice que no tiene dientes para reír.

Mamita llora

Las vidas apagadas en sus brazos  
su padre, su marido, sus hijos varones,  
mamita lamenta su suerte  
sus esfuerzos perdidos  
para mamita las hijas no son ganancia.

## **NADIE SABE CÓMO CAE LA GOTERA EN CASA AJENA**

Una tarde, Luna no se aguantó más la inquietud y le preguntó a su madre qué era lo que pasaba en la casa de doña Chila.

—Mamá, ¿qué significa ser una fruta estropeada?

Tonina dejó de pelar las papayas viches que tenía en la ponchera y miró a Luna fijamente, mientras le preguntó,

—¿En dónde escuchó eso? ¿Quién lo dijo?

—Doña Chila todo el tiempo le dice eso a Nicea y luego se santigua la boca —respondió Luna.

Tonina calló por un buen rato. Al rato le dijo:

—En algunas ocasiones las madres no sabemos decir las verdades. Eso se dice cuando a una mujer se le daña la vida.

Luna no entendió. En realidad, su madre no le quiso explicar con claridad. Luna continuó con las preguntas.

—Mamá, y ¿por qué hay tanto desquiciado en la familia de Nicea?

—Mi ñata, ¡Jesucristo nos perdone por andar hablando del prójimo! Pero, se lo voy a decir así para que me entienda, mamita. En esa familia la revoltura de razas es la que genera tanto loco.

Luna atendió la respuesta de su progenitora, pero resolvió que esa no podía ser la verdad porque en esa y en las otras calles había familias compuestas por muchos tonos de piel y las personas ni era tan malgeniadas, ni vivían con tanta tragedia.

Luna resolvió encontrar la razón hablando con Eliza, así que a la tarde siguiente inició la conversación con las preguntas, en lo que compartía un paquete de chitos con Eliza:

—¿Por qué en tu casa pasan tantas tragedias y son tan raros? —preguntó Luna a Eliza en medio del polvo que levantaban los vientos.

—No sé —comentó Eliza y encogió de hombros—. Yo creo que es por las oraciones de mi abuela. Ella dice tantas cosas —continúa Eliza, llevándose las manos a su cabello para echarlos hacia atrás para despejar su cara—. Mira que pone un santo al revés, y le dice que si no le da un esposo a mi mamá no lo vuelve a enderezar. A mí me da pesar, todas las tardes cuando ella hace la siesta, entro a su cuarto y lo pongo derecho, con la cabeza hacia arriba. —De nuevo se pasó las manos por la cara, y añadió—. Ya todos sufrimos en esa casa, ¿para qué hacer que también sufra el santo?

—Pues sí —asintió Luna encogiéndose de hombros.

Eliza continuó:

—Mi abuela dice que sus hijos son así por el papá, él les celebraba todas las patanerías que hacían porque eran hombres, como él. Mi abuelo era malo, decía que las mujeres solo servían para estropearlas y que mantequearan, mientras que mi abuela llora por las noches y

reniega la suerte de marido que le consiguió su papá. La otra noche la vi llorando con ira, cortando en pedacitos la ropa de mi abuelo. —Eliza clavó la mirada en la tierra y continuó hablando—. Ella odia a su papá y a su marido. Le da gracias a Dios porque ya se murieron. Mis tíos dicen que, a mi mamá, mi abuelo nunca la quiso, pues él mismo le dijo a mi abuela que la botara cuando nació, él decía que no era suya y cada vez que mi mamá hacía algo que le molestaba, le pegaba a mi abuela por no hacerle caso con eso de botarla. —Eliza suspiró profundo y miró a Luna a los ojos y con sinceridad continuó—. Mi abuela quiere a Nicea y a Celina, pero todo el tiempo reniega por la suerte de ellas, dice que no sabe cómo arreglarlas. Ella dice que la única sana de la casa soy yo y que el día que me estropeen, todo se acaba en la casa.

—¿Y a tus primos? —preguntó Luna.

—Ella es muy rara con ellos, todo el tiempo los ignora, dice muchas cosas sobre ellos, cuando está contenta los llama ángeles y cuando está enojada los maldice, dice que son hijos del demonio, que los va a mandar a un hospital especial para ellos, pero mis tíos no quieren que los saquen de la casa. Cuando mis tíos llegan borrachos, mi abuela les pega con unos látigos viejos que tiene en el cuarto que era de su marido, les dice que por borrachines engendraron hijos inservibles, siempre pasa lo mismo, ya es costumbre, ella cree que uno no se da cuenta, pero yo oigo toda la algarabía. A nosotras nos encierra con llave en el primer cuarto para que ellos no nos estropeen. —Eliza hizo una mueca de frustración y miró hacia el horizonte como buscando una salida a su angustia—. Lo que ella no sabe es que mis tíos no respetan a nadie. Los hombres borrachos son como el diablo. Casi siempre que mi abuela se va para la iglesia, mis tíos estropean a mi mamá y a mi hermana, yo me escondo. Mi mamá dice que escondidita me veo más bonita y que las niñas que se meten en los armarios y no lloran, los borrachos no las ven ni las buscan, y eso es lo que hago.

—¡Jesús, creo en Dios padre! —exclamó Luna sacudiendo la cabeza y dio por terminada la conversación.

Entonces, se dispusieron a saltar lazo con las otras niñas que correteaban en la calle. Era verano, y las ventiscas alzaban nubes de polvo en la calle, Luna y sus amigas se veían obligadas a saltar con los ojos cerrados para que el polvo no las hiciera llorar.

Esa calle de diez casas por una acera y doce por la otra, por ambos extremos colindaba con unas avenidas improvisadas por donde viajaba la turba moribunda de los que trabajaban en los arrozales o cañaduzales y recibían un salario miserable. Enseguida de las avenidas había dos riachuelos convertidos en caños por los desechos de las cañerías de las casas y las basuras arrojadas en ellos.

Nadie más, solo Celina y Eliza sabían qué tan infeliz se podía vivir en aquella casa miserable con el hambre, los mosquitos, la falta de energía eléctrica en las calles y los tíos que trabajaban duro seis días de la semana para dejar su mendigo salario en la cantina. Y esa era solo una porción de sus desgracias.

Una noche de mayo se escuchó la explosión de un transformador y se interrumpió el fluido eléctrico en gran parte del barrio, en esos tiempos la gente se había acostumbrado a estas situaciones, sabían que eso pasaba por el exceso de conexiones fraudulentas a las redes eléctricas. Los vecinos salieron a los andenes y prendieron llantas viejas para dar luz y ahuyentar los zancudos, ese día en la mañana había llovido a cantaros y los caños amenazaban con desbordarse. La población estaba en alerta, Luna estaba fastidiada de ver tanto sapo en las orillas de las avenidas, unos estaban aplastados en la mitad de la carretera por los carros y otros saltaban para ponerse a salvo dentro de las casas. Tonina estaba parada con la escoba en la mano en la puerta de su casa para evitar que los sapos entraran, ella sabía que su hija sentía repulsión por los sapos y las ranas. Luna, aun con el fastidio, pidió permiso a su madre y salió a jugar con sus amigos. Como no encontró a Celina y Eliza dentro de la algarabía de niños, decidió pasar a la casa de ellas para preguntar si estaban bien y las dejaban salir.

Caminó por el andén de la casa de las tragedias, Luna alcanzó a ver la puerta entre abierta, llamó varias veces a doña Chila, pero no escuchó respuesta alguna, con un poco de curiosidad y pensando que quizás todos se encontraban en el fondo de la casa, Luna empujó la puerta hacia dentro y volvió a gritar con más fuerza el nombre de Celina y Eliza. Sintió una fuerza que la impulsó hacia el corredor, Luna sintió miedo, quiso devolverse y empujó su cuerpo hacia la calle, pero no logró retroceder. Por un momento Luna sintió que su ser se dividía en dos. Una Luna se quedó en la sala de aquella casa con un intenso dolor de cabeza causado por el miedo, y otra Luna más intrépida que caminó por la vivienda en la más completa oscuridad.

La experiencia no duró mucho, el dolor de cabeza era intenso y Luna llorando soltó un grito desgarrador, después perdió el conocimiento.

### **ATANDO CABOS SE DESCUBRIÓ QUE EL MUNDO NO ERA PLANO**

La cabeza de Luna ardía en fiebre entre las manos de Tonina que no paraba de rezar entre sollozos, ya eran tres días sin dormir y sin poder ir a trabajar, la nena estaba hospitalizada en la unidad pediátrica del Club Noel con observación constante, los médicos no entendían el cuadro febril que presentaba la menor. Aunque estaban con buenos tratamientos y los exámenes no arrojaban ningún tipo de infección, en realidad todos ahí temían lo peor. La menor ingresó por una contusión severa en el lado izquierdo de la cabeza y hematoma en la quinta costilla, sin fractura. O sea, un golpe seco en cabeza que se dio cuando entró a casa de doña Chila.

—Cucú, cucú, cantaba la rana, cucú, cucú, debajo del agua, cucú, cucú —sollozaba Tonina al oído de Luna, en lo que repasaba con sus dedos las trenzas de más de una semana sin poder peinar. Luna abrió los ojos y vio el rostro de Tonina hinchado de tanto llorar.

—¡Jesús, creo en Dios padre! Niña, por fin despiertas, me has tenido en un solo rezo muchacha... —Tonina alzaba los brazos al cielo, mientras caminaba hacia la puerta del cuarto para llamar a los galenos

—¡Qué suplicio ha sido todo esto! —comentaba Tonina, volviendo a la cama de su hija.

—Ma, ma, en la casa de Chila comen sapos y niñas —susurró Luna con pocas fuerzas.

—¿Qué fue lo que dijo, hija? —interrogó la madre a la menor. Fueron interrumpidas por los médicos y no pudieron hablar más.

Tonina no entendió lo que su hija le dijo, y le dio poca importancia, la alegría de ver que había despertado era mayor, las siguientes horas fueron las más largas de la vida de Luna, se sentía fatal, pero todos los exámenes salían bien. Tonina no paraba de preguntarle a su hija que le había pasado y Luna le explicaba en sus cortas palabras lo que había vivido.

—¡Muchacha de Dios! ¿Cómo es todo esto? ¿Cómo que dos Lunas, y donde está la otra? —preguntaba Tonina y escuchó las explicaciones de su hija— ¡Jesús, creo en Dios padre! ¡Niña, eso solo lo entienden usted y Dios!

Tonina se sentó en la silla del acompañante que estaba junto a la ventana del cuarto y daba a un jardín interior de la clínica, con la mirada fija en los columpios y en profunda preocupación oró.

Luna se quedó en la cama con los ojos fijos en los dibujos infantiles que estaban en la pared. Pasado un rato, ambas se quedaron dormidas. Luna soñó que Eliza se iba del barrio, en el sueño el ambiente era tenso, Eliza caminaba sola por la calle hacia la avenida, Luna la miraba desde la puerta de su casa y le rogaba que no se fuera, pero Eliza no le contestaba ni la miraba, Luna intentó correr, pero el cuerpo le pesaba demasiado, por un instante Eliza se giró y la miró con una sonrisa tierna, se montó en un taxi y se fue, Luna alcanzó a ver que su amiga, que no llevaba maleta, solo llevaba una muñeca negra que abrazaba fuertemente, Luna se percató de que ella también tenía una muñeca solo que esta esa clara y de cabellos rubios. La abrazó y se sintió mejor.

Después de esto, Luna mejoró notable, la fiebre mermó y todo se restableció. Solo esperon la salida del hospital. En la salita de espera Tonina aprovechó para llamarle la atención a Luna por estar metida en casa ajena,

—A esta fecha, ya seis días y ni siquiera han preguntado si usted vive o muere. No le digo, hija: ¡la gente no es gente! —rezongó Tonina.

Luna guardó silencio. Al salir tomaron un taxi que por milagro las llevó a la casa. Hablando con sinceridad, no fue un milagro que aquel taxista las transportará. Fue un robo, el hombre le cobró el triple de lo que realmente costaba la carrera alegando que ese barrio era muy lejos, muy peligroso y que las calles estaban imposibles por no estar pavimentado. Tonina alegó con el taxista, pero al final canceló el valor del servicio con cierta arrogancia, el taxista manifestó que la llevaría, haciéndole el favor sí pagaba antes de iniciar el recorrido, Tonina accedió y sacó de su cartera un billete de alta denominación, el hombre abrió sendos ojos ante tal billete. Lo tomó rápidamente y luego se vio obligado a arrimar a una estación de gasolina para pedir que se lo cambiaran por sencillo, y así poder darle la devuelta a Tonina. Al llegar al destino, se enteró de que aquella mujer negra era la dueña de una buena casa y quiso suavizar el impase diciendo que le había hecho el favor porque la vio saliendo con la niña enferma del hospital y que no quería ser grosero con ella, y tomándose más confianza de la debida le preguntó a Tonina si podía visitarla de vez en cuando para tomar el café o un jugo de fruta fresca. No fue necesaria una mala respuesta, la expresión en la cara de Tonina lo sacó corriendo del barrio. En esto Tonina era experta, la vida la había curtido en relación a los hombres ladinos, no era necesario el insulto.

Tonina vivía en una casa sin ventanas, era una mujer amplia de cuerpo y de gustos culinarios exquisitos, que con extrema disciplina criaba a Luna. La casa siempre olía a comida, dulces y flores. Salsa de maní, cremas de ahuyama con queso y hojas de albahaca, carnes adobadas con romero y vino, pescados en salsas de pimentón y piña

o naranja, los postres de mango en tres leches, los desamargados<sup>1</sup>, los calados de brevas en hojas de naranjo, clavos, anís y canela. La casa no tenía lujos, pero no faltaban las plantas florecidas, bifloras de todos los colores. Luna vivió varios abriles con la frustración de no poder invitar a sus amigos a la casa de su mamá, Tonina se lo tenía prohibido, para ella no era sano ni bueno que muchachitos ajenos a su vida le invadieran la casa. Luna en cambio pensaba que la mayor satisfacción de la vida era compartir lo que se tenía. Ella era tan distinta a su madre en sus pensamientos, en realidad parecían con el agua y el aceite.

Varios días después del accidente, Luna arrimó a la ventana de Celina a preguntar por Eliza.

—Ella se ha ido por unos días a vivir donde una hermana de mi abuela, Chila andaba con ella.—Con voz apesadumbrada continuó—. Por estos tiempos no vendrá..., como hasta diciembre —le comentó Celina.

En realidad, diciembre estaba lejos, no hacía mucho y acababa de pasar la fiesta de las madres. A Luna le sorprendió lo que Celina le dijo a continuación.

—Eliza te quiere mucho, pregunta por ti siempre que la llamamos, dijo que te iba a escribir una carta. Lamentábamos mucho el golpe que te diste en la cabeza, de haber sabido que le tenías tanto asco a las ranas jamás te habría mostrado las que estábamos matando esa noche en el patio.

—¿Ella está bien? —preguntó Luna.

—Sanando. —Celina suspiró y añadió con cierto tono de alivio—. Mis tíos ya no viven aquí, mi abuela los mandó para el monte, allá se van a quedar un buen tiempo.

La curiosidad de Luna no era saciada, preguntó por los otros trece niños.

—Unos están donde las mamás, mi abuela se los entregó porque ella ya no puede más con tanta responsabilidad. Otros los mandó para un hospital especial para niños con dificultades. Las trillizas están acá

---

1. Desamargados: dulces navideños típicos del Valle del cauca.

en la casa, Carlos y Milton, también se quedaron porque las mamás de ellos se murieron, además están estudiando y nosotras siempre lo hemos cuidado desde que nacieron —explicó Celina.

Luna entendió el sueño del hospital, entristeció un poco, pero comprendió que todo sería mejor para Eliza.

—Eso está bien —respondió Luna—. Por favor, dígame que la quiero mucho, yo también le voy a escribir. —Luna se marchó rápidamente antes de que Tonina la sorprendiera metida en esa casa ajena.

Una tarde de esas en las que los huecos de la calle son grandes pozas de lodo, Tonina se encontraba pelando dos guacales repletos de piña para hacer dulce para vender, la casa entera olía a melao<sup>2</sup> de clavo y canela. Luna se había quedado dormida en la cama de su progenitora con el televisor prendido, estaban presentando Los Dumis en el canal nacional. Tonina recordaba la tarde que su hija despertó en la clínica, la angustia que vivió a causa de ese accidente y la explicación de las dos Lunas que nunca aclaró nada. De momento, Tonina tomó una piña por la corona y pasó el afilado cuchillo por entre la cascara y la pulpa de la fruta.

—¡Ah, bendito sea Dios! Esta piña está estropeada. —Malhayó Tonina, que estaba sentada en la entrada de la cocina entre el patio y la sala.

Al instante, como una ráfaga de relámpagos se le vinieron a la mente la pregunta de Luna sobre la fruta estropeada. Sobresaltada por comprender la crueldad de lo que su hija pudo haber descubierto se alteró profundamente.

—¡Maunifica<sup>3</sup>, madre de Dios! ¡Ay, la vida mía!

Y soltando el cuchillo y la piña se apresuró por el corredor hacia la habitación, parada frente de la cama, se abalanzó sobre el cuerpo de su hija, tomó su cabeza entre sus manos y la llamó.

—¡Ñata, ñata! Decime qué te pasó en la casa de la Chila, decime muchacha de Dios. ¿Qué viste, qué oíste, qué te hicieron?

---

2. Melao, en Colombia es un dulce hecho con panela o azúcar derretida que acompaña los postres.

3. Expresión similar a Magnífica.

Luna se despertó sobresaltada al escuchar las preguntas de su madre, ver sus ojos desorbitados la alteraron más, y comprendió que no era bueno lo que su madre estaba pensando.

—¡Tonina! —exclamó Luna, mientras lloraba—. Yo no sé, no entiendo si fue un sueño o fue realidad, pero los tíos de Eliza comen sapos y niñas.

—¿Cómo así, ñata? Explícate mejor.

—Sí, madre —dijo Luna—. ¿Se acuerda de las dos Lunas?

—Sí, señora —responde Tonina con atención.

—Bueno, la Luna que entró a la casa vio a los tíos de Eliza comiendo sapos y niñas.

La confusión de Tonina no terminaba, un sueño no aclaraba nada. Las palabras de Luna no eran claras, pero los ojos encharcados de Luna le conmovieron el alma.

Tonina era una madre que sabía escuchar con el corazón y comprendió que Luna era testigo de algo mucho peor que comer sapos, entonces, se propuso llevar a su hija al hospital para una revisión pertinente. Sin embargo, le siguió preguntando a Luna si le habían hecho algo malo en su cuerpo y Luna respondió que no. Ella quería tener la tranquilidad de que una doctora revisara a su hija. Luego sentenció:

—¡Luna en su vida, no se le vuelva a ocurrir volver a entrar a esa casa del demonio! Si usted en algo me estima y no quiere ver correr sangre, no vuelva a entrar nunca más esa casa. —Finalizó con una fuerte afirmación—. ¡Usted no entra allá ni porque el diablo se esté llevando a esa gente!

Luna estremecida por la advertencia de su madre no volvió a ingresar a esa casa ni cuando murió la vieja Chila, treinta años después de este suceso.

—¡Malditos degenerados no solo dañan la cría propia, sino que también pretenden dañar la ajena! —Tonina culminó—. ¡Manada de animales, por eso Dios los castigó con esos hijos desquiciados! Mi Dios no castiga ni con palo ni con rejo sino con el propio pellejo.

Luna quedó perpleja ante estas palabras. Nunca la había escuchado maldecir a alguien.

Esa tarde fue agri dulce para ambas mujeres, Tonina le enseñó a hacer el dulce de piña, también le explicó con claridad la crueldad de lo que significaba ser una fruta estropeada y más en la condición de las mujeres de la casa de Doña Chila. Luna comprendió que Eliza a sus cortos años ya sufría grandes desventuras, y su corazón sufrió al saber que era muy poco lo que podía hacer por ella, le dolió no tenerla cerca, pero asumió que para ella era mejor estar lejos que en esa casa de tragedias.

Esa fue una larga noche para Tonina, las imágenes de las vivencias sufridas en el pasado iban y venían atormentando su alma. Oraba, pero su alma estaba en tribulación, las voces de sus ancestras le taladraban los oídos y su ser no encontraba descanso, rogaba al cielo que la desdicha no hubiera alcanzado a su amada ñata, la sangre le hervía en su cabeza. Luna durmió poco, en sus sueños veía a Eliza envuelta en trapos ensangrentados, herida y sin alientos. La aurora las descubrió haciendo la fila para solicitar cita con la doctora, Tonina no dejó avanzar las horas del día para constatar la salud e integridad de su hija.

—Todo está bien, no hay indicios de violencias—dictaminó la doctora—. Pero la voy a remitir a psicología, es importante que ella hable con una psicóloga porque sí presencié una experiencia traumática.

La experiencia vivida trajo consigo una amarga enseñanza a la vida de Luna, nunca más miraría a los hombres igual que antes, entendía que cada hombre podía ser un abusador y que ella, como mujer, corría muchos peligros.

### ESQUEMA DE VIDA

La muela va a caer  
¡Qué caiga por comer buen guisado!  
Será valioso parir hijos para el mundo  
Aun cuando no digan gracias  
Por los bien criados  
y maldigan a la madre por los mal portados.  
Es brutal el final del amor bien amado.  
Ritual de vida rezar por lo pecado  
Y callar lo gozado, aun cuando sea bien logrado.  
La carne se fermenta  
Será abono para otro siglo y otras gentes,  
solo el vocablo en canto y  
la palabra trazada  
nos salva de la muerte.

### LO QUE UNO MENOS QUIERE A LA PUERTA DE LA CASA LE LLEGA

Mi hija me mostró la primera carta de Eliza, llegó el 14 de junio, era una hoja de línea corriente arrancada de un cuaderno escolar, Eliza la había decorado con flores pequeñitas de color rosado y amarillo. Con estilo de letra imprenta se veía escrita con amor y paciencia.

*Luna de mi vida, buen día.*

*Sé que estas triste por mí, pero quiero que sepas que ya estoy mejor.  
Mi abuela me llevó al hospital y las doctoras han sido buenas  
conmigo, han sanado mis heridas, duré mucho tiempo en ese lugar,  
nadie me podía visitar solo mi mamá, mi abuela y mi Celina.  
La Lunita está conmigo siempre y es como si tú estuvieras aquí.*

*Perdóname, no sabía que le tenías tanto asco a los sapos y no entiendo porque mi tío fue tan malo con nosotras. Mi abuela dijo que lo iba a castigar como nunca. Que le iba a pesar haber nacido. Por mi se puede morir no lo quiero es malo.*

*Luna en diciembre voy para el barrio.*

*Te amo con todo mi corazón.*

Mi Luna me la compartió, la leí con el corazón apretado.

¡Por los clavos de Cristo! Esa niña ha sufrido lo que ninguna niña debe vivir, dije mientras mi hija lloraba leyendo la carta

—Mamá, oremos para que Eliza esté bien —me dijo.

Le dije que sí y oramos por Eliza, por Luna y por todas las niñas del mundo que a vivían esas situaciones.

El 16 de junio, Luna le escribió una carta a Eliza y me pidió que la leyera para saber si estaba bien escrita.

*Buena noche Eliza,*

*Me alegró mucho saber que estás mejor y que Lunita está contigo, yo tengo a Liza y la cuido como su fueras tú.*

*Tranquila sé que lo de los sapos fue un mal momento, pero quiero que siempre tengas presente que no fue tu culpa lo que pasó con tu tío, él es un hombre malo que no está bien del alma. Pero tú y yo vamos a salir adelante y a hacer muy felices.*

*Te mando un pote de dulce de piña, ya lo sé hacer, que te gusta mucho, mi Tonina me enseñó. Con ella oramos por ti todos los días, sé que Dios nos escucha y vas a estar bien. La calle sin ti no es igual, quiero que sea diciembre ya para verte. Con la psicóloga hablamos mucho de ti, es muy buena, me escucha y entiende. Me habla cosas interesantes y aprendo mucho. Ojalá la pudieras conocer.*

*Yo también te amo un montón. Cuidate, saludos a doña Chila.*

Terminé de leer la carta y le corregí la ortografía. Luna siempre ha tenido dificultad con las tildes y las comas, y en ocasiones no conjuga

bien los verbos, esperaba que solo fuera un tema de superar en la primaria, pero han pasado los años y todavía recae. Creo que eso ya es vicio. Tengo que admitir que me he reído sola mientras lo pensaba.

No sabía que estas muchacha se querían tanto, casi como hermanas. Yo sí veía que Luna no consentía nada con Eliza y que mantenía metida en esa casa, pero no entendía el nivel de cariño que se tenían. Con esas cartas recordé el día que Luna me hizo ir hasta el centro y recorrer medio Cali buscando una muñeca negra para dársela de regalo a la bendita muchachita. ¡Jesús, creo en Dios padre! Me acuerdo y me vuelven a doler los pies. Esa era la Lunita, así la bautizó Eliza, decía que era igualita a mi hija. Ella también le dio una muñeca a Luna, era una muñeca hermosa. Ahora recuerdo que por ese regalo se ganó un buen regaño esa niña. Y la culpa fue mía básicamente. La cosa fue que Luna llegó con esa muñeca tan fina y bonita a la casa y yo le pregunté, “mira, esta niña, ¿quién te dio ese regalo?”. Luna me explicó que Eliza se lo había dado, yo me quedé pensando, ¿esa muchachita de dónde iba a sacar dinero para comprar ese tipo de regalo? Así que fui con Luna y la muñeca a la casa de doña Chila e hice las respectivas preguntas. ¿Quién, cómo y de dónde salió la muñeca?

Doña Chila se sorprendió bastante con mi visita y por el asunto que la motivaba. Fui lo suficientemente prudente para que no se sintieran humilladas, no era para decir que ellas se estaban muriendo de hambre, pero bueno, ¡Cristo sabe que tampoco rodaban en plata! Doña Chila era pensionada, y eran demasiadas personas en esa casa ¿y con la zanganería de los hijos? ¡Dios bendito, no hay dinero que sobre para comprar ese tipo de regalo!

En verdad, la muñeca se veía de excelente calidad. Era hermosa, creo que Luna aun la conserva. En todo caso, la bendita muñeca era extranjera, una sobrina de doña Chila que vivía en Panamá, se la había regalado a Eliza, la sobrina había viajado a pasar vacaciones a Colombia y les había traído regalos a los nietos de su tía Chila, entre los regalos venía la dichosa muñeca. Eliza quiso darle algo significativo a Luna en respuesta a la muñeca negra que le dio y ella no encontró más que darle

que su hermosa muñeca. Lo duro fue que Eliza se la regaló a escondidas de toda la familia, y cuando le preguntaron por la muñeca dijo que una tarde mientras jugaba la había dejado en el andén, entró a tomar agua y cuando salió no la vio más, un niño le dijo, las personas del carro de la basura se la llevaron. Y ese fue el fin de la muñeca en la boca de Eliza.

Doña Chila me habló.

—Doña Tonina, le cuento que Nicea enojada le pegó a Eliza por descuidada.

Mire a Eliza que, con profunda tristeza, se sentía apenada. Yo me sentí peor, por querer ser correcta y criar bien a mi hija, estaba avergonzando el sentimiento más noble que puede tener una niña, desprenderse de su muñeca amada para dársela a su amiga, aguantando regañones y castigos en silencio solo por la alegría de poder regalarle algo valioso. No estaba siendo justa con ella. Me agaché hasta donde estaba Eliza, me puse a su altura y le regalé un abrazo, me estremecí, su pequeño cuerpo se derrumbó en lágrimas. Miré a doña Chila y ambas mujeres entendimos los sentimientos que estaban en juego. Le di las gracias a Eliza por el cariño que le tenía a mi hija. Le dije que yo apreciaba lo que había hecho, que era de gran estima para mí. Tenía un nudo en la garganta, así que no pude decir nada más. Eliza me miró a los ojos y se sonrió conmigo. Supe que ella iba a estar bien.

—¿Por qué no habló con la verdad y se hizo pegar? —preguntó doña Chila y revisó la bolsa de regalo y contempló la muñeca—. Diga la verdad.

En resumen, la muñeca tenía más de una semana de “robada”. Eliza la guardaba escondida en el fondo de un baúl de ropa de cama sin uso y ahorraba para comprar la bolsa de regalo para empacarla y dársela a mi hija. Ese día era domingo, doña Chila estaba en la iglesia, Nicea andaban mercado, ninguno de los tíos estaba en la casa porque se habían ido para un paseo y Celina estaba en la cocina alimentando a los sobrinos, así que Eliza vio la oportunidad para entregar el regalo.

Todo quedó claro. Eliza tomó el regalo de las manos de su abuela y con toda confianza se lo entregó nuevamente a Luna delante de todas nosotras. Nunca olvidaré el abrazo que se dieron. Luna lloró y beso la

frente de Eliza. Yo me fui en profundo silencio para mi casa. Esa era la historia de las muñecas, Lunita y Liza. Y ese era el nivel de amor que se tenían la una a la otra.

Volviendo a la situación que se presentaba con Eliza, me conmovió el alma, me revolvió la vida, mi pasado se presentó como una película en el presente frente a mis ojos, y no fue fácil. Era como si me volviera a pasar, y era más fuerte que recordar; porque cuando uno recuerda se da el lujo de obviar cosas, sensaciones, olores, palabras, dolores, entonces uno, simplemente recuerda lo que quiere y omite lo que duele. Pero en esta ocasión nada se omitía, todo era en vivo y en directo. Por Celina supimos que Eliza tuvo una crisis de anemia y que estaba hospitalizada. Dos veces le enviamos frutas y tortas de banano y espinaca.

La segunda carta de Eliza llegó el 19 de septiembre, esta vez la escribió en un papel grueso como de tarjeta y la decoró con plumones de punta delgada,

*Lunita,*

*Me has hecho mucha falta. Gracias por el dulce de piña, aún tengo medio pote, me mandaste bastante, y siempre meriendo galletas con tu dulce. Estuve varias semanas hospitalizada, la doctora decía que estaba baja de peso y de hemoglobina, no sé qué es eso, pero es algo de la sangre y que si estaba muy bajita era malo, yo la tenía en 5 puntos, así que me daban unas coladas y cremas. Me acordé mucho de tu mamá por la comida que me compartieron. La del hospital también tenía verduras, pero la tu mamá era más rica, dile que muchas gracias. Me aplicaron muchas inyecciones y sueros en las venas. La psicóloga iba hasta el hospital y compartía conmigo unas tortillas muy ricas, me gustaría que algún día las probaras. Cuando subí cinco kilos y tenía la hemoglobina en doce, me dejaron ir para la casa de mi tía abuela, por eso no te escribí el mes pasado. Ya he subido dos kilos más y la ropa no me queda buena, mi abuela me va a comprar ropa el sábado. Cuando me veas no me vas a reconocer, el cabello me ha cambiado y estoy*

*gordita, tengo la cara redonda. Todo este tiempo ha sido bueno. He estado más tranquila, mi abuela y su familia es buena conmigo. La profesora me está enviando las tareas a la casa. una sobrina de mi abuela me está ayudando con los temas del colegio, y cuando ella no puede, una señora que sabe mucho pasa a la casa y me ayuda. Al hospital solo podía ir mi abuela y mi mamá, así que una señora del servicio de protección iba para ayudarme con las tareas. Voy a ganar el año porque ya estoy al día con todo. Estoy muy contenta, porque mi mamá y Celina están tranquilas en la casa de mi abuela, nadie las está estropeando, ni maltratando. Desde que salí de la casa hemos estado en unos talleres del servicio de protección y mi abuela ha cambiado mucho, dice que quiere hablar con una psicóloga. La pobre ha sufrido mucho. Luna, en diciembre nos vemos, te amo hermanita.*

*Nota: saludos a tu mamá, cuida a Liza, yo no he dejado sola a Lunita.*

No lo puedo negar, cada carta de Eliza cortaba mi corazón. ¿Usted cree, uno estar nadando en comida y que, al lado de uno, una niña muera de desnutrición y uno no se dé por enterado? ¿En qué mundo estamos?

Por un momento me sentí miserable. Prometí continuar enviándole frutas y tortillas.

Dos días después, Luna le contestó.

*Bella Eliza, tú siempre serás mi hermana gordita o flaquita.*

*Me alegra saber que estas bien, me puse triste cuando supe que estabas enferma, pero bueno lo importante es que estas mejor. Que bueno que estas estudiando y te va bien así sea así, mandando las tareas. Yo ya inicié el nuevo año escolar, como este es otro calendario es diferente en este colegio. Quiero que sea diciembre para verte y para celebrar la primera comunión. Te esperaré. Te mando dos blusas de tus colores favoritos verde y rosado. Espero que te gusten. Te quiero mucho. Tu mamá y tu hermana se ven muy bien. Se nota que están mejor. La vida en tu casa ha cambiado*

*mucho. Creo que vamos a estar bien de ahora para siempre. Es bueno que doña Chila este con la psicóloga. Liza esta bien. Ponte bien, no quiero que los servicios de protección te lleven a otro hogar.*

*Te extraño hermanita. Pero estoy feliz porque tú estás bien.*

Una vez más Luna me pido que la leyera, esta vez su mensaje fue corto. Pero esperanzador. El mes de octubre no llegó carta, Eliza fue a pasar una temporada en Silvania con la tía abuela y no pudo escribirle a Luna, pero le mandó una caja llena de dulces de la región y una buena cantidad de hermosas plumas de pavo real. Luna fue feliz con el regalo.

Para nuestra sorpresa en noviembre entró una llamada telefónica de Eliza, en esa ocasión no supe qué tanto hablaron, pero comprendí que todo estaba mejor, los ojos de Luna brillaban de emoción.

Lo que se vivió fue fuerte y desafiante, me revolcó la vida, me confrontó frente a la burbuja de perfección que había hecho para mi hija, sin contarle la verdad de lo que era la vida real. Dios sabe cómo hace sus cosas, me permitió abrirme a la realidad de mi hija y que ella conociera parte de la mía. No fue fácil, pero sentí que mis ancestras me daban paz para hacerlo.

Para diciembre las vidas de Luna y Eliza estuvieron completas, la alegría rebosaba en los ojos de ellas y las heridas de todas habían sanado. Y por mucho tiempo fue así, hasta bien entrada la juventud de las dos muchachas.

## **EL PIE IZQUIERDO INICIÓ LA LIBERACIÓN**

En algún momento de la adolescencia, uno de los tíos de Eliza y Celina inició una seguidilla de insinuaciones obscenas y molestas hacia Luna. Ella siempre lo evitaba, ya lo conocía, corría de un andén a otro para no encontrarse con el sujeto, no iba a la tienda cuando él estaba sentado en el andén de su casa fiscalizando la vida de toda la cuadra. Con mucho

dolor en su corazón dejó de conversar con Celina, mientras vendía los bolis y los mangos y solo compartía con Eliza si se sentaban en otro andén. Así intentaba Luna evadir los acercamientos de aquel hombre impertinente.

Una noche, antes de orar para acostarse a dormir, Luna le comentó a Tonina

—Mamá, ese tipo me tiene aburrida, un día de estos me voy a levantar con el pie izquierdo y le voy a sacar los ojos. ¡Qué no se las crea mucha cosa, que de pervertido no pasa! —comentó Luna.

Tonina miró detenidamente a su hija comprendiendo el fastidio que aquel hombre le producía. Ella guardó silencio y apretó los dientes. Sabía lo que el atrevimiento de ese hombre traería a sus vidas, pero no lograba dimensionar lo que Luna pensaba. La adolescente desvió su cara de la mirada de Tonina y cerró los ojos, esa noche oró con mayor fervor que otras veces. Cuando colocó la cabeza sobre la almohada concluyó.

—A cada marrano le llega su noche buena y este diablo anda comprando boletos para el averno.

Tonina pujó desde la cocina donde preparaba una sobrecarga en salsa de mostaza y piña calada con arroz verde para el almuerzo, la casa estaba impregnada a laurel y anís.

En la tarde del día siguiente, como era de costumbre, Luna y Tonina venían cansadas de todo un día de labores académicas y laborales, y atravesaban con paso lento la calle para llegar a su casa. Como obra del diablo, aquel sujeto inició su retahíla de insinuaciones, sin percatarse que la mamá de Luna se había quedado unos metros atrás saludando una vecina que había estado enferma.

Las mujeres negras como Luna normalmente no cambian de color según las emociones que manifiesten, pero ese día Luna mostró su color más oscuro. Fue real, el pie izquierdo le dio la pauta para desviar su camino hacia la casa del acosador, las palabras lascivas de aquel individuo despertaron en Luna a sus mil ancestras vilipendiadas por los esclavistas y encontraron en la vida de ella voz, fuerza, lugar y momento para hablar.

—¿Cuál es la pendejada que te traes conmigo? ¿Qué es lo que andás buscando? —le preguntaba Luna, mientras avanzaba con furia hacia la casa de aquel sujeto—. ¡No te equivoques conmigo que yo no soy tu puta, a mí me trata con decencia o no me trata!

Luna se paró muy cerca al hombre, de frente y con la mirada altiva. Aquel hombre nunca había percibido tanta arrogancia en una mujer. La arena del reloj dejó de caer, aquel hombre retrocedió, busco como entrar rápidamente en su casa, pero encontró la puerta cerrada. No había forma de huir, se estremeció cuando alzó la vista, Tonina venía detrás de su hija en silencio. Luna jamás había visto a un hombre mestizo ponerse tan pálido. Aquel hombre solo atinó a vociferar estupideces ante las dos mujeres que lo miraban de frente y bien dispuestas a lo que fuera. El encuentro de energías fue delirante. El hombre gritaba una y otra vez.

—¡Cállate, bocona! ¡No me metás en problemas!

Las imprecaciones de Luna no paraban, todas las cochinas que le decía y con las que la acosaban se las recriminó en su cara. Doña Chila se había acercado a la ventana para averiguar qué era lo que estaba pasando, se quedó espantada al escuchar todo lo que Luna decía de su hijo, ella sabía que él era malo, pero no se alcanzaba a imaginar que era también asediaba a las hijas de las vecinas. Por un momento solo se escucharon las respiraciones agitadas de las tres personas de la controversia y una voz muy aguda entre sollozos se escuchó dentro de la casa,

—Abuela, no es mentira lo que ella dice, yo sé que es verdad, su hijo es un cerdo. Mi mamá, Celina y yo hemos sufrido sus abusos —atinó a decir Eliza.

—Mamita, a mí también me dice y me hace cosas peores —confesó uno de los niños entre lamentos.

Un silencio sepulcral rompió los ánimos de los mortales, una llave entró en la cerradura de la puerta, era la progenitora de aquel sujeto cuestionado que intentaba abrir la puerta para salir.

—¡Lárgate de mi casa, no me vengas a hacer escándalo que mi mamá está enferma! —vociferó aquel hombre y rápidamente trabó la puerta desde afuera con afán para que su mamá no saliera.

El temor en su mirada era un animal en crecimiento. La gente del sector empezó a salir de sus casas para mirar lo que pasaba. Se escuchó una voz fuerte de mujer que salía de la casa,

—¡Abrí la puerta sino quieres tener dos problemas hoy! ¡Maldito mentiroso!

Aquel hombre empezó a tartamudear, mientras destrababa la puerta. El temor se veía en sus ojos. Tonina puso su mano sobre los hombros de Luna en señal de apoyo y esperaron en silencio. La escena era justa y balanceada. Por un momento se sintió como si aquel hombre avergonzado fuera a meterse a su casa vencido por las dos negras que afuera lo exponían. En un instante el mundo se revolvió y las palabras más despreciables se escucharon en la boca de aquel sujeto.

—¡Esta negra asquerosa me quiere buscar problema, como si yo en realidad me la quisiera comer con ganas! Gas... Quítate de aquí que vos sos una negra bullosa. ¿Quién se va a fijar en vos pa' comerte? Negra arrecha, vos sos la que me andas buscando. ¡Lárgate, sucia, que estoy que te pateo!

La común humillación de censura, la muchachita con la honra por el suelo. Uno diría, fin de la discusión, todo el mundo se calla y cada quien se va para su casa, pero esa calle y esa gente no era normal. Con la agilidad de un águila, Tonina se puso al frente del aquel hombre dejando tras de sí a su hija, y cara a cara le dijo:

—Cuando hable, piense antes de abrir su boca y mida sus palabras. En la cárcel hay muchos pervertidos como usted, así que no se estrellé. Ella es menor de edad. No busque lo que no se le ha perdido. Ya he recorrido este camino varias veces, no sería el primero que por mi cuenta conozca un penal.

La voz de Tonina tronó en el espacio y taladró el alma de aquel que tambaleó hacia atrás y descargó todo su peso sobre la columna de la casa. La pequeña imagen de una mujer negra de cabellos lacios y muy adulta apareció en la puerta. Doña Chila salió de la penumbra de la casa, sus ojos centellaban de ira y mirando a su hijo le gritó.

—¡La negra más arrecha que existe soy yo, que te parió y no te mató cuando tu papá a la fuerza me preñó! ¡La negra más asquerosa soy yo que te alimentó y no te dejó morir de hambre! ¡Entrate porquería, que solo pa' vergüenza te parí!

Aquel hombre fue lanzado por una legión de espíritus al interior de la casa. La mujer se volteó hacia Tonina y Luna:

—Vecinas, por favor, perdone este animal, la vergüenza que tengo es grande, pero más grande es lo que tengo que hacer ahora mismo.

La pena se reflejaba en sus gestos, sin embargo, la ira le enloquecía el corazón, acababa de escuchar a Eliza y a su otro nieto declarar lo que se había jurado castigar con todos los conocimientos que había deseado nunca tener que usar. Doña Chila se acercó a Luna, la abrazó y con lágrimas en los ojos, dijo:

—Tranquilas, nunca más en la vida ninguno de mis hijos les va a faltar al respeto. Mija, gracias por no dejar que la humillen. Yo debí tener su claridad. Levante la cara, mamita, que usted sí sabe que es tener la matriz bien puesta. Vayan con Dios que yo arreglo esto.

Y la mujer entró a su casa cerrando la puerta tras de sí. Mamá e hija se fueron a su casa y se tranquilizaron. Tonina oró, Luna también hizo lo propio. Durante toda esa noche nadie durmió en esa calle, fue una noche escabrosa. El escándalo y los lamentos de hombres llorando fueron pavorosos en la casa de Celina y Eliza. Durante los siguientes días ni las ventanas de aquella casa se abrieron, los vecinos empezaron a tener por la vida de aquella familia. Las lenguas viperinas inventaron cuanta historia se puedan imaginar. Algunas vecinas de mayor confianza se acercaron y averiguaron por la familia. Doña Chila les dijo que todo estaba bien.

—Estoy componiendo lo que estaba mal —concluyó la vieja.

Pasadas varias semanas, estaba Luna de espalda a la calle en el andén de don Antonio, conversando con otros chicos de la cuadra, de momento unos brazos blancos y largos la rodearon por la cintura y la abrazaron con ternura, una voz conocida le susurró al oído,

—Gracias mi negra hermosa, realmente me sacaste del infierno.

Luna reconoció la voz de Eliza y sintió sus lágrimas calientes correr por su hombro y espalda como lava. Era la voz de una chica que encontró en el reclamo airado de una negra la fuerza para liberarse de su abusador aun cuando eso implicara desbaratar su familia.

El corazón de Luna explotó en llanto. ¿Cuánta miseria puede haber en la mente de un hombre para no respetar su sangre?

### **ELLA SE CONOCE**

Engendrada por su abuela  
parió la hija que deseaba su madre.  
Camina por el mundo con la certeza  
de ser poseedora de sabiduría ancestral.  
Cuatro abuelos,  
ocho bisabuelos,  
dieciséis tátaras.  
No sé acongoja por las tristezas vividas.  
Alza la mirada libre y vibrante  
acompañada de una carcajada sonora.  
No miente,  
no maquilla la realidad de su origen.  
En ocasiones llora de rabia, de impotencia, de coraje.  
Desahoga su alma,  
Limpia las ventanas de alma  
vibra, palpita,  
vuelve a vivir.  
Aprendido a respirar a su propio ritmo,  
sin atormentarse por el frenesí del mundo.  
Se sabe fértil,  
se siente fuerte,

se reconoce honorable.  
Conoce el dolor del ser mujer y ser negra.  
No disimula sus cicatrices.  
Se enciende, brilla,  
no se rinden.  
Va a entregar un legado,  
sabe que las negras que viven en dos siglos nunca mueren.

### **¡A PUNTA DE GOLPES LE QUITÓ LO BABOSO!**

Hace un tiempo, estaba como aprendiz de cocina en la casa de Tonina.

Ella con la experiencia de más de cuarenta años en su excelsa cocina y yo rayando en los diecisiete años de quemar hasta un agua a fuego lento. Esa condición uno no suscita muchas palabras, solo mira y aprende. Mi hija de catorce años nos acompañaba.

La receta del día era un pescado en salsa de zapallo con jengibre, arroz integral con verduras agrias y postre de mango y maracuyá. No habíamos empezado y la casa ya olía a manjares. Canela estaba sentada en el patio frente a la cocina ayudándonos a lavar las verduras en un platón con abundante agua fresca y ruñéndose el coco para la salsa del pescado.

—Abuela, mire que el colegio hay un muchacho que es muy hablador, me molesta todos los días, yo no le paro bolas porque es demasiado labioso —le comenta mi hija a mi mamá.

Tonina la mira desde la cocina levantando su intensa mirada por encima de las gafas y le pregunta.

—Muchachita, ¿y quién es ese? ¿Cómo así? Explíquese.

—Mamita, es un pelado que mi mamá conoce, me tiene la vida triste, él me quiere presumir, pero yo no quiero ser ni su amiga ni su

enemiga. —Canela sacude sus manos en señal de liberación y sentencia— ¡No sé qué hacer para que lo entienda y no me canse!

Tonina bajó la mirada y reparó el pescado de más de diez libras que tenía en su mano.

—Jummm... —susurró mi mamá.

Respiré con calma, sabía que el ronroneo de Tonina traería alguna enseñanza, solo era cuestión de esperar.

—Luna, toca lavar bien este animal. La clave está en sacarle bien la baba de la boca y de la cabeza porque si no se le saca, queda con todo el marisco y queda imposible de comer, nos tiramos la receta. —Me recomendó Tonina.

Y añadió:

—Sí, Canela, de pescados, de babosos y de andar sin dinero, sé bastante, no se asare que recién está empezando a vivir, hija.

Es verdad, todo pescado tiene baba en su boca y cabeza, y también es cierto que algunos hombres son muy labiosos. Lamento tener que decirlo, pero desde que era un feto me han rodeado muchos de ellos. De pescados y de labiosos.

Y es natural, hay hombres que hablan mucho y no toman agua. Entonces, el uso excesivo de la boca hace que se genere exceso de saliva y cuando esta se acumula por mucho tiempo se vuelve espesa, como moco. Tanta babosada hastía, ahoga cualquier beso, palabra seria o promesa cierta.

Esa tarde Tonina nos explicó que a punta de golpes se le quita lo baboso. Eso fue magistralmente brutal, mi madre agarró por la cola el animal y lo azotó cuatro veces contra la pared externa de la pila del lavadero, dos veces por cada lado, envuelto en una chuspa plástica para no enmariscarlo todo. En realidad, la fe no me acompañaba, pero no replique, estaba en posición de aprendiz de cocina. Yo acostumbraba a lavar los mariscos con vinagre, sal gruesa, limón y agua caliente. Hasta ese momento me quedaban decentes o por lo menos mi hija y mi marido se los comían sin reparos.

Canela estaba muy atenta, se paró de su silla de labores y vino a mirar lo que hacía su abuela Tonina. Siempre he confiado en la sabiduría de mi mamá, ella toda la vida ha sabido lidiar con hombres labiosos así que era el momento de aprender. Terminó de azotar el escamoso animal y recordó las palabras puntuales que le dijo en su momento a alguno de los hombres de su vida.

—Sobre piedra babosa no se descurte ropa.

A otro lo sacó de taquito cuando le dijo:

—Coja su camino, amigo, que no soy yuca criada en tierra fangosa. Claro eso es una golpiza seria para cualquier baboso.

Miré la chuspa y toda la baba de la boca y la cabeza estaba acumulada en una esquina de la chuspa. Miré a mi madre a los ojos y lo comprendí perfectamente la lección.

Mi hija se volvió a sentar en la mitad del patio a picar las verduras y los aliños mientras decía:

—La mujer que estima su vida y quiere comer tranquila, no se mete con labioso, a menos que sepa la técnica para quitarle lo baboso.

Les aseguro, esa tarde me gradué como aprendiz.

## **LA VIRTUD NO SE CONSIGUE EN UN PAQUETE DE CHITOS**

Han pasado más de veinte años y la vida ha cambiado para todas.

Una tarde sentada en el patio de la casa de mi mamá mientras ella organizaba sus bifloras y tomábamos café me comentó:

—Mija, yo creo que lo que te pasó fue un desdoblamiento en la casa de doña Chila, el día de la explosión, como una experiencia extra-sensorial, yo sé que vos naciste con virtud, pero no lo decía para que no murieras. —Alzó la mirada y clavó sus ojos en los míos—. Ahora lo podemos hablar porque ya tienes la edad y la razón para entenderlo:

—Yo no sé, madre, pero fue tan vívido —le respondí.

—¿Lo recuerdas? —me preguntó

—Claro, ma, como si fuera ayer —le dije.

—¿Cómo fue, hija?

Suspiré profundo e inicié el relato:

—Caminé por el andén de la casa de las tragedias, y alcancé a ver la puerta entre abierta, llamé varias veces a doña Chila, pero no escuché respuesta alguna, con un poco de curiosidad y pensando que quizás todos se encontraban en el fondo de la casa, empujé la puerta hacia dentro y volví a gritar con más fuerza el nombre de Celina y Eliza. Al instante frente a mí apareció un hombre alto de cuerpo robusto y con voz gruesa que me invitó a seguir. Sentí miedo, quise devolverme y empujé mi cuerpo hacia la calle, pero rápidamente fui jalada por el brazo hacia dentro de la casa. Por un momento, sentí que mi ser se dividía en dos. Una Luna se quedó en la sala de aquella casa con un intenso dolor de cabeza causado por el miedo, y otra Luna más intrépida caminó por la vivienda en la más completa oscuridad. Recorrí rápidamente la sala, la cocina y el corredor de las piezas, ese mismo tramo ya lo había recorrido varias veces, sin embargo, esta vez parecía interminable, pensé que en realidad había entrado a la boca del infierno. Un olor a caucho quemado inundaba el ambiente y el canto de las ranas hacía todo más complejo, saber que estaban ahí, que no las podía ver, que las podía pisar o que en algún momento saltarían sobre mí, me hizo temblar, el asco que siempre les he tenido no es poco, sin embargo, no cerré los ojos, los abrí más. Fue entonces, cuando me percaté de que el piso no era el mismo de otras veces y me sentí confundida, esta vez traqueaba como si fuera madera, advertí de que solo oía mis pasos y el canto de las ranas, no los del hombre que me llevaba a rastras de quien solo podía ver su espalda pálida y sin camisa. Pensé lo peor. Algunos destellos de la luz emitida por las llantas encendidas en la calle se reflejaban en el interior de la casa y en las paredes logré ver cuadros de personas viejas y de otras épocas, vi indígenas posando con sus atuendos tradicionales y negros en plantaciones de caña a pleno sol, vi una foto grande de una pareja de jóvenes y el señor se veía arrogante y rudo, la mujer que lo

acompañaba ella doña Chila, se veía joven, pero con la mirada perdida y sin esperanzas. Por fin llegamos al patio de la casa, vi a Celina, Eliza y los trece primos sentados en un círculo como en forma de ritual con una cena de carnes asadas en las brasas en el centro, pensé que estaban de fiesta y que sería bueno si me invitaban a compartir, total olía bien. Esperé que me llamaran o me empujaran, pero nada de eso pasó, me sentí libre del hombre que me llevaba y no lo vi más, sentí una sensación de abandono terrible. Al momento vi a doña Chila como en trance, sentada en una butaca de madera muy grande, con varios cuchillos en las faldas y toda ensangrentada, al final de la pila del lavadero estaba Nicea con las manos llenas de carne lista para asar y los hermanos de ella de espalda en una gran mesa comiendo y tomando, en la mitad de la mesa estaba un radio viejo de pilas y se escuchaba la canción del Ron de Vinola que se repetía una y otra vez y se mezclaba con el canto de las ranas. No comprendí por qué, aunque estando tan cerca de ellos, no me miraban, por un momento me acerqué a las tres hermanas que nunca salían de la casa y las vi sin babas y comiendo tranquilas, presté atención y empecé a reparar la cara de los niños, no tenían ninguna de las afecciones que diariamente manifestaban. Realmente estaba sorprendida. Mi inquietud fue mayor, cuando miré a Eliza que con cara de terror me rogaba que me fuera de ahí. Corrí hacia ella intentar entender qué pasaba, pero quedé paralizada cuando vi que uno de los tíos le estaba arrancando la carne de las entrepiernas y se la comía. Aterrorizada intenté detener esa barbarie. Pero fue imposible, no podía acercarme y hacer algo contundente. El olor a carne asada y a sangre fresca se mezclaba fuertemente con el de caucho quemado y me asfixiaban. La noche era espesa, pero por la fogata en el patio lograba ver con claridad todo lo que acontecía. El dolor, la angustia y la impotencia desgarraban mi alma. Los cantos de las ranas ahogaban las suplicas de Eliza y mis pedidos de ayuda, nada paraba la barbarie. Busque con la mirada a doña Chila y la encontré desmadejada, sin fuerzas en una amplia silla al borde del tanque del lavadero, busqué a Nicea y a Celina, las vi tiradas en el piso, como en trance, completamente inconscientes. De vuelta a ayudar a Eliza, observé los platos de

los demás, y sentí que todo mi cuerpo convulsionaba a arcadas del asco y el miedo. Lo que comían eran sapos y ranas asadas. De momento sentí una dolor seco y penetrante en mi cabeza y solo pude pegar un grito hasta que perdí el conocimiento. Luego desperté en la clínica con usted.

—¿Eso fue todo? —preguntó mi madre.

—Sí, ma, eso fue todo —asentí con el pocillo de café en la boca.

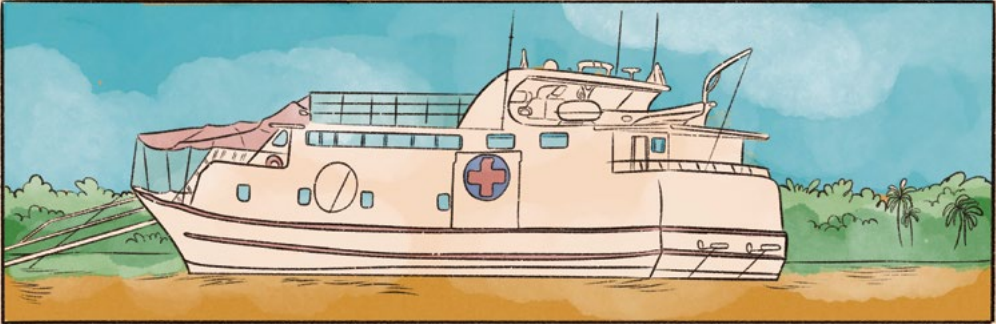
Mi Tonina me miró con admiración y me dijo:

—Cuida tu virtud, Luna, cuídala, que esa no se consigue en paquete de chitos.



09.

# Lina Lugo Maturana





RELATO

# Madera fina

I

Mi mamita tiene 90 años y una lucidez extraordinaria. A veces me cuenta anécdotas y en sus historias muchas veces me he encontrado a mí misma intentando lidiar con mis guerras internas. En una de nuestras conversaciones, alguna vez le pregunté cómo se describía a sí misma y, luego de pensarlo un poco, me respondió, yo soy madera fina. Es que a mí me ha tocado lavar oro desde pequeña, entrar a los socavones, cazar en el monte, arar la tierra, alimentar muchos hijos e hijas y enfrentar de todo para hacerme fuerte, me dijo. Su lucidez y visión del mundo siguen asombrándome. Sin embargo, una de las cosas que suele decir, y que me sorprende aún más, es que lo que más le duele en su vida es haber tenido que renunciar a ella misma.

Por eso quiero escribir con mi mamita. Escribir sus historias y las mías. Sus historias siempre me envolvieron y dispararon mi imaginación. Sé que se guarda muchas cosas, me parecía leerla cuando conversábamos y es por eso que quiero escucharla y que nos contemos nuestras historias.

Desde niña, esperaba ansiosa encontrarme con ella. En sus palabras, encontré siempre magia y una especie de sanación que me arrullaba. Ella solía inventarse historias solo para mí, o eso pensaba yo. Eran historias y cuentos de animales, de plantas y de espantos, conversábamos por largos ratos y nos reíamos mucho. Pero también estaba el

otro lado de mi mamita, un lado sombrío y triste. Recuerdo que pasaba largas horas en silencio guardando una tristeza y muchos secretos que nunca logré descifrar. Solía quedarse horas pensando, recordando, o no sé, la miraba sumergida en un mundo en el que nadie podía entrar, un mundo desconocido para mí.

Siempre me sentí muy cerca de ella. Será porque yo también me sentía en algunos momentos un poco solitaria. Pero sus arrullos, sus canciones e historias y sus formas especiales conmigo, me hacían sentir especial.

La vida de mi mamita no ha sido fácil. Por eso quiero escribir historias con ella, sus historias y las mías. Ahora, después del tiempo, puedo reflexionar sobre mi recorrido. He vivido una vida llena de inseguridades, temores y de una angustia extraña, muchas veces sin darme cuenta. He llegado a pensar que mi vida y la de otras mujeres, en particular mujeres negras, significan muy poco para el mundo. Llegué a creer que no teníamos mucho que aportar o que simplemente no merecíamos. Lo pensé por mucho tiempo y entiendo que, de alguna forma, eso afectó mi vida. Sin embargo, la reflexión me ha ayudado mucho y ha sido gracias a otras mujeres en las que hallé eco. Me di cuenta entonces, que nuestras historias tienen tantos sitios en común, y que el reconocerlo y reconocerlas podría ayudarnos a atravesar ese puente, que nos permita reescribir nuestras historias de formas distintas. Lo aprendí de mujeres mayores, de mis abuelas, con mis amigas y con mis hermanas. En sus relatos, muchas de estas mujeres han dicho que sus historias las cuentan narrando, cantando y poemando. Fui aprendiendo y entonces quiero seguir hilando ese legado para reescribirme yo misma y con otras. Por eso quiero escribir la historia de mi mamita. Antes no podía, era difícil y duro. Ahora quiero hacerlo porque entiendo que escribir me ayuda a recordar y despierta mi espiritualidad. Me ayuda a conectarme con quienes ya no están y me acerca a las que siguen estando, como mi mamita. Es un poco como desafiar el silencio al que creo que se nos ha condenado como mujeres negras, porque hablar y escribirnos es intentar reivindicar nuestras luchas.

Entonces me parece un buen camino contar mi propia historia y reencontrarme conmigo a través de la historia de mi mamita.



Mi mamita siempre me envolvió con sus historias. Recuerdo que cuando estaba triste y la buscaba en sus palabras encontraba la magia. Creo que es por eso que ahora quiero escribir con ella, sobre ella y sobre mí.

Luego de mi adolescencia, cuando salimos de casa de mi mamita, ella pasaba mucho tiempo sola. Cuando la visitaba me hacía escuchar su lectura de algunos versículos de la biblia. Solía decirme que esas lecturas me ayudarían a cambiar y encontrar la salvación porque según ella, yo estaba descarriada. Su versículo favorito era uno del libro de Corintios, que decía *¿No saben que los malvados no heredarán el reino de Dios? ¡No se dejen engañar! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sodomitas, ni los pervertidos sexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios.* Yo la escuchaba atenta, por ella y por el amor que le tengo. Sin embargo, no podía estar de acuerdo, porque yo no puedo creer en ese Dios castigador y más bien, siempre preferí creer en un Dios que comprende todo y quiere a todas las personas que intentan hacer lo mejor de sus vidas y las vidas de los demás. Pero yo la escuchaba y la escuchaba hasta que ella quisiera.

Mis visitas se hicieron cada vez menos frecuentes, sin embargo, siempre la tuve presente, recordaba los retazos de historias que alguna vez me contó sobre las muchas cosas que había tenido que pasar.

Así que aquí estoy, la llamo y le digo que quiero verla y que hablemos como antes, sobre nuestras vidas, como cuando yo crecía. Quiero escuchar sobre su historia, de la que alguna vez me contó solo pinceladas. Quiero saber sobre qué es eso de ser “madera fina” como ella se

autodefinía. Ella se queda callada y luego escucho su risa y accede. Tal vez para pasar tiempo conmigo, para no estar tan sola. Me dijo entonces que llegara el siguiente domingo, y que entonces conversáramos.

La casa de mi mamita está llena de recuerdos. Estar ahí me produce sensaciones, que de pronto me hacen sentir de nuevo como una niña.

Yo crecí en esta casa. Mi mamita crio aquí a mi mamá, a mis tíos y tías. Mi mamita, como solía llamarla en mi infancia, había obtenido esa casa luego de que fueran sacados del asentamiento Belisario, una calle larga del Oriente de Cali que fue ocupada por muchas personas que llegaron de territorios del Pacífico y no tenían dónde vivir. La obtuvo a través de un proyecto de interés social y con grandes esfuerzos la convirtió en una casa de tres plantas. Ella vivía en la tercera planta y nosotras, con mi papá y mi mamá, en la primera. Siempre vi a mi mamita como una mujer de una gran fuerza. Vivimos con ella hasta mis 14 años y, a su lado, siempre me sentí protegida y querida.

Ese domingo cuando llegué, me había preparado una avena deliciosa. Siempre adoré la avena preparada por ella. Compró galletas, pan y estaba absolutamente preparada para recibir a su nieta linda, como ella me llamaba muchas veces. Preparó café, nos pusimos cómodas, ella en su mecedora y yo tirada en el piso, muy cerca de ella, como cuando era una niña, para poder sentirla y escucharla.

Sentada en el piso, junto a las piernas de mi mamita, nos pusimos a volar entre recuerdos. Conversamos sobre su mal humor y como solía espantar a mis amigos y amigas cuando llegaban a casa. A menudo, tomaba un balde de agua y desde el tercer piso la lanzaba diciéndoles: *esto es para que se enfríen porque están muy calientes, vayan a buscar oficio a sus casas y dejen a mi nieta tranquila que ella acaba de llegar de estudiar*. A mis amigas sólo les quedaba salir corriendo y esperar a que mi mamita entrara para luego regresar.

Mientras recordábamos, ella se reía y me decía, *¡ay, nieta! es que en ese tiempo yo no soportaba que tanta gente estuviera en mi casa*. Recordaba que ella también tenía una parte sombría y triste, que nunca logré explicar.

—¿Y por qué, mamita? ¿Qué era lo que tanto le molestaba?

—Ay, hija, es que tanto alboroto y esos muchachitos afuera de la casa me hacían recordar cosas que yo no quería recordar.

—¿Y qué cosas, mamita?

—Déjeme y yo le cuento, ha pasado ya tanto tiempo, que ahora puedo contarle.

Mi mamita entonces inició con su historia.



—Mija, cómo le parece que cuando llegué a Turbo, empecé a trabajar en el barco que llegaba al puerto del pueblo. Yo estaba desorientada, sin fuerza, con mucho desespero porque habían matado a su abuelo Maturana. Eso fue muy duro para mí, porque lo quería mucho y no sabía qué iba a hacer, porque su mamá y sus tíos eran muy pequeños y yo me quedaba batallando sola y yo tenía que hacerle a lo que fuera. No tenía a nadie quien me pudiera ayudar y a la única persona que le tenía confianza era a Dina, pero ella, la verdad, estaba resolviendo sus propios problemas y pues, yo qué la iba a molestar con los míos.

»Dina era la madrina de su mamá... Mi gran amiga Dina... Yo la conocí viviendo en Chigorodó con su abuelo, pero dejé de verla un buen tiempo, pues me dediqué a trabajar en ese lote que habíamos cogido con su abuelo cuando salimos de ese caserío en el Chocó. Pero era mi gran amiga y a ella le contaba todo. Cuando su abuelo y yo nos fuimos para Chigorodó, sembramos de todo. Ahí teníamos ñame, maíz, plátano, papa, yuca y papaya. Además, me la pasaba trabajando en la limpieza del terreno. La verdad, hija, es que eso me entretenía porque eso era tan inmenso, así que yo no tenía cómo aburrirme, todo el tiempo tenía algo que hacer. Entonces, me alejé un poco de Dina.

En medio de su relato, a mi mamita se le va apagando la voz, las expresiones en su rostro revelan su deseo de abrazar el silencio, de no querer volver al pasado, de no despertar los fantasmas que en algún momento la acecharon y fueron despedazando cada parte de su esencia. Me dolía escucharla así, pero yo, en ese momento, lo que quería era luchar contra el silencio que intentaba apoderarse de ella.

Yo le recuerdo nuestro trato, y le digo que ella tiene que hablar más, contar más sobre lo que ha pasado, que muchas veces el peso del silencio nos va ahogando y que cada vez estoy más convencida de que hablar entre nosotras nos ayuda. Además, le digo que nosotras siempre fuimos tan unidas, que solíamos pasarla tan bien y nos reíamos cuando yo era más joven.

—Si, hija, —continúa— ahí le iré contando, Porque usted conmigo puede hacer un libro si quiere —me decía sonriendo—, pero eso lo dejamos para después, si me alcanza la vida, porque no me ve cómo estoy de viejita, cansada y toda remendada.

Yo le insisto que continúe, que me entristece escucharla decir que está viejita, pero claro, también sé que la muerte tarde o temprano nos toca la puerta, y no quiero irme sin escuchar su historia.

Ella sonríe y continúa.

—Bueno, hija, no nos pongamos melancólicas. Mire, la verdad es que a mí ver esos muchachitos afuera de la casa me ponía de mal genio, me sacaban la rabia. Es que recordaba que en el barco llegaban muchos hombres a molestarme. Yo era muy joven y conocía poco, estaba desesperada y ellos se aprovechaban de eso y pues, como decían en el pueblo, los hombres no pueden ver carne nueva porque se alborotan. Casi no le paraba bolas a nadie, pero sí estaba pendiente de todo el que llegaba. —Ella se reía—. Había un hombre que me gustaba. Era muy apuesto, alto, con los ojos cafecitos, y resulta que él empezó a ir más seguido, preguntaba por mí, me dejaba detalles, me llevaba desayuno y cuando no iba, me enviaba razones con los muchachos. Imagínese, hija, era Donado, el papá de sus tíos Arlín, Alberto y Lucero

»Yo lo conocí en ese barco, ya llevaba un año y medio de viuda y como era tan cansón y me buscaba seguido, pues terminé enredada con él..., pero lo más triste de todo es que esa relación, al rato, se convirtió en un martirio para mí.

Ese hombre me dio tan mala vida, me humilló tanto... Pero de todo lo que viví, lo que más me marcó fue la noche en que decidí dejarlo definitivamente, no se imagina lo que fue eso, fue terrible porque, como le dije, él era un patán, malagente, mija, y yo la verdad, llegué a tenerle más que miedo, pavor.

El relato de mi mamita continuaba, aunque a veces había que convencerla de que hablara. Ella siempre había sido más bien callada con esos temas, pero ahora, comenzaba a volar en sus recuerdos y a contar las cosas que nunca contó. Yo entonces la instaba a hablar y le decía — Hay que sacar esos recuerdos acumulados pueden doler mucho, mamita.

Yo quería que mi mamita sacara, que me contara.

—Pero, ¿qué pasó? —Insistía y ella continuaba

—Resulta que esa noche era fiesta de Trellez, el hijo de mi comadre Dina y ella siempre celebraba con bombos y platillos el cumpleaños de su hijo. Había buen trago y buena comida. Ella preparaba arroz con frijolititos negros, pescado frito, plátano con suero, hacían dulces de fruta y eso era una delicia. Además, ponían bullerengue, champeta, vallenato. Recuerdo que había un disco que decía, me lleva él o me lo llevo yo, pa' que se acabe la vaina, me lleva él o me lo llevo yo, pa' que se acabe la vaina, ay, Morales a mí no me lleva, porque no me da la gana, Moralito a mí no me lleva, porque no me da la gana. Lo colocaban en la fiesta y la gente se alborotaba y el baile no paraba. Era la verbena de la cuadra del Veranillo, llegaba mucha gente. La algarabía no paraba, era un día muy especial y yo tenía que estar ahí. Sin embargo, me daba mucho miedo por todo lo que estaba pasando con Donado, pero donde yo no fuera a esa fiesta, mi comadre no me lo perdonaba. Yo la verdad, no tenía mucho ánimo de ir, pero esa noche cogí fuerza, me maquillé bien, de manera que pudiera disimular los moretones de mi cara, me puse un vestido muy bonito, dejé a su mamá y sus tías acostadas y me fui

para esa verbena. Llegué, empecé a saludar y me senté por ahí, al lado de Florentina. Ella era mi vecina, sabe..., una mujer delgada que con una mirada imponente y una voz gruesa. Mientras ella esperaba a que la sacaran a bailar, empezó a hacerme preguntas que sólo me incomodaron. Qué dónde estaba Donado y qué por qué estaba sola, y que eso era algo muy extraño, porque ella conocía cómo era Donado y sabía que él era incapaz de dejarme salir sola de la casa, ah, porque todo mundo sabía quién era Donado. Yo tomé aire y me quedé callada, crucé las piernas e hice un gesto para que ella entendiera que no quería hablar del tema, pero ella insistía en seguir preguntando. La evadí con monosílabos y afortunadamente a los minutos la sacaron a bailar.

»Le dije que le tenía mucho miedo, ¿sabes? Pues fue esto, hija, lo que finalmente acabó con la relación. Yo que continuaba sentada en la silla escuchando y cantando vallenatos. Estaba distraída y cuando me da por mirar al lado mío, pues va creer que ahí estaba Donado. Yo me puse hasta pálida, me empezaron a sudar las manos y me temblaban las piernas, no sabía si era por su presencia o porque llevaba una botella de ron en la mano. Recuerdo que él tenía una camisa de color azul, arrugada y desabotonada, y pues para sumarle también me hablaba bastante enredado. En ese momento, intentaba fingir serenidad, pero realmente tenía mucho miedo. Es que la noche anterior, le había dicho que ya no quería estar más con él, que estaba cansada de tanto maltrato y que además yo sabía que él había estado tocando a mis hijas. Eso me dolía mucho y, además, no lo podía permitir. Él no soportó escuchar eso y de impulso empezó a golpearme, era tanta la ira que sentía que pensaba que mi cuerpo era un ring de boxeo, me dio puñetazos, patadas y me gritaba que yo era una malagradecida porque él era el único hombre que se había encartado con una mujer con tantos hijos. Yo tenía muy presente eso y me daba mucho miedo que empezara a golpearme en medio de la fiesta. Yo sabía que él era capaz de eso, pero al muy descarado no le importaba y como nadie sabía lo que estaba pasando, porque yo estaba tan bien maquillada que no se me notaban las marcas que me habían quedado por la golpiza del día anterior.

En ese momento mi mamita se quedó en silencio, como pensando, ida. Yo solo pensaba en todo lo que ella había tenido que soportar. Todo ese maltrato y abusos, además cargar con lo que significaba ser una mujer viuda y con tantos hijos e hijas. Imagino toda la inseguridad que le generaba a ella esta situación, además que eso la hacía pensar que no merecía tener una relación donde el respeto y el amor fueran la base de todo, lo único que le tocaba a ella era agradecer y valorar que un hombre estuviera compartiendo con ella, así eso le costara seguir renunciando a su felicidad y condenarse al sufrimiento.

Mi mamita me siguió contando.

—Pues en ese momento sonó una canción y me estiró la mano, ¿se imagina? Como si no hubiera pasado nada. Claro que yo no quería, pero él insistió. Me dijo, ese disco me gusta porque me recuerda cuando empezamos. Yo le decía, Donado tú estás muy tomado, vete a la casa y cuando estés mejor hablamos, pero él no me prestaba atención, me seguía insistiendo, entonces me tomó del brazo y me hizo levantar, me agarró fuerte la cintura y empezó a susurrarme en un tono muy bajo que ese vestido estaba muy escotado y que se me veía muy hermoso. Me dijo, también, que a él le gustaba pero que le gustaba que me lo pusiera solo cuando estaba con él. Me repetía que no me lo decía por malo, pero que él sabía cómo se comportan los hombres cuando ven una mujer sola y con el tremendo cuerpazo que yo tenía.

En ese momento, miré a mi mamita a los ojos y me pareció que estaba a punto de llorar, me le acerqué, y lo único que sentí fue ganas de abrazarla.

Ella, con su voz quebrada, me dijo:

—Lo que pasa, hija, es que estos recuerdos me hacen mucho daño.

—Lo sé, mamita, pero estas cosas hay que hablarlas.

La motivé a seguir conversando.

—Pues Donado siguió y yo me quedé callada. Intenté mover los pies para que la gente creyera que yo estaba bailando con él, mientras hacía toda clase de preguntas. De pronto, una pregunta me sorprendió mucho. Me dijo, “mami, *¿tú qué harías si nuestros hijos se quedan sin*

*nuestro amparo?” Yo solo bajé la mirada, suspiré y le dije que no me hiciera más preguntas, que se fuera para la casa porque estaba muy tomado, pero él no entendía nada, ya había perdido la cordura. Volvió y me hizo tres veces la misma pregunta, yo estaba muy asustada y sólo quería salir corriendo, pero me tenía agarrada por la cintura. Hice el intento de moverme, pero me apretó con más fuerza y empezó a hacer movimientos extraños. Miraba con cara de asustado para todos lados. Lo que yo no entendía, era que, con su mirada, lo que hacía era asegurarse de que estuviéramos solos. Y así era, miya, casi toda la gente se había ido y quedaban solamente algunas personas distribuidas por la casa, como era una casa tan grande en ese momento no había nadie cerca. Pero bueno, una vez que confirmó que estábamos solos en la sala, se envalentonó, me miró fijamente a los ojos, llevó con violencia su mano hacia la cintura, y fue cuando sacó el cuchillo.*

Mi mamita se había devuelto en el tiempo, mientras narraba la historia, y estaba metida de tal forma en su narración, que era ella la que en ese momento quería seguir hablando.

—Usted no se imagina, miya, el miedo que sentí en ese momento —continuó. —En un segundo, toda mi vida pasó como una película por mi cabeza. Pensé en el momento en el que conocí a Donado, pensé en cómo había abusado de mis hijas y pensé en las tantas golpizas que me había propinado. Volví a pensar en mis hijos y lo que pasaría con ellos si yo moría en ese momento. Tenía mucho miedo y fue entonces cuando sentí la primera puñalada cerca del pecho.

Para ese momento, yo también estaba casi llorando. Nunca antes había escuchado esta historia, me sentí desconsolada y afligida al escucharla. Ella estaba callada, pero yo quería escuchar el desenlace.

—Ay, miya, no tuve tiempo de reaccionar, agaché la cabeza y lo único que pensé en ese momento fue ponerme la mano en la herida, para, según yo, evitar desangrarme. Él no se apiadó y lanzó la segunda puñalada. Intenté gritar, pero sentía que me quedaba sin voz. Él se aprovechó de eso y me incrustó la tercera puñalada. En ese momento yo ni sé cómo hice, pero cogí fuerza, no sé de dónde (seguro, miya, pensando en mis hijos), miré alrededor y vi una mesa que podría servirme para

protegerme. Creo que él debe haberme visto la intención, pero la cogí y, me la coloqué en el pecho y él lanzó una puñalada más y el cuchillo quedó enterrado en la pata de la mesa. Caí al piso, ese hombre quería matarme de la peor manera. Después que vio el cuchillo enterrado, me miró fijamente, pensando que había logrado lo que quería y con toda la frescura del mundo sacó el cuchillo de la pata de la mesa y salió de la casa.

En ese momento, cuando yo no dejaba de mirarla, notaba que estaba a punto de llorar. Sentí una gran pena, al pensar en todo lo que mi mamita había pasado. Pensar en enfrentar la muerte a manos del hombre padre de algunos de sus hijos. Otra vez se me hizo un nudo en la garganta, y al verla cómo intentaba no llorar, me hice la fuerte y sin saber qué decir, sólo se me ocurrió afirmar que afortunadamente los tiempos han cambiado y que ahora muchas mujeres tienen la posibilidad de denunciar si están sufriendo situaciones de maltrato, y que ya no se le quedan calladas a los hombres, y que ahora hay muchas más leyes que antes y qué sé yo. La verdad, yo solo quería llorar.

—Sí, hija, tiene razón, gracias a Dios los tiempos han cambiado — me dijo—. Yo gracias a Dios me salvé y hoy puedo contarle esta historia.

Mientras mi mamita asentía, yo pensaba en las muchas mujeres que todavía enfrentan tanta violencia a manos de sus parejas. Mujeres sin libertad y atrapadas en esas historias que no son tan distintas a estas historias que mi mamita me estaba contando. Por mi cabeza no dejaban de pasar pensamientos como estos, estaba llena de indignación, pero sabía que debía estar mucho más tranquila para poder seguir conversando con mi mamita. Ahora mi tarea era poder abrazarla y escucharla para que ella pudiera sentirse mejor.

Yo tenía tantas y tantas preguntas para hacerle, pensé, sin embargo, que tal vez ese no era el momento. Además ahora, yo quería saber sobre mi abuelo, el famoso Maturana, de quien sabía muy poco. Sabía que de todos sus hijos, era mi madre quien se parecía más a él. Cuando se referían a él, siempre hablaban del hombre fuerte y trabajador que era y que toda su vida se la había dedicado al campo y que sabía mucho

sobre medicina natural, de plantas y animales. Escribía mucho, aunque nunca tuve acceso a sus cuadernos, que según contaban, estaban llenos de fórmulas y sabiduría ancestral para curar gente y animales. Ya solo podía pensar en toda esa sabiduría a la que yo no podía acceder. Pero más que eso y la capacidad de curar que tenía mi abuelo, quería saber cómo había sido él con mi mamita. Yo quería imaginar una historia linda y llena de amor, después de escuchar esa historia tan dolorosa y trágica con Donado.

#### IV

—¿Y mi abuelo Maturana, mamita? ¿Qué pasó con él? —pregunté—. Lo que mi mamá me dijo, es que era amigo de todos y que le gustaba mucho ayudar a otros y que era un sabio. Cuénteme de él mamita —le insistí.

—Vea, hija, mi experiencia con su abuelo Maturana fue diferente. Teníamos problemas, claro, había peleas, pero nunca recibí tanto maltrato como con Donado. A Maturana lo conocí cuando yo tenía 18 años. Al principio no me gustaba, pero él insistía. Pasaba por ahí y me llamaba. Una vez fui a lavar ropa a la quebrada, cuando escucho que una amiga viene desesperada, me ve y grita, Emilia, Aquileo Maturana te envía esta carta. Yo, claro, me asusté y le dije que no podía recibirla porque donde mi mamá se diera cuenta me mataba. Es que mi mamá era así, ¿sabe?, iba a pensar que yo estaba enamorada. Pues figúrese que, para desgracia mía, mi mamá estaba escuchando todo, me arrebató la carta y ve la primera parte. Pensé que me iba a matar, pero no, ¿sabe qué me dijo? Que ese era el hombre con el que me tenía que casar.

En ese momento mi mamita hizo una pausa, se puso de pie y se fue a buscar un vaso de agua. Me recordó entonces que debía beber mucho líquido por su cirugía en la tráquea. En ocasiones se agita y pierde fuerza cuando intenta hablar.

Pensé nuevamente en su voluntad y su fuerza y en la de tantas mujeres que les ha tocado vivir y aguantar tanta violencia y pensar que tanto aguantar, también es una lucha que ha hecho que nosotras estemos aquí, pensando en construir un mundo distinto, en poder narrar la vida desde un lugar diferente al sufrimiento. Esas mujeres y mi mamita, claro, son quienes, de alguna forma, dan vida a esas cosas por las que estamos luchando hoy, porque tienen anclado en su corazón la esperanza, la extienden para quienes creen que ya no es posible recorrer un camino diferente a la muerte. Ellas nos enseñan tanto, porque con estas historias, nos cuentan cómo han superado cada batalla y cómo han arrancado de su piel los dolores y las angustias. Es que han sido experiencias y resistencias de quienes, en algún momento, sienten que la vida no vale nada.

Al regresar de la cocina, mi mamita me tocó el hombro para que reaccionara porque estaba distraída, me preguntó si estaba bien y le dije que sí, que estaba bastante impactada por lo que me contaba.

—No, pero no se sorprenda, hija —me dijo—. Recuerde que le he dicho que conmigo puede hacer un libro. —Se sentó y me regaló una sonrisa llena de cariño—. Mejor le cuento lo que viví con su abuelo Maturana —dijo y volvió a sonreír—. Pues mi mamá me dijo que me tenía que casar con él —repitió—. Y yo sólo tenía que hacer caso. Sí, porque en ese tiempo la mamá y el papá eran los que decidían con quién se metía uno, con quien uno se casaba. Solo era que el hombre fuera a pedir la mano y ya, no importaba si una se condenaba a la infelicidad. Y pues, con Maturana fue así. Mi mamá conocía a la familia, y de él solo se hablaban buenas cosas, que era trabajador, que era respetuoso y bueno, se sabía que era un buen muchacho. Pues mi mamá lo fue a buscar, porque ella quería que fuera él con quien me casara. Dos días más tarde, él llegó a la casa, pidió permiso y empezamos la relación. Él me trataba muy bien, así que entonces yo misma, me fui convenciendo de que él era el hombre con quien quería estar. Pues al cabo de un año de relación nos casamos y rapidito quedé embarazada. Poco tiempo después, ya no eran dos bocas

sino tres las que había que alimentar entonces pensamos que teníamos que salir del pueblo a buscar algo mejor.

Al escucharla, no podía dejar de pensar en lo terrible de no poder decidir con quién estar y compartir la vida, y mi mamita no tuvo esa oportunidad. Para ella, fue cumplir el deseo de su madre. Era realizarse “como mujer”, y eso sería casarse, tener hijos y dedicarse a los cuidados del hogar. Afortunadamente, ella se encontró con un hombre que en ese momento la hacía sentir bien, pero, ¿qué tal que no hubiera sido así? ¿Qué tal si hubiera sido como Donado, que vino después de la muerte de mi abuelo? Un hombre que a punta de golpes pensaba que demostraba amor, desconociendo que lo realmente impone es infelicidad y amargura. Al menos cuando Donado apareció en su vida, mi mamita tenía un buen recuerdo de mi abuelo Maturana.

Mi mamita continuó.

—En ese tiempo vivíamos en un caserío en Iró<sup>1</sup>, Chocó, pero teníamos muchas necesidades, a veces no teníamos ni para comer, y eso nos preocupaba porque ya venía el primer hijo en camino, así que decidimos salir. Nos fuimos para el Río Andágueda con un amigo que nos llevó en su canoa. La idea era llegar a Dabeiba, en Antioquia. En ese recorrido conectamos con el Río Atrato, recuerdo que estábamos muy asustados porque ese río es caudaloso y como estaba embarazada, pues era peor. Pero usted sabe, hija, nosotros éramos de río y sabíamos más o menos, cómo se podía manejar la cosa, en caso de que el viaje se complicara. Y después de toda esa travesía llegamos a Dabeiba. La travesía fue larga, pero era lo que había que hacer y lo hicimos. Al llegar a Dabeiba encontramos a Humberto, un amigo de su abuelo, él nos dijo que no pasaba mucha cosa en ese pueblo, que no había mucho trabajo y que además era muy peligroso con eso de la guerrilla. En aquel tiempo se les decía chusma, se estaban organizando y mucha gente tenía miedo. Se decía que eran grupos armados y que estaban matando a la gente sin ningún motivo. Eran tiempos difíciles, hija, eso fue más o menos entre 1960 y

---

1. Río Iró es un municipio colombiano localizado en el departamento de Chocó.

1963, si recuerdo bien. Nosotros como éramos del campo, no sabíamos cómo eran las cosas por esos lados, y pues Maturana sí era muy arriesgado, quería salir para mejorar la situación económica, no se detenía y yo como estaba enamorada, pues solo lo seguía —continuó—. Resulta que el amigo de su abuelo le dijo que para que nos organizáramos podíamos ir para Chigorodó, en Antioquia, que allá había unos lotes baldíos y que solo era conseguir materiales y empezar a construir. Nosotros ya no teníamos más posibilidades y para allá nos fuimos. Fue toda una travesía, porque ya teníamos a su mamá y a su tío Aquileo, estaban muy pequeños, y la verdad teníamos miedo de los grupos armados porque se la montaban a cualquier persona. Si no eran de su agrado simplemente los desaparecían, los quemaban, los desmembraban y, a veces, hasta mandaban partes de los cuerpos como señal de odio. Era algo aterrador. *A mí lo que más me preocupaba en el camino, era que me desaparecieran a mis niños, que me los mataran. ¿Se imagina? Pero Dios siempre ha sido grande, y contamos con suerte, no encontramos a nadie en el camino y llegamos sin ningún problema.*

En cada tramo de la historia, yo seguía mirando a mi mamita fijamente y no veía ninguna imagen distinta a la de la valentía. Cada episodio que me contaba, me hacía pensar en todo lo que puede llegar a hacer una mujer por amor a su pareja y a sus hijos. Es en definitiva, renunciar a sí misma para ponerse en función de otros, de asumir el cuidado y de querer cambiar cualquier situación que ponga en riesgo lo que se ama, así le toque cargar con cruces que no se han inventado. Ella contaba esta historia con tal naturalidad, como si fuera simplemente lo que tenía que hacer y ya, sin cuestionamientos ni opciones.

—Pues sí, hija —continuó—. Después que llegamos, empezamos a levantar el lote con los materiales que íbamos consiguiendo, algunos vecinos eran muy solidarios y nos entregaban cosas y como nosotros ya sembrábamos... ¿Se acuerda que le dije que sembrábamos casi todo lo que necesitábamos para comer?

—Sí, claro.

—Pues bueno, entre muchas personas, además, hacíamos trueques, intercambios según las necesidades. Eran tiempos buenos, nos ayudábamos entre todos, era difícil que alguien pasara hambre o alguna otra necesidad.

Para ese momento, tenía mucho más interés en saber sobre la relación de ella con mi abuelo Maturana. Su relación de pareja. Para mí era importante escucharla y saber sobre esa relación.

—Ay, hija —siguió contando—. Nuestra relación era muy bonita, teníamos dificultades como todo matrimonio, pero yo lo quería mucho y él me hacía sentir que me quería también. Me consentía, me respetaba, cuidaba bien de sus hijos y luchaba para que las cosas fueran diferentes. Fueron tiempos bonitos los que viví junto a él, pero, para mi desgracia, la dicha no duró mucho tiempo.

»Pues vea, ya llevábamos casi 5 años organizados y fue por ese tiempo en que se alborotó la guerrilla. Nosotros teníamos varias hectáreas sembradas y, claro, se la empezaron a montar a su abuelo, a intimidarlo, extorsionarlo y a pedirle plata sin ninguna razón. Así estuvieron varias semanas, y venían y venían y le decían a Maturana que tenía que entregar la cosecha, y que si no la entregaba, tenía que salir de ahí. Su abuelo decía que no iba a salir de ahí y que tampoco iba a entregar nada, porque con mucho esfuerzo nos estábamos ganando las cosas. Y claro, no solo había guerrilla, sino que también empezaban a formarse otros grupos armados más violentos, que ahora conocemos como paramilitares, y esos, hija, esos sí eran bien sangrientos. Su abuelo se sentaba fuera de la casa todas las tardes después del trabajo, como le dije, con su cuaderno a hacer sus notas y a pensar. ¡Su abuelo era muy inteligente! Una de esas tardes, cómo era su costumbre, sentado afuera de la casa, y yo adentro haciendo los quehaceres, cuando escucho de repente dos disparos. Yo salí desesperada porque ya me imaginaba lo peor, y lo peor había pasado. Me encontré a Maturana tirado en el piso con dos tiros en la cabeza. Me lo habían matado, hija, ¡al hombre de mi vida! Habían matado a su abuelo.

Mi mamita se quedó de nuevo en silencio y enterró su cara entre las manos. La angustia y la tristeza de nuevo la invadieron. Fue una pausa que a mí me pareció eterna. Yo no quería preguntar nada, pero ella quería terminar su historia.

—Yo solo gritaba y gritaba, era como si se me hubiera desprendido todo por dentro. Los vecinos y vecinas intentaron sacarlo, pero las calles eran tan largas y no había un lugar cercano para que lo atendieran. Yo corría desconsolada, gritando por las calles, me mataron a Maturana, me mataron a Maturana. Muchas personas que estaban cerca me escuchaban gritar y solo me miraban con cara de desconsuelo. Es que esos gritos me salían desde lo más profundo de mi corazón, porque yo estaba destrozada, miya, pero al mismo tiempo pensaba lo que iba a ser de mi vida, cómo iba seguir después de sentir tanto dolor y desesperación, que iba a ser de la vida mis hijos e hijas, cómo les iba a mantener, cómo iba a ser la crianza, sin el papá. No estaba el hombre con el que pensé que iba a estar toda mi vida. Yo solo quería morirme con mi Maturana. Ay, nieta, es que el asesinato de su abuelo me desgarró el alma.

Se hizo un largo silencio. Mi mamita hizo una larga pausa y en ese momento, empezó a llorar. Ya no quería decir nada, esos recuerdos le removieron toda la tristeza. Yo nunca la había visto así, tan afligida y rota, solo quería consolarla, abrazarla y decirle todo lo que la quería, de lo fuerte que ella había sido a pesar de tantas cosas que le han tocado vivir. Yo solo pensaba que en ese tiempo ella tenía solo 23 años y pienso que, si eso me hubiera tocado a mí, seguramente yo no hubiera tenido la misma entereza.

Fue una pausa de la que mi mamita ya no se recuperó, porque luego de varios minutos se levantó de su silla sin decir palabra y se fue para la cocina. Yo esperé sentada en el piso por varios minutos y ya mi mamita no regresó. Luego de un rato me levanté y me dirigí a la cocina en donde la encontré. Me dijo entonces que ya no quería hablar más y que quizá otro día podríamos conversar de nuevo.

## V

En mi familia poco se habla sobre esto. Hay muchas heridas que nadie se atreve a abrir. Yo pienso que tal vez escribir sobre esto nos ayude a ir sanando. Es hasta ahora que mi mamita se atreve a hablar.

Luego de la muerte de Maturana, mi mamita salió de Chigorodó. Tenía miedo y necesitaba resolver qué pasaría con su familia. Sin embargo, tampoco quería abandonar todo lo que había construido junto a su marido. Ella sabía, sin embargo, que corría el mismo riesgo, pues a Maturana había costado la vida el no ceder. Pero sentía que no tenía alternativa. Tenían tierra, casa y cultivos y sabía que eventualmente tendría que regresar.

Estando en Turbo, logró colocar a sus hijos en casas de amigos y parientes. Pero cuando estaba decidida a regresar, fue avisada de rumores que circulaban, de que si se atrevía a volver, sería asesinada. Mi mamita, sintió mucho miedo. Además estaba indignada y con mucha rabia porque sabía que eso era una estrategia de los grupos armados. Ellos habían llegado para quedarse y para sacar a la gente que tenía tierra en ese territorio. Lo hacían de la manera más cruel, sin embargo, ella sabía que esa guerra la estaban ganando y eso le quitó un poco de esperanza. Todo se le vino abajo, no tenía nada, ni dónde vivir, ni siquiera la posibilidad de tener un espacio para hacer su duelo. Le había tocado enfrentar la muerte y ahora además enfrentaba el destierro. Qué más podía pasar luego de tantos y tantos golpes.

Decidió entonces quedarse en Turbo. Sus dos hijos varones quedaron viviendo en casa de familiares, siempre pensando en regresar por ellos una vez que estuviera lista y ella con sus hijas, se fue a vivir a casa de su comadre Dina. Debió pasar un tiempo largo, casi dos años, y ya estaba logrando organizarse. Consiguió entonces un trabajo en el barco que llegaba al terminal marítimo del pueblo y poco tiempo más tarde conoció a Donado.

**VI**

Mi mamita no alcanzó a contarme muchas cosas ese domingo. Yo logro intuir algunas de ellas, pues miro cómo va viviendo su vejez. Sus hijos e hijas desconocen muchos de los detalles de su historia. No es su culpa, mi mamita se ha guardado una parte, los detalles más crudos, solo para ella. Le cuesta comprender la lejanía de sus hijos, cuando ella entregó su vida para protegerlos hasta llegar a renunciar a ella misma. Yo también trato de entender a sus hijos e hijas, porque sé que todos esos sentimientos que tienen hacia ella son, precisamente, porque no conocen su historia completa y resienten algunas de las decisiones que ella debió tomar para protegerles. Sus hijas en varios casos, fueron condenadas a repetir capítulos dolorosos de su historia.

En nuestras conversaciones, yo intento explicarle a mi mamita que la violencia es un ciclo que muchas veces se repite en las familias. Se repite porque es lo que ellos vieron la mayor parte de sus vidas. Las historias de sus hijas parecen ser la continuación de su propia historia.

Mi mamita se refugia en su casa, no quiere salir. Dice estar esperando a que llegue su día y logre finalmente volver a encontrarse con Maturana. Cuando ese día suceda, ella estará lista, eso dice, y se irá, sin poner resistencia, aceptando los designios de Dios.

Mientras tanto, yo intento escribir la historia de mi mamita, entrelazándola con la mía. Y así, con las historias de otras mujeres. Mi mamita es madera fina y nosotras, las mujeres de mi familia también. Como le digo a mi mamita, el mundo ha cambiado, pero no tanto. Ella desafió la muerte, construyó vida y se fue construyendo en la mujer que es hoy. Nosotras, de alguna manera, también seguimos desafiando a la muerte y con eso, construyendo caminos de vida y esperanza para nosotras mismas y para otras mujeres.

Este es el primer capítulo de la historia de mi mamita Emilia. El primer capítulo de mi propia historia y de la historia de mi familia y de las mujeres de mi familia.



10.

# GINNA LICETH RAMOS CASTILLO





RELATO

# Alika

Y ahí estaba... al pie de mi cama, mirando hacia la ventana como de costumbre, suspiré mientras vi salir el sol y dije para mis adentros:

Un día más...

A mis 20 años, soy una joven negra, nacida en un pueblo costero, he sufrido los desaires de la sociedad por mi color de piel y por mi cabello frondoso y apretao, como decimos en la costa pacífica.

Desde pequeña, a la edad de 15 años, mi madre, doña Tita me comenzó a lacia ese cabello “malo”, ese cabello que no era presentable. En esa edad empezaba a tejer amistades, incluso ya iba a fiestas y no podía salir con ese afro alborotado, no conseguiría marido, no conseguiría un buen trabajo... así inicié una lucha contra mí misma y contra la sociedad, que me imponía cómo debía ser.

Me bautizaron como Alika, un nombre nigeriano que significa “la más hermosa”; sin embargo, no me sentía tan a gusto con mi cuerpo y mi piel, gastaba mucho dinero para comprar las cremas que alisaban mi cabello y las extensiones lisas que se asemejan a las mujeres blancas que existían en la ciudad donde vivía.

Crecí siendo una mujer negra, pero obtuve un privilegio, pude emigrar de mi pueblo natal, donde no había muchas posibilidades para el futuro, y llegué a Popayán, la capital del Cauca, para iniciar mis estudios en la universidad. Desde muy niña soñé con ser abogada, así que mis padres hicieron un esfuerzo inmenso por ayudarme a cumplir mi sueño; lo que no sabíamos, era que no sería fácil.

En el verano del año 2000, y después de muchos ires y venires, logré ingresar a la facultad de leyes; estaba feliz pues era el inicio del sueño de la niña que fui.

El primer día de clases, mientras caminaba por el corredor que me llevaría hasta la facultad, observé a un grupo de tres muchachas y dos muchachos que al mirarme comenzaron a murmurar entre ellos, sentía sus ojos como agujas filosas sobre mí, al tiempo que yo buscaba desesperada el salón de clase; uno de ellos me preguntó: ¿Qué buscas?. Algo nerviosa, le respondí: el salón 206 de derecho. Una de las chicas que estaba con ellos dijo: no es por aquí, son dos pasillos más adelante... Y comenzaron a reírse. Caminé hacia los dos pasillos más adelante, pero ahí no estaba el salón y quedaban los baños, que, por cierto, su hedor casi me hace vomitar. En ese momento, la rabia se apoderó de mí, me devolví y tan solo a la vuelta estaba el salón 206 y adentro se encontraban estos cinco tontos despreciables que me jugaron una broma, en ese momento pensaba que era por ser primípara, pero después comprobé que mi realidad era otra. Abrí la puerta rápidamente y entré. Me senté en la mitad de la fila observando el tablero, a lo lejos escuchaba al profesor que estaba en la parte trasera junto a ellos, su voz se confundía con las risas socarronas de mis compañeros de la clase, los futuros doctores en leyes. Me sentía como un animal a punto de ser cazado:

—Mírale el cabello, parece estopa —dijo Federico Valencia, que estaba dos puestos detrás de mí. Él era uno de los cinco de los que me había encontrado en el pasillo. Supe su nombre porque tres minutos antes el profesor había llamado a lista.

—¡No deberían aceptar negros aquí! —vociferó Mariana de la Rosa, la misma chica que me envió dos pasillos más adelante para perderme en los olores nauseabundos de los baños.

En plena clase, en mi cabeza caían bolitas de papel que sentía como piedras lanzadas por este grupito. No me importó, estaba aferrada en mi propio sueño, en un deseo irrefrenable por ser una abogada, la abogada más importante de mi país y estaba dispuesta a todo para lo lograrlo.

El primer día terminó con cansancio y pesadez... Estaba triste, sola y abatida cuando llegué a la casa donde arrendaba una pequeña y lúgubre habitación. Tenía una ventana de madera podrida, donde los insectos encontraban su dormitorio cada noche y hacían un festín cada vez que yo quería dormir. La dueña era una señora que medía 1,82 metros de estatura, había sido atleta en su tiempo de juventud, tenía un lunar en la nariz que parecía una verruga y era tan blanca como la nieve, bien podría llamarse Blancanieves como la del cuento infantil, pero esta era Doris. Vivía enojada todo el tiempo y siempre decía palabras ofensivas referentes a mi color de piel. Me llamaba “negrita” en vez de Alika:

—¡Me llamo Alika, doña Doris, me llamo Alika! —le insistía entre dientes con enojo.

—Ay, Alika o negrita es la misma cosa —respondía refunfuñando.

Y es que a veces yo olvidaba que estaba en una ciudad blanca, demasiado blanca por fuera y pero que bullía por dentro. La cama era bastante incómoda para dormir, el colchón era una piedra traída del infierno y con cualquier movimiento en falso, las torcidas y recortadas tablas, terminaban regadas en el piso frío y esto me alteraba. Yo me paraba perpleja para observar a los insectos que en la ventana no dejaban el festín. Lo único que me calmaba era recordar los momentos en Tumaco, con mis padres y mi familia, donde salía con mi cabello alborotado, nos repartíamos los que íbamos a llevar de compartir y comer en la boda, me ponía los shorts y una blusita, llevaba coco, plátano y pronto alivio, por si a alguien se le revolvía el estómago de tanto comer, me iba para la playa, Tumaco era un lugar donde simplemente era yo y mi color de piel podía ser tan negro como el ébano.

Por fin amaneció, me levanté y me miré al espejo apreciando las ojeras tan grandes que tenía, cerré los ojos imaginándome allá en el mar, mi lugar favorito y deseaba con todas mis fuerzas regresar a mi hogar. Sabía que no podía hacerlo, tenía un compromiso conmigo misma, quería ser una profesional en leyes, no podía dejar todo por simples recuerdos.

Entré al baño y abrí la ducha para comenzar a bañarme, tenía clase de 7:00 a.m., eran las 6:00 a.m., el agua no salía. Rápidamente abrí la puerta del baño y le pregunté a Doris acerca de la ducha, del porqué no salía el agua, a lo que entre dientes y refunfuñando, me respondió:

—Hay un daño, no tendremos agua por esta semana.

Preocupada, me las arreglé como pude, tenía una botella de agua que había comprado el día anterior para calmar la sed que me producía el afán de la ciudad. La utilicé para lavar mi cara y cepillarme los dientes, me vestí y fui detrás de mis sueños, de mi futuro.

Al salir de casa los ojos aniquiladores de mis compañeros racistas se posaron en mí, como se posa un pájaro en un árbol, sus ojos eran agujas filosas que intentaban chuzar mi autenticidad y desangrar mi dignidad.

Me miraban de reojo y al verme, se hacían señas entre ellos, se reían; yo pasaba por su lado rápidamente como queriendo escapar. Luego, entré al salón de clase y detrás de mí estaban Mariana de la Rosa y Federico Valencia. Hice un esfuerzo enorme por concentrarme y ellos seguían con las burlas por mi vestimenta.

Al terminar esas cuatro horas de clase, salí y me dirigí al baño. Posteriormente fui a la cafetería y ahí estaban haciendo fila: ¿Por qué se viste así?, le preguntaba Diana Bautista, una del grupito de los cinco, a Federico; Sí, ¿qué tiene en la cabeza?, cuestionó Martín Rodríguez, uno de los hijos de la élite payanesa, parece un atuendo de hechicería, le respondió Susana. Tuve que aguantarme sus comentarios, mientras todos esperábamos a ser atendidos. Mi mente y yo hablábamos: si supieran, seres horrendos, que este atuendo era y seguirá siendo mi protección ante sus miradas de desprecio. Yo llevaba puesto un hermoso turbante de colores que realzaba mi belleza, y daba honor a mi nombre Alike, y un vestido en tela africana que me había regalado mi madre en mi cumpleaños. Cerré mis ojos con la fuerza del mar Pacífico y deseé con todo mi ser que el turbante de colores siguiera en mi cabeza tan digno, bello y poético y de ser posible, cubriera mi cuerpo y mi ser y no me dejara permear del racismo existente en aquella ciudad.

Aguanté cuatro horas de martirio; cuatro horas de clase de Introducción al Derecho que parecían mil, y ahí estaba el profesor, sin pronunciar una sola palabra de respeto hacia mí:

—Hagan silencio y déjenme dar la clase —dijo.

Levantando la mano, dije:

—Profesor, no puede seguir dando la clase, si mis compañeros me siguen faltando al respeto.

—No me venga con cuentos, aquí nadie le está faltando al respeto, esta es una universidad, usted está aquí para estudiar, no para quejarse... y si sigue quejándose, mientras yo esté aquí, no se va a graduar —me respondió.

Yo era la única mujer negra de mi semestre y mis ojos parecían como un río de lágrimas a punto de desbordarse, miraba de reojo a Federico, Mariana, Diana, Susana y a Martín, yo estaba atónita, porque no entendía cómo podía pasarme eso en una facultad de derecho, con personas que estaban formando para luego ser garante de derechos, personas que deberían trabajar por la Justicia, pero en este lado de la vida, solo había esto, el desprecio. Estaba habitando este mundo extraño en el que las personas iban en contra de su quehacer, estudiantes en contra de sí mismos, docentes en contra de sus estudiantes. Un docente que secundaba el desprecio, un docente que se transforma en verdugo.

Extrañé con todo mi ser a mi pueblo, a mi gente, a mi familia. Extrañé las tardes soleadas en las que me iba a la playa y me sentaba en la orilla del mar para pensar y disfrutar de la brisa que me acariciaba el alma, por un instante me teletransporté a mi Tumaco y quise regresar.

Mientras fantaseaba con regresar a mi tierra natal, podía escucharse caer un alfiler, el silencio fue mi compañía fiel en ese momento melancólico de mi vida universitaria.

Al terminar esa clase salí apresurada para mi casa, tenía mucha hambre y no tenía dinero para desayunar, pues solo me acompañaban veinte mil pesos que debía hacer rendir hasta el fin de semana que mis padres me enviaran algunos recursos. Compré unos embutidos que comí acompañados de una limonada vieja que Doris me ofreció, por fin hizo

algo amable conmigo, pensé antes de probar la limonada y percatarme de que estaba pasada.

Entré a mi habitación y comencé a leer un libro de Teoría del Estado que el profesor Delfín dejó como trabajo; el libro lo conseguí en la biblioteca lugar que sería mi fortín para permanecer en la universidad y único recurso para leer los libros, pues si no me alcanzaba la plata para comer, tampoco tenía para sacar fotocopias. Aunque suelo ser una chica solitaria, comencé a destacarme entre las demás estudiantes por mi inteligencia. Todas las tardes iba a la biblioteca, hacía mis trabajos, leía y estudiaba para mis exámenes. Estas largas jornadas de estudio se vieron coronadas con una beca para los próximos semestres.

Yo, una joven negra, migrante, pobre, proveniente de un pueblo costero, esta Alike, que llegó a Popayán, podía demostrar de qué estaba hecha y que la violencia que se manifiesta por el color de mi piel no sería un motivo para no lograr mis sueños. En esos instantes recordaba la frase de mi abuela, la mayora Elena Hinestroza, una sabedora de toda la ancestralidad y cultura negra, que también sufrió los infortunios de la sociedad por la violencia unida al racismo estructural y la discriminación racial que la obligaron a dejar su territorio.

—Mija, a nosotras las mujeres negras nos toca esforzarnos el doble para conseguir nuestras cositas, por eso estudie y sea la mejor. Y cuando se sienta abatida, cuando el racismo de esta sociedad me la agobie, tómese una agüita de pronto alivio, con canela y limoncillo, ya usted verá, mija, que me le alivia el corazoncito. Después sonría, tómese un vichecito y sale por sus sueños.—Me aconsejaba mi abuela. Sus palabras, cual marimba, retumbaban en mi memoria.

Al día siguiente, me desperté con la rabia profunda que me produce el racismo en esta ciudad, me miré al espejo y decidí volver a vestirme de la belleza cultural que me representa y que a las personas de aquí les molesta. En mis días universitarios reivindicué el turbante y su significado en mi vida, y se convirtió en mi herramienta más potente de resistencia y autorreconocimiento. Llevar mi turbante fue una forma muy bella de ir en contra de los cánones de belleza en la Ciudad Blanca,

el turbante es un símbolo de lucha y firmeza que me representa y me conecta con mis raíces.

Ese día me dejó agotada mentalmente y me preguntaba si valdría la pena tanto esfuerzo, tanto aguante, tanto dolor.

## **CIUDAD DE CHOCOLATE**

Eran las dos de la tarde de un miércoles cualquiera, yo me encontraba en la facultad, participando de actos culturales ya que la universidad estaba de cumpleaños, vi a un grupo de jóvenes negros como yo, provenientes del Chocó, Guapi, Timbiquí, Tumaco y Buenaventura, respectivamente. Sentí una felicidad inmensa al ver personas de mi etnia, de mi cultura y sin titubear ni un instante, me acerqué a ellos dándome cuenta de que no estaba sola en esa universidad racista y descubrí que a Popayán no deberían llamarla Ciudad Blanca, sino *ciudad de chocolate*, porque convergen jóvenes negros, no en mi semestre, pero sí en la universidad y no saben cómo eso aliviaba mi alma. Verlos fue como beber un té de frutos rojos de la receta de mi abuela Elena. Entre los jóvenes negros que estaban conmigo, se encontraba Malcom, un hombre de sonrisa abierta con unas drelas hermosas que llegaban a sus hombros, unos ojos negros que iluminaban mi oscuridad por esos días..., no me imaginaba que desde ese momento seríamos inseparables. Malcom también estudiaba leyes, pero iba dos semestres más adelante.

Haberme encontrado con ese grupo de jóvenes negros como yo, fue como tener un pedacito de mi litoral Pacífico en Popayán. Encontrarme con hombres y mujeres negras me devolvió la seguridad. Por tanto, feliz y ansiosa los invité a casa, a mi habitación que, aunque era pequeña e incómoda ahí cabían; como se dice en mi familia “donde cabe uno, caben todos”. Entonamos canciones de antaño que nos recordaban de dónde veníamos, cantamos jugas, currulaos, alabaos y arrullos, sin duda,

pasamos un momento agradable e inolvidable. Al día siguiente desperté con ganas de conquistar al mundo, haber compartido con estos jóvenes me dio la fuerza necesaria para continuar sin mirar atrás...

En mis clases participaba activamente, y siempre en defensa de los derechos de la población afrodescendiente, Malcom siempre estaba pendiente de mí, aunque no compartiéramos las mismas clases, era evidente que yo le encantaba y a mí, pues no me era indiferente. Malcom me invitó a tomar un café, luego de mi clase de Argumentación Jurídica.

Los días pasaban y él seguía teniendo muchas atenciones conmigo, empezamos a compartir mucho tiempo juntos y pasó lo inevitable: Malcom me besó, fue un beso como ningún otro, fue un beso que nos uniría para toda la vida, este sería el inicio de un amor sin barreras, de un amor sin fin...

—¿Qué tal te va en las clases? —me preguntó.

—Bastante bien —le respondí.

—¿Cómo te tratan tus compañeros? ¿Los profesores?

—Mmm, bueno, con ellos no muy bien —le dije.

—Lo supuse.

—¿Has sufrido de racismo también? Todo el tiempo —me respondió Malcom.

Al tener tantas vetas en común, me di cuenta que quizá podríamos fundar una pequeña trinchera para los dos. El racismo y la discriminación estaban al acecho y quizá nosotros dos podríamos a ser frente al mundo.

## LA CENA

Era una noche estrellada en la Ciudad blanca y Malcom me invitó a cenar. Quedamos en encontrarnos a las 8:00 p.m., en el Centro Histórico. Yo estaba demasiado entusiasmada, pues quería probar nuevamente la miel de sus besos, y disfrutar de su risa que iluminaba mi vida, contaba

ansiosa los minutos para verlo, me duché y busqué el mejor atuendo para nuestra cita.

Al llegar a nuestro punto de encuentro ahí estaba, tan bello, tan él, lo saludé con mi voz temblorosa, mientras se me acercaba lentamente para besarme. Estás hermosa, Alike, me susurró al oído, yo sonreí muy nerviosa, luego nos tomamos de la mano y entramos a un restaurante lujoso. Sus baldosas eran de mármol, sus mesas y sillas muy finas, Malcom con la caballerosidad que lo caracterizaba, corrió una de las sillas para poder sentarme, luego se sentó él..., las personas que estaban ahí nos miraban de forma extraña, de repente se acercó un mesero y nos preguntó:

—¿Tienen alguna reserva...?

Yo guardé silencio, pero Malcom le respondió de forma inmediata:

—No, no tenemos reserva.

El mesero mirando a Malcom de arriba abajo le dijo:

—Si no tienen reserva no pueden estar aquí, además ¿con qué dinero van a pagar la cuenta?, ¿no serán ladrones? Los negros siempre roban...

Malcom se levantó furioso y pidió respeto. En realidad nunca lo había visto así, yo siempre he sido muy nerviosa y cuando estoy en momentos de tensión me comienzo a marear y mi cabeza se torna como un espiral, solo pude tomar del brazo a Malcom y decirle al oído que nos marcháramos.

—Hasta agresivos son ustedes los negros —continuó el mesero.

De repente observé que Malcom empuñaba sus manos, parecía como si quisiera irse encima a aquel mesero insolente, racista y clasista que nos atendía. Volví a hablarle al oído, le dije que nos fuéramos a otro sitio, era evidente que ese no iba a ser un lugar para estar tranquilos como queríamos. Afortunadamente, Malcom accedió a mi petición y nos marchamos de ahí frente a la mirada justiciera de los clientes de aquel restaurante al que no quisiera volver.

Salimos de ese lugar en donde nuestra dignidad se vio pisoteada, y entonces, comenzamos a caminar yo observaba el cielo y miraba las estrellas, quería que una estrella fugaz pasara para pedirle el deseo de

que Malcom y yo nunca volviéramos a pasar por esa situación. Estaba realmente asustada y sé que él también, aunque nunca lo demostró, y nos asustamos porque una semana antes de ese suceso habían aparecido unos letreros en las paredes blancas de aquella ciudad que decían: “Muerte a los negros”, “No más nigga”. Nigga es una palabra utilizada en Estados Unidos por las personas blancas para referirse a las personas negras esclavizadas, era un insulto racial que deshumanizaba a los esclavos y los estereotipaba. Muchos de los amigos negros de Malcom, en la ciudad, estaban desaparecidos y no podíamos denunciar porque cuando íbamos no nos creían, nos decían: Deben estar de fiesta, enrumbados, tomando ese brebaje que toman ustedes, ese viche, le dijo un policía a Malcom y a mí cuando fuimos a denunciar el primer caso.

En esa noche estrellada, al parecer no tendríamos nuestra tan anhelada cena, caminábamos sin rumbo fijo, no pronunciamos ni una sola palabra, observé a Malcom y noté la tristeza en sus ojos por lo que nos acababa de pasar, tomé fuerte su mano, a mí me dolía respirar.

De repente observamos un lugar, era un restaurante no tan fino como el anterior y, entonces, Malcom y yo nos miramos de manera cómplice, no tuvimos que decirnos nada para saber que queríamos entrar y así lo hicimos. Al estar adentro me percaté que el restaurante era de personas negras como nosotros, se llamaba “Delicias del mar”; Malcom y yo sonreímos aliviados y nos sentimos como en casa. Hablamos de todo un poco, de nuestras alegrías, de nuestras penas, de los amores y desamores, él tomaba mis manos y las besaba, podía ver el amor en sus ojos, podía sentir mi corazón latir al escuchar su voz, su sonrisa. El amor se estaba asomando a nuestra vida de una manera increíble, en esa ciudad colonial en donde nada parecía tener sentido.

—¿Qué pedimos? ¿Ceviche de camarones?

La boca se me hacía agua.

—Sí —respondí sin titubear.

—¿Prefieres vino o cerveza?

—Definitivamente vino —le dije.

Él sonreía algo nervioso, yo apretaba mis labios como para tratar de disimular las ganas tan terribles que tenía de besarlo. Cenamos un delicioso ceviche de camarones y vino tinto, fue la cena más espectacular que tuve en años, que pareció empañada por aquel momento en el primer restaurante, pero nada ni nadie logró marchitarla. Conversamos mucho, y eso era algo que me encantaba de Malcom, su elocuencia para hablar de muchos temas, era demasiado inteligente. Yo no me quedaba atrás, y no es que sea presumida, es una verdad. Le conté de mi infancia y algunos dolores que había sufrido: cuando tenía ocho años y en una noche lluviosa, mientras dormía, un ventarrón abrió violentamente la ventana de mi cuarto y en forma de espiral este ventarrón se metió por mi oído derecho y se instaló con fuerza en mi cabeza.

Me desperté al día siguiente con mucho dolor, con sonidos extraños en ella, primero sentía tambores, luego la marimba en su esplendor y por último las voces de cantoras que con hermosas melodías hacían tenue mi agonía. Le dije a mi mamá lo que me estaba ocurriendo y ella alarmada dijo que tenía un remedio en la azotea, subimos rápidamente, mientras mi cabeza seguía retumbando.

Mi mamá agarró una plantita llamada Prontoalivio, la puso a hervir con canela, miel y amor, de ello quedó una agüita cafecita y con sabor a algodón, me la tomé de un sorbo y de repente mi cabeza dejó de retumbar y ahora empezaba a escuchar sonidos de niños y niñas leyendo historias fantásticas en voz alta y eso me animaba; los escuchaba jugar, reír y cantar.

El tiempo ha pasado convirtiendo a mi cabeza en un espiral, está llena del vaivén de las olas del mar, he visitado muchos médicos y neurólogos, algunos dicen que es migraña, yo digo que fue aquel viento travieso que irrumpió en mi habitación y entró en mi cabeza aquella noche fría, Malcom me escuchaba atentamente y me preguntó: ¿En este momento sientes ese vaivén de las olas del mar en tu cabeza? Yo le respondí: un poco, ya que estar en situaciones estresantes la alborotan y se me alborotó en el primer restaurante, pero no te preocupes estaré

bien, contigo siempre estoy bien. Malcolm me besó apasionadamente, era el beso que esperaba, luego pagó la cuenta y me dejó en casa.

—Me avisas cuando llegues a tu apartamento —le dije. Él sonrió y asintió con la cabeza.

Esa noche, el cielo ya no estaba estrellado, las nubes negras se posaron en el firmamento, anunciando una fuerte tormenta. Las horas pasaban, pero Malcolm no se comunicaba, yo estaba con el Jesús en la boca, como dice mi abuela, estaba demasiado preocupada, teniendo en cuenta que la situación de las personas negras ahí no era la mejor. Pensaba lo peor. No pude pegar el ojo en toda la noche, me pesaba el aire que respiraba y entonces llamé a mi abuela Elena, hablar con ella siempre me tranquilizaba, le conté lo que me estaba sucediendo:

—Abuela, estoy muy preocupada, tuve hoy la cita de amor más increíble, y después de él dejarme en casa, no sé nada... ya han pasado dos horas y no se ha comunicado conmigo, le pedí me avisara cuando llegara a su apartamento porque en esta ciudad las cosas están feas, abuela, están desapareciendo las personas negras, niños, jóvenes, mujeres, y hombres, abuela, y no puedo dormir.

Mi abuela en su sabiduría me respondió:

—Alika, mi nieta querida, cuando no puedas dormir, que sientas nervios por la situación que estás viviendo, por favor, tómate un agüita de las hojas de la guanábana. Usted coge tres hojas de guanábana, amasa las hojitas, hace un zumo y lo cuele, le echa un poquito de azúcar y se la tomas, ya verá, hija, que con esa agüita se me tranquiliza y se me queda dormida. El muchacho se va a comunicar con usted ya verá.

—Ay, abuela —le dije sollozando— ¿Dónde voy a conseguir esas hojas de guanábana aquí y a esta hora? Cómo extraño su azotea, cómo extraño la casa abuela, me duele el corazón.

—Mi niña —respondió ella con voz temblorosa—, no se me aflija que eso le hace más daño, trate de dormirse, quien quita que en esas sepa algo del muchacho, no llame las cosas negativas. La mente tiene poder, Alika, la mente tiene poder...

## LA DESAPARICIÓN

Nuestro mundo estaba influenciado por los estereotipos de una sociedad indolente, en donde poco o nada importaba nuestro sentir. Todos los días, me despertaba con la ilusión de que el mundo sería mejor, pero a veces esas añoranzas se convertían en pesadillas. Y aunque hablar con mi abuela me hizo bien, no fue suficiente para que pudiera conciliar el sueño, estuve esperando durante toda la noche que Malcom se comunicara conmigo y me dijera: Alika, ya estoy en casa. Pero eso nunca sucedió, perdí la cuenta de las veces que lo llamé y su celular se iba al buzón de voz.

Al día siguiente llegué a la universidad con el fin de preguntar por él, no conocía su casa así que no podía buscarlo allá, hablé con Jeber, uno de sus amigos, y le pregunté si lo había visto, pero él me respondió que no. La angustia se apoderó de mí, no sabía a quién o a dónde acudir. Entré a clase, pero no pude concentrarme, mi mente y mi corazón estaban pensando en Malcom. Observaba a mis compañeros felices, reían a carcajadas y me miraban, yo ya me había acostumbrado a sus burlas, así que para ese momento no me interesaba, realmente lo importante era saber de Malcom.

Federico, un compañero insoportable, comenzó a hablar pestes de Malcom, mientras me miraba y se reía, junto a él estaba Marcela, su novia, él se le acercó para hablarle al oído, pero se aseguró de que yo lo escuchara:

—Están desapareciendo los negros de Popayán —dijo—. El negro Malcom anda desaparecido desde anoche.

Cuando decía esto, me miraba con el rabillo de sus ojos malvados, parecía el demonio en persona.

—Alika, en el río Cauca apareció el cuerpo del amigo de su negro, esta mañana la noticia salió en el periódico, es mejor que se vayan de aquí, esta ciudad no es para negros.

Sentí unas ganas enormes de gritar, gritar muy fuerte y salir corriendo de ahí.

—No te preocupes, negrita, el negro Malcom aparecerá, pero muerto —vociferó Federico.

—No me gustaría estar en tus zapatos —dijo Marcela, la novia de Federico que siempre se sentaba al lado de él y compartía todos sus comentarios racistas.

Marcela hizo énfasis:

—¡Gracias a Dios no somos negros!

Mientras ellos me decían todas estas cosas horribles, me senté en un rincón del patio de la facultad y lloré tanto que el cielo me acompañó y lloró conmigo. Federico y Marcela seguían diciendo cosas de las personas negras desaparecidas. Me acosaron tanto que deseé con todas las fuerzas de mi corazón que fueran ellos los desaparecidos; fueron tan crueles e insensibles ante mi dolor y angustia, que debo aceptarlo, deseé sus muertes, que los asesinaran, les degollarán, que fueran sus cuerpos los que encontraran en el río Cauca, y no los de mis amigos negros, no el de Malcom.

Ellos no sabían cómo me sentía ante sus burlas, ante su racismo. Me paré y me dirigí a la cafetería, estaban otros estudiantes que, con periódico en mano, leían los nombres de los negros desaparecidos y encontrados muertos, el negro Ronald, la negra Mayerli, la negra Cindy, el negro José. Leían a viva voz y ya en ese punto mi vida estaba desmoronada, el terror se apoderó de mí y sin saber nada de Malcom era difícil continuar...

## **RACISMO INMINENTE**

Después de ese horrible día..., llegué a casa, nada tenía sentido en mi vida y debía estudiar para un parcial. Me arrodillé y le pedí a mis ancestros y ancestras que me iluminarán para poder concentrarme. Tomé mis apuntes, mis libros y comencé a estudiar. Pero en todo estaba Malcom,

lo recordaba en cada frase que leía y eso me impulsaba para continuar, yo me convertiría en una gran abogada para defender la vida y dignidad del pueblo negro, para hacer justicia por las muertes de nuestros amigos. Esa noche fue larga, conseguí las hojas de guanábana que mi abuela Elena me había recomendado para momentos como este, preparé en una olla, agua suficiente para calmar mi espíritu y mientras la tomaba, leía: *Artículo 11 de la Constitución Nacional. “El derecho a la vida es inviolable. No habrá pena de muerte”*. Qué bonito se ve escrito en el papel, pero en la vida real era otro cuento, los derechos de las personas negras en Popayán eran vulnerados todo el tiempo, sus vidas estaban siendo arrebatadas y sólo teníamos de testigo al río Cauca que ensangrentado sacaba a flote sus cuerpos.

“El derecho a la vida es inviolable”, me repetía una y otra vez; cuando yo misma no tenía vida sin saber nada de Malcom, y soportando toda una serie de acosos, injusticias, discriminación e inequidades por parte de mis compañeros de la universidad y de algunos profesores.

El viernes en la mañana fue el tan anhelado parcial, hubo una tensión fuerte en el salón, el aire estaba denso, se sentía una energía negativa, yo sólo quería hacer el examen y salir corriendo de ahí... Después de dos horas, lo finalicé confiada de que me había ido muy bien, luego de entregarle al profesor mi hoja de respuestas me marché. Debía ir a la comandancia de la policía para denunciar la desaparición de Malcom; debí haberlo hecho antes, pero estaba segura que no me creerían...

Llegué al cuadrante veinte de la Estación de Policía, me atendió el teniente Vega, quien se interesó mucho por saber lo que estaba ocurriendo en la ciudad con las personas negras, le dije que varias veces habíamos ido a denunciar con otros amigos, pero no nos creían y que Malcom llevaba ya tres días desaparecido. El teniente Vega, tomó mis manos y me aseguró que investigarían la situación, me sentí tan aliviada en ese momento, pues no todo estaba perdido, el teniente Vega, al parecer, era un hombre blanco, con corazón, con humanidad, no como la mayoría de sus compañeros policías, que días antes habían hecho caso omiso a nuestra voz de auxilio.

Los días pasaban sin tener noticias de Malcom, ir a la universidad era un verdadero martirio y para rematar, recibí una llamada desde la decanatura de la facultad. El doctor Dulcey, que era el decano requería de mi presencia en su oficina. Tomé el transporte público para volver a la universidad y atender a su llamado; mientras caminaba hacia la decanatura se me erizó la piel, el aire estaba denso, me pesaba la vida, me dolía respirar, tenía muchas dudas en mi mente, estaba muy ansiosa de saber por qué el doctor Dulcey me necesitaba con tanta urgencia, el recorrido se me hizo eterno. *Toc-toc*, llamé a la puerta:

—Adelante —dijo Dulcey.

—Buenas tardes, doctor.

—¿Cómo estás, Alika? —me respondió él.

—No muy bien, decano —le respondí.

—Sí, me he enterado por los pasillos de la facultad de la desaparición de su amigo Malcom.

—Sí, señor —asentí.

—Bueno, Alika, al parecer las noticias malas no paran para ti —aseguró con una voz lastimera—. Por favor, siéntate.

No puedo describir el momento de tensión que viví, no podía hacer la acción más sencilla.

—¿Sentarme? No, doctor, prefiero estar de pie —le respondí

—Alika, vamos a tener que quitarte la beca que tienes con nosotros.

—¿Qué?! —exclamé—. No entiendo, ¿por qué?

—Alika, el compromiso con la beca que se te otorgó era que debías mantener un muy buen promedio, te otorgamos la beca por tus altas calificaciones del colegio, pero tuvimos Consejo de Facultad en esta semana y tu rendimiento académico ha bajado considerablemente.

—¡No, doctor, no creo lo que me está diciendo!... Es verdad que he tenido muchas dificultades aquí, y ahora lo de Malcom, pero he puesto mucho de mi parte en mis estudios y para precisamente no perder mi beca —continué—. Necesito que me de pruebas de lo que me está diciendo. Quiero ver mis notas.

—Mira, Alika, te muestro: venías con un promedio de 4.8, un promedio poco usual en esta universidad y ahora tu promedio es de 2.9.

Yo quedé atónita, estaba viendo en el computador de Dulcey mis notas y veía las calificaciones más bajas que nunca antes nadie había tenido. Me temblaban las piernas, me sudaban las manos, necesitaba que alguien me pellizcara, esto no podía ser cierto, debía ser un sueño.

—¿Qué debo hacer, doctor? Aquí hay una equivocación, en Derecho Constitucional mi nota era de 4.5; en Hermenéutica y Lógica Jurídica, era de 5.0; en Contratos, ayer revisé mi nota, tenía 5.0. ¿Cómo es posible esto?... Debe haber una equivocación.

Dulcey movió la cabeza como diciendo, no hay ninguna equivocación.

—Alika, te recomiendo que hables con tus profesores, revisa bien los exámenes y trabajos que presentaste. Tengo una reunión ahora y debo irme —dijo Dulcey.

Salí de esa oficina para buscar a mis profesores y comentarles lo que estaba sucediendo y al abordarlos me dieron la espalda. El profesor Romario que me dictaba Derecho Constitucional me dijo:

—Alika, esa es la nota que te sacaste conmigo, 2.5.

—¡No!, profesor, me saqué 4.5! —le contesté—. ¡Voy a denunciar esto!

—Haga lo que quiera, la que es mala estudiante lo es —me refutó.

—Ese es el problema para usted profesor, que yo no soy mala estudiante.

Luego, intenté hablar con la profesora Zoraida, de Hermenéutica y Lógica Jurídica en donde mi nota el día anterior era 5.0, pero por arte de magia para este día estaba en 2.0, ella no me escuchó, estaba en clase y no podía atenderme. El profesor de Contratos, ni para qué les cuento, muy tranquilamente me dijo:

—Deje de llorar en los pasillos, deje de hacerse la víctima, y estudie más bien, yo si dije los estudiantes negros nos van a traer problemas —continuó—. Le doy un consejo, Alika, dedíquese a la cocina, o a ser dama de compañía, aproveche ese cuerpo tan bonito que tiene, las mujeres negras no sirven para el estudio...

Lloré, lloré amargamente, pero también limpié mis lágrimas y estaba decidida a realizar mi práctica de Derecho defendiendo mis derechos y los derechos de las personas negras de Popayán. Alcé mi voz y grité al mundo lo que me estaba sucediendo. Pedí prestado un megáfono y me planteé a las afueras de la universidad para hablar y hacer pública esta injusticia:

—Hola, amigos, buenas tardes. Soy Alika, estudiante de Derecho de esta universidad y hoy quiero hacer una denuncia pública por toda la serie de acosos, injusticias, discriminación e inequidades que he sufrido como la única persona negra de mi semestre por parte de docentes, compañeros y administrativos de la facultad. Yo soy una estudiante excelente, becada por el Gobierno Nacional, tengo constancias de todas mis notas porque siempre bajaba mis registros desde la plataforma CAMMSI, mis notas han sido cambiadas de manera irregular y la universidad no me da una explicación, dejé de tener un promedio de 4.8 para tener uno de 2.9. Sigo sin entender a qué se debió este cambio. Cuando hablé con mi director del programa solo me dio esa información, el cambio de mi promedio. Por eso estoy aquí, alzando mi voz, luchando por mi derecho a la educación y a ser tratada con respeto y dignidad, aquí estoy librando una batalla por ser una mujer negra. Llevaré mi caso ante la justicia, basta ya de injusticias con las personas negras en esta ciudad. Basta ya de las desapariciones y muertes continuas de los jóvenes negros. Basta ya de la indolencia. Basta ya de racismos, la vida de las personas negras importa.

Los transeúntes me miraban asombrados, los estudiantes se amontonaron, unos me aplaudían, otros se reían, los docentes se escondían y sobre todo esos que tenían en su conciencia el peso por el daño que me estaban haciendo.

## **LA VIDA DE LAS PERSONAS NEGRAS IMPORTA**

Después de tener un mal día en la universidad al enterarme de la alteración en mis notas, recibí la llamada del teniente Vega de la policía.

—¿Aló, Alika?...

—Aló. Sí, con ella.

—Tenemos noticias de Malcom.

Mi corazón se aceleró de una manera increíble, sentí que el aire se me iba

—¿Teniente, él está bien?

Hubo un silencio mortal que no sé describir.

—Ven al cuadrante. —No había terminado de decirme la palabra cuadrante, cuando yo ya estaba dirigiéndome para allá.

El tiempo pareció detenerse.

La noche anterior a este llamado, me soñé con Malcom, soñé que estábamos en un lugar tranquilo, ambos estábamos vestidos de blanco cerca de un río, él me extendía su mano, y se sumergía en el agua caudalosa del río..., lo vi sonriente y tranquilo..., estaba a punto de darle la mano en aquel sueño del que no quería despertar, pero la realidad me despertó. Sonó el despertador programado para las 6:00 a.m., me levanté exhausta y sudando..., llamé a mi abuela Elena como era mi costumbre en mis días de angustia y le conté mi sueño con Malcom. Mi abuela con voz preocupada me dijo, no es un buen presagio ese sueño, Alika..., pero pongámosle fe que él está bien.

Mientras me dirigía a la estación de policía para encontrarme con el teniente Vega, recordé ese sueño y las palabras de mi abuela Elena, las manos me sudaban y mis piernas temblaban. Corrí a la oficina de Vega y ahí estaba con su gorra en la mano y la voz llorosa:

—Siéntate, Alika —me dijo.

—No —le respondí—. ¿Dónde está Malcom? Teniente, ¡dígame!

Vega me abrazó fuerte.

—Lo encontramos en el río. Está muerto. Lo siento mucho, Alika.

El mundo se me paralizó, yo lo había visto en ese sueño que parecía real, lo vi feliz, lo vi tranquilo, vi en sus ojos que no quería irse, que no quería dejarme en esta ciudad llena de lobos.

—¡Quiero verlo! —grité.

—No es buena idea —me respondió Vega—. No recomiendo que lo veas, quédate con un bonito recuerdo de él cuando estaba vivió, Alika.

—¡No, usted no entiende, teniente, quiero verlo! —le grité, mientras lágrimas se desbordaban de mis ojos, le golpeé el pecho fuerte una y otra vez—. ¡Déjenme verlo!

Después de un momento accedió a mi petición.

Me hizo seguir a un cuarto frío, con olor a muerte, frente a mí estaba una camilla.

—Acércate —me dijo Vega—. Ahí está...

Tenía tapado su rostro y su cuerpo con una sabanilla azul como el cielo, lo destapé y vi su cabeza desfigurada por los golpes que le habían ocasionado sus asesinos, pero supe que era él y no había margen de error porque sus drelas estaban intactas y bellas como la última vez que las vi en aquella última noche. Sin darme cuenta empecé a gritar y a sollozar, mientras le tocaba su cabello afro que me encantaba. Vega trataba de calmarme, pero yo no podía y en realidad no quería calmarme, tenía en el corazón tanto dolor que mi única forma de expresarlo era así.

—La vida de las personas negras no importa aquí —le dije al teniente Vega—. ¿Por qué le hicieron esto? ¿Por qué nos hacen esto? ¿Qué les hemos hecho? ¡Ayúdeme a hacer justicia, teniente, por Malcom, por todos nuestros amigos negros que el río Cauca nos devuelve muertos, asesinados por personas sin escrúpulos! Si no me ayuda lo haré sola, no voy a descansar hasta que los culpables paguen, lo juro. ¡Te lo juro, Malcom! —dije histérica—. Nuestra vida importa, la vida de la gente negra importa, la vida y dignidad de todos importa. Y voy a graduarme, Malcom, voy a ser una gran abogada en honor a ti y a nuestros hermanos negros, contra todo pronóstico lo seré, ¡te lo juro, Malcom, haré justicia para ti!

11.

# Laura Quintero Sarmiento





RELATO

# Cuando las mujeres negras aman

Hay quienes dicen que amar es de valientes, yo creo que es de estúpidos. La única e inigualable Rihanna, en *Love on the brain*, lo afirma: amar no es más que una respuesta fisiológica en nuestros cerebros. Esta hipótesis también está respaldada por grandes mentes científicas, tan respaldada como la idea que tiene mi madre de ir al salón de belleza para cada fecha especial. ¿Quién soy yo para argumentar contra la mente maestra de mi hogar?

Hoy es sábado 14 de septiembre, esto solo significa una cosa, el amor está en el aire y la gente en el Distrito de Aguablanca celebra su llegada con creces. Los Van Van de Cuba tendrán el protagonismo en mi cuadra desde las 7:00 a.m. y, como siempre, tendré una rutina estructurada las primeras dos horas del día: levantarme de la cama, ir a la panadería en la esquina de mi casa para comprar el pan, de camino, saludar hipócritamente a doña Jacinta, quién inventó rumores de mi gato comiéndose sus plantas. De regreso, desayunaré con mi madre y la apoyaré en los oficios de la casa, pues debido al inutilismo severo de mi hermano, me toca a mí ayudarla con la limpieza. Al final de cuentas, las mujeres debemos estar a la cabeza de las jornadas maratónicas del

hogar. Al menos, es lo que dicen otro tipo de estúpidos. En todo caso, en mi familia esa regla no es la excepción y mi madre cumple con su rol para, luego, visitar el lugar más hostil durante El día del Amor y la Amistad, el salón de belleza. Si tuviese que describirlo en una palabra, usaría *caos*.

Ese día, al llegar, me encuentro con un montón de mujeres afuera del salón de belleza haciendo fila, mientras tienen su turno para ingresar; dentro del salón, hay otro gran número de mujeres que esperan su turno para ser atendidas por alguna de las cuatro estilistas disponibles para ese día. Como dije, esto es el caos. Pero debo acompañar a mi mamá para encontrar el momento adecuado y decirle lo que llevo en el pecho desde hace tiempo.

Por supuesto, las posibilidades de ser atendidas en el salón de belleza son nulas. Lugares como este gozan de una gran demanda y mi madre lo sabe muy bien. Por esto, cuando llegamos, ella se balancea con una sonrisa en el rostro, camina confiada e ingresa al salón. Mi madre solicitó su turno con más de un mes de anticipación. Tiene su lugar asegurado, en lo que las clientas no atendidas observan con recelo su caminar confiado. Al menos, es lo que refleja el comentario que les escuché.

Al entrar, lo primero que me atrapa es el fuerte olor a crema alisadora siendo lavada del cabello de una clienta.

—¡Qué liso te quedó! Janeth, así quiero que me dejes—dijo mi madre a su estilista con euforia.

Cuando esto sucedía, yo me preguntaba una y otra vez sobre si el dolor, el ardor, las llagas y el tormentoso proceso justificaba el visto bueno de una persona que viene de visita a nuestra casa solo por siete días cada tres meses. Esta persona es mi padre.

En mi cabeza no logro descifrar la ecuación: ¿a mayor cantidad de sesiones de cabello alisado, mayor posibilidad de ser amada?, ¿menos amor equivale a menos alisados?, ¿el valor de Orgánica es directamente proporcional con la cantidad de cariño que voy a recibir?, ¿el intervalo entre las sesiones de alisado influye en la calidad o cantidad de interacciones con el mundo? Todo es confuso. Desafortunadamente, lo es

más la relación de mis padres, “¿cómo puedes estar enamorada después de tanto daño que te ha hecho?”, en mi cabeza le replico a mi madre una y otra vez.

—Mija, ¿se va a arreglar para el novio? —me pregunta doña Martha.

—No, señora, solo vine a acompañar a mi mamá —le respondo.

—No te vayas a quedar mucho tiempo así. Ser solterona y tan joven no es nada bueno —asegura Doña Martha—. Debes tener muchos pretendientes.

—Pretendientes —murmuro, mientras desvío la mirada.

—¿Qué? —me pregunta Martha.

—Que ya quisiera, doña Martha —le respondo con voz firme.

—La compañía siempre es mejor. Nunca lo olvides —me dijo.

—No me gusta lo complicado. Todas las relaciones son complicadas —le digo.

—Pero, mi niña, ¿qué cosa en la vida no es complicada? —pregunta doña Martha.

—¿Cuál es el punto de enamorarme de alguien si el sentimiento se desvanece? Es cuestión de tiempo para que alguien salga herido, como una guerra no anunciada.

—Ay, mi niña... tan joven y pesimista —respondió doña Rupe, mientras es alisada desde la raíz hasta la punta.

—No es pesimismo, es la realidad. Los tiempos han cambiado —asegura Raquel, una joven mujer que estaba siendo trenzada.

—¿Cómo que han cambiado? ¿Desde cuándo tiene el amor tanto misterio? Ustedes son mujeres jóvenes. ¡Claro que la tienen más fácil! —exclamó doña Rupe.

—Ay, doña Rupe, déjeme le cuento —afirmó Raquel—. Mi nombre es Raquel. De unos días para acá, me alegra la carga laboral extra que tiene mi jefe al quedarse sin su asistente, Claudia. Esto sucedió después de solicitarle que adelantaran trabajo juntos. ¿Dónde? En su casa. ¿Cuándo? Durante la noche, con velas, vino y de preferencia, con un brasier rojo que sea fácil de quitar. ¿Repugnante? Por supuesto. ¿Inesperado? En lo absoluto. Vivimos en un mundo de hombres. La mayoría, sin atrever-

me a generalizar, aprovechará cada segundo para recordártelo. Somos un pedazo de carne expuesto para ser manoseado por las moscas que pasean a nuestro alrededor. Por supuesto, no hablo de moscas.

»Usualmente, los jueves me reúno con mis amigas. Pero siempre me tengo que preparar para la pregunta más importante de la jornada: “¿cómo vas con los amores?”. ¿Amores? ¿Qué amores puedo tener yo? No ando por el mundo buscando amores. La última vez que lo intenté fue horroroso. Tinder, le llaman. Para mí, tragedia.

»¿Cómo entrar a Tinder y no morir en el intento? Fue lo primero que pensé al descargar la aplicación y comenzar a crear mi perfil: escoger una foto de mi rostro, listo; una descripción para mi perfil que demuestre mis intereses en citas serias, listo; ser explícita en mi amor por las actividades al aire libre, listo; signo zodiacal, edad, estatura, listo, listo y listo. ¿Qué busco en una pareja? ¿Signo de preferencia? ¿Perros o gatos? ¿Mis canciones favoritas? ¿Distancia? Para ser honesta, un hombre que sepa escuchar, respetuoso y con mucho amor para dar, es suficiente para mí. De preferencia: tauro.

»¡Hice match!, dije al conectar con Jorge. Un hombre mestizo a 15 kilómetros de mi ubicación. Hola, hermosa, me dijo. Hola, ¿qué tal?, respondí. Me gustan las exóticas como tú, adicionó un emoji de guiño. Era mi primera vez en una aplicación de citas. Por supuesto, bloqueé a “Jorge” y continué en mi búsqueda el match perfecto. Aquí vamos de nuevo.

»¡Hola!, ¿qué tal?, le dije a Andrés, un hombre mestizo dos años mayor que yo. ¡Hola, mi chocolatico!, respondió. Bloqueado. Continué mirando perfiles: izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, derecha, derecha. ¡Match! ¡Qué cabello tan hermoso tienes! ¿Es peluca?, dijo. Bloqueado. Izquierda, izquierda, derecha, derecha, izquierda, derecha, derecha, izquierda. ¡Match! Me gustan así, negras para que me bailen rico, dijo otro. Bloquear. ¿Qué pasa con los hombres de esta aplicación? ¿Son todos así? ¿Siempre? Izquierda, derecha, izquierda... ¡Match!

»Hola, ¿de dónde eres?, me pregunta Miguel. Está a 17 km. de distancia. Soy de Cali, ¿y tú?, le pregunté. Estamos lejos, me respondió,

pero siempre he querido tener una novia negra, como tú, ¿te gusta el rap? Bloqueado. ¿Desde cuándo ser una mujer negra encasilla mis gustos musicales? ¿Por qué de pronto todos se refieren a mí como si fuese un producto de exhibición que se destaca por lo exótico? Y no, mi afro no es peluca. Derecha, izquierda, izquierda, izquierda, derecha, ¡Match!: “Francisco, 30 años, amante del senderismo y el arte”, suena interesante.

»Hey, ¿qué tal?, le dije. ¡Hola! ¡Qué linda eres!, respondió. Muchas gracias. ¿A qué te dedicas?, me preguntó. Soy contadora, ¿y tú?, devolví la pregunta. Arquitecto, ¿cómo estuvo tu semana en el trabajo?, me dijo. Francisco logró pasar mi regla de tres: en su tercera respuesta mostró interés en mí. “¿Cómo estuvo tu semana del trabajo?” Me devolvió la esperanza en los hombres y sus habilidades para conversar en Tinder. De repente, hablamos durante dos horas. Luego, se convirtieron en “Buenos días y ten un lindo día”. Cuando menos lo pensé, llegamos a la pregunta importante: ¿cuándo nos conoceremos? Acordamos vernos un miércoles a las 7:00 p.m., después del trabajo en San Antonio. Un día antes de vernos, intentamos acordar el lugar de encuentro:

»¿Qué te gustaría hacer?, me preguntó. ¿Qué te parece una cena para cerrar el día laboral?, le pregunté. ¡Me encantaría!, ¿puedes ser el postre?, me dijo. Sentí un cosquilleo en mis manos al responder su mensaje. Hice el cálculo: me gusta como piensa, es atractivo, disfruto hablar con él. Llevamos conversando por redes durante casi dos semanas, ¿por qué no sería su postre? Claro que sí, respondí. Me encanta, yo sé que el que no come negra, no va al cielo, me dijo.

»Allí iban... casi cien horas de mi vida desperdiciadas con alguien encantado de promulgar uno de los tantos estereotipos sobre las mujeres negras, pensé. ¿Sabes...?, me llamaron del trabajo por una urgencia y tendré que cancelar nuestra cita, en otra ocasión nos veremos, le dije. No te preocupes, me respondió.

»Tinder es como una aplicación para ordenar comida, en la cual, te llega la orden equivocada, mal empacada, fría y con hongos. Como dije, no es Tinder, es tragedia. Afortunadamente, estoy lista para no volver

al mundo de las citas... ¿virtuales? ¡Jamás! El punto es que, en el amor, tenemos las cosas muy difíciles. No se me hace raro que Lucía no quiera saber nada de sentimientos”.

Tan pronto Raquel terminó de contar su historia, hubo silencio en el salón de belleza, pero bullaranga en la calle.

—¡Tamales a siete mil! ¡Acérquese y pida el suyo! ¡Venga que se acaban!”, “¡Tamales a siete mil! ¡Acérquese y pida el suyo! ¡Venga que se acaban! ¡Tamales a siete mil! ¡Acérquese y pida el suyo! ¡Venga que se acaban! —gritó don Sanador, mientras caminaba con su carro de ventas.

—¿Hay el tamal del almuerzo? ¡Don Sanador, arrime un momentico y déjeme dos! —gritó Janeth, al tiempo que hacía un corte de puntas.

Al momento, don Sanador estaba en la puerta del salón de belleza con la olla de Tamales lista para ser abierta y cubrir con los aromas de guiso de tomate, albahaca, zanahoria y pollo la sala de espera del Salón. Janeth escogería las tapas más carismáticas para su almuerzo. Amparo preguntó:

—Oiga, don Sanador, ¿dónde compra las hojas para envolver los tamales?

—Me las traen de Dagua. Mi yerno está sembrando plátano en un terrenito que le alquilaron y aprovecho, porque él me las da muy baratas —responde don Sanador.

—Le pregunto porque se ven y huelen muy bien. Así eran las que usaba mi abuela cuando me hacía tamales —dijo Amparo.

—¿Los hacía de masa o arroz? —preguntó D don Sanador.

—De masa. Pero esos eran de piangua —dijo Amparo.

—Esos sí que son buenos. Hace años que no los como —afirmó don Sanador.

—Yo sí comí muchos cuando era peladita. Mi abuela Isabelina los cocinaba cuando yo la iba a visitar de vacaciones a Guapi —dijo Amparo, cuando Don Sanador cerraba la olla de los tamales y se despedía de las mujeres del Salón de Belleza. —Gracias por traerme ese recuerdo, don Sanador

—Con mucho gusto. Cualquier cosa, ahí tiene los tamales a la orden. Hasta luego a todas

—Oiga, Amparo, yo no sabía que su familia era de Guapi —dijo Janeth.

—Sí, mi familia por parte de mamá —dijo Amparo—. Y ahora que escucho a Raquelita hablar de cómo es difícil para ella encontrar el amor, pienso que eso no es algo solo de ahora. Eso nos ha pasado a nosotras toda la vida. Mire a mi abuela, casada cuarenta años con Javier, pero vivió más de la mitad de ese tiempo engañada. Al final, el único amor real que uno tiene es el de su familia... y muchas veces, ¡ni eso!

—¿Y usted visitaba mucho a su abuela cuando era pequeña? —preguntó Janeth.

—Solo cuando tenía vacaciones de la escuela. Me acuerdo cuando me enseñó a hacer esos benditos tamales de piangua. ¡Eran para chuparse los dedos! —dijo Amparo.

—Bueno, pero compártnanos la receta, doña Amparo, ¿cómo fue? —dijo doña Martha.

—Eso fue por allá en los 70's. Cuando uno vivía bien bueno por allá. Venga le cuento. Yo soy nacida en Guapi. En la zona de San Miguel. Mi mamá nunca quiso vivir allá. Por eso me trajo a Cali desde pequeña... Nunca me dijo muy bien la razón. El caso es que soy Guapireña de corazón y caleña por la elección. Tuve una infancia medianamente normal. Yo sabía que mi casa estaba acá en la ciudad, pero siempre hubo algo que me jalaba para la tierrita. ¿Será mi ombligo llamándome? Eso es lo que todo el mundo dice. Yo creo que mi abuela siempre ha sido el secreto: Isabelina Arará, ¡la misma de toda la vida! Quienes la conocen desde siempre, dicen que era bellísima en su juventud. ¡Una corrupta y sinvergüenza! Siempre haciendo lo que quiere sin pedirle permiso a nadie. Yo creo que por ella mi mamá es como es... ¡Y yo!

»La verdad es que, en medio de todo, a ella le aprendí lo más importante en la vida: amar sin límites. Ella era el tipo de persona que se quitaba el pan de la boca por dárselo a alguien con hambre, sin importar que la de ella fuera más grande. Una vez la vi regalándole la plata que mi mamá le había traído de Cali a una vecina que estaba pasando trabajo

después de que su esposo la dejara con sus hijos por otra mujer. Ella no me tuvo que decir que era un secreto, con la mirada lo dijo todo: ¡Ni se te ocurra decirle a tu mamá! Y yo, con mis ojos respondí, claro que no, mita

»En fin..., Isabelina era todo un personaje. La visitábamos siempre en mis vacaciones de la escuela. ¡Tremendo viaje! Pero valía toda la pena. Ella vivía en una casita frente al río. Siempre me tenía mi pieza lista cuando la visitábamos. Me acuerdo que allá las noches eran bien de noche. No se veía nadita. Los días en ese lugar siempre comenzaban con una magia única de madrugada. La primera señal del amanecer era el coro de las aves que habitaban en los árboles que rodeaban la casa. La naturaleza misma se unía en sinfonía con el paisaje y la brisa refrescante que traía la cercanía al río. Los pájaros llenaban el aire con su algarabía. Mis favoritos eran los azulejos con sus plumas azules y turquesas. ¡Todo un espectáculo! En ese lugar, no se necesitaba un reloj para saber la hora, ya que los animales, con su algarabía matutina, te despertaban con su alegría y vitalidad. El caso es que yo duermo como una piedra, ¡pesada! Recuerdo que me daba cuenta que era por la mañana cada vez que abría los ojos y veía, en la ranura de la ventana, un pequeño destello de luz. ¡Esa era mi señal! Casi siempre, seguida por el grito de mi abuela: ¡mija, venga desayune! ¿Queso frito con patacón?, le preguntaba. El que a usted le gusta, mija, casi siempre me respondía. Miren, yo recuerdo que el comedor de la cocina también era el lugar de preparación del almuerzo. Una vez, cuando yo era bien muchacha, me levanté a desayunar y lo primero que me encontré fueron unas hojas de plátano. Yo era muy pila. Yo sabía que esas eran las que ella usaba para hacer lo que a mí más me gusta: los tamales de piangua. Claro, luego vi la piangua desconchada en el mesón de la cocina. La dicha que me dio contemplar las delicias de mi litoral. De ahí aprendí que la cocina es un espacio para honrar la felicidad y gratitud.

—Mita, ¿va a hacer tamales te Piangua?

—Sí, mija, ¿si quiere de esos?

—¡Claro! Estuve esperándolos todos estos días mita.

—Bueno, hija, mientras usted quita la maleza del jardín, yo se los preparo.

—No, mita, yo quiero que me enseñe a hacerlos.

—¿Y para qué quieres aprender? Estás muy pequeña para cocinar. Además, pensé que su mamá ya le había mostrado como hacerlos.

—No, mita. Mi mamá nunca ha hecho en la casa. Ella siempre dice que tú eres la que tiene la receta y que nunca le enseñaste. Yo quiero aprender porque he visto que mis compañeras llevan dulces a la escuela y los venden para tener dinero. A mí se me ocurrió llevar tamales. Los podría vender a ochocientos pesos cada uno.

—¡Claro! Ya lo recuerdo. A su mamá nunca le enseñé, porque nunca me preguntó. Traiga ese tabuco para que alcance el mesón y me ayude a picar. Le voy a enseñar tal y como me enseñó la mamá mía. Pero eso sí, ni se le ocurra venderlos a ochocientos pesos porque no les va a ganar es pero nadita. Además, usted ahora no puede pensar en vender cosas, concéntrese en estudiar. Acuérdense que en la vida hay que cogerle el tiro a las cosas. Intente primero en la casa con su mamá, sus tías y sus primas. Ya después piensa en venderlos.

—Sí, mita.

»Para mí, eso fue felicidad total. Sin embargo, les tengo que decir que no dimensioné lo importante de las enseñanzas de Isabelina para ese día. Yo solo le estaba huyendo a sacar la maleza del jardín ¡Me daba una flojera! Me acuerdo de que siempre que lo hacía, doña Fran estaba sentada en el jardín de su casa. Aunque era la vecina, mi abuela no la quería. Isabelina me dijo que a Fran le gustaba ocuparse de las vidas ajenas. Como dicen los muchachos de hoy en día, ¡el bochinche! Por eso, si no quería que todo San Miguel se enterara de mí, debía tener mucho cuidado de que me viera haciendo cosas indebidas. Usted sabe que lo peor que le puede pasar a una es caer en malas lenguas. Menos mal que nunca me pasó. Ahora, de vuelta a Isabelina... Les conté sobre la casa, los alrededores, vecinos... ¡Ah!, hablando de vecinos. El día que estábamos haciendo los tamales, recuerdo muy bien que justo antes de treparme al tabuco, llegó Don Pedro.

—Isabelina, ¿ya se le acabó el Naidí?

—Buenas, don Pedro. Sí, señor, ¿cuándo me trae?

—Sacamos una buena cosecha y me quedó bastante. ¿Cuándo le puedo traer?

—Hoy voy a estar todo el día en la casa con mi nieta. Cuando pueda, me trae.

—Listo, voy para la casa y se lo traigo de una vez.

—¡Don Pedro! ¿Usted tiene unas ramitas de pronto alivio? —preguntó Isabelina.

—No, pero creo que Ruper tiene un poquito ¿También necesita?

—Sí. Cuénteles a su mujer que ha tenido un cólico muy molesto. Que si sólo con la pronto alivio tengo o si necesito algo más. ¡Gracias!

—Sí, señora, en un rato vuelvo.

»Les digo que me acuerdo porque yo de peladita no me gustaban ese poco de hierbas que mi abuela se tomaba. ¿Pero el naidí? Una delicia. Me lo comía con leche en polvo. ¡Que manjar! Ese día solo quería que se acabaran los tamales para sentarme a comer naidí.

—Vea, miija, lo primero para comenzar a preparar los tamales es mucha paciencia. Esto se demora entre cuatro y cinco horas.

—Sí, mita.

—Bueno, lo segundo es que lo rico de los tamales de piangua está en lo natural que usted se está comiendo. Nada de procesados. Lo que usted necesita es la piangua, el poleo, cilantro cimarrón, cebolla de rama, ajo criollo, leche de coco, achote y las hojas de plátano.

—¿Y qué olla vamos a usar?

—Necesitamos tres, una para hacer la masa de plátano, una para hacer el guiso y otra para hervir los tamales. Lo bueno es que ya tengo lista la masa.

—Y de ahí, ¿qué sigue, mita? —le pregunté.

—Coja la sartén que me mandó su mamá de Cali.

—¿La roja?

—Sí, hija, póngala a calentar para que le vaya echando lo que le digo. Pique el cilantro, el cimarrón, el orégano y la cebolla de rama, todo bien chiquitico.

—Aquí tiene otras hierbitas de azotea que también le vamos a poner —me dijo Isabelina mientras me pasaba un manojo de hierbas que no conocía.

—Listo, mita —le dije después de unos minutos picando los ingredientes.

—Bueno, hija. Quiero que lo mire bien y huélalo. Cuando usted sienta que los ingredientes se mezclaron y tienen un olorcito bueno, le echa la piangua.

—¿Y cuánto tiempo la vamos a dejar?

—La dejamos un buen rato para que coja todo el sabor del guiso.

»Hice todo tal y como me dijo mi abuelita Isabelina. Después, me dio la tarea de hacer algo súper importante: sacarle la leche al coco. Ella se encargó de partirlo y pelarlo. Lo que seguía era mi tarea. Qué difícil fue, pero aprendí.

—Póngale la leche de coco al guiso, hija.

»¡Ni se imaginan eso como huele de bueno! El aroma inundaba la casa. ¡Se podía oler desde afuera! Era como estar en un trance. Sentía mi paladar preparándose para semejante plato que para mi abuela reflejaba el amor y la dedicación que sentía hacia mí. La recuerdo contándome sus secretos de vida mientras yo picaba el guiso: “Acuérdese hija, usted tiene que estudiar para ser alguien en la vida”. Yo para mis adentros repetía cada frase de ella.

»“No permita que nadie la humille nunca. Usted tiene que trabajar muy duro para conseguir sus propias cosas. Míreme como reflejo, aprenda que en la vida no todo es casarse y tener hijos”. Me decía, cuando me contaba su dura historia: “en la vida, nadie es mejor que nadie”, “no se conforme con lo poquito porque con lo poquito se queda”.

»Isabelina había vivido mucho. Ella era muy sabia y yo sólo la escuchaba. Aunque yo era una niña, muchas de esas cosas se quedaron conmigo para siempre y las apliqué toda mi vida.

—Bueno, hija, ahora que ya está listo el guiso, vamos a armar los tamales —me dijo, mientras tomaba las hojas de plátano—. Hoja de plátano, masa y guiso. Así de fácil. En ese orden. Luego cierra la hoja y con la cabuya hacemos un nudito.

»Después de eso, recuerdo que me enseñó a ponerlos a hervir en una olla honda que tenía. ¡Y a esperar! Lo que yo les quiero decir es que mi abuela me enseñó que la cocina tiene el poder de crear lazos y conectarnos con nuestras raíces. Isabelina me dio muchas lecciones de vida cada que iba a visitarla. Éramos cual comadres. El cariño que ella me dio, siempre se notaba más en las comidas que me hacía. Su presencia era reconfortante, y su mirada siempre estaba llena de ternura. Lo de Isabelina y yo era una conexión que trascendía el tiempo y el espacio. Fue mi mejor regalo y siempre me recuerda la importancia de cuidar y valorar a quienes nos rodean. ¡Eso sí es un amor bonito!

Tan pronto como Amparo terminó de contar su historia, hubo de nuevo silencio en el salón de belleza. Raquel se notaba conmovida por el relato sobre la abuela Isabelina. Una mujer que parecía absorta mirándose constantemente en el espejo, se atrevió a hablar, y dijo:

—Ay, doña Amparo, escuchándola a usted hablar de su abuela, me hizo acordar. Lo mismo le digo a mis muchachos en el grupo juvenil —dijo una mujer que estaba trenzándose en el salón de belleza.

—¿Cómo así, hija? —preguntó doña Amparo.

—Sí. Estoy liderando un grupo de jóvenes. Usted sabe que acá uno tiene muchas dificultades para sobrevivir de manera digna. Los jóvenes de hoy en día son presa fácil para los grupos armados. Tenemos que arrebatárselos con buenas estrategias.

—¿Y usted cómo lo hace? —le preguntó doña Amparo.

—Lo que hago es que con mis sobrinos, los amigos de ellos y otros jóvenes del barrio creamos un grupo musical. Practicamos cuatro veces a la semana con varios instrumentos. Hay niñas que cantan bellísimo y otros que se encargan de componer las canciones.

—¿Ustedes no son Los del Barrio? —preguntó otra mujer.

—Así es. Somos el grupo Los del Barrio. Ha sido todo un proceso lograr consolidarnos, pero ahí vamos, con pasos pequeños pero seguros. Haciendo siempre algo muy importante, cuidando a la juventud de los malos pasos. La verdad es que yo también fui joven y sé qué es vivir así, sin oportunidades de nada.

»Yo soy de un pueblito por allá más arriba de Jamundí. Mi familia trabajaba cultivando la tierra y criando animales para subsistir. Los días eran largos y agotadores, pero no teníamos muchas opciones. Las oportunidades de educación eran limitadas. Nosotros no vivíamos, sobrevivíamos. Pero a pesar de todo, había algo muy bonito, teníamos una comunidad muy unida. Allá todos se conocían con todos. Hacíamos trueque para intercambiar comida. Todo era muy Pacífico hasta que llegó la guerrilla. Eso sí fue otro cuento. Por eso hago lo que hago. Nadie debería vivir los estragos del conflicto. Menos nuestra niñez y juventud, son el futuro del país.

—¿Y a los muchachos les ha gustado? ¿Los ve animados? —le preguntó mi mamá, Gloria.

—¡Les encanta! La idea fue mía, pero quienes la mantienen viva son ellos —respondió la mujer—. Hace unos días, las chicas escribieron una canción, se llama *Para el Patriarcado*, todavía no me la he aprendido, pero dice algo así:

Ese pacto  
 Hecho por ellos  
 Monstruoso y maldito  
 Nos sigue  
 Hasta cuando cerramos los ojos.

¡Estamos berracas!  
 Cantamos en nuestra música  
 Traída de mamá África  
 Supuestamente  
 Demoníaca.

¿A ustedes quién les dijo que nacer negra es ser una sin alma?

¡Ay, qué resaca!

Y nos siento

Desvanecer

O florecer

Ante tanta ignorancia.

¡Que alguien me diga!

¿Cómo les explico?

Que yo mismita

Soy mi soberana.

—Lucía, mamita, ¿a usted que le gusta tanto la música, no le gustaría meterse al grupo? —me preguntó mi mamá.

—Me gustaría, esperemos a ver si me da el tiempo —le contesté.

Al dirigir la mirada hacia mi mamá, me di cuenta que Janeth había terminado por completo su proceso de alisado. Mi madre recogió sus cosas y salió con mirada y caminar victoriosos del salón de belleza. De camino a la casa, me preguntó:

—¿Por qué no quisiste hacerte nada en el cabello? ¿Ya no te gusta ir a donde Janeth? —me preguntó mi mamá.

—Sí me gusta. Pero hoy no quería hacerme nada —le dije.

—¿Y cómo vas a ir a tu cita con el chico que me contaste sin estar arreglada? —me dijo.

—¿Dije que era un chico? —le dije.

—¿A qué te referes? —me preguntó.

Los nervios comenzaron a hacer fiesta en mi pecho y cabeza. Mi corazón palpitaba tan rápido y fuerte como un tambor. Mi mente comenzó a nublarse de pensamientos y sentía mariposas en mi estómago. De repente, sentí que la respiración se me entrecortaba. Comencé a sudar y mis sentidos se agudizaban cada vez más y más. Mi madre comenzó a notar la tensión en el aire y me preguntó:

—¿Quién es tu cita de hoy? —me preguntó muy inquieta.

—Se llama Camila —le dije tan rápido como pude.

—¿Vas a salir con Camila, tu amiga del colegio? —me preguntó con una mirada llena de sorpresa.

—Sí... No somos amigas —le dije, esperando a que ella en su mente completara la frase y sacara sus propias conclusiones.

—Entiendo. Entonces, ¿te gusta Camila? —me dijo con un tono juzgón y de extrañeza.

—Sí —le dije con claridad.

Mi madre me observó por un par de segundos. En mi mente, fueron horas. No sabía cómo iba a reaccionar, pero si de algo estaba segura, es que estaba preparada para su rechazo.

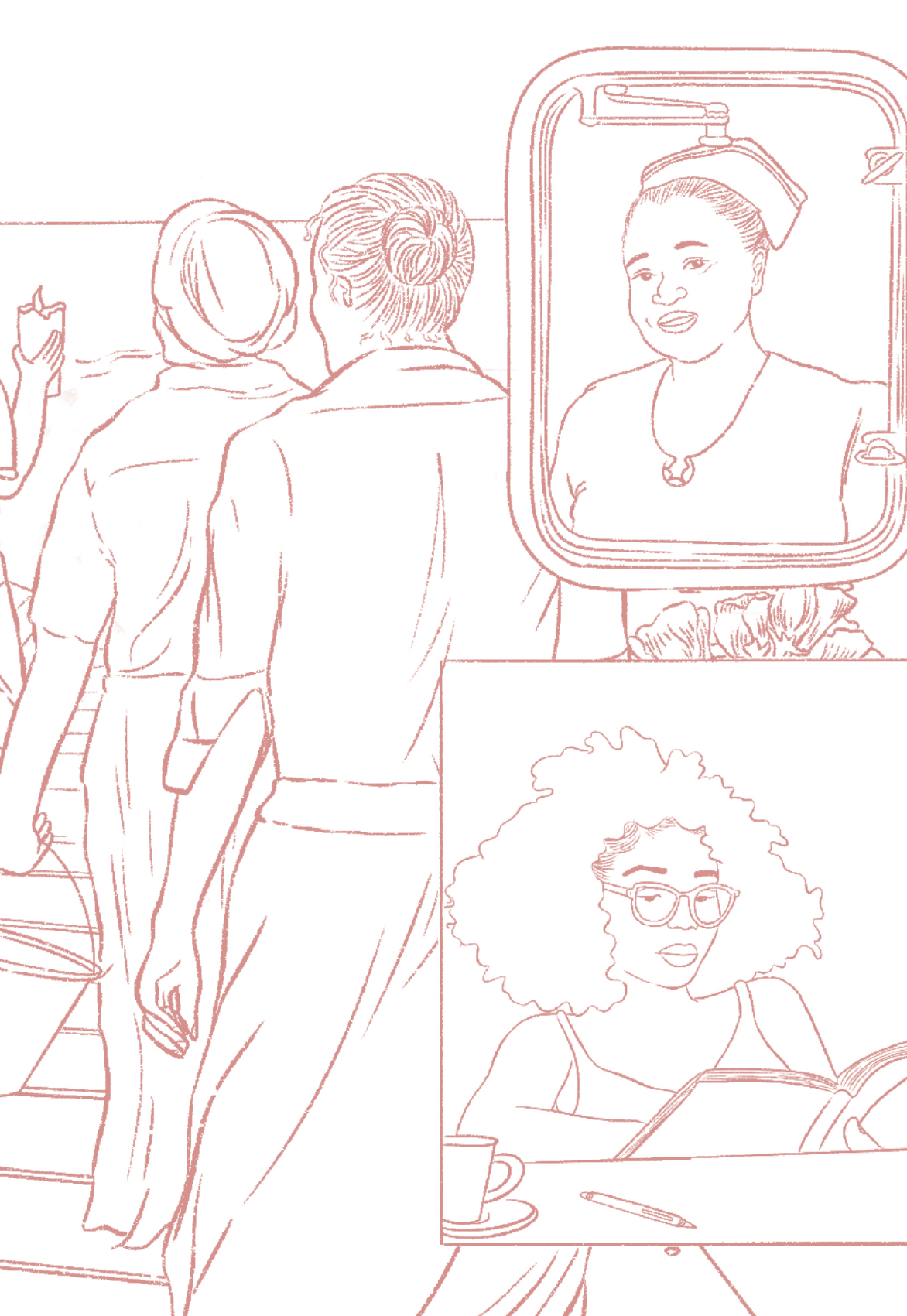
—No lo puedo creer —me dice.

—¿Entonces ya no me quieres? —le dije.

—Sí, te quiero. Lo que no puedo creer es que vayas a una cita con Camila y tengas esas uñas sin arreglar. ¡Nos devolvemos ya mismo al salón de belleza!



Este libro se terminó de editar en septiembre de 2024.  
En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi,  
se utilizaron tipos Nocturne Serif en 10/15.





NÚMERO 2 • 2024

*Voces de la equidad* está compuesto por once autorías de mujeres en diferentes géneros literarios. Estos relatos, cuentos y poesía nos conectan con la nostalgia y el desasosiego, el amor y la celebración por la vida, los recuerdos, la oralidad y ancestralidad del Pacífico colombiano, el destierro, la muerte, pero también la resistencia, la libertad y la esperanza.